



DEMONIO
DE LOS MARES

Susana Biset



VESTALES



DEMONIO
DE LOS MARES

Susana Biset


VESTALES

Biset, Susana

Demonio de los mares. - 1a ed . - San Martín : Vestales, 2017.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-3863-97-4

1. Narrativa Argentina. 2. Novelas Históricas. I. Título.

CDD A863

© Editorial Vestales, 2017.

© de esta edición: Editorial Vestales.

info@vestales.com.ar

www.vestales.com.ar

ISBN 978-987-3863-97-4

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2019

Todos los derechos reservados.

Quedan rigurosamente prohibidas,
sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*,
bajo las sanciones establecidas en las leyes,
la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier medio o procedimiento,
comprendidos la reprografía y el tratamiento informático,
y la distribución de ejemplares de ella
mediante alquiler o préstamos públicos.

*A Mateo, Bautista, Francisco, Joaquín, María, Lorenzo y Sofía, mis siete
nietos, mis siete soles.
Que este relato los aliente a soñar con un mundo de fantasías.*

*Allí donde la injusticia impera, la sangre corre y las vidas humanas valen
menos que un centavo, mi sable es la ley.*

epi 

Gérard Deprieux, corsario argentino.

PRÓLOGO

Gérard metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y, por enésima vez, volvió a mirar el reloj. Se sentía impaciente, colmado de inquietud. Si no sucedía nada en los siguientes minutos, tendría que tomar una drástica determinación.

El día había avanzado demasiado. Él aún no daba la orden, esa que los marineros aguardaban desde temprano en la madrugada. A diferencia de cualquiera de los viajes anteriores, increíblemente, Gérard se negaba a partir. Y esa casi descontrolada efervescencia que siempre sentía momentos antes de levar anclas, en esa oportunidad, se encontraba ausente. Nada lo llamaba a dar el grito de “¡aura!”, nada lo impulsaba a correr a proa para colocarse sobre el mascarón y mirar ansioso hacia el mar abierto. En cambio, un sabor ácido le rondaba la boca y lo hacía chasquear la lengua y maldecir cada dos minutos.

Todavía le quedaba la ilusión, vaga ya, de ver a su amada aparecer sobre una de las suaves dunas que se esparcían por la playa de la península del Diablo y, al pensarla, sentía un revoltijo de deseos en el vientre. Anhelaba el momento de tenerla cerca, de abrazarla, de decirle cuánto la había extrañado y cuán feliz la haría a partir de ese instante. Le juraría también que nunca más le permitiría partir, que nunca más se alejaría de ella ni la dejaría sola. ¡Cuán caro pagaba la elección de abandonarla!, pensó; y él que creía haberle hecho un enorme favor al dejarla en el puerto del villorrio patagónico...

Sentía un encarnizado ardor por borrar semejantes recuerdos y regresar a ella, lo estremecía una intolerable revolución interna. ¡Debía actuar, tenía que hacer algo! Sin embargo, allí se encontraba, quieto mientras imaginaba la silueta de la muchacha sin ser capaz de hacer nada por recuperarla.

Levantó de nuevo la tapa del reloj cadena, miró una vez más la hora y, al hacerlo, escupió a un costado, sobre el puente del navío, y maldijo con fuerza.

—*Bon sang! Putain, stupide vie!*

Giró y observó a la tripulación, a esos hombres que lo miraban fijo mientras aguardaban el grito de partida.

Gérard meneó la cabeza y la agachó, ya no podía dilatar la salida de la fragata *La Liberté*, debían levar anclas de inmediato; si no, la noche los atraparía en medio de las maniobras para alejarse de la playa lo que, en la oscuridad, se volvería muy peligroso. La ensenada de la península del Diablo era un lugar tranquilo, pero, cuando se trasponía la escollera, todo se transformaba y se volvía un pandemonio. A partir de ese momento, las aguas tranquilas del océano Atlántico se revolvían, encrespadas, urgidas por un hervor que brotaba desde el mismo infierno. Las olas se volvían implacables, devastadoras y, con una insaciable codicia, aprestaban las armas en una desigual batalla para convertirse en un poderoso e indestructible monstruo ávido de vidas humanas.

¡Si lo sabría él! Se consideraba un experto pirata de los mares. ¡Cuántos naufragios hablaban con absoluta mudez sobre tontas osadías! Al mar había que respetarlo, aunque el día se encontrara despejado, con escasos vientos y el barco fuera esbelto, ligero, sólido y en apariencia invulnerable.

Esa costa se encontraba repleta de piedras escondidas, puntiagudas y mortíferas, riscos que permanecían invisibles y solo dejaban traslucir apenas las puntas espigadas cuando los embates del mar batían las barrancas de la costa y las atropellaban con toneladas de masa líquida helada en un infructuoso intento por doblegarlas. Era esa una cruenta batalla que no tenía fin, ya que luego de haber fracasado en ese fútil esmero por torcer su inmovible estructura, una vez más se retiraban, se agazapaban y se rearmaban para volver a juntar fuerzas y regresar instantes más tarde para arremeter con igual o mayor poderío.

“La guerra eterna”, la llamaba Gérard, sin principio ni final, como las marismas oceánicas que esperaban con infinita tenacidad a las siguientes víctimas.

Con los ojos enrojecidos de tanto forzarlos, observó una vez más hacia la playa, al valle que se estiraba más allá, que ascendía un poco y se desplegaba en las vastas tierras de su gran amigo Jacques Dubois, el dueño de la estancia La Cimarrona.

Pero nada, su pequeña ninfa salvaje no estaba por ninguna parte.

Mordido por un corrosivo deseo de revancha, se volvió contra él mismo.

—Han pasado tantos meses. ¿Qué esperabas, corsario *stupide*, acaso un milagro?

Con la mano golpeó sobre la barandilla de la cubierta y, luego de aspirar profundo, se decidió. Con paso firme y la voluntad férrea, la misma que lo había hecho ganar tantas contiendas en mar abierto en la lucha mano a mano con su filosa espada, se dijo que ya era tiempo de partir.

—Levaremos ancla apenas la fragata esté lista —le ordenó a su primero en el mando.

—¡Sí, mi comandante! —exclamó el oficial. Luego, dudó un segundo sobre lo siguiente a decir—. Pero ya está todo apresto, podemos salir cuando usted lo diga.

—Entonces, ¡hágalo!

El hombre de inmediato giró sobre los talones y comenzó a impartir directivas con voz fuerte y clara.

Gérard, mientras tanto, volvió a dirigir los ojos claros hacia la hermosa tierra que en pocos minutos más dejarían atrás. Cavilaba sobre algo que aún era inentendible para él, algo que iba más allá de su escuela militar y las

creencias de hombre libre, sagaz, valeroso y por completo abierto a las sorpresas de la vida. Pero parecía que tampoco en eso tendría éxito ese negro día.

—¡Ni las respuestas hallo! *Homme idiot!*

Al final, carraspeó con evidente desánimo. Sí, jamás habría imaginado cuánto dolía enamorarse y cuánto más dolía perder a la mujer amada.

PRIMERA PARTE

LA LIBERTÉ

CAPÍTULO 1

Gérard se despertó cuando el grumete cantó la hora.

—¡Basta de holgazanería! —exclamó; lo cual era una reflexión sin sentido, porque, si había algo que le agradaba al francés, era la acción.

El muchacho que acababa de entonar la hora era un principiante, aprendiz de marinero, y estaba en *La Liberté* porque añoraba conocer todos los oficios de esa profesión para, con el tiempo, escalar posiciones. El máximo objetivo que tenía era llegar a ser capitán de su propio barco.

Ese sueño no era muy diferente al de varios de los muchachos que participaban en esa travesía: jóvenes valientes, apasionados por lo desconocido, con más delirio que el común de la gente y que soñaban con quimeras, aun a riesgo de sus propias vidas. Detestaban la idea de ser labriegos o de permanecer detrás de un mostrador durante el resto de sus días. Las horas de sueño y desvelo estaban impregnadas de asombrosas aventuras escuchadas en los bodegones, donde los protagonistas de dichos relatos, de simples seres humanos se convertían en semidioses imbuidos con un aura de increíble supremacía.

Contagiados por semejantes historias, los imberbes, valerosos y apasionados, con el corazón henchido de libertad y ansias por volar a territorios lejanos —cuanto más distantes de su pueblo natal, mejor— se empleaban en un navío. Se iniciaban como grumetes que anhelaban surcar los mares, conocer tierras distantes, probar comidas exóticas, disfrutar de mujeres misteriosas que hablaran un idioma inentendible, conquistar el mundo, dejar huella por donde pasaban y que sus proezas fueran luego

relatadas de boca en boca para aumentar así su prestigio de hombres foráneos cuyas visitas esporádicas a tierra llenaran los corazones femeninos de suspiros insatisfechos.

Todo ello los volvía un excelente elemento para los cometidos de Gérard: piratear en los mares en busca de enemigos de su país, Argentina.

* * *

En la fragata, así como en cualquier otro navío, los instantes estaban muy bien delimitados, por ello, esa mañana, a pocos pasos de la cabina del capitán y tal como lo hacía cada treinta minutos, el grumete de turno acababa de gritar la nueva hora al tiempo que daba vuelta el reloj de arena.

—Bendita sea la luz y la santa Veracruz —decía o cantaba—: Bendita sea el alma y el Señor que nos la manda. —Y rimaba las frases.

Su declamación fue seguida de un rezo, el Ave María o el Padrenuestro, y cada hora del día tenía el suyo, diferente a los demás. De ese modo, cualquiera que lo escuchara declamar sabría qué hora era.

Nadie se las enseñaba, aprendían las canciones de tanto escucharlas día tras día. Claro que en las embarcaciones a vela nadie moría por la precisión en los horarios y la exactitud en los relevos de cada turno de guardia; si el paje se quedaba dormido o si ese día los azotaba una tormenta y no había tiempo de cantar la hora porque los marineros estaban concentrados en cazar cabos, tensar las velas o arriarlas; o, si sencillamente el joven encargado había dejado pasar el tiempo, pues entonces no existía inconveniente alguno: al mediodía, cuando los rayos del sol caían verticales sobre la aguja de la brújula, la hora se corregía.

Ese amanecer, al escuchar al grumete y luego de reconocer qué momento del día era, Gérard se sacudió la modorra de encima y se restregó los ojos con fuerza. Vestido con apenas un pantalón que le llegaba hasta debajo de las rodillas y llevaba atado con una soga, salió del camarote.

Al tiempo que bostezaba, se dio de lleno con el sol temprano, ese que le calentó el rostro con su potencia tropical.

—¡Buen día! —le gritó al grumete.

—Buen día, mi comandante. —Y el joven se irguió derecho, cuanto le daban sus cortos diez años.

El capitán lanzó un balde por la borda, lo cargó con agua de mar y lo recogió. Allí realizó las primeras abluciones del día y se lavó la boca con el dedo embadurnado de una mezcla hecha con bicarbonato sódico, cenizas y sal. Ese polvo hacía rato que había reemplazado a la desagradable orina como antiséptico en los enjuagues bucales.

En su fragata, la elegante *La Liberté*, Gérard Deprieux pasaba la mayor parte de la vida. Era un corsario que trabajaba para el gobierno argentino; en esos momentos, la misión primordial que llevaba adelante consistía en limpiar los océanos de aquellos indeseables enemigos que hacían desmanes en su querido país. El francés, porque lo era de nacimiento, llamaba “enemigos” tanto a españoles, ingleses, malayos, chinos y piratas. De los últimos, él se diferenciaba por estar dentro de la ley; por eso, sus, escaramuzas, robos, raptos, combates y arrebatos de todo tipo eran permitidos y estaban apañados por los gobernantes, porque sabían que los corsarios contribuían a la independencia de la nación.

Gérard había sido contratado bajo la bandera de su país adoptivo, estaba a las órdenes del ejército y obedecía a esa autoridad. Tan en regla tenía los papeles que hasta contaba con patente habilitante.

Su objetivo era vigilar los mares y ejercer acciones solo contra los enemigos de Argentina, para lo cual combatía a las naves contrarias dentro de aguas territoriales o incluso internacionales. De cualquier forma, debía impedir que se acercaran a las costas nacionales. También, y de ser posible, causarles importantes pérdidas, entonces se ensañaba al punto de obstaculizarles el libre comercio con otros países.

Los corsarios, además, tenían autoridad para tomar prisioneros, apropiarse de riquezas y embarcaciones, liberar a los esclavos que hubieran atrapado y matar a los marineros que se negaran a acatar de inmediato y sin cuestionamiento alguno las nuevas directivas.

En ese momento regresaba de Francia y se tomaba la licencia de pasar por el océano Índico para comprar especias. Luego, bordearía la zona austral de África para, al fin, dirigirse hacia Argentina.

* * *

Esa espléndida mañana, apenas salió del camarote, miró hacia el amplio paisaje azul. A Gérard le encantaba ese trabajo, aunque reconocía que los constantes peligros, las cotidianas batallas, las rencillas de a bordo y las inclemencias del entorno se equiparaban con las enormes distancias, la increíble soledad y los tiempos espaciosos y calmos del océano.

A veces, el exceso de contratiempos amagaba doblegarlo, pero esos arranques de flaqueza que tenía eran instantes, nada más, ínfimos deslices en su temple de guerrero valeroso, porque con solo un chasquido de dedos primaba el deseo de ser lo que siempre había sido.

La amalgama de todo ello lo estremecía, lo hacía adicto a los riesgos y lo volvía un enamorado incondicional de la vida.

En medio del mar abierto, Gérard se sentía feliz porque, al igual que los océanos, él se consideraba ingobernable, tempestuoso y demasiado intenso como para que algo o alguien consiguiera hacerlo inclinar.

Tanto era así que su historia lo precedía; la dureza en los actos y en las decisiones que tomaba, el increíble rigor cuando impartía órdenes y muy especialmente el terrible mal humor que tenía eran transmitidos de boca en boca. Sus hazañas se volvían eco en los acantilados por donde pasaba y se propagaban en una catarata incontenible, se esparcían y daban la vuelta al mundo para volverse historia marcada a fuego. Así, esa reputación de hombre desalmado e inflexible llegaba hasta los confines de la vasta tierra. Era el héroe, el invencible y también la peste de los mares.

¡Tremendas pesadillas tenían aquellos que él consideraba enemigos!

—¡Los barreré del globo terráqueo! Mi impiedad abarca el mundo completo. Guárdense bribones, aunque les advierto que los encontraré donde sea que intenten ocultarse.

—¡Así se habla, mi comandante! —exclamaba la tripulación, repleta del mismo fervor que él.

“Demonio de los Mares”, lo llamaban, ¡y qué bien le calzaba ese apodo!

* * *

Terminado el aseo bucal, el francés escupió con fuerza hacia un costado, cerró los ojos y se arrojó sobre la cabeza el resto del agua que aún quedaba en el balde. Se sacudió con fuerza los largos rulos castaños claros, esos desteñidos por la permanente exposición al sol y, al abrir de nuevo los párpados, un rayo le iluminó los ojos de un verde transparente, lo que lo hizo estornudar.

Después se tiró hacia atrás, lanzó una sonora y prolongada carcajada y, con ella, le dio la bienvenida al nuevo día.

—¡A sus tareas, mis valientes marineros! Hoy será una jornada memorable.

Al verlo asomado sobre el puente, con esa espléndida estampa enmarcada por los destellos dorados de cielo y mar, los marineros que ya estaban levantados lanzaron vítores al aire. Ese era su capitán, el jefe de la nave, el timón de sus destinos, el imbatible.

Gérard había sido bendecido por los hados de los océanos y, al verlo, eso nadie lo dudaba. Era alto, quizá demasiado para la estatura normal de los franceses; también tenía hombros anchos y espalda enorme. El conjunto de semejante imponente figura, sumado a un vozarrón de trueno, ronco y gutural, amedrentaba aún más a los enemigos.

Pero quienes lo conocían y hacía un tiempo que estaban bajo su mando y a su servicio, lo idolatraban de manera incondicional. Gérard podía ser recto y temperamental, explosivo y exagerado a la hora de expresar lo que pensaba, pero aun así era hombre de palabra. Actuaba en consonancia a su carácter, era noble, recto y, por encima de ello, jamás se dejaba convencer de lo contrario cuando creía que la razón lo asistía. Además, nunca cambiaba una orden dada.

Sin embargo, cuando se enfrentaba al enemigo, era implacable y, en igual medida a ese esmerado sentido de la justicia, así eran de magistrales los castigos que impartía, sin dudar al momento de emitirlos mientras hacía temblar hasta al más envalentonado.

Al escuchar su nombre, nadie en todo el territorio argentino y en las inmediaciones podía evitar sentirse conmocionado.

* * *

Gérard fue hasta el palo mayor y saludó al cocinero.

—Hola, Spencer. ¿Qué tenemos hoy?

—Buen día, mi comandante. Café bien negro y espeso como más le agrada a usted.

—Bien por ti. Te mereces unos doblones por ello.

Los dos rieron.

Al tomar la taza de latón, tan caliente como su sangre, Gérard sonrió y, mientras separaba las piernas para que el cuerpo le armonizara con los leves movimientos del casco, saboreó un largo trago. En ese momento, la nave atravesaba aguas tranquilas, cabeceaba y apenas escoraba mientras las ondas marinas le golpeaban con suavidad los flancos de madera.

Antes de regresar al camarote para terminar de vestirse —o comenzar a hacerlo—, se entretuvo unos minutos para observar el trajín mañanero del navío. Dentro del casco de *La Liberté*, el día renacía y se repetían los menesteres cotidianos.

El nuevo turno de marineros ocupaba los puestos, por eso y por el canto del grumete emitido un rato atrás, él dedujo que debían de ser las siete de la mañana. En ese momento recordó que así era, ya que ese había sido el anuncio pronunciado a viva voz. Además, por lo general, los turnos eran de cuatro horas y se cambiaban al clarear la mañana.

—Buen día, mi comandante.

—Buen día, timonel.

El hombre se le acercó; en tono serio y voz clara pasó a indicarle el rumbo. Gérard se lo transmitió al próximo en guardia y escuchó también las demás nuevas. Los marineros recién relevados anotaron la velocidad del viento, la presión que indicaba el barómetro —principal fuente en la que se basaban para augurar la presencia o ausencia de tormentas— y realizaron los demás cálculos de distancia para luego anotarlos en una pizarra, desde donde luego se confeccionaba el diario de a bordo y las cartas náuticas.

El navío contaba con dos vigías, los que se mantenían firmes en sus puestos, uno en popa y el otro en proa, mientras que los demás marineros que no estaban de turno realizaban tareas algo más livianas.

Gérard también vio a los pajes que terminaban de desarmar las hamacas y esterillas que todavía estaban extendidas sobre cubierta, en las cuales la mayoría de la tripulación había dormido.

Para beneficio de todos, hacía bastante calor, entonces no había necesidad de bajar a la bodega para descansar, la que, por lo general, se encontraba saturada de malos olores y bichos indeseables. Era mucho más sano y tranquilo, despejado y ventilado, recostarse sobre el puente, siempre y cuando el tiempo lo permitiera.

Algunos ya adujaban los cabos para que el resto de los marineros no se enredaran con ellos al caminar por cubierta; otros lavaban el piso con agua sacada del mar mientras corrían las jaulas que contenían a los animales de granja, esos que les servían para hacer trueque y de los cuales también conseguían huevos, carne fresca y leche.

El marinero más viejo era Spencer, quien oficiaba de cocinero y cuyo puesto se lo había ganado por la cantidad de años que hacía que estaba junto a Gérard.

—Spencer, lléname la taza de nuevo y acércame unos bizcochos.

—¡A la orden, mi comandante!

Tomó la taza vacía, fue a buscar la enorme jarra que se encontraba sobre el fuego encendido junto al palo mayor y se la volvió a llenar.

Dos noches atrás había llovido y, gracias al cielo, tenían agua fresca y rica. Le entregó un trozo de pan negro que había amasado con la harina agorgojada que les quedaba y que minutos atrás había cocinado en forma de bollos sobre los rescoldos. Como al pasar, le comentó las novedades de la mañana, por lo menos las que le concernían a él.

—Si todo sigue así, mi comandante, hoy comeremos un estofado caliente.

—¡Benditos sean los dioses del mar! Bienvenido será, hombre —exclamó con felicidad.

Spencer cocinaba en una plancha de hierro que estaba sobre cubierta, en el centro del puente y al lado del mástil principal. Allí colocaba un poco de arena y tierra para aislar la madera del piso y así evitar posibles recalentamientos y quemaduras. Luego hacía el fuego y ponía un trébede de metal como pie, encima del cual iba la marmita del rancho o, como en ese momento, la enorme cafetera. Era evidente que solo se podía cocinar de ese modo cuando el tiempo estaba agradable y el barco no se balanceaba demasiado; de otra manera, las brasas podrían correrse e incendiar algún objeto o podría esparcirse el contenido del caldero.

Gérard luego se retiró al camarote para vestirse. Se colocó calzas, una camisa suelta, chaqueta, botas de cuero y, en la cabeza, un sombrero tricornio.

En el navío, la agitación era la usual. Había más de treinta tripulantes si se contaba a los marineros, grumetes, pajes, dispenseros, tonelero, alguacil – cuyo objetivo primordial era controlar la equitativa distribución del agua dulce–, escribano para ocuparse del inventario de a bordo, calafates, sacerdote, contramaestre y capitán.

El cura oficiaba una misa cada nueva mañana y, quien así lo deseaba, asistía porque le sobraba el tiempo, porque era fervoroso de alguna religión o porque deseaba pedirle algo al Señor.

En el barco nadie se aburría: había mucho por hacer. Las naves eran el hogar de los marineros, por ello, debían esmerarse para mantenerlas limpias, lo cual era bastante complicado, ya que los espacios libres casi no existían, y las alimañas de a bordo vivían, se alimentaban y se reproducían escondidas en los numerosos rincones del casco. A veces eran tantas que jamás podían ser exterminadas por completo. Aun así, los tripulantes lavaban la cubierta cuando terminaban de levantarse y asearse –esto último apenas–, y luego de que fueran enrolladas las esterillas donde habían dormido.

Las tareas ineludibles eran acomodar las velas y controlar que no tuvieran nuevas rifaduras, luego las secaban y ajustaban cabos. Los calafates se ocupaban de controlar las entradas de agua, arreglaban las filtraciones y achicaban el líquido que pudiera haber entrado en los estancos para lo que utilizaban una bomba manual de achique. El método para saber si les había entrado agua era simple: orinaban dentro de la boca y por la mañana olían la concentración de amoníaco; si era suave, entonces debían hacer funcionar la palanca, pues ello significaba que la orina se había diluido con el líquido entrante.

Los lombarderos controlaban y cuidaban la artillería y la pólvora. Los toneleros debían mantener una constante vigilancia de los barriles porque sus tablas, con los continuos movimientos de la nave, solían aflojarse y, a través de las hendidias comenzaban a perder el precioso y vital contenido.

El timonel, instalado en popa y, sin visión alguna, debía fijar el vástago del timón de acuerdo con las indicaciones de quien se encontraba arriba observando el ancho océano desde el carajo.

Por último estaban los grumetes, quienes cumplían innumerables labores de menor importancia, como vigilar los relojes de arena, cantar el cambio de hora cada treinta minutos, lanzar la plomada para controlar la profundidad de

las aguas marinas, cocinar si no había quien lo hiciera, remendar las redes, revisar los aparejos y toda otra tarea sencilla.

Los marineros ni siquiera tenían un mueble donde guardar sus escasas pertenencias, las que constaban de una camiseta de lana, una camisa de repuesto y calzas; entonces ¿con qué objeto podían serles útiles los baúles si un rincón les bastaba para tan pequeño fardo? Aunque, como casi nunca se bañaban y solo un temporal de lluvia podía lavarlos un poco, tampoco se cambiaban la ropa, lo que garantizaba un tufo ácido que los perseguía donde fueran y delataba de inmediato su presencia. Cuando debían hacer sus necesidades, se colgaban de una cuerda desde la cubierta o extendían una plancha suspendida sobre el mar; lo llamaban graciosamente “el jardín”.

Gérard salió del camarote, el único de la nave, y volvió a mirar a Spencer mientras pensaba en el próximo almuerzo. Sabía que el estofado sería exquisito, cargado de habas, lentejas, panceta y pescado seco, además de muy salado por culpa de las carnes secadas con cloruro de sodio, hecho que luego los obligaría a tomar demasiado líquido. En realidad era un mínimo inconveniente que todos los presentes obviaban con tal de poder disfrutar de los sabrosos guisos.

El agua dulce era otro tema grave, ya que al poco tiempo de partir se volvía viscosa y desagradable, por ello se la ingería mezclada con ron, bebida que se consumía de a litros y en cantidades importantes. De postre era probable que machacaran almendras mezcladas con miel; eso si el cocinero andaba de buen humor y el despensero se dignaba a concederles unos puñados.

Spencer le acercó al capitán otro trozo de torta asada, la que sabía algo insulsa y estaba bastante seca y dura, por más que acabara de salir de la parrilla.

—¿Le traigo una galleta? —le preguntó con picardía, ya que sabía de antemano lo que él comandante le respondería.

—No, guárdatela para los más desprevenidos, viejo engañador —exclamó risueño Gérard.

Esas galletas eran iguales a cascotes porque debían conservarse por varios meses, razón por la cual se hacía necesario cocinarlas dos veces. Para poder ingerirlas, la mayoría de los marineros las mojaban en el agua de mar, sin saber que ese inocente y práctico acto los beneficiaba, ya que con ello aportaban sodio a su alimentación.

La más temible enfermedad de los barcos era el escorbuto, pero había sido erradicado casi por completo porque el médico de a bordo los obligaba a tomar té de pino y jugo de limón.

Cuando Gérard quedó solo, remojó el pan negro en el café y lo tragó sin saborearlo siquiera. Desde hacía varios días tenía la mente en algo que lo mantenía inquieto y desvelado: entre las instrucciones que le había impartido el gobierno estaba la lucha contra la esclavitud. Varias jornadas atrás, un compañero de paso que viajaba en una goleta le había advertido sobre una flota de dos navíos ingleses en las costas de la isla de Madagascar.

—Esas naves capturan negros con destino final en Argentina. Lo sabes, compañero.

—¡Maldición, cretinos angurrientos!

—Yo no pude contra ellos porque he consumido mi artillería casi por completo. En esta azarosa travesía, hemos peleado contra todos y las confrontaciones han sido muchas e incesantes; no nos han dado tregua —dijo y meneó la cabeza—. Pareciera que el negocio más redituable por estos lados es la venta de negros para trabajar la tierra o para lo que sea. Y ya que tú irás de paso por esas costas...

—¡Cretinos! —mascullaba Gérard.

Si existía algo que el francés aborrecía era a los negreros. Y ese odio era visceral.

Su compañero de labores sonrió, sabía que él los enfrentaría y los masacraría. ¡Cruenta sería la lid!, pensó, ya que le conocía la laya.

Gérard los detestaba en especial porque eran personajes de la más baja estopa, y no cedería hasta verlos acribillados y destruidos por completo, así dejara el barco y la vida en el combate.

Había, además, un par de cosas que lo alteraban sobremanera. Una de ellas era que los marineros atropellaran a las mujeres que encontraban a su paso; la otra, el sometimiento de los más débiles.

Cada vez que él recordaba lo que le había comentado su amigo, una furia muda lo acosaba, entonces cerraba los puños y se juraba atacarlos para liberar a los pobres infelices de tamaña injusticia.

Luego, los recuerdos más tiernos le regresaron a la mente. Allá en Francia, cuando era pequeño, había sido criado por una nana negra, nodriza que lo había amamantado hasta que tuvo casi dos años y a la que recordaba como una madre postiza. Sí, la había querido mucho, ¿que no vinieran entonces a decirle que los negros eran la escoria que se requería para realizar las peores tareas que inventaba el hombre en pos de sus más egoístas satisfacciones! ¿Qué clase de personas eran esos ingleses?, se preguntó, ¿no habían aprendido que la calidad humana se demostraba en cómo se relacionaba cada uno con los demás? Y, si aún permanecía meditativo, sin acelerar la marcha para actuar, era porque todavía pensaba en las pillerías que utilizaría para atacarlos, vencerlos y soltar a los oprimidos, a pesar de contar con una sola nave; y el enemigo, con dos.

Un muchacho payo, otro grumete de poco más de nueve años, se le acercó para darle un mensaje de su superior. Al notarlo tan concentrado mientras miraba hacia el horizonte con el catalejo bajo el brazo, prefirió esperar un momento. Sabía de la excesiva rectitud del patrón, y la feroz reacción que le provocaba el ser interrumpido cuando estaba pensativo mientras buscaba soluciones para las confrontaciones bélicas que regularmente debían enfrentar.

Como el mejor, más obediente y avezado militar, se juntó de pies y quedó inmóvil, tal como había obrado el otro grumete unos momentos atrás, erecto cuanto le daba el escaso metro veinte mientras aguardaba a que el capitán lo advirtiera y le hablara.

Al cabo de un par de minutos, al fin Gérard inclinó el rostro. Al ver al joven, sonrió con algo de ternura, aunque de inmediato se puso serio; no era correcto que lo tratara como a un niño, por algo se había enrolado en el barco como grumete, y no le cabía duda de que el muchacho llegaría a capitán gracias a lo responsable que era en sus tareas.

—Buen día, grumete Manuel.

—¡Buen día, mi capitán! El contraмаestre pregunta si hay nuevas órdenes.

—Dígale que no, continuamos derecho hacia Madagascar sin hacer escalas en ninguna isla. Infórmele que le avisaré cuando haya algún cambio. Y llame al artillero, avísele que lo requiero de inmediato en el puente.

—¡Correcto, mi capitán!

El niño hizo el saludo y, luego, corrió hacia donde se encontraba su superior. Cuando el encargado de las armas llegó a él, Gérard le informó que debía aprestar la artillería.

—Estamos en vísperas de un posible abordaje. Si no he sido mal informado, en pocas horas tendremos el avistamiento de dos naves inglesas de piratas —anunció y la última palabra la dijo con un dejo de evidente desprecio.

* * *

El resto del día lo ocupó en hacer las cartas marinas y controlar las provisiones con el escribano y el despensero. Cuando terminaron, comprendieron que pronto tendrían que reabastecerse de frutos frescos, además de volver a llenar los toneles con agua dulce, porque la lluvia caída dos noches atrás no había sido tan copiosa.

Al mediodía, Spencer le había acercado un cuenco hondo de hojalata con un poco de guiso bien caliente, como más le gustaba al capitán. Él lo disfrutó y lo acompañó con medio litro de vino.

Ya casi al anochecer, cuando la tripulación entonaba la última canción de la tarde y se aprestaba a descansar, el vigía de proa exclamó:

—¡Tierra a la vista! Y dos naves con bandera inglesa por la amura de estribor, a diez millas náuticas de distancia.

Al escuchar la voz del marinero, Gérard se puso tenso y tocó el sable que tenía enfundado y le colgaba de la cintura. La flama guerrera le brotó desde el alma cuando una determinación poderosa lo embargó; había llegado el momento del siguiente choque. Entonces le gritó a la tripulación:

—¡Pronto tendremos zafarrancho, mis marineros! Todos prepárense para dar pelea —exclamó y levantó el espadón hacia el cielo—. ¡Allá vamos, por ti, patria argentina!

En el puente, cada uno de los tripulantes respondió con aullidos de victoria. En esos corazones primaba la veta nacional y no dudarían, de ser necesario, de dejar el último aliento por el país que los había cobijado. Estaban listos para dar batalla, para luchar por mantener la independencia como principal objetivo.

CAPÍTULO 2

Temprano, aún antes del amanecer, *La Liberté* era puro trajín. En cada rincón de la fragata se respiraba la ansiedad por la próxima confrontación. Nadie había dormido ni descansado; en vez, una energía arrolladora los invadía por completo y los llevaba a añorar el momento del enfrentamiento.

Los marineros se acomodaron un poco la ropa arrugada y se estiraron en otro de los tantos desperezos. Al saber que al día siguiente tendrían batahola, se habían mantenido alerta y exaltados. Apretaban los puños y los soltaban, cerraban las mandíbulas, mascullaban improperios y se sentían envalentonados mientras se daban ánimos para salir victoriosos de la trifulca. De todas maneras, no existía temor alguno en sus pensamientos, ya que al estar lado del Demonio de los Mares, el éxito del cometido estaba asegurado.

Se ataron los pañuelos alrededor de las cabezas, orinaron por la borda y después levantaron los escasos bártulos, esos que habían dejado sobre cubierta cuando se fueron a dormir. Al entonar el canto de bienvenida al día, ya estaban listos para limpiar el piso, porque sabían que, después, el sacerdote daría la misa seca. El mar, probablemente contagiado con la inquietud de los marineros, se encontraba encrespado y arisco, razón por la cual la misa se realizaría sin consagración de vino por temor a perderlo en una oleada brotada de las aguas bravas que llegaban desde mar adentro.

Asistió toda la tripulación, bajo pena de no recibir ese día su ración de alcohol.

—Deben pedir por la victoria de la próxima cruzada —les ordenó el capitán.

Mientras más voces hicieran el clamor, mejor pronóstico tendrían.

A las apuradas, tomaron un desayuno frugal compuesto por las consabidas galletas mojadas en agua salada, ajo y algo de queso.

Luego, el oficial de turno comenzó a impartir las directivas.

Los temples estaban visiblemente alterados; la tripulación de *La Liberté* no podía quedarse quieta. Los hombres hacían chanzas, se provocaban, golpeaban lo que tenían más cerca o se palmeaban entre sí, caminaban de un lado al otro sin sentido coherente y gritaban o reían demasiado fuerte. Todos sabían que habría zafarrancho, lo podían sentir en el ánimo inquieto no solo de sus compañeros, sino en el de los superiores. Eso los llenaba de nuevos aires de entusiasmo, ya que hacía demasiado tiempo que se despertaban con las mismas monótonas tareas, día tras día.

—¡Sí! Batahola, acción.

—¡Guerra!

—¡Sangre!

—Al fin nos batiremos a duelo con el enemigo.

—Yo necesito sangre nueva en mis manos.

Algunos afilaban los sables, otros acomodaban los cajones con las balas, probaban que las troneras se abrieran, limpiaban las bocas de los cañones y, principalmente, controlaban que se encontraran muy bien asegurados con cadena, porque, si un arma de ese calibre quedaba suelta dentro de un navío en movimiento, el peligro era inminente y las posibilidades de naufragio estaban casi aseguradas; al moverse de una amura a la otra con los balanceos del barco, con todo ese enorme peso, podría golpear contra el casco y provocarle enormes agujeros.

—¡Sajones malditos! —bramaba alguno en un momento de descanso al tiempo que escupía.

Esa jornada, por voluntad del Señor, la fragata de Gérard se las vería con los cogotudos ingleses, hombres a quienes detestaban abiertamente por sus excesivos modales afectados y los rostros de continuo asco que ponían al encontrarse con los criollos.

—*Argentines! Dirty people!*

Los consideraban demasiado toscos, chapuceros y espontáneos, elocuentes en exceso, insoportablemente vitales en el comportamiento e imbuidos de excesiva intensidad en los impulsos.

—*Argentines, exaggerated in their concepts!*

—*My dear God!* Si parecen vivir gracias al azote de permanentes huracanes.

—¡Y son indolentes y perezosos! —exclamaban.

Los sajones no llegaban a entender por qué esa gente tenía demostraciones exageradas en cada uno de sus actos o directamente se apoltronaban y ni siquiera un yunque podía moverlos.

Los ingleses, por el contrario, cuidaban los modos cada segundo de la vida, eran fríos, casi insensibles y en exceso hipócritas en las actitudes. Todo lo cual, por lógica, provocaba fricciones entre ambos grupos y los volvía mutuamente intolerantes.

* * *

Gérard sabía que tenía el derecho de visita a las naves extranjeras y, en esa oportunidad, aprovecharía ese beneficio al máximo para inspeccionar en detalle cada centímetro del par enemigo. Antes de atacar, quería espiarlos, estudiarlos y analizar los medios de represalia y defensa que tenían. Él aseveraba que cualquier batalla estaba a medias ganada si se conocía a fondo al contrincante y si le encontraban los puntos más débiles.

Además, aunque no menos trascendental, era que debía verificar si de verdad portaban negros en las bodegas; no quería cometer el error de encontrarse con que los dichos de su amigo habían sido falsos y, en realidad, la flota inglesa no cometía desmanes contra los malgaches. Pero lo dudaba, ya que conocía muy bien la escoria de seres que eran.

Esa mañana se vistió con las mejores galas militares que tenía, se puso la camisa más blanca, una con *jabot* en el cuello, mangas anchas y puños con volados, un chaleco y encima la chaqueta con charreteras y botones de metal brillantes. El pantalón ajustado le calzaba hasta debajo de la rodilla y tenía medias largas. Por último, se colocó el sombrero tricornio. Tampoco podía olvidar ceñirse el sable a la cintura.

—Tome, mi comandante, están listas —dijo el paje Manuel, quien había lustrado las botas de media caña hasta dejarlas destellantes como el mismo sol.

Luego se iniciaron las maniobras tempraneras tendientes a acercarse con extremo cuidado a las naves inglesas. Al entrar en aguas poco profundas, cerca de la orilla, las olas se calmaron, lo que resultó una aproximación simple y precisa.

Una vez ubicados a pocos nudos, el francés ya estaba listo para actuar.

—*Voilà*, mis marineros. Estamos preparados —dijo y sonrió complacido ante el inminente abordaje.

Luego de desayunar, hizo lanzar una chalupa al agua y, junto a dos marineros y a su escribano, fue a dar una vuelta por las embarcaciones que *La Liberté* tenía hacia ambas amuras.

La fragata se veía esbelta, como una dama señorial que se contoneaba estoica entre las macizas corbetas de la escuadra sajona, las cuales se notaban algo antiguas. Aun así, el francés sabía que eran poderosos elefantes de guerra que en ese momento se mecían inconmovibles ante el vaivén de las ondas oceánicas. Lo cual, por supuesto, no lo amedrentó; él basaba los éxitos en el ingenio y no en la fuerza.

Al arribar con el bote y abarloarse a una de las enormes naves, Gérard se presentó ante los capitanes de las corbetas y, después de hacer los saludos pertinentes y conversar con palabras sueltas, porque ninguno de los dos bandos parecía conocer demasiadas palabras en el idioma del otro, pidió permiso para subir a la corbeta con ánimo de visita.

Al no poder negárselo y a pesar de no caerles nada simpático que un extranjero desconocido abordara su flota, los ingleses le concedieron el acceso a la cubierta de cada uno de los poderosos navíos; poderosos por la cantidad de velamen y armamento que tenían, ya que, en realidad, eran pequeñas fragatas cuya objetivo específico era el de ser usadas como buques de confrontación.

Pesaban alrededor de quinientas toneladas y contaban con una artillería de veinte cañones en dos líneas diferentes, eso lo comprobó Gérard con solo echarle una ojeada al casco y luego al puente, que relucía tanto como sus mismas botas. Sabía además que esos barcos llevaban una tripulación – muchos de los cuales eran soldados avezados– de aproximadamente cien personas. Le llamó la atención que esos barcos todavía surcaran las aguas, porque, a raíz del enorme costo que requerían para ser construidos y la cantidad de robles que se necesitaban para armar el casco resistente, habían sido reemplazados por embarcaciones más ligeras y livianas, como la suya.

Cuando pisó el puente de la primera, con gesto serio se colocó las manos enguantadas tras la espalda y las unió. Avanzó así con la frente apretada en gesto de concentración y comenzó a recorrerlo.

Tenía el porte altivo y no emitió palabra alguna. De un disimulado vistazo, evaluó la artillería de a bordo, que era imponente, por cierto, y tal lo que había calculado al avizorar las porta troneras con un catalejo. Luego se asomó por una escotilla abierta, que daba a la bodega principal, y observó dentro aún sin decidirse a bajar. El pestilente aroma que emanaba de allí era de verdad espantoso y amagó con hacerlo desistir de continuar la inspección.

En mal inglés, con porte recio y mientras se mordía la rabia para que no se le notara en el semblante, preguntó si acaso llevaban esclavos negros. El contramaestre lo observó desconfiado.

—¿Por qué lo pregunta?

Gérard había tenido la precaución de no delatarse. Al no izar la bandera de corsario argentino y reemplazarla por el escudo de sus parientes franceses, esos ingleses no podían adivinar sus verdaderas intenciones.

Cuando escuchó la pregunta del oficial, se tragó las maldiciones y las ganas de responderle con una certera estocada en el vientre, una que le dejaría expuestas a las gaviotas las roñosas tripas de ese mal hombre, y solo sonrió.

¡Te has vuelto hipócrita, viejo lobo!, se dijo.

Después expresó en voz alta:

—Porque estoy interesado en llevar conmigo algunos negros sanos, los requiero para trabajar en la tabacalera de mi cuñado en Brasil —informó y por dentro rio ante tan descarada mentira, dado que no estaba casado ni tenía parientes políticos.

—Disculpe —dijo el hombre, más relajado—. Justo este lote es para transportar a tierra brasilera. De todos modos, lamento informarle que ya está colocado de antemano.

—Aun así, ¿podría verlos? Desearía evaluar el estado de salud que tienen. Si me interesan y los veo fuertes y sanos, es probable que baje yo mismo a reclutar algunos... elementos —dijo y fingió un tono despectivo.

Pero ¡cuánto le costaba contenerse!, pensó. La mano se le abría y cerraba en el mango de la espada y le faltaba apenas un pelo de determinación para soltar el tropel desbocado de su furia para clavarla entre las costillas de ese desalmado cretino. ¡Qué hermosa vista era imaginarlo revolcado sobre el piso de ese navío!

—Adelante —dijo el oficial y le abrió la puerta de la escotilla para que el indeseado visitante pudiera echar un vistazo.

Gérard descendió con lentitud mientras aguardaba a que los ojos se le acostumbraran a la penumbra de la bodega y a que la nariz no lo hiciera darse vuelta.

Al ver mejor, la escena que encontró una vez más casi lo hizo estallar de impaciencia, la que a esa altura de la inspección primaba sobre todos los sentidos.

Lo primero que lo recibió fue un vaho fétido, todavía más penetrante que aquel que había olido en la escotilla abierta, y surgía de la carne en descomposición y de las evacuaciones intestinales de los miserables humanos que eran obligados a permanecer hacinados allí dentro. A medida que avanzaba por la fila de entablonados que mantenían a los cautivos recostados y encadenados unos encima de otros, con un mínimo espacio entre madera y madera, volvió a apretar el sable y cerró los ojos.

¡Cálmate, viejo lobo! Solo así podrás ayudarlos. Sabes bien que el futuro de estos miserables seres depende nada más que de ti, se repitió.

Debía contenerse si pretendía ganar esa batalla, entonces era menester continuar con la parodia.

Una vez que percibió las diferentes sombras en la atestada bodega, las sensaciones se le potenciaron. Eran una mezcla de todo aquello que le resultaba más desagradable imaginar, ¡y estaban apenas en el inicio del trayecto hacia suelo brasileiro! Esas personas seguirían así hasta llegar a destino: los de más arriba defecarían y orinarían sobre los que se encontraban debajo.

Sin duda, la mitad moriría y agradecería al cielo por ello. Los que consiguieran arribar vivos, lo harían con las defensas quebradas y el cuerpo por completo debilitado, lastimado y, tal vez, mortalmente enfermos.

Avanzó entre los prisioneros con la cabeza ladeada y algo encorvado, porque el techo era demasiado bajo y no podía mantenerse erguido. Vio a algunos que vomitaban: los más golpeados, probablemente porque se habían resistido al ser atrapados; los menos, miraban sin parpadear hacia el tormento indescifrable del oscuro porvenir.

Con la ira contenida que le revolvía el estómago, tragó saliva varias veces y volvió a aspirar hondo. Sabía que aún no había llegado el momento de rebelarse, debía pasar por indiferente, cobarde e insensible. Debía contenerse, guardar la bronca para cuando le fuera útil, porque si demostraba ser enemigo de esos ingleses, entonces lo masacrarían sin piedad ni preguntas. Así, le cercenaría a esas devastadas almas la única posibilidad que tenían de ser salvadas.

Se agachó e hizo como que inspeccionaba los músculos del brazo de uno de ellos. Detrás suyo sabía que estaba el oficial inglés y que le estudiaba en detalle cada una de las acciones y reacciones; si llegaba a sospechar sobre sus escondidas intenciones, sin duda sacaría la espada y lo atravesaría con ella sin preguntarle si esa resolución era acertada o no.

—¿Qué le parece?

Gérard apretó los labios, se incorporó y asintió.

—Me parece que están en buen estado, sanos y enteros. Excelente remesa. Algunos no llegarán a destino, pero la mayoría será muy útil. Este negocio es interesante, lástima que ya los tenga comprometidos. De otro modo, podríamos conversar sobre mi intención de hacerme con algunos.

¡Mentira!, pensó, no estaban sanos ni enteros y la mayoría moriría en altamar para ser devorados por los peces del océano y sin jamás recibir santa sepultura.

Volvió a inclinarse y, al ver que el oficial inglés se le adelantaba, regresó sobre sus pasos y se dispuso a salir cuanto antes de ese infierno; entonces, como de pasada, Gérard le susurró al oído al negro que tenía más cerca:

—*Je retournerai* —le dijo en francés, idioma popular en la isla de Madagascar.

Sabía que con que uno solo entendiera el idioma, seguro comprenderían el mensaje. No era la primera vez que le tocaba lidiar con esa gente sumisa y esperaba que esas simples palabras les dieran ánimos para resistir hasta que él volviera para liberarlos.

Por un segundo, antes de incorporarse otra vez, miró los ojos del negro y le sonrió; en ellos halló un brillo nuevo, una chispa de esperanza que antes no estaba ahí. Bien, se dijo, había conseguido infundirle un poco de valor.

Revisó la otra nave para cerciorarse del lamentable equipaje humano que llevaba y de las poderosas armas de defensa con las que contaba. Después, con cortesía y mientras agradecía la amabilidad de haberle permitido visitarlos, se despidió de los capitanes para regresar a su nave.

Antes de irse, y como de pasada, le comentó a los oficiales sajones que su gente descendería a tierra para buscar agua dulce.

—Debemos reaprovisionarnos con algunas frutas y agua —dijo serio— y también recorreremos los villorrios en busca de esclavos para llevarle a mi familiar.

Aunque sus intenciones eran bien distintas.

* * *

Apenas puso un pie a bordo de la fragata, con voz ronca comenzó a dar órdenes.

—Esos malnacidos no se saldrán con la suya. ¡Los barreremos como piojos! Les raparemos las asquerosas cabezas y los despellejaremos. ¡Ni los tiburones desearán saborear su pervertida carne! Contaminarán el océano. Aun así, lo haremos. ¡Ni uno solo quedará vivo!, ¿entendido? Tienen permiso para masacrar al enemigo sin piedad alguna.

—¡Así se habla, mi capitán!

—¡Nos hacemos eco de sus palabras, mi comandante!

Gérard habló en reunión cerrada con varios marineros y les dio precisas directivas sobre lo que harían.

Para disimular, hizo bajar tres chalupas cargadas con los toneles vacíos. Sobre ellas, viejos marineros remaban con porte tranquilo y despreocupado. Sin embargo, desapercibidos y perfectamente disimulados, debajo de las gruesas lonas iban los hombres más valerosos y fuertes de la fragata, armados con todo lo que encontraron dentro de *La Liberté*.

Los botes viraron en una saliente y desaparecieron de la vista de la flota inglesa; cuando llegaron a una ensenada calma, los guerreros ocultos dejaron el escondite. Agachados, cargados con rifles, sables, espadas y cuchillos, se dirigieron tierra adentro para esperar la orden del capitán.

Los marineros a bordo de las chalupas todavía remaban para continuar con la supuesta labor de simples recolectores de agua dulce y comida, cargaron los barriles con líquido y recogieron sabrosos frutos silvestres de las plantas tropicales que abundaban en esa tierra. A su paso no encontraron ni un solo habitante; de seguro habían huido tierra adentro luego de la injusta invasión inglesa. Por último, regresaron al navío mientras silbaban bajo y con aire ausente.

Los que habían quedado a resguardo, detrás de las lomas, aguardaron a que se hiciera de noche, momento en el que Gérard les anunciaría sobre el asalto a la flota enemiga. La señal ya había sido acordada.

—Miren, *stupid marines!* —exclamaron los sajones al ver a los viejos navegantes que remaban con esfuerzo hacia la fragata francesa—. *Completely idiots!*

Pensaron con sarcasmo a qué capitán se le ocurría tener semejantes vejstorios entre la tripulación.

Spencer, que guiaba una de las chalupas, sonreía y pensaba ¡qué bien le caía el haber salido a distraerse!, aunque en *La Liberté* los acontecimientos fortuitos y cotidianos siempre renovaban los aires en su interior. Después apresuró las braceadas, ya que en la fragata debían de tener hambre y sed y estarían expectantes por las noticias que les llevaban.

* * *

Las horas transcurrieron demasiado lento. Gérard iba de un lado a otro sobre el puente, se sentaba, se paraba, ansioso en extremo sin poder contener las ganas de gritar ¡zafarrancho! y con ello poder atacar de una buena vez a los petulantes ingleses que tenía a ambas bandas.

Observó esperanzado a la luna, que se ocultó detrás de espesas nubes, y se sintió complacido; el hecho de poder contar con las sombras le auguraba una mejor victoria en la contienda. ¡Perfecto!, pensó, nadie percibiría a la gente cuando llegara a los barcos enemigos.

En *La Liberté* apenas habían quedado unas pocas personas más los grumetes que aún eran demasiado jóvenes como para que el capitán les permitiera aventurarse a nadar por el mar, trepar por el casco de los navíos que atacarían y luego pelear contra soldados mucho más experimentados y fuertes que ellos.

De los viajes a la Patagonia, durante los cuales visitaba a su querido amigo Jacques, Gérard había aprendido varias triquiñuelas. Una era que los tehuelches arrojaban flechas encendidas contra aquellos objetos que pretendían incendiar, estrategia que en esa ocasión le sería muy útil.

Cuando la noche se cerró, el capitán francés hizo encender una linterna en la palomera más alta de *La Liberté*, además de las dos linternas de babor y estribor, que eran rojas y verdes, respectivamente. Esa era la señal acordada y, al divisarlas, sus subordinados en tierra supieron que ya era la hora. Todo se encontraba preparado para el ataque sorpresivo.

—Estamos listos —exclamó Gérard.

Lleno de excitación, se aseguró la espada a la cintura y volvió a encasquetarse el sombrero tricornio.

En la playa, los marineros se metieron con sigilo al agua y, mientras trataban de guiarse por la esquiva luna que entraba y salía de una nube a la otra, comenzaron a nadar hacia los barcos ingleses. Solo portaban armas de

contacto físico. Los rifles, esos que habían llevado por si acaso los sorprendían en tierra, habían quedado en la orilla, imposibles de ser utilizados porque se les mojaría la pólvora en el trecho que hacían a nado hasta las corbetas. En verdad, no los necesitaban; eran hábiles con las armas que no hacían ruido alguno porque les daban mayor libertad; podían atacar y pasar desapercibidos frente al enemigo, incluso si estaban a pocos metros.

Tenían orden de subir por los cabos de las corbetas y deslizarse dentro del puente para degollar a cuanta persona se les interpusiera en el camino y limpiar el área de soldados y marineros enemigos. Sabían hacerlo, eran expertos en escaramuzas silenciosas, en devastar al oponente con pequeñas bribonadas de entre casa, en debilitarle el poderío y deshilarle el frente cerrado para luego hacerle huecos en la fortaleza militar.

Gérard había hecho encender un fuego junto al palo mayor y una a una prendió las flechas para entregárselas a los pequeños grumetes; eso sí podían hacer los aprendices de marineros.

Los muchachos apuntaron hacia el velamen, distante a unas pocas yardas, listos para soltarlas. Él, mientras tanto, con la otra mano acercaba un pabito encendido y prendía la mecha del cañón que un rato atrás había direccionado hacia el enemigo. Luego aguardó, esperaba el agudo chillido de uno de los marineros que era versado en imitar los sonidos de las aves.

El hombre, en ese momento, se encontraba a bordo de una de las naves enemigas. Cuando lo escucharan desde la fragata, significaría que los puentes estaban limpios de enemigos y podían atacar. Recién en ese instante el capitán daría la orden de zafarrancho.

* * *

Pero la noche avanzaba y el esperado chillido no se escuchaba. Gérard había corrido el navío unas pocas yardas, a la distancia perfecta para que las balas de los cañones dieran en el blanco, por eso no podía ver gran cosa. El aire se encontraba inmóvil, silencioso, repleto de una estática que podía percibirse con solo tocar los remaches de los aparejos.

Los minutos transcurrían y todo continuaba igual. Gérard frunció el ceño y comenzó a preguntarse si algo había salido mal; ¿le habrían fallado los marineros?, ¿dónde diablos estaba su gente?

A veces pensaba que escuchaba un quejido ronco, un leve aullido o el roce desacompañado de un bulto que hacían eco sobre las ondas marinas más superficiales. Pero el oído podía engañarlo y eran los acostumbrados sonidos del mar.

Entonces, el largo y esperado grito por fin le llegó a los oídos.

Espiró aliviado, y la sangre le hirvió en las arterias; todo el cuerpo, cada fibra de su maciza estructura se encontraba dispuesta a dar guerra, listo para hacerle aflorar la estirpe endiablada, esa misma que lo había hecho enrolarse como corsario de los mares, la misma que lo había marcado con el apodo de “Demonio de los Mares”.

En ese instante supo que los hombres ya estaban en las naves enemigas, que les habían cortado el cuello a los vigías que estaban en el puente y a cuanto inglés se les había cruzado en el camino.

—¡Al ataque, mis marineros! ¡Zafarrancho, zafarrancho!

Con decisión, acercó más la antorcha a la mecha del cañón que ya tenía preparado y la encendió. Al mismo tiempo que la bala pesada de metal salía disparada y recorría la distancia que la separaba de una de las corbetas, los jóvenes lanzaron las flechas.

—¡Zafarrancho! —gritó de nuevo con voz poderosa y alzó el sable hacia el cielo—. ¡Al ataque, mis fieles compañeros!

La batahola que se armó fue infernal. La calma de la noche fue súbitamente quebrada y el festival de luces y estallidos tronó en el escenario de la ofensiva, lo que hizo enardecer los corazones de los soldados, tiritar de terror a los más temerosos y obligar a esconderse a los animales salvajes que se encontraban en la orilla malgache.

Entonces levó ancla, izó las velas y las tensó al máximo para luego acercarse a toda velocidad a la flota negrera. Su fragata podía no ser tan impactante, pero era increíblemente rápida en el mar.

Confiados en que, para cuando los ingleses se dieran cuenta de que el elegante navío se les iba encima, ya no tuvieran tiempo de abrir las troneras para activar los cañones ni tampoco lo tuvieran para izar velas y así cambiar de dirección para colocarse de flanco. Lo planeado por Gérard se había cumplido. Los británicos habían perdido valioso minutos y las armas más pesadas no les servirían en esa contienda.

Una vez que estuvo cerca, el francés abarló *La Liberté* a la embarcación mayor. Varios marineros tiraron planchadas de nave a nave y apenas pusieron los pies sobre la cubierta del navío enemigo iniciaron una lucha cuerpo a cuerpo.

Gérard se enfrentó con un oficial inglés, el mismo que lo había recibido con tanta atención y le había mostrado el cargamento de esclavos.

—*Stupid argentine!* —le gritó al mirarlo a la cara; ahora que *La libérté* había cambiado la bandera entendía todo.

Por toda respuesta, Gérard se detuvo un segundo para hacerle una sonrisa torcida y, mientras se medían con odio, fijó los ojos verde agua en los azules del sajón al tiempo que mantenían los sables cruzados.

—He regresado, pero *au revoir, imbécil!* —dijo el Demonio y luego extrajo la daga y se la clavó en el bajo vientre sin dejar de mirarlo ni de sonreírle—. Esta es por todas las que hiciste en tu vida, maldito. ¡Ni el mismo

infierno te recibirá contento! —Y solo después de verlo caer inerte atacó a los demás—. ¡Por Argentina y la libertad de los esclavos! —gritaba a medida que atravesaba ingleses con la espada curva.

Los chillidos, exclamaciones y disparos ensordecían el entorno. La corbeta era un verdadero infierno; sin embargo, el Demonio nada veía más allá de su propia furia, estaba demasiado enojado por el avasallamiento cruel de esos extranjeros, razón que le dominaba la rabia y le manejaba los movimientos.

Su barco continuó hacia el otro acorazado y se le volvió a abarloar. Luego de arrojar cabos con garfios en los extremos, la escasa tripulación que aún permanecía en *La Liberté* se unió en un duelo mano a mano. Una vez frente a los soldados ingleses, los valerosos criollos se enfrascaron en una disputa personal mientras reverberaban toda la flema apasionada, toda la saña hacia esos destemplados hombres que tenían delante. Recién concluyeron la tarea cuando ejecutaron a cada uno de esos malditos engreídos.

—¡Para que aprendan! —gritó uno.

—¡Aquí va mi golpe maestro! —exclamó otro.

Los asombrados sajones nunca imaginaron tanta determinación en esos sucios y mal trazados argentinos, ¡si hasta su aliento era mortal! ¿Acaso eran producto del averno? ¿Engendros maléficos salidos del mismo vientre de Lucifer?

El cielo se había encendido con las innumerables fogatas originadas en los barcos enemigos y las velas caían una a una, quemadas por las llamas.

Algunos marineros, la mayoría de ellos eran bravos italianos, no satisfechos con haber aniquilado casi por completo al enemigo, cortaban de un solo golpe de sable los cabos, rasgaban las velas y luego arrojaban las telas sobre los soldados. Luego iban hacia la artillería, tumbaban la pólvora

que se encontraba en barriles, cerca de los cañones, y le prendían fuego, lo que producía un caos lo bastante espectacular como para confundir por completo a los pocos enemigos que aún quedaban en pie.

Bramaban, blasfemaban, rugían y mostraban los dientes en una abierta actitud de desdén y autosuficiencia; y cuando conseguían una nueva victoria, por ínfima que fuera, se golpeaban el pecho y aullaban con intermitencia para exteriorizar la energía que habían contenido durante demasiados días, entonces se sentían vitales, felices por probar su arrojo y destreza una vez más.

No hubo necesidad de ostentosos ni largos duelos. Al término de tanto griterío exasperado, los mínimos soldados ingleses que aún permanecían un tanto enteros, sorprendidos ante la diversidad del ataque y, al ver que si no se entregaban serían masacrados sin piedad alguna, tal como les había sucedido a sus pares que yacían destripados sobre cubierta, optaron por rendirse de inmediato, entregaron las armas y se pusieron a disposición de su hábil contrincante. Esperaban que él fuera piadoso con ellos sin pensar que tal vez los trataría con menos clemencia que aquella con la que ellos habían tratado a los infelices negros que se encontraban en las bodegas, seres que aguardaban aterrados la definición del ataque, imposibilitados de actuar y mucho menos de escapar.

CAPÍTULO 3

Pero Gérard no se había hecho la fama de hombre implacable solo porque sí; el Demonio de los Mares, de blando y maleable, no tenía nada.

Apenas la confrontación concluyó, él fue de la primera nave a la siguiente para evaluar los destrozos y a quiénes valía la pena rescatar. A los heridos los haría atender por el médico, siempre y cuando se dejaran doblegar y quedaran bajo su mando. También hizo subir en dos chalupas a los oficiales de rango que aún estaban vivos. Luego, los obligó a remar hacia alta mar.

—¡Vamos! *Out, go away!* Aléjense cuanto les den los brazos —exclamó y les hizo gesto de ir hacia mar abierto—. Y les aconsejo que lo hagan rápido —concluyó con una sonrisa irónica.

Al escucharlo, a ninguno de los marineros de *La Liberté* les llamó la atención y permanecieron quietos; algunos sonrieron, otros levantaron las cejas y unos pocos no demostraron emoción alguna. Desde el instante en que Gérard había decidido atacar a la flota inglesa, la suerte de la tripulación de ambos navíos estaba echada.

Ignorantes de su destino, los prisioneros espiraron aliviados e iniciaron la huida mientras remaban con desesperación y abrían distancia entre el bote y su vapuleada nave; pensaban que el capitán francés les había concedido la oportunidad de salvarse. Pero cuando los tuvo a distancia de cañón, sin miramientos él mismo encendió las mechas y les disparó varias balas para asegurarse de que la chalupa se hundiera y la tripulación pereciera, aniquilada por los disparos o tragada por el mar.

Uno de ellos asomó la cabeza y braceó con angustia hacia unos tabloncillos sueltos que habían quedado como restos del alboroto. Gérard, sin inmutarse ni impacientarse, le sacó el rifle a su oficial, le apuntó y le disparó.

—Por las barbaries cometidas —exclamó impertérrito.

Unos minutos más tarde, no quedaba nada más que algunos restos dispersos, producto de la reciente batalla, que flotaban silenciosos entre las ondas marinas.

Cuando el escenario se hubo calmado, Gérard miró hacia la tripulación y rio con fuerza; la justicia otra vez había primado sobre la barbarie humana. Alzó el brazo con el sable ensangrentado y lanzó un poderoso grito de triunfo; su gente le respondió frenética de alegría, jubilosa por estar bajo el mando de semejante líder.

—¡Hemos vencido al enemigo!

—¡Aleluya!

—¡Vivas por nuestro capitán!

A coro gritaron las exclamaciones de agradecimiento.

Después, el francés limpió la larga tanto la afilada daga como la espada y las enfundó. Mientras se dirigía escaleras abajo y se adentraba en el mismo casco de la corbeta donde se encontraba, dio la orden de abrir las tapas y los enjaretados de las escotillas. Era imperioso hacer entrar aire nuevo a las bodegas, además de atender a esas personas sin pérdida de tiempo.

—¡Vamos, apúrense, las vidas de esos pobres desahuciados depende de la velocidad con la que nos ocupemos de ellos!

Spencer, el cocinero de *La Liberté*, hizo lo suyo y envió botes con comida. Él mismo subió en uno para atender a los prisioneros y darles de beber cuanto antes y después de comer. Además, quería inspeccionar las provisiones de las

embarcaciones capturadas.

Mientras se hacía lugar entre los cadáveres, el desquicio, los elementos rotos de todo tipo y la humareda provocada por los pequeños incendios que aún permanecían vivos, Gérard se dirigió hasta una sala que se encontraba junto a la bodega principal; era el lugar más seco y aislado del navío. Sabía que allí debía encontrarse el armamento y se ocupó en evaluarlo. En ese momento, los marineros le trajeron a un hombre. Lo empujaban con la culata de los rifles, lo maldecían y se burlaban de él; solo dejaron de molestarlo cuando ya se encontraban delante del capitán.

—Lo hallamos en el camarote del castillo de popa —dijo uno de ellos—. Se escondía como un perro temeroso.

Al escucharlo, Gérard se dio vuelta apenas y lo miró.

—¿Y eres...? —le preguntó.

—*I am the doctor of the two ships.* —Se trataba del cirujano.

Temblaba cuando respondió; era evidente que se sentía tan aterrorizado que no podía articular bien las palabras. Tenía la chaqueta militar desabotonada, un ojo negro, magullones por todas partes y el aspecto general era de mucho desarreglo; en el brazo, un feo corte le sangraba profusamente.

—Me coloco bajo sus órdenes, su excelencia, soy el cirujano de a bordo, médico profesional recibido en la universidad de Oxford —dijo con voz algo insegura y en un acento español.

Gérard lo observó de costado con los ojos entornados mientras evaluaba la veracidad de esas frases. Se preguntaba si podía servirle, si le sería útil en algo o si, mejor, lo masacraba y lo arrojaba al océano para que formara parte de las algas flotantes.

—¿Su nombre?

—William Holmes, su excelencia —dijo y se llevó la mano a la frente para saludarlo a la manera militar.

—¡Por favor, deje ya las sonseras y tantas palabras adulatoras, hombre! —respondió despectivo y ya impaciente—. Con que me diga “capitán” o “comandante” está bien. —Entornó los ojos que se le volvieron de acero—. Detesto las adulaciones, se lo advierto.

—Sí, mi capitán —respondió el doctor mientras tragaba fuerte.

—¿Dice que es médico? ¿Y estaría dispuesto a colaborar, a atender la salud de los pobres desgraciados que tenemos en las bodegas de estas corbetas?

En esas preguntas había una razón oculta: si el hombre titubeaba o Gérard le observaba en el semblante incluso el más mínimo gesto de repugnancia o desagrado, entonces simplemente lo atravesaría con el sable y terminaría el asunto. No quería complots ni amotinamientos a bordo, inconvenientes innecesarios y eludibles; además, su espada vivía ensangrentada, la limpiaría una vez más sin inconveniente alguno.

—*Of course!* ¡Por supuesto, capitán! Son seres humanos como cualquier otro —dijo sin dudar William.

Gérard entonces optó por darle unos minutos de su más esmerada atención, por lo que se dio vuelta y lo enfrentó mientras se llevaba la mano a la barbilla para estudiarlo mejor. Sabía que su mirada intensa encogía hasta al más poderoso y la utilizaba con maestría. También debía tenerse en cuenta que Gérard medía casi dos metros; y el pobre doctor, apenas uno sesenta. Sin embargo, ese hombre que tenía delante, sin petulancia alguna, se la mantuvo y lo miró con sus ojos celestes, casi transparentes, en un despejado gesto casi inocente.

—¿Es realmente tan considerado o es un muy buen actor? —Lo observó un poco más y al final carraspeó—. No sé por qué, pero me agrada, Holmes. Por el momento lo mantendré entre mi gente. —Luego se puso serio, se acercó a él hasta tenerlo a casi diez centímetros bajo el rostro y masculló entre dientes—: Ahora debo advertirle que mi mano es ligera y, si tengo la más leve sospecha de que fabula contra mí, le prometo que, sin explicaciones de por medio, lo arrojaré a los tiburones. Los que siempre se encuentran hambrientos, se lo afirmo.

—Sí, mi capitán —terminó por decir el médico, mientras por dentro se persignaba. Esperaba nunca tener que enfrentarse a la rabia de ese francés porque sin duda perdería.

—Puede dedicarse ya mismo a lo que le concierne —le ordenó y lo despachó con un gesto de la mano. Después se dirigió a su gente—. Traigan algunos faroles. Usted, doctor, atienda a esas sufridas personas. Muchos de los prisioneros necesitarán de sus conocimientos.

—Ya mismo, su... —Y ya iba a decir “excelencia” cuando recordó no llamarlo así—: Mi capitán.

—¡Vaya, vaya! Desaparezca, *out, out!* —le dijo inquieto y fastidiado al tiempo que volvía a hacer un ademán con la mano para alejarlo—. Ya me ha cansado ese extremo formalismo, parece un caballero de la Edad Media frente a un virrey. Y de paso —agregó— atiéndase el brazo cuanto antes. Así sangrando como está, no me sirve para nada.

* * *

Apenas comenzó a amanecer, los negros que se encontraban encerrados en las pestilentes bodegas fueron ayudados a salir y conducidos al puente para que tomaran aire fresco y puro.

De inmediato, el veterano Cornelio, el experimentado médico de *La Liberté*, ducho en enmendar las consecuencias de las trifulcas callejeras y de bodegón, se sentó con los instrumentos de medicina sobre la escotilla de cada navío y los atendió uno a uno, con prioridad a los que estaban más enfermos. Cuando terminaba en un sitio, iba a la nave siguiente, donde revisaba también a los marineros accidentados y golpeados de la fragata de Gérard.

Transcurrida la jornada, increíblemente los dos médicos se habían entendido de maravillas, a pesar de que el modoso doctor inglés y Cornelio más diferentes no podían ser; aun así, en su profesionalismo, aunaron conocimientos en pos de mejorar a los débiles malgaches. Holmes era limpio, hermoso hasta el escándalo, pequeño y educado; Cornelio era regordete, sucio, pésimo en su aseo personal, maloliente, malhablado y bruto, pero, entre los dos, pudieron mejorar la condición de los enfermos.

Suturaron las heridas de los combatientes y a los huesos quebrados les colocaron sendos tutores. A los negros les dieron agua y alimento; y, a los más delgados y sufrientes, les hicieron tomar un jarabe que les daría más energía a sus maltrechos cuerpos. Además, a aquellos que tenían vómitos les dieron de comer carbón.

Algunos malgaches se quedaron en cubierta para restablecerse y los más, esos que se encontraban en mejor estado, pudieron bajar a los botes para ser devueltos a su tierra de origen.

Ubicado sobre el puente con un tazón de café entre las manos, Gérard observaba los chinchorros que se dirigían hacia la costa, escena que le provocaba mucho placer. Los rostros de los liberados se habían iluminado con nuevas esperanzas, llenos de alegría por haber recuperado la vida que habían estado a punto de perder dentro de esas bodegas cerradas y fétidas. ¿Qué mejor recompensa que esa podía esperar por sus esfuerzos y los de su noble gente?

Cuando ya nadie quedaba en las cárceles improvisadas dentro de las corbetas, le pidió a un oficial que inspeccionara una última vez los recovecos de los navíos.

—Cerciórense de que no se les haya pasado nada por alto, ni personas, ni armas ni mercadería, lo que sea.

—Sí, mi comandante.

Uno de los grumetes dio la última inspección y recorrió hasta los más ocultos rincones de ambos barcos. Nada podía pasárseles desapercibido, nadie podía quedar a bordo, porque, si había armas escondidas, sería potencialmente peligroso. También podía suceder que aún permaneciese alguien entre las pilas de bultos de todo tipo, alguien a quien todavía no habían descubierto porque se encontraba desvanecido o enfermo o que se escondía por las dudas.

Al poco rato, el grumete llegó a toda velocidad, sin aliento, y se paró frente al capitán. Hizo la venia y, sin esperar permiso para hablar, se apuró en decir:

—¡Mi capitán, mi capitán! Hay una mujer muerta en la bodega.

—¿Estás seguro, Manuel?

—¡Por las barbas de nuestro Señor en el cielo, se lo aseguro mi capitán! Muerta está.

Gérard dejó de darle las nuevas instrucciones al oficial y lo siguió de inmediato, bajó de a dos los escalones de la bodega y luego corrió hasta el depósito para ir hacia donde el muchacho le indicaba.

Lo había conducido hasta el espacio más seco de la embarcación, allí donde los alimentos podían permanecer comestibles durante más tiempo, alejados de la humedad y del salitre que tanto corrompían.

—¡Doctor! —gritó a su paso por el cerrado y aún maloliente espacio—. ¡Doctor! —insistió, pero al ver que ningún médico le respondía ni se encontraba cerca, miró al grumete y lo mandó a buscarlo—. Llama ya mismo a William Holmes y a Cornelio, ¡díles que vengan a ver!

El médico inglés llegó de inmediato al mal ventilado cuartucho donde se encontraban los víveres y tuvo una primera impresión de lo que allí había; el cuerpo que el marinero acababa de descubrir estaba tirado detrás de los toneles con conservas, mucho más escondido y oculto que el de los demás negros y disimulado a la perfección porque llevaba prendas oscuras y era muy pequeño, casi como el de un niño.

—Traiga un farol, grumete —le ordenó Gérard al muchacho cuando lo vio regresar con el doctor, ya que en ese rincón no se podía ver gran cosa—. Esto parece un féretro —se quejó, bastante ofuscado. En ese espacio cerrado, tan enorme y alto como era, de verdad se asfixiaba.

Al tiempo que lo esperaban, y una vez que se acostumbraron a la penumbra del lugar, el médico y el capitán se agacharon sobre el bulto inmóvil. Apenas el grumete llegó con la lumbre, Gérard se la pidió.

—Dame la luz. Veamos qué tenemos aquí.

—Parece un cadáver.

—Cierre la boca, William, usted es demasiado suelto de lengua, lo prevengo. ¡No atraiga a los malos espíritus, hombre! —exclamó enojado.

Una vez más, al inglés se le estancó la respiración. ¡Vaya que era bravo y de pocas pulgas el capitán de *La Liberté!*, pensó.

Al iluminar el rincón, se encontraron con el espectáculo casi angelical de una niña mujer con piel oscura, de no más de trece años, quien se encontraba acurrucada entre los trapos y demás artículos de la despensa, enroscada, con las rodillas junto a la cabeza y la espesa cabellera que le cubría el rostro. Parecía desmayada o... ¡No, Gérard se negaba a pensarla muerta!

Luego le corrió los largos y encrespados mechones para despejarle las mejillas. Durante unos segundos quedó junto a esa muchacha inerte mientras la observaba con extrema ternura. ¡Era tan hermosa! Tan diminuta y delicada, pensó. La tocó apenas, pero nada. Luego la sacudió un poco y tampoco hubo reacción alguna.

—¿Estará...? —inquirió el médico, sin atreverse a continuar la frase por temor a recibir otra reprimenda.

Era evidente que así parecía y, al sospecharlo, a Gérard la rabia le inundó el pecho una vez más y lo hizo mascullar palabrotas.

Sin perder tiempo ni aguardar a que el doctor la revisara mejor, le quitó los trapos que la cubrían y le disimulaban el cuerpo. Luego la alzó, la subió a cubierta y, al tiempo que ascendía, se dijo que era demasiado liviana, si hasta se le hacía que tenía menos edad de la que le había calculado en un principio. Una vez en el puente, la dejó sobre el piso de madera y la cubrió con su chaqueta, ya que recién en ese momento notó que estaba completamente desnuda. Se preguntó si le habrían arrebatado la ropa para violarla o si los ingleses la habrían encontrado así; después de todo, los malgaches solían andar sin ropa alguna. ¿Qué necesidad había de cubrirse si el calor por esas latitudes era casi siempre inclemente?

Durante un instante se detuvo a contemplarla para estudiarla mejor. Tenía el cabello negro y largo, ensortijado como una maraña de arbustos salvajes, y le cubría el cuerpo como si apartara su desnudez de las miradas obscenas de los marineros curiosos. En un acto automático, una vez más, él le corrió con delicadeza un mechón y le despejó el rostro, lo que le dejó al descubierto los labios carnosos y rojos, la nariz chata, unos enormes ojos sombreados con espesas pestañas, un mentón descarado y la frente curva. Las orejas diminutas eran dos alas de libélula que asomaban apenas de entre la mata de cabello enredado.

—¡Dios! —exclamó—. ¿Podía existir criatura más preciosa?

William llegó detrás y se acercó más a ella, la revisó a conciencia de los pies a la cabeza y, mientras lo hacía, negaba desconcertado con la cabeza.

—¿Sucede algo? —le preguntó el capitán.

—No lo comprendo.

—¿Qué no entiende? Está muerta, ¿verdad? ¡Qué lamentable pérdida! Tan joven...

—No, esta muchacha solo se encuentra dormida. Porque, por lo que veo, no tiene nada, no que yo sepa. Respira tranquila; el pulso es normal —informó y se echó hacia atrás para sentársele al lado—. Todos mis conocimientos médicos se han dado contra una muralla infranqueable, no puedo descubrir su misteriosa dolencia. Está dormida, lo cual es increíble.

—¿Dormida?

—Eso es. Si lo desea, llamamos a Cornelio para que corrobore mi diagnóstico.

—Quizás tomó algo para desmayarse y así no sentir el ultraje que le hacían.

—No creo, no ha sido abordada sexualmente. Aunque, a lo mejor, usted tenga razón: puede haber tomado algún brebaje para alejarse del terror, de la vergüenza.

Los médicos eran personas no solo con conocimientos de medicina, sino que además solían ser instruidas en cuestiones generales en las que podían reconocer situaciones mentales, miedos, alegrías, relajación o nerviosismo con apenas una mirada. Esa sapiencia se basaba más en su propia experiencia e intuición que en haberlo aprendido en alguna universidad. Las recetas curativas en general se circunscribían a enemas, purgas, jarabes y sangrías con los que se trataban casi todas las enfermedades; sin embargo, en ese caso en particular, nada de eso funcionaría y solo la percepción podría servirles.

—¿Qué debemos hacer?

El inglés meneó la cabeza.

—Supongo que esperar. En algún momento despertará.

Gérard, impotente e insatisfecho con la opinión de ese inglés, ordenó que llamaran a su propio médico. Quería una segunda opinión.

Pero, cuando Cornelio llegó al lado de la joven y la estudió, con su característica franqueza solo exclamó:

—¡Está casi muerta, capitán! No hay nada que hacer. —Se rascó la barba y luego lo miró y le preguntó—: ¿La subimos a una chalupa y se la devolvemos a su gente? —Como Gérard nada le respondía, continuó—: Sería lo mejor, ¿no le parece? No queremos que, después, nos culpen de su muerte, que sobrevendrá en el momento menos pensado.

William volvió a menear la cabeza aún desconcertado.

—No sé si morirá. Para mí, está dormida, nada más —replicó; aquello era justo lo que quería creer.

Ambos profesionales aguardaron a que Gérard tuviera la última palabra, y él no lo dudó.

—Llévenla a mi cuarto y déjenla sobre mi cama. Si está dormida, ya despertará.

—¿Y si muere?

—¡Eso lo veré cuando ocurra! Asunto concluido —bramó.

Se incorporó, regresó junto al timonel para atender otros asuntos e hizo reunir a la tripulación que quedaba de las dos naves secuestradas.

—Tengo que hablarles de inmediato. Organícenlos para que vengan a la fragata ya mismo. Esto no puede dilatarse más, estamos entre dos naves que en cualquier momento, si no nos ocupamos de las roturas, terminarán por hundirse.

—¡Ya mismo, comandante!

Una vez que los tuvo alineados frente a él, mantuvo una seria conversación con ellos.

—O me obedecen y se colocan bajo mis órdenes o los fusilo. Pueden elegir.

Lo cual no daba mucho espacio para el debate, razón por la cual, los marineros optaron por secundarlo, ya que a todas vistas era lo más sano. También, y, aunque no quisieran reconocerlo aún, antes que andar a la deriva con las tripas expuestas era muchísimo más interesante y entretenido el estar de parte —y al lado— del Demonio de los Mares, apodo que acababan de conocer al intercambiar unas pocas palabras con los italianos que trabajaban en *La Liberté*.

Gérard dejó al contramaestre y al segundo oficial al mando de las naves inglesas. Hizo transportar a ellas a los calafateros y herreros para que se ocuparan de los daños y los compusieran; también mandó al escribano, hombre culto y muy letrado.

—Usted tendrá mucho trabajo por hacer en los próximos días. Debe confeccionar listas minuciosas de cada objeto que hay en las embarcaciones sajonas, inventariar la artillería, los víveres, muebles y vajilla de a bordo.

El escribano, junto con el contramaestre y el oficial segundo, era de la máxima confianza de Gérard: los tres sabrían llevar muy bien la organización y la navegación de los navíos.

Después ordenó transportar a su fragata los mejores y más exquisitos víveres que los hombres encontraron en las corbetas y con todo ello se dio un festín junto a su gente.

—¡Por el éxito de las siguientes contiendas!

—¡Éxito, mi capitán!

—¡Bravo!

Los miró. Se merecían esa celebración; habían liberado a casi cuatrocientos hombres de una muerte segura o de una vida repleta de tormentos interminables.

CAPÍTULO 4

Amaneció con el cacareo desafinado de uno de los gallos que iban a bordo de *La Liberté*, el más entero y vital de las varias aves que se encontraban allí.

—¡Malditos pajarracos! —gritó un marinero mientras se rascaba la cabeza y le arrojaba lo primero que encontró a mano, lo que provocó que la jaula donde el animal se encontraba cayera de costado y desplumara un poco al bicho—. ¡Todavía no debes chillar! Estamos de fiesta, ¿no lo notaste, pajarraco?

La tripulación aún tenía sobre las sienes la resaca de la noche anterior. A los marineros les dolía la cabeza y no estaban para soportar gritos destemplados del tipo que fueran.

Gérard se movió apenas en el lecho. Había pasado una mala noche, muy mala. Aparte de la borrachera que lo había atrapado desprevenido porque estaba desacostumbrado a tomar tanto, la muchacha africana que tenía junto a él se había sacudido como espantajo en huida, lo había pateado y empujado fuera de la litera como si solo le perteneciera a ella. En respuesta, y para no golpearla a su vez, él se había corrido más y más hasta terminar acurrucado en el borde, por lo que durmió muy incómodo pegado contra el tabique de madera.

En ese momento, de pie frente al lecho, la miró y la notó aún dormida, despatarrada mientras ocupaba todo el espacio y le dejaba al enorme Gérard apenas un poco de... ¡De nada!

—*Bon sang!* —exclamó y se tomó la frente al tiempo que se colocaba las calzas—. ¿Acaso esta joven jamás despertará? ¿Cuándo recuperaré mi litera?

Lo había cansado tanta pataleta y trompazo sin sentido, parecía que la muchacha libraba una batalla interna contra monstruos invisibles que la habían acosado durante la noche entera. Seguro que recordaba vivencias de cuando los ingleses los habían atacado y atrapado para subirlos a los navíos.

Todavía parado, miró hacia abajo y notó que faltaba la alfombra. La muchacha probablemente había tenido frío y en alguno de los repetidos entresueños había recogido una piel de guanaco que él usaba como capa cuando las temperaturas eran demasiado bajas. Esa manta de piel solía dejarla a los pies, un detalle que el francés también le había copiado a los patagones.

Caminó con tambaleos, hizo los dos pasos que lo separaban de la puerta de su camarote y la abrió.

—¡Qué tranquilo está esto!

Una densa niebla lo recibió, bruma que los mantenía en el más perfecto aislamiento y estáticos. Lo único que se oía eran las suaves olas que chocaban con intermitencia contra el casco de la nave.

Salió un poco más y miró hacia los guardias de turno. Los marineros se encontraban en sus lugares, uno en popa y el otro en proa. Al verlo, levantaron levemente las manos y lo saludaron. El timonel también estaba en su puesto detrás del enorme timón, aunque poco tenía para hacer, aparte de bostezar y aguardar a que la nube baja se disolviera y les permitiera avanzar.

—¿Todo en orden?

—Todo en orden, mi capitán —respondieron los tres.

Miró la cubierta y notó que los demás dormían aún sin siquiera percibir que la densa bruma los mojaba.

—Bien. —Como al parecer no había nada importante por hacer ese día, quizás podía dormir por lo menos una hora de corrido. Una bendita hora compuesta de sesenta preciosos minutos.

Regresó sobre sus pasos, entró al camarote y cerró la puerta tras de sí. Miró de nuevo a la joven y se dijo que sería fantástico sacarla de la litera y arrojarla fuera de las sábanas.

Volvió a observarla. ¿Y si lo hacía?, se preguntó. La idea era tentadora.

—¡Sí que lo haré! —exclamó.

La cosa fue muy fácil de llevar a cabo. La levantó, todavía envuelta en la gruesa piel, y la depositó sin mucho cuidado sobre el piso.

—*Tu ressembles a une hare en fuite* —expresó cuando la dejó en el suelo. Liebre en franca huida, eso parecía la muchacha.

Harto de sentirse ajeno en su propio espacio personal, Gérard pensó que la elección que acababa de hacer era la correcta. ¡Y él que creía que la intrusa dormiría apenas un par de horas y luego querría regresar con los suyos! En cambio, ya habían pasado casi veinte desde que la descubrieron en el depósito de la corbeta. ¿Cuánto más pensaba dormir? ¿Despertaría alguna vez?

Un ligero estremecimiento de ternura lo invadió, entonces se agachó y la cubrió mejor con el quillango. Al hacerlo, ella se despertó y comenzó a mirarlo con unos ojazos negros muy abiertos. Luego, inmóvil y sin reacción, giró los ojos y pasó a estudiar cuanto la rodeaba; observaba con detenimiento y sin parpadeo alguno cada centímetro del estrecho cuarto donde se encontraba, seguro sin comprender nada de nada.

En un momento había estado atrapada en una marisma asquerosa, oscura y mal ventilada con más de dos centenares de compañeros, hacinados, sofocados de calor y malos augurios, y al segundo siguiente se encontraba en un cuarto que, aunque estrecho, se notaba limpio y bien aireado, dormía en una abrigada y suave piel, y nadie parecía querer molestarla. Además, ese gigante que tenía casi encima se veía afable y atento. ¿Qué milagro había acontecido?

Gérard se sentó en la litera, adoptó un aire ceremonioso. Con voz grave, mientras hacía una ligera venia le dijo:

—Gérard Deprieux, comandante de *La Liberté*, a sus órdenes.

Primero lo dijo en español y luego en francés.

Al escucharlo hablar en el segundo idioma, ella sonrió.

—*Eh bien, hare mara* —dijo él, más aliviado—. Parece que comprendes.

—¿Mara? —preguntó ella.

—Sí, es una liebre grande que abunda en las estepas patagónicas de Argentina.

—Tú, Gérard —dijo y lo señaló—. Yo, Nandi.

—¿Te llamas así? —le preguntó en francés, porque parecía que ella lo entendía a la perfección.

—Sí, yo Nandi. —Se sentó sobre la piel, mecánicamente se pasó la mano por la cabellera para aclararse la frente y la visión y se miró el cuerpo—. ¿Estoy desnuda? ¿Por qué? —preguntó medio en español y mitad en francés mientras se cubría los pechos con la mano.

—Te encontramos así, no te impacientes. Toma —dijo él y estiró el brazo para entregarle una de las camisas que se encontraban sobre la cajonera—. Puedes ponértela, no me hará falta.

Ella la tomó; sin embargo, no hizo ademán alguno de colocársela. Para la joven africana, el hecho de vestirse o andar desnuda era irrelevante; en cambio, sí era importante saber qué le había sucedido. Se encontraba demasiado asombrada y bastante intranquila. ¿Qué hacía allí, junto a ese gigante desconocido? ¿Qué había pasado con el resto de su gente y dónde se encontraba en ese momento?

—¿Qué es este lugar, dónde estoy, sigo prisionera? —inquirió.

Lo último lo expresó bastante desconfiada aunque sin temor alguno ante el imponente físico de quien estaba delante.

—Estás en mi fragata, *La Liberté*, y soy un corsario bajo el mando del gobierno argentino. Y no, no eres mi prisionera. ¿Tienes otra pregunta? —replicó él, casi divertido con los aires de reina que portaba la diminuta muchacha. ¡Por todos los cielos, si era apenas un simulacro de espantajo!

Como ella todavía estudiaba todo y parecía no querer seguir con la conversación, él se desentendió del asunto y se ocupó de vestirse. Si no tenía el privilegio de poder dormir, entonces saldría del camarote para iniciar las tareas de ese día.

Cuando estaba por abrir otra vez la puerta, ella reinició el cuestionario.

—¿Y por qué ya no estoy más presa? O tú me también me engañas y eres mi carcelero, lo cual sabes disimular muy bien o, por lo menos, mejor que esos rubios antipáticos —exclamó y movió la mano con desdén.

Gérard lanzó una de sus características risotadas al aire.

—No eres mi cautiva. En cuanto a los malditos ingleses... —dijo y la voz se le volvió ronca mientras una punzada de odio le recorría la boca—. Esos cretinos están muertos, los pasé por mi sable. Ahora son alimento de los tiburones.

Esa fue la primera vez que Nandi demostró un atisbo de temor.

—¿Y mi gente? ¿Dónde se encuentra mi gente? —inquirió y comenzó a incorporarse, dispuesta a buscarlos.

Él la tranquilizó.

—No te inquietes, ellos han regresado a tu tierra. Eres la única persona que sigue a bordo de mi nave.

La joven agachó los ojos y se detuvo a pensar por qué ella aún permanecía entre esos extranjeros, por qué no la habían liberado, igual que a los demás. Se preguntó si acaso se había convertido en la esclava de ese hombre que tenía delante porque, después de todo, ya había notado que se encontraba encerrada en ese diminuto cuarto dentro de una nave extraña.

—¿Y por qué sabes hablar en español? —le preguntó él al advertir su miedo e inquietud.

—Mi madre era empleada de una familia venida España —respondió la joven, como distraída; porque en realidad ya pensaba en cómo haría para escapar de las manos de ese francés—. Ellos se radicaron en el sur de África y la llevaron a trabajar a su mansión —expresó en mal español.

—¿Y por qué no están ahora con esas personas?

Ella se alzó de hombros y nada respondió. Se había puesto de pie y lo observaba desde su lugar sobre la piel mientras se cubría un tanto con ella. En la mano todavía le colgaba la camisa que le había entregado Gérard, sin decidirse a ponérsela.

Él la estudió con más detenimiento y se asombró una vez más de su completa y perfecta belleza natural. ¿Espantajo? ¡No, señor! Más bien era igual a una mariposa silvestre, bella, pura. Tenía una nariz abierta que se movía de continuo como el hocico de un perro, los labios pulposos eran rojos como una cereza, los ojos inmensos, interminables, oscuros y profundos se parecían a la más negra noche; el cabello le nacía en lo alto de la frente amplia, casi demasiado atrás, y se revolucionaba en una escandalosa cascada de cortina rizada en tono azabache que le llegaba hasta debajo de las rodillas.

—¡Quiero tomar agua, orinar, comer y asearme! —estalló de improviso y colocó los brazos en jarra, por lo que la piel se le cayó y quedó por completo expuesta en su desnudez.

—¡Por supuesto, *madame!* Si hace como ochenta días que duermes. ¿Cuándo fue que te desmayaste? ¿Qué misteriosa pócima tomaste? ¿O fue el exceso de alcohol lo que te dejó así, tan muerta en vida? —replicó él, sin dejarse intimidar por las repentinas exigencias de esa niña.

—¿Ochenta días? —preguntó asustada y casi a punto de lloriquear.

—Es un decir. No tengo idea de cuánto hace que estás desvanecida. Nosotros ya te encontramos así en uno de los espacios de las bodegas de los navíos enemigos.

Ella abandonó los aires altivos, se sentó sobre la litera, levantó las rodillas y apoyó el mentón. A Gérard, un aliento magnético lo inundó entero y lo hipnotizó, ¡se la notaba tan desprotegida! Él, el poderoso titán de los mares, el inclemente corsario que arrasaba sin piedad al enemigo y lo masacraba hasta volverlo hilacha, de pronto se sentía sobrecogido por un cálido anhelo. Quería abrazarla, cobijarla, acariciarle la salvaje melena para aquietarle el espíritu desolado.

Imbuido en esa rara sensación de enajenación, le observó sin disimulo alguno la escondida naciente de las bellas piernas y advirtió un tenue vello que le cubría el rincón de su sexo. Los ojos de agua clara se le quedaron prendados de semejante vista.

¡Qué extraordinaria pasión le brotó, incontenible, y le atropelló todos los sentidos! En ese instante, sus instintos cambiaron y un solo pensamiento le ocupó la cabeza: quería poseerla, hacerla suya.

Imbécil!, masculló él y se esforzó por frenar el ímpetu avasallador que lo acometía.

Pues ¡qué caray!, se justificó luego. Ella era una moza; y él, un hombre entero, ¿cómo no iba a sentir ese cosquilleo en el bajo vientre? Ladeó la cabeza y un suspiro tenue le brotó desde el fondo del corazón. ¡Cuánto hacía que no estaba con una mujer!

Entonces la miró de un modo mucho más sutil, repleto de ganas de... ¿Y si...? No, de inmediato se sacudió la apetencia de encima. ¡Por Dios, hombre, si es apenas una chiquilla!, se dijo.

Ella continuaba con la mirada perdida, tal vez metida en tristes o alegres remembranzas.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó al tiempo que iba hasta la baulera.

—Catorce, ¿por qué?

—Porque tengo que buscarte ropa adecuada —mintió y comenzó a revolver dentro del enorme cajón.

Bueno, tan niña no era, pero su cuerpo diminuto y su busto incipiente la hacían parecer mucho más joven.

Sacó unas calzas negras que a él ya le quedaban chicas, una camiseta blanca, que se notaba había disfrutado de tiempos mejores porque se encontraba algo raída, una chaqueta en vivos tonos confeccionada en seda brillante y un pañuelo azul furioso.

—Toma, ponte esto. También es probable que necesites un cinto o una faja para que el pantalón no se te caiga. Además, supongo que te quedará largo. Puedes arremangártelo, si no, te lo pisarás. En un momento le pido a mis grumetes que te alcancen un par de botas. Las mías —se las mostró— te quedarán un poco grandes.

Ella miró de reojo, ajena a lo que le entregaba, y se limitó a recibir el bulto sin estudiarlo siquiera, sin hacer ademán alguno de colocarse esas prendas. Después de todo, ¿qué le importaba a ella si se vestía o no? Su vida

transcurría en la más completa desnudez, al igual que la de todas sus amigas y familiares. Entre su gente no era costumbre el cubrirse el cuerpo, ¿para qué?

—¿Dices que mis compañeros regresaron todos a sus moradas?

—Están en tierra, ya fueron liberados ayer.

—¿Quién los salvó?

—Mis hombres —dijo él con simpleza y sin darle mayor relevancia al tema—. Luego te traerán algo para comer y beber. ¿Deseabas orinar, me dijiste? ¿Quieres que te deje sola?

—¿Y mi gente? —insistió ella.

—Ya te dije que está en tierra.

—¿No puedo regresar con los míos? —preguntó Nandi con inocencia y se puso seria. Intuía que continuaba prisionera y, por más que ese extraño la tratara bien, eso no la tranquilizaba ni le agradaba en lo más mínimo. Lo sentía en el corazón, él se comportaba de un modo distante y eludía ciertas preguntas.

Al escucharla, el francés se detuvo; esas palabras le provocaron un repentino escozor en el pecho y lo obligaron a enfrentarse a las preguntas de la muchacha. ¿Irse de su lado, no volver a verla, nunca más tenerla en el camarote? ¡Claro, eso le pedía ella! Era muy lógico.

No, por supuesto no. Quiero que se quede, pensó, por lo menos durante unos pocos días. ¿Por qué? Porque le agradaba, por eso. Reconoció que comenzaba a tomarle el gustito a tenerla cerca, pero ¿cómo, en nombre del cielo, podría retenerla?

Era indudable que esa niña era hermosa, intrigante, bravía y cándida a la vez y él quería estudiarla completa, de los pies a la cabeza, sin olvidar su centro, la primordial llamada de su corazón exigente.

Bueno, si quería que permaneciera con él, entonces algo debía inventar, y rápido.

—Tuviste un desmayo, mis médicos te revisaron y todavía no pudieron encontrar el origen de tu inconsciencia.

Ella volvió a alzarse de hombros.

—Sí, suele suceder.

—¿No crees que será mejor que ellos te controlen durante algún tiempo? —dijo con voz algo anhelante mientras deseaba que la muchacha accediera a quedarse con él—. Me parece que sería lo correcto. ¿Qué apuro tienes por regresar?

Él la tomaba como a un precioso juguete, raro, inusual, caro y extraordinario y quería tenerla cerca suyo por unas semanas. Después la dejaría ir, porque era muy probable que, como le sucedía con todo lo repetido, terminaría por cansarse de ella. Recién en ese momento, y no antes, decidiría si la devolvería a su lugar de origen.

Al escuchar esa sugerencia, en vez de acceder, la joven se puso tensa. Ese hombre la engañaba, pensó, no había que ser demasiado despierta para percibirlo; pretendía esclavizarla, tal como habían hecho los hombres malos con su gente días atrás.

Sus ojos comenzaron a moverse como un lince en busca del espacio de huida y los músculos se prepararon para correr. Una vez lista, Nandi hizo un veloz movimiento, saltó fuera de la piel y se dispuso a escapar o a atacarlo, aunque sabía que las fuerzas eran muy desiguales y que, en una confrontación, ella perdería. Pero, como le decía su padre, el elemento sorpresa era imprescindible y podía llevar a una inesperada victoria.

Sabía que ese hombre no la dejaría partir; el hecho de volver a sentirse cautiva la enloquecía: ella era viento y marea, fuego y agua, cielo y tierra, todo junto. Y por cierto, nada de eso se parecía a lo que ese extranjero le proponía con esas enroscadas palabras.

—¡Yo partiré de inmediato! —dijo y abrió los labios para mostrarle los dientes muy apretados.

Él se dio vuelta, dejó de acomodarse los puños de la camisa y la observó con el ceño fruncido, algo divertido ante el inesperado arrojido de la joven. ¿Qué demonios pretendía esa salvaje muchacha?

Ella estaba con las piernas separadas, las manos desplegadas con las uñas dispuestas como zarpas, la mirada de tigresa encerrada que le refulgía en el rostro y por completo desnuda. La cabellera le cubría buena parte del cuerpo y le envolvía los pechos con un tul de mechones que le dejaban entrever los pezones oscuros. Allá abajo, una incipiente sombra le disimulaba el sexo adolescente y el diminuto rayo solar que entraba por la claraboya le daba un tono brillante a la piel morena.

¡Señor, qué preciosa estampa!, pensó. Al verla tan espectacular, el mismo dolor inconfesable al pensar que podría perderla le penetró las costillas. ¿La dejaría ir así sin más?

¡Bello diamante sin pulir!, se dijo. ¡Qué buen desafío sería domarla!

Entretenido con esa elocuente actuación y bastante consternado por tanta bravura y osadía, Gérard decidió seguirle el juego. Abrió la puerta, hizo un ademán con el brazo para que saliera y la dejó pasar. Sabía que no podría ir a ninguna parte y menos desnuda como estaba. Ella se encaminó hacia la salida, pero él la previno.

—Será mejor que te vistas antes de exponerte a la mirada de los marineros, ¿no te parece?

La muchacha giró, regresó y tomó con brusquedad las prendas que Gérard le ofrecía y que le colgaban de la mano. Se las colocó sin dejar de mirarlo y, al comprobar que la calza le quedaba demasiado amplia, con una daga que encontró sobre el mueble cortó el cordel que sostenía la cortina en la diminuta claraboya de la puerta y con ella se rodeó la cintura.

Así vestida y con porte de león furioso en miniatura, se encaminó otra vez hacia la salida del camarote. Gérard, mientras tanto, había cruzado los brazos y la observaba muy relajado, dispuesto a disfrutar de la escena que le esperaba a la muchacha.

Pero todo terminó demasiado rápido, porque, al pasar por el vano de la puerta, Nandi trastabilló, se enredó con las bocamangas de los improvisados pantalones y cayó de bruces sobre la cubierta. En ese momento, el perro terranova que acompañaba cada una de las excursiones de *La Liberté*, y cuya morada era la bodega del mismo barco, se asomó curioso por la escotilla para observarla. Al pensar que ese era un nuevo juego, bonachón y jovial fue hacia ella y, con rostro gentil, le acercó los dientes expuestos. Pero el can no tuvo en cuenta que su cabezota era cuatro veces la de Nandi y junto con su pelaje espeso en tono gris noche parecía un monstruo salido del mismo infierno.

Ella lo vio acercarse mientras llevaba consigo los vahos malolientes de la bodega húmeda. Quedó sin reacción, demasiado aterrorizada como para actuar. Tirada como se encontraba sobre el puente, juntó aire, tensó los músculos y lanzó un grito agudo. Al mismo tiempo, se echó hacia atrás y comenzó a gatear en reversa, aunque, al hacerlo, se golpeó la cabeza contra la pared del alcázar.

El repentino dolor, más el susto que le había provocado el gigante mastín, fue supremo, por lo que se desvaneció otra vez. Gérard la vio caer laxa hacia un costado.

—¿Y ahora qué le ha sucedido? —preguntó y miró hacia el cielo con impotencia—. Esta joven me va a enloquecer.

Terminó de colocarse a las apuradas la segunda bota y fue hacia ella mientras llamaba al médico.

—¡No otra vez! —exclamó, ya con algo de inquietud—. ¡Doctor Holmes! La joven ha vuelto a desmayarse.

CAPÍTULO 5

¡P or favor!, pensó, en esa ocasión alarmado de verdad. ¿Qué le sucedía a esa muchacha? Y mientras la levantaba para poder conducirla a un lugar más tranquilo y cómodo donde él pudiera atenderla, el guardia de turno que estaba en proa gritó:

—¡Una canoa por la amura de estribor!

Gérard se detuvo y miró hacia donde el marinero le indicaba. A pocos metros del barco, se acercaba una piragua con varios hombres de piel oscura a bordo y, detrás, a mayor distancia, varias embarcaciones más del mismo tipo. Por los atavíos coloreados y ostentosos del primer bote, Gérard supuso que debía de ser el rey de la tribu con un par de guerreros más que lo escoltaban.

Cuando estuvieron junto al barco, por señas elocuentes pidieron permiso para subir.

Él, todavía con la muchacha desmayada entre los brazos, la colocó sobre uno de los hombros, le cubrió los glúteos como pudo con la larga cabellera y con la mano libre hizo ademán para invitarlos a que amablemente pisaran la cubierta de su navío.

—¡Sean bienvenidos! *Montez à bord!* Suban, suban nomás —dijo en español y en francés.

Los recién llegados, luego de los extensos saludos de rigor, le hablaron en mal francés; sin embargo, se hacían entender y comprendían lo que el capitán les decía. Entonces le explicaron que no querían molestarlo en absoluto, que

su presencia se debía a que deseaban agradecerle por haber salvado a su gente y después hicieron un gesto hacia las piraguas que se les acercaban, las que se encontraban repletas de frutos y licores fabricados con productos del lugar.

El jefe nativo vio a Nandi dormida sobre la espalda del capitán y meneó la cabeza con desaliento.

—Ella está enferma, muy enferma —dijo.

Gérard, que dudaba aún sobre conservarla en *La Liberté* o devolverla, al escucharlo supo que tenía la excusa perfecta para que la niña permaneciera a su lado durante un tiempo.

—Si usted me lo permite, él es médico —dijo y señaló a William—, un brujo de otra tierra que sabe cómo curarla.

El doctor lo miró y agrandó los ojos con desconcierto. Estaba a punto de abrir la boca para explicar que no tenía ni idea qué dolencia podía padecer la joven y, por ende, cómo curarla, cuando vio el semblante de advertencia del capitán.

Gérard alzó las cejas: en mudo gesto le impidió hablar. Después se dirigió a las visitas y les dijo:

—Podemos llevarla con nosotros y, cuando esté sana, se la devolveremos. Lo prometo, palabra de hombre. Siempre rondamos estos mares y, en algún momento, volveremos a anclar en su isla.

Pero mientras lo decía, Gérard se maldijo una vez más por haberse convertido en un hipócrita, ¿desde cuándo estaba dispuesto, por una mujer además, a faltar a su palabra de ley?

El rey no titubeó y aceptó la propuesta; entonces le dio la mano para sellar ese pacto entre varones. Después de todo, la persona que tenía delante parecía ser un hombre honorable, ya que había salvado a su pueblo de una muerte segura y había arriesgado la propia vida y la de su tripulación para devolver a

los malgaches a donde pertenecían. Entonces ¿cómo iba a negarle que se quedara con la muchacha?, porque no era tan tonto y se daba cuenta de que el capitán se había quedado hipnotizado con la hermosa niña, intuía que pretendía conservarla a su lado por mucho más que unos pocos meses.

Aun así, y mientras meditaba al respecto, el rey se guardó la decepción; debía reconocer que era la joven más apreciada de la aldea, la más hermosa y simpática, por eso mismo su hijo la quería como esposa. Aunque, si ese hombre se lo pedía, no sería él quien le negara el privilegio de estar con la preciosa Nandi. Pequeño precio a pagar —que el príncipe tendría que resignarse a aceptar— por haberle devuelto a sus hombres.

Sí, se dijo, y observó al imponente varón que tenía delante, sin duda el francés también había quedado subyugado por la estampa hechicera de la malgache.

—Como usted diga —replicó y luego le susurró algo al oído de Nandi en su propio idioma. Si ella lo había escuchado o no, lo sabrían más tarde, cuando despertara. Luego le volvió a explicar a Gérard para qué habían ido hasta allí—: Traigo presentes de mi tribu —informó y señaló hacia las demás canoas que se acercaban detrás de la suya—. Para ustedes, en agradecimiento.

El capitán sonrió.

—Bienvenidos sean los frutos de su tierra. Sabremos apreciarlos y buena falta que nos hacen.

Permitió subir a bordo a los aborígenes que llegaban, quienes en los brazos portaban canastas repletas de comestibles de variado tipo. Eran regalos que constaban de litros de buenos licores y varios kilos de frutas frescas del lugar, incluidos los sabrosos cocos; sabrosos no tanto por su sabor dulzón, sino por el agua lechosa que contenían, la que contribuiría a paliar la sed con algo rico y refrescante.

Los recién llegados llenaron la cubierta de *La Liberté* con verduras, además de pescados y animales de granja; había, además, chivos, monos, gallinas, patos, loros y papagayos. Estos últimos graznaban furiosos y llenaron de sonidos desafinados el puente de la nave.

Los malgaches hicieron lo mismo en las otras dos embarcaciones. Se sentían inmensamente complacidos y aliviados de que Gérard les hubiese devuelto a su gente y sin pedirles nada a cambio.

Sí, reflexionó el cacique, Nandi sería un insignificante regalo ya que sin hombres, de seguro los viejos, las mujeres y los niños de las aldeas habrían quedado desprotegidos y perdidos.

Después de despedirse de las visitas y de que la comitiva subiera a las canoas y emprendiera el regreso a la costa, el capitán ordenó a la tripulación que se dedicaran de lleno a componer las roturas de los tres navíos; quería levar anclas cuanto antes, inflar velas y poner proa hacia el sur para recorrer las islas más cercanas antes de regresar a la costa argentina. En ese trayecto, además, debía cerciorarse de que ningún otro navío pirata rondara esos lugares.

* * *

Luego de controlar los daños, comprobaron que la fragata no tenía serios inconvenientes, los daños eran menores y bien podrían componerse durante la marcha. A las dos corbetas, en cambio, se les habían quebrado un par de mástiles y muchas de las velas se encontraban rifadas o quemadas. Gérard ordenó remendarlas de inmediato o reemplazarlas por las que se encontraban guardadas en las bodegas y con los palos rotos harían lo mismo, los

cambiarían por los de repuesto, esos que siempre llevaba consigo cualquier navío, porque durante las largas travesías era bastante normal que algún mástil se quebrara por los fuertes vientos, algún rayo o la corrosión natural.

—Si no encuentran con qué arreglar algo, entonces improvisen. Apenas podamos, zarparemos. Quiero continuar la navegación cuanto antes.

—Hay bastante para hacer, mi capitán —le advirtieron los calafateros y herreros.

—Ocúpense de los desperfectos más importantes, los menores los atenderemos durante la travesía.

—Entendido, mi comandante.

Después de dejar a la joven en el camarote sobre la litera, Gérard se ocupó en persona de controlar las roturas. Recorrió cada una de las embarcaciones y estudió en detalle cada falla de la estructura; lo demás lo atenderían los marineros.

Así fue cómo comprobó que podían seguir en poco tiempo, ya que lo principal, los cascos de los tres navíos, se encontraban enteros.

—Es un hecho, partiremos en pocos días. Levanten los mástiles caídos, rearmen el velamen y aten los cabos rotos. Lo demás se hará en altamar.

Él sentía una urgencia inexplicable por alejarse lo más posible de las costas nativas de Nandi. No quería admitirlo, pero temía que en cualquier momento el rey se arrepintiera de su decisión e iría a reclamar lo que le pertenecía.

Por eso, a la siesta del segundo día, todo se dispuso para la inminente partida.

—¡Leven anclas! ¡Leven anclas! —bramó desde su puesto sobre el mascarón de proa. La exaltación lo inundaba entero y le hacía exagerar los ademanes.

La orden fue transmitida a los otros dos barcos y la actividad frenética se inició de inmediato. El velamen principal de la fragata mayor, cuadrado y enorme, esa misma tarde recibió de lleno el viento franco. Crujió como si se desarmara, hinchó su estructura con lentitud y comenzó a mover a *La Liberté*. Primero despacio y luego cada vez a mayor velocidad, como si volara mar adentro y cortara el agua con su poderoso y eficaz espolón de hierro. El navío de Gérard podía no ser todo lo fuerte y bien equipado que aparentaba, pero estaba perfectamente preparado para guerrear; con esa punta que le sobresalía de la quilla, no solo era veloz para cortar el agua, sino que, además, de ser ello requerido, podía embestir a las naves enemigas y partirles el casco sin mayor esfuerzo.

Los vítores hicieron eco en cada pecho ansioso y se multiplicaron de boca en boca por la flota, entonces todos rieron fuerte. La aventura hacia mar adentro se había reiniciado.

Las naves inglesas, la *Saint Paul* y la *Saint Margot*, lo siguieron; eran más toscas, aunque igualmente imponentes desde todo punto de vista. En ese momento, estaban tripuladas por los mismos marineros que las comandaban antes de la contienda, quienes, sin titubear y en vista del resultado del enfrentamiento, se habían puesto bajo el mando del Demonio de los Mares.

Gérard pensaba cambiarles la identificación apenas tuviera oportunidad porque a las embarcaciones las nombraba como sus sentimientos; *La Liberté*, precioso nombre para su fragata.

El escribano aún estaba agitado en la confección con minuciosa pulcritud de las listas de los artículos que los barcos ingleses tenían en las bodegas. Mientras las naves hendían el mar, él, ayudado por el calafatero, el artillero y el dispensero, iba de espacio en espacio y llenaba papeles con la pluma. Su asombro parecía no tener límites, porque cuando creía haberlo visto todo,

aparecía una nueva sorpresa. Las naves sajonas estaban tan bien equipadas que conmovía notar la cantidad de elementos de repuesto que portaban en las bodegas; no solo había mástiles de reemplazo, sino también rollos enormes de cabos, hierros de todo tipo, anclas, motones, cureñas de más para cambiar las que pudieran romperse por el peso de los cañones, pastecas, herramientas de diversas medidas y tipo, remaches, metros de tela para cambiar las velas sin compostura. ¡Y la artillería!, jolgorio de los guerreros más valerosos, era simplemente magnífica: balas, fusiles, municiones, pólvora y mechas. Las balas eran de varios calibres, de acuerdo con lo que se quería tirar, ya fueran pelotas con cadena, pelotas rasas, pedernales o cabezas de clavos. Estas últimas se utilizaban con bastante eficacia para destruir a las personas; y las primeras, para romper mástiles y cascos. Entre las piezas de artillería había bombardas, bombardetas, culebrinas, morteros, falconetes y sacabuches.

Sí, se decía una y otra vez el consternado escribano, ¡cuán afortunados habían sido!, porque solo debió de ser gracias a la destreza y al ingenio del Demonio de los Mares que lograron vencer a esos ingleses, ya que con semejante artillería, casi nadie podría haber soportado y superado un ataque prolongado.

—¡Cuán bien preparadas están estas embarcaciones!

Gérard permanecía en su nave parado sobre la proa mientras observaba deleitado el ancho océano que se abría delante de ellos. Jamás le alcanzarían los ojos, ni la vida misma, para hartarse de tanta libertad junta.

Bastante más atrás, a buen resguardo en el camarote, Nandi todavía descansaba sobre la litera. Dormía otra vez el misterioso sueño de ese indescifrable padecimiento que la acosaba. ¿Estaría de verdad enferma o solo fingía? No, él no creía que fuese así, porque habría saltado cuando le sugirió al jefe nativo llevarla con él. También se habría levantado cuando los marineros liberaban a sus compañeros de la prisión asquerosa que los ingleses habían improvisado dentro de las bodegas de los galeones.

No, lo que fuera que le sobrellevaba de súbito a la muchacha, ni él ni Holmes y ni el bruto Cornelio sabían lo que podía ser.

* * *

Estaba bien entrada esa tarde y el sol calentaba el aire con rayos tropicales cuando la joven al fin apareció por cubierta. Se la notaba fresca y descansada, como si nada le hubiese sucedido horas atrás. Descalza aún y mientras se levantaba las bocamangas con ambas manos, caminó algo distraída. Sin importarle la presencia de los marineros, fue hasta el pasillo de popa, ese que se encontraba en la parte trasera del castillo, y luego de bajarse los pantalones se tomó de la baranda y orinó por entre el enrejado del piso.

Después se levantó el pantalón con una mano y se dirigió hacia el capitán. A su paso por el mástil mayor y sin pedirle permiso a Spencer, que la miró consternado y divertido a la vez, robó unos trozos de carne seca y se los llevó a la boca para masticarlos con fruición. Con la comida aún entre los labios, fue hacia Gérard; pretendía continuar con la charla interrumpida de manera tan abrupta. Algo recordaba de lo que le había acontecido, ¿había sido un monstruo peludo lo que se le tiró encima cuando salía del camarote? Miró hacia todos lados. De ser eso cierto, ¿dónde estaba?

Pero al observar con algo de resquemor hacia los lados, se olvidó de pronto de lo que buscaba y se concentró en el balanceo del piso donde estaba parada. Asombrada y muy molesta, levantó la vista, entonces comprendió que navegaban mar adentro. No se veía tierra por ningún flanco.

—¿Acaso estoy...?

¿Acaso se encontraban en altamar?, se preguntó. Por lo que parecía, así era. Aunque ¿cuándo habían dejado las costas donde habitaba su gente y por qué nadie le había avisado sobre la partida? Además, ¿por qué no se había

dado cuenta de que el barco había comenzado a avanzar?

—¿Por qué nadie me bajó a tierra? —preguntó y se paró donde el asombro acababa de pescarla. Luego, miró con desolación hacia el limpio mar que la envolvía por completo—. ¿Y ahora? —gritó con voz aguda—. ¿No era que usted no hacía prisioneros, moscardón presuntuoso? ¡Y encima, mentiroso! —exclamó sin dejar de observar las olas.

Olvidó entonces los trozos de carne sin comer que todavía llevaba entre las manos, puso los brazos en jarra y con los labios apretados caminó derecho hasta cubrir los escasos metros que la separaban de ese desalmado ser. Sus ojos eran dos bolas de brasas incandescentes.

Pero no se percató de que al soltar el pantalón bien podía volver a tropezarse y caer, por lo que llegó trastrabillando hasta él. Miró al hombre rubio que estaba de pie cerca de ella y el corazón le palpó diferente. ¡Ay, ese hombre sí que era atractivo! Digno cacique de su tribu. Salvo... ¡Salvo que es demasiado payo y desteñido!, se dijo. Y salvo por el hecho de que me tiene prisionera.

Gérard llevaba el cabello claro atado con un tiento de cuero, y algunos mechones le flotaban con la brisa, lo que les imprimía vida propia y lo que le hacía cosquillas en las mejillas aún sin afeitarse. Los anchos hombros estaban algo encorvados, tal vez porque él, en ese instante, miraba hacia abajo y porque tenía la cintura delimitada por una ancha faja de donde colgaba una peligrosa daga.

Al moverse apenas y colocarse de perfil, ella le observó el incipiente abdomen.

—¡Producto de las excesivas comilonas y los litros de mal ron! —pensó ofuscada la malgache, dispuesta a no darle ni un céntimo de crédito a ese perverso hombre.

—Veo que ha despertado, señorita —exclamó él y se dio vuelta hacia ella con los brazos cruzados sobre el pecho.

Ella siguió con exclamaciones e improperios en una diatriba interminable. ¡Vaya!, esa joven sí que era divertida; y su arrojo, increíble, pensó él.

—¿Y qué se supone que haga ahora? ¿Cómo pretende usted que regrese a mi tierra, con mi pueblo? ¿Qué maldita ocurrencia se le vino a la cabeza para alejarme de los míos? ¿Quién se cree usted que es? Un inservible capitán de barco, ladrón de los mares, insignificante, pendenciero, patán inútil, escoria humana...

Mientras hablaba, mitad en francés mitad en español, levantaba la voz, la que se le volvía más y más desentonada con notas agudas, chillonas y sentenciosas. Después, no satisfecha con sus imprecaciones de bodegón, comenzó a pegarle con el dedo índice sobre los pectorales al tiempo que Gérard la miraba irónico.

—¡Y todavía tiene el coraje de divertirse a mi costa, capitán de este barcucho enclenque!

Al escucharla decir eso último, los marineros que estaban cerca dejaron de hacer las tareas y la observaron espantados; conocían la ferocidad de su amo, el mal humor, los arranques de furia y se preguntaron por qué esa joven diminuta lo provocaba, qué insano atrevimiento le había brotado a esa criatura ignorante, ¿acaso no sabía que Gérard Deprieux era llamado “Demonio de los Mares”? Y había nombrado “barquito enclenque” a *La Liberté*. ¡Dioses de las profundidades marinas!: ¿qué remolino bestial se les iría encima?

Por fin Gérard, harto de esa cháchara sin sentido que ya le lastimaba los oídos y la paciencia, pero, sobre todo, porque acababa de escucharla menospreciar a su querida fragata, levantó la mano.

Todos los presentes contuvieron el aliento. Nandi, en cambio, continuó con esa verbosidad espantosa regurgitando barbaridades sin sentido. En un último acto de rabia, le arrojó a la cara los trozos de carne que aún conservaba en la mano.

En silencio, él la tomó de los cabellos y la levantó.

—¿Qué hace, maldito desgraciado? —gritó ella y comenzó a darle cachetadas mientras pataleaba de manera desenfrenada, suspendida en el aire.

La mano de Gérard era mucho más larga que las de ella y, en vez de palmadas, él solo percibió un leve viento que agitaba el aire que lo rodeaba.

Así levantada como la tenía, la condujo hacia un gancho en el que los marineros ataban algunas jarcias, hizo un nudo con sus mechones y la dejó allí colgada.

—En un rato le recuerdo al paje que te alcance un par de botas para que puedas calzarte —fue lo único que le dijo, ajeno por completo al sufrimiento de la joven.

La muchacha pataleó durante un momento más; sin embargo, con tanto ajetreo, el pantalón demasiado holgado terminó por caérsele. Ella calló las maldiciones y con un gran esfuerzo, porque le tiraba la frente como si mil engendros la mantuvieran apretada, miró hacia abajo hasta donde se amuchaba el pantalón sobre el piso de cubierta. La camisa de Gérard que la cubría hasta las rodillas flotó al viento, se elevó y le dejó al descubierto el precioso cuerpo.

Nandi comprendió que cada nuevo puntapié hacía que el cuero cabelludo se le pusiera más tirante y el dolor se le exacerbaba. Entonces optó por lo más saludable: por un rato debía silenciar las repulsas, quizás así, ese desalmado se dignara a desatarla.

Estiró las manos cuanto pudo para intentar llegar al nudo de la cabellera, pero no lo consiguió, y esa fue la primera vez en toda su vida que se arrepintió de tener el pelo tan largo.

Impotente, sin nada más que hacer, dejó laxos los brazos, decidida a esperar. Gérard, mientras se alejaba, de pasada le dijo a Manuel que le acercara un banquito.

—Ten en cuenta que solo pueda apoyarse en él en puntas de pie, ¿entendido?

—¡Sí, mi capitán! —dijo el grumete, divertido con el castigo que le había impuesto a esa joven chillona.

Gérard fue a ver al dispensero, quien en ese momento se encontraba en *La Liberté* atorado de tareas. Ese hombre todavía tenía mucho trabajo porque, junto con el escribano, debía pasar de nave en nave y hacer un inventario de cuantos alimentos había en ellas, además de controlar que dichas provisiones luego se racionaran de manera equitativa entre los miembros de la flota. Justo lo que hacía en ese momento, y el trabajo daba para largo.

—¿Cuánta agua fresca tenemos?

—Poca, mi capitán. En realidad, cuando bajamos con los chinchorros a la costa no cargamos mucha.

—Antes de bordear por completo la isla de Madagascar anclaremos en la orilla más austral. Allí llenaremos los toneles. ¿Y fruta, cuánta hay?

—Bastante, mi capitán.

—Recuerda que ahora son tres navíos.

El hombre hizo un cálculo grueso.

—Entonces sería conveniente que busquemos un poco más, ojalá haya cítricos, aunque lo dudo. Por estas zonas nunca he visto.

—Sí, faltan limones —dijo preocupado Gérard.

—De todos modos, por ahora tenemos mucha fruta fresca que nos acaban de traer los nativos, supongo que será suficiente. ¿Hasta dónde iremos?

—Nuestra próxima costa será la Patagonia —le explicó Gérard.

—Bien. Entonces sería conveniente llenar las bodegas —dijo el dispensero para sentirse más tranquilo.

El trayecto a través de todo el océano Atlántico era extenso.

—Perfecto —respondió Gérard.

Por las dudas, se prometió avisarle al médico de a bordo que apenas notara síntomas de escorbuto le avisara, así buscaban alguna manera de proveerse de más frutos, tal vez al interceptar algún otro barco y comprarles la mercadería que llevaban.

Luego fue a conversar con Spencer, esa noche quería alimentarse de manera frugal, ya habían tenido suficiente comilona el día anterior en el festejo del asalto y la victoria sobre los ingleses.

Atrás había quedado la muchacha, colgada de las mechas.

Ella continuaba furiosa y no sentía temor alguno hacia ese rufián de capitán. Le importaba un bledo que él hubiera salvado a su gente. En su obcecación asnal, creía que, de alguna misteriosa manera, ellos solos habrían conseguido liberarse de los malvados ingleses.

Mientras masticaba odio, se enroscaba y desenroscaba, cada tanto giraba de un lado al otro y se juraba que le haría pagar al muy desalmado por la ignominia de verse colgada como un pollo desplumado. No en vano ella se

llamaba Nandi de Contané Reyina Ajdih, y se dijo que al vengarse de semejante afrenta honraría la estirpe principesca heredada de su bisabuelo, quien una vez había sido rey de un gran sector de Madagascar.

¡Sí, señor!, claro que lo haría, se dijo.

—Te haré morder la lengua, te arrancaré los dientes uno por uno. —
¿Cómo lo haría? No tenía idea—. Te moleré a palos con mis propios brazos, te reventaré el hígado. —Y continuó con los improperios.

Los marineros que le pasaban por al lado la escuchaban, reían divertidos, convencidos de que el capitán había subido una araña ponzoñosa a la otrora tranquila fragata.

CAPÍTULO 6

Esse anochecer, aunque los marineros aún estuvieran bajo los efectos de la resaca, el sacerdote dio la misa de ese día, bastante atrasada, por cierto, ya que hasta él mismo había tomado de más.

En derredor, el panorama era espléndido; el mar estaba especialmente calmo y, por orden de los oficiales, la tripulación a pleno fue obligada a asistir. Los marineros, sin que el capitán lo supiera y todavía de juerga, habían tomado parte de los brandis y demás bebidas espirituosas arrebatadas a las naves inglesas, por eso se encontraban medio atontados y algunos hasta vomitaban por sobre la baranda de borda. Aun así, igual permanecieron estoicos, so pena de ser colgados del palo mayor, y se balanceaban inseguros mientras escuchaban con cara de bobos ausentes el sermón del sacerdote. En el *Saint Paul* y el *Saint Margot* también había curas, entonces las misas fueron completas.

Gérard había desatado a Nandi después de hacerse servir la cena delante de ella y de saborearla a su entera satisfacción, había dilatado cada bocado con el fin de que la muchacha, con hambre sin duda porque hacía más de un día que no se alimentaba, se amansara un poco y menguara los aires de gata salvaje. A él no le gustaba tener insurrectos dentro de la flota, ni siquiera si la revoltosa era una débil y esmirriada mujer. De todos modos, eso de débil estaba por verse, porque, hasta el momento, se había comportado como una hiena.

Después de comer y luego de bajarla, mientras ella se sobaba el cuero cabelludo, la tomó con fuerza del brazo y la condujo al camarote. Allí la soltó y la encerró por el resto del día.

Spencer recibió la orden de pasarle por las hendiduras de la puerta un cazo de barro con estofado.

—A la orden, mi capitán —respondió.

Pero, al hacerlo, de inmediato sintió el utensilio que se estrellaba contra la misma puerta y el contenido se esparcía por el camarote. ¡Amalaya, que era brava la moza!, pensó.

No satisfecha con ello, la africana la abrió y le lanzó un poderoso escupitajo.

—¡Esa es mi respuesta a tu comida! ¡Sabe a bazofia! —bramó y después de salivarlo agregó—: ¡Aprende a cocinar, viejo inútil!

El pobre cocinero se agachó para no recibir el gargajo en la cara. Luego caminó riendo hacia su reducto culinario mientras dudaba de la decisión del capitán de transportar material tan peligroso e inmanejable en uno de los navíos. Esa niña se las traía y suponía que les iba a dar bastante trabajo a todos. ¡Encima, los marineros siempre aseveraban que las hembras a bordo atraían la mala suerte!

Él esperaba que, con esa muchacha, la buena fortuna no se les diluyera. ¡Malos presagios se cernirían sobre *La Liberté* si eso llegaba a suceder!

Antes de bajar a la bodega para buscar un poco de frutos frescos para servir de postre, el cocinero pasó al lado del capitán y, como si necesitara de alguna orden más, se quedó a la espera. No hablaría hasta que él así se lo indicara; conocía las reglas de escalafón en un navío.

—¿Novedades? —le preguntó Gérard al terminar de tragar el bocado de guiso.

—¿Qué debo hacer? La muchacha se ha negado a comer. Arrojó el cacharro contra la puerta.

—¡Ya veo el desquicio que se debe de haber vuelto mi camarote! ¡Maldición con esa niña! —El francés masculló otro impropio y después sonrió divertido—. Métele por la ventana un trapo mojado y un jabón para que limpie lo que ensució. Dile que si no lo hace, no volverá a comer.

Spencer regresó hasta el castillo de popa para llevar a cabo la orden recibida, aunque dudaba mucho de que la muchacha estuviera dispuesta a acatarla. Y así fue. A pesar de estar encerrada y famélica, Nandi no se ocupó en asear el camarote.

—¡Ni muerta lo haré, capitanejo de poca monta!

Durante las siguientes horas y casi hasta el amanecer, lo único que se escuchó salir de allí dentro fueron golpes y gritos; parecía que la joven desintegraba el camarote, desarmaba los muebles y desparramaba el contenido por el estrecho piso y la cama. Incluso, cada tanto, abría la claraboya que daba al mar y arrojaba algo a las oscuras profundidades oceánicas.

Gérard, para no tener otro encontronazo desagradable, prefirió dormir en cubierta y se dijo que a la mañana siguiente vería qué hacía con la visitante obligada. No pensaba cambiarla de navío, porque, si a él se le hacía imposible dominarla, mucho más lo sería para el resto de los oficiales.

Esa noche, recostados en los lechos al aire libre, los marineros de vez en cuando se sobresaltaban, evidentemente consternados. Algunos disfrutaban de tan elocuente y desmedida bronca, pero, a no ser por los ruidos constantes que provenían de ese lugar, la noche transcurrió tranquila, con un clima perfecto y con las estrellas que refulgían silenciosas en la maravillosa bóveda negra.

Los sonidos destemplados provenientes del camarote donde Nandi se encontraba encerrada, tal vez por cansancio o porque ya estaba aburrida de hacer lo mismo, poco a poco menguaron y, casi al amanecer, la calma al fin invadió el casco de *La Liberté*.

* * *

Cuando la alborada asomó la nariz, el sol comenzó a levantarse orondo sobre el magnífico paisaje y engalanó de oro al océano transparente que los rodeaba.

Gérard se despertó relajado. Lo había complacido enormemente el dormir a la intemperie, con el cielo como techo y el aire marino que lo envolvía. Hacía mucho que no se echaba fuera y, al tiempo que se levantaba, se dijo que lo haría más seguido.

Mientras arrojaba un balde al mar para realizar el cotidiano aseo personal, se detuvo un momento y admiró el paisaje. Se inclinó por sobre la barandilla y pudo percibir las algas, algunas rocas profundas en ese mar límpido y los innumerables peces coloridos que los rondaban y se alimentaban de los crustáceos adheridos casco.

Se acercaban a la última escala en la parte más austral de la gran isla de Madagascar, por ello se veía tanto movimiento marino.

—Grumete —dijo y miró al muchacho que tenía al lado—. ¿Midió la profundidad?

—Sí, mi capitán, pronto tendremos que anclar.

Bajarían a la orilla para abastecerse de agua dulce. Debían llenar los barriles y cambiar la que ya había comenzado a descomponerse.

Si hubiese hecho frío, otra cosa habría sido, porque el líquido tardaría un poco más en degradarse, aunque, con semejante calor y humedad, todo se corrompía en pocos días. Además, era bueno que la tripulación estirara un

poco las piernas y, de paso, merodeara por las inmediaciones en busca de carne de caza para comer y de más frutos.

Las otras dos naves lo seguían de cerca y obedecían fielmente las órdenes. Cuando vieron que enfilaba el casco hacia la costa del archipiélago, hicieron lo mismo.

Una hora más tarde, estaba la flota completa de Gérard Deprieux anclada en una de las tranquilas ensenadas naturales de la costa. Estaban fondeados en Androka.

Los marineros se sentían felices por bajar a tierra y gritaban a viva voz sus apreciaciones, algunos eructaban fuerte, otros cantaban y los más se aprestaban a dejar el puente de los navíos por un rato.

De guardia quedarían algunos grumetes y un oficial, marinero que sería luego relevado para poder él también descender y disfrutar del hecho de caminar en un suelo que no se movía todo el tiempo.

La tripulación cargó los toneles vacíos dentro de los chinchorros y balleneras. Con los machetes bien afilados rumbearon hacia la apetecible costa. ¿Encontrarían mujeres? El capitán no podía manejar esa parte de los ánimos caldeados y anhelantes por un poco de sexo, pero, mientras las habitantes de Androka se los permitieran y sus hombres no se enojaran, todo estaba permitido. Nunca antes había tenido inconvenientes de ese tipo y esperaba que no comenzaran a aparecer en ese momento.

Los marineros, con la algarabía acostumbrada, arribaron a tierra y se ocuparon en diversas tareas; las principales, aparte de conseguir agua y carne fresca, era terminar de acondicionar las corbetas. Aún faltaban algunos arreglos y era menester disponerlas para el siguiente viaje por altamar.

A medida que caminaban contentos por la espesa vegetación, vociferaban bulliciosos y comentaban a viva voz incidentes sin importancia, hazañas pasadas, aventuras abiertamente exageradas y fábulas casi increíbles, además

de hacerse chanzas, algunas bastante grotescas y pesadas. Se encontraban exultantes, felices, por una vez en varias semanas podrían correr, cazar, tirarse al sol y hartarse de tomar agua deliciosa brotada del ancho río de agua dulce que desembocaba en el mar.

Mientras calafates y carpinteros buscaban maderas con las que reiniciar el trabajo de reacondicionamiento de las roturas, varios se internaron en la tupida selva. Cazaron monos, gatos monteses, iguanas y reptiles de todo tipo; otros treparon a los árboles y desafiaron a las picaduras de las abejas con una antorcha encendida para ahumarlas y voltear las colmenas repletas de sabrosa miel. Algunos cortaron cocos y mangos y aquellos que permanecieron en la playa recorrieron las blancas arenas en busca de tortugas, plato apetitoso para consumir luego en los barcos. Otros se ocuparon de recorrer las diferentes plantas cuyos frutos eran más fáciles de conseguir. Había plátanos, dátiles, ananás, frutillas, moras y frambuesas. Allí mismo comieron hasta saciarse las ganas postergadas mientras reían ante cada mínima ocurrencia de los integrantes de los distintos grupos.

Los ánimos estaban distendidos y la voluntad de divertirse les afloraba en cada centímetro de piel. Había franceses, varios italianos, extrovertidos criollos y almidonados ingleses adoptados de las corbetas recién atrapadas. Eran los sajones quienes recibían las bromas más pesadas y se mantenían rígidos, antipáticos y distantes, como si ese no fuera su lugar y debieran tolerarlo porque no tenían otra opción.

Pero, de a poco, se soltarían, contagiados de la espontaneidad de los gauchos, de los siempre divertidos italianos y de la enfervorizada pasión que desplegaban en cada acto o en cada palabra los tripulantes de *La Liberté* por sentirse muy orgullosos de quien era su líder.

Sí, pronto terminarían por integrarse al lote de felices subordinados del gran Demonio de los Mares. Ya de entrada nomás debían reconocer que se sentían mucho más a gusto con él que con los capitanes anteriores, demasiado exigentes e inflexibles y quienes los castigaban con severidad ante la sospecha del más mínimo desliz.

Gérard también era estricto, pero, mientras se movieran dentro de sus parámetros, él les permitía hacer lo que quisieran. Consideraba que eran hombres vitales, sanos, repletos de energía y voluntad por gastarla, anhelosos de aventuras y de disfrutar del sabor a riesgo que los acometía cuando tenían un enfrentamiento del tipo que fuera. Por ello, para obrar en consecuencia, les concedía ciertas licencias.

Claro que las grescas personales por cuestiones triviales, que, por un lado los ayudaban a descargar las ganas acumuladas, eran muy cuestionadas por el francés. Él aseveraba que, cuando quisieran pelear, esperaran hasta estar en el puerto, fuera del barco y lejos de su mando, porque, si toleraba las rencillas dentro del navío, entonces la tripulación terminaría por volverse ingobernable y correría el riesgo de que se amotinaran, algo muy peligroso si se estaba en altamar y sin más juez, policía ni carcelero que él.

—En puerto pueden hacer lo que quieran, cuanto se les antoje; mátense entre ustedes si les place. En mi embarcación, cuando se sientan impetuosos, con demasiada energía retenida ¡pues tírense al agua y naden varias millas! Súbanse al nido de cuervos del palo mayor cincuenta veces, bajen con una soga y cepillen el casco del navío por fuera, pero no alboroten a los marineros de mi barco. No lo toleraré —les había dicho en cierta oportunidad cuando descubrió a dos muchachos que se daban trompadas en medio de una trifulca.

A ellos los dejó en el primer puerto que encontró y tuvieron suerte de que se hallara poblado, porque su real intención era abandonarlos en la siguiente isla desolada, librados a su suerte.

Gérard era rígido, organizado, muy ordenado y lo que más detestaba eran los imprevistos evitables, siempre lo decía.

* * *

Esa primera mañana, mientras meditaba sobre eso y observaba a la gente disfrutar del recreo que les había dado en la isla, recordó a la salvaje que tenía encerrada en el camarote. Bueno, se dijo, esa vez la sensatez y la coherencia personal le habían fallado.

Pero, como era necesario encargarse de eso también y darle una pronta solución, a media tarde se decidió; o acomodaba a la retobada muchacha o la dejaba en Androka.

Destrabó el cerrojo que la mantenía cerrada, abrió con lentitud la puerta del camarote y miró hacia adentro con resquemor. Esperaba recibir de pleno un golpe en la cabeza con algún utensilio. Entonces se acordó de que no había retirado las dagas que tenía guardadas en el armario. ¡Maldito distraído!, se dijo.

Se mordió la bronca por haber sido tan ingenuo y olvidadizo. Miró en derredor. Todo estaba muy quieto. ¿Habría descubierto las armas esa joven? Sin duda que sí, porque, de inmediato, notó que todo era un descalabro total: había prendas desparramadas por el piso hechas jirones, los muebles habían sido cuarteados con algo filoso y los faroles, arrojados al suelo y rotos. Lo único que se había salvado, y vaya a saber por qué extraña razón, era el quillango.

En el centro de ese desquicio descomunal encontró a Nandi, que descansaba con tranquilidad sobre la litera, cubierta con una liviana sábana de raso. ¿Es que esta muchacha duerme todo el tiempo?, se preguntó. ¡Y también!, se dijo luego, con tanto gasto de descontrol debe de haber quedado agotada.

Caminó entre los objetos diseminados por el piso y, al correrlos con la pierna, hizo el suficiente ruido como para despabilarla. La malgache se revolvió en la litera, entonces él se le acercó y la sacudió para que terminara de despertarse.

—Mujer loca, levántate.

Nandi abrió un solo ojo y lo miró apenas. Luego saltó y se puso de pie sobre la litera con piernas y brazos abiertos, alerta, lista para arrojarse sobre él.

—¡Ay, no! ¡Otra vez no, joven desquiciada! —En esa oportunidad, Gérard estaba preparado y no la dejaría obrar a su antojo—. Ahora te calmarás.

La tomó con fuerza por las manos y la retuvo quieta. La joven se guardó los gritos, pero amagó golpearlo, entonces él torció la cara y esquivó la bofetada. Después volvió a mirarla.

—Si quieres comer o tomar algo de agua, entonces tendrás que limpiar. Ya mismo te haré traer un balde con lejía, porque noto que hiciste desaparecer el que te acercó ayer mi cocinero. Hasta que no limpies y ordenes a la perfección este cuarto, no te daré ni un solo bocado y ni un trago de agua. Lo juro —le dijo al tiempo que la soltaba—. Y agradece que no te hago remendar las roturas ni cubrir los rayones de los muebles, ¡por ahora! —Ella volvió a sentarse sobre la cama y, como permanecía en silencio, él continuó—: Y no limpiarás así nomás, lo harás hasta que el piso quede reluciente, lo encerarás con cebo, que también te haré acercar. Más tarde remendarás la ropa rajada con aguja e hilo, compondrás los faroles destrozados con repuestos que te traerá el calafatero y rellenarás los muebles rayados con una pasta confeccionada por él mismo. —Como ella estaba a punto de recordarle que acababa de decir que eso no lo tendría que hacer por el momento, él la frenó—. Sí, decidí que también tapparás los rayones. ¡Y ni se te ocurra hacer alguna trampa o engañarme de algún retorcido modo! —le dijo amenazante y levantó el dedo—. Recién ahí, cuando pase mi inspección, te permitiré salir.

—¡Pero eso llevará días! —bramó mientras se cruzaba de brazos.

—No lo dudo. Bien, eso lo hubieras pensado antes de romper todo lo que tenías delante.

—¿Y cómo haré para sobrevivir? —se quejó la muchacha, llena de desaliento; comenzó a arrepentirse de haber enfrentado y puesto en su contra al capitán de la flota.

—Si noto que pones buena disposición, obedeces y trabajas como te he dicho, quizás en un rato te haga acercar algo para ingerir como adelanto. ¡Y no esperes grandes festines ni un vaso repleto con agua! Serán unos pocos bocados de coco y un sorbo de su líquido, nada más.

Ella estuvo a punto de volverle a gritar, aunque se contuvo. De verdad que ya sentía mucha hambre, lo que le minaba la vitalidad. Después de todo, ya no tenía caso pelear ni discutir, estaban muy lejos de su tierra y, por más que ese hombre prometiera liberarla alguna vez, ella no podría regresar de inmediato, tendría que esperar. Entonces era mejor andar de buenas con ese mandamás antipático y pedante. Ya vería más adelante cómo cobrárselas todas juntas.

Gérard se retiró y dejó la puerta cerrada, pero sin traba, ya que la joven no tenía a dónde ir ni modo alguno de escapar, porque todas las chalupas se encontraban en tierra. No pensó que ella podía ser una buena nadadora.

Tal como le había dicho, llamó a Manuel para que le acercara un cubo con jabón y agua más un cepillo, además de que también convocara al carpintero y al artillero para que le llevaran a la joven con qué arreglar los faroles.

—Llámalo a Spencer.

—A la orden, capitán.

Cuando lo vio aparecer, le dijo con una sonrisa:

—Viejo lobo de mar, date una vuelta cada tanto. Si ves que se comporta y obedece, si trabaja y arregla con esmero todo lo que rompió, entonces le dejás algunos mendrugos. ¡Pero escasos! Te lo advierto, no vaya a ser que te devuelva suela de calzado y te aplaste con su fiereza incontenible.

—¡Válgame el cielo! ¿Tan brava resultó ser? Dios no lo permita.

—Sí, ahora entiendo por qué su rey me la cedió así, sin chistar —dijo y chasqueó los dedos—. Se libró de una gata indomable. ¡Justo yo vine a caer en la trampa! —se lamentó y apretó los labios, molesto ante los inconvenientes que esa muchacha le ocasionaba.

—Ya mismo cumplo con las órdenes, mi comandante.

Spencer se alejó hacia su puesto al lado del depósito de víveres. No deseaba preguntarle por qué no la dejaba en la isla y listo. Se notaba que el capitán estaba demasiado enojado y no sería él quien lo alterara todavía más.

* * *

Cuando llegó la noche, Gérard entró al camarote para inspeccionar cómo iban las tareas de orden y remiendo. Encontró a la joven acucillada, aún sobre la cama, cosiendo. Había limpiado cuanto desquicio había hecho y los trozos de todo lo que había roto se encontraban dentro de una canasta vacía a un costado del camarote, allí donde Gérard dejaba la ropa sucia o algún libro que leía en el momento.

—Bon, mucho mejor. Me parece que ya aprendiste. Alguna vez dominarás tus arranques descontrolados, niña arisca.

—Eso es lo que te gustaría —exclamó ella en un susurro.

—¿Qué dijiste? —preguntó y se detuvo con los puños cerrados dispuesto a abofetearla.

—Nada.

Por las dudas, Gérard caminó hacia el mueble donde guardaba las armas y vio que faltaba una daga, la más pequeña, la más afilada. ¡Y él acababa de darle la espalda!

Se dio vuelta como un ave dispuesta a dar batalla. Miró serio a la joven. Ella abrió los ojos y le sonrió con picardía, entonces él le advirtió:

—Si vas a usar esa daga, te agradecería que no lo hagas en mi cuerpo. Si eres inteligente, comprenderás que en este barco soy el único que puede defenderte de los buitres que te rondan ahí afuera —replicó y señaló hacia cubierta.

Ella, por toda respuesta, se levantó la calza y le mostró dónde la había ocultado: entre las piernas, atada al muslo izquierdo. Si la necesitaba, con un simple movimiento la tendría en la mano.

—Repito, ¿no la usarás conmigo?

—Mientras se comporte como un señor, no lo haré —respondió ella y levantó el mentón.

Gérard lanzó una risotada, ¡esa muchacha sí que era asombrosa! ¿De dónde sacaba tanto valor?, se preguntó, si era una cosa tan pequeña, perteneciente a una isla perdida en el mapa, si no tenía un solo amigo en los tres navíos, si... ¡Si no existía!

—Te la dejo —dijo al fin—. Quédatela, pero sé responsable al utilizarla.

Ella volvió a sonreír y cerró los ojos, en apariencia dispuesta a seguir con la costura en paz y armonía.

¡Glorioso descanso!, pensó él, por fin la joven calmaba su carácter maldito, aunque más no fuera por unas horas.

—Hemos arribado a la costa de Androka —le comentó—. ¿Deseas bajar mañana a la playa?

Nandi se incorporó de inmediato, feliz porque él la había liberado del castigo de componer prendas y artículos rotos y de estar encerrada en un cuartucho diminuto.

—¿Saldrás?

—¿Seré vigilada?

—¡Continuamente, ni lo dudes! ¿Qué habías pensado? Luego del desastre que has hecho en mi camarote, ¿creías que te daría la oportunidad de huir sin arreglarlo todo?

En realidad, si no la dejaba partir y la soltaba de su abrazo dominante era porque ya se había encariñado con la muchacha, ya casi la sentía como a una mascota más, tal como si fuera un *Mofletes* femenino. Él deseaba domesticarla, volverla dócil y sumisa como lo era el perro.

Ella también lo pensó por un momento. No la ponía tan contenta descender a tierra, sentía un poco de resquemor al alejarse del barco. Desconocía a la gente que habitaba esa parte de Madagascar y, por más que pareciera increíble, se sentía más segura dentro de esa fragata. Gérard podía ser malhumorado y mandón, pero, al menos, hasta ese instante, no la había agredido de verdad.

Sí, por supuesto que, si bajaba, entonces tendría la ocasión de desaparecer. Se sabía lo suficientemente hábil como para esfumarse delante de las narices de los marineros. Sin embargo, también tenía que admitir que se encontraría a cientos de kilómetros de su pueblo, entonces ¿cómo haría para volver? Además, algo la retenía en ese sitio.

—No, prefiero quedarme. En verdad que me siento demasiado cansada — dijo al fin.

—¡Por supuesto! Si has gastado toda tu energía en destrozar la mitad de mi barco.

Después se retiró y la dejó sola.

A pesar de encontrar a la joven mucho más aplacada y obediente, por las dudas, esa noche volvió a dormir en cubierta. Hasta que se familiarizara un poco con los arranques locos de esa niña mujer que tenía en el camarote, prefería descansar tranquilo y de un solo tirón. De otro modo, era seguro que estaría a los saltos, temeroso de que ella lo abofeteara por alguna ocurrencia insólita en medio de la noche o de que lo pateara por culpa de un mal sueño.

CAPÍTULO 7

A la mañana siguiente, apenas despuntó el sol, la muchacha se colocó las botas que alguien había tirado dentro del camarote la noche anterior —porque ni un solo marinero quería chocarse con ella— y luego de comprobar que eran lo suficientemente pequeñas como para que no se le salieran, corrió hacia el puente. Se dirigió a la parte posterior para poder hacer sus necesidades, luego tomó un balde, lo llenó con agua de mar y se lavó el rostro y parte del cuerpo. Se detuvo a estudiar la idea de tirarse al mar para quitarse un poco la transpiración que cargaba encima luego de batallar contra todos los elementos del camarote y de ese petulante capitanejo.

Gérard, al verla, supuso lo que pensaba hacer y le advirtió:

—¿Te comportarás y no intentarás huir y nadar hacia la orilla? Mira que, si te cansas, no pienso socorrerte.

Nandi nadaba muy bien y sabía que no se fatigaría. Además, la costa se encontraba cerca. Entonces sonrió, soltó el balde y se arrojó al mar.

Los marineros de inmediato gritaron:

—¡Hombre al agua!

Gérard los tranquilizó.

—Déjenla, es la muchacha. Debe de querer darse un chapuzón para quitarse las pulgas del barco.

—¿Está usted seguro? —inquirió Spencer, el único que se atrevía a cuestionar lo que el capitán decía.

—Lo estoy, viejo cocinero. Tal vez, si se refresca, luego esté mejor dispuesta y con más agradable humor.

Después observó cómo la joven se reía, se sumergía y volvía a salir. Era evidente que estaba muy feliz.

—Ni se te ocurra desaparecer porque te estoy vigilando. Eres mi prisionera —le recordó.

Esa vez fue ella quien rio a carcajadas. Ese hombre no tenía ni idea de lo sagaz que podía ser ni de que, si realmente hubiese querido volverse invisible, lo habría logrado.

—¿Adónde crees que podría ir en esa isla? Soy valerosa, no tonta, y mis locuras no van más allá de mi buen juicio —le gritó en perfecto francés.

—Eso lo dudo —aseveró él.

—No temas, detesto ser masticada por un tiburón o un tigre. Ya regreso. Deja que termine de sacarme las porquerías que se me han adherido por culpa de la enorme suciedad que reina en tu camarote.

—No discutiré al respecto. Sube rápido porque hay una chalupa que nos espera para ir hasta la isla.

Minutos más tarde, cuando estaban listos para bajar por la escala hasta la chalupa, Nandi notó que en el bote ya había otro pasajero. Como acicateada por un espeluznante fantasma, de inmediato se detuvo.

—Yo ahí no me meto.

Gérard no entendió esa actitud evasiva y temerosa.

—¿Por qué? ¿Sabías que vas de una estupidez a la otra?

—Porque... —comenzó a decir y señaló el bote—. Porque ese monstruo ocupa la mitad del lugar.

El francés miró hacia donde ella le indicaba.

—¿*Mofletes*?

—¿*Mofletes*? —inquirió ella asombrada—. ¿Y eso?

—Eso que ves ahí es un perro, el más bonachón, manso y simpático de todos los canes del mundo. No me dirás que le temes. ¡*Mofletes*! —gritó—, ven a saludar a esta muchacha aterrorizada.

—¡No te atrevas! —casi rogó ella mientras se alejaba hacia atrás.

—¿Por qué? Ya te dije que es muy manso. Ven, *Mofletes*, dile a la joven que es bienvenida en nuestro grupo de valientes piratas. Aunque te advierto que ella puede morderte.

El perro saltó del bote y nadó hasta el casco del barco, se tomó de una escala de cuerdas y trepó como si fuera un mono para volver al puente de la embarcación.

Nandi se puso tensa, cerró los ojos y apretó los labios. El can se sacudió la pelambre empapada y lanzó una lluvia salada sobre la joven. Luego, sin esperar permiso, se le acercó y le lamió las manos mientras le hacía abiertas demostraciones de cariño.

Ella se clavó las uñas en el pantalón y rechinó los dientes mientras se encogía e intentaba sacárselo de encima.

—¡Huele fiero!

—Por supuesto, ¿qué esperabas? Es un perro sucio, no una dama de palacio.

—¿Palacio?

El español de Nandi era muy rudimentario y mezclaba palabras en su léxico con francés y castellano. Gérard supo que ella no podía saber qué era un palacio si, en su tribu, cuando mucho debían de tener una choza, algunas más grandes que otras.

—Me refiero a que no es delicado y se revuelca donde mejor le place. — Miró cómo el perro quería jugarle—. ¿Ves que no hace nada malo? Te lo dije. Yo no miento.

La malgache no estaba para peleas porque, al escucharlo, habría querido responderle que sí era muy mentiroso, pero se encontraba con otra cuestión mucho más importante: confrontar al perro enorme y peludo que la lamía y la llenaba con su pestilente saliva.

Abrió un solo ojo y observó al terranova.

—Tal vez tengas razón —dijo al notar tan elocuente afecto—. ¿Me aseguras que no me comerá cuando abra las fauces?

—Te lo aseguro, por mi alma —replicó y se llevó la mano al pecho en un gesto de exagerada solemnidad.

—¡Vaya! Por lo que valdrá tu alma en el cielo ¡y ni qué decir en el infierno! De allí me sacarán a patadas si me ven cargar con ella —expresó Nandi, ya más tranquila y una vez más dispuesta a la confrontación.

El francés hizo oídos sordos a la burla. Esa joven discutía todo el tiempo, cuestionaba cada una de sus palabras y lo hacía como un entretenido ejercicio. Pero él ya comenzaba a cansarse.

Tensó la soga que mantenía la chalupa amarrada al casco del navío y la acercó. Después la ayudó a bajar.

—Iremos a dar una vuelta por tierra.

Remó con vigor y así consiguieron llegar hasta la orilla. *Mofletes* saltó mucho antes, impaciente y decidido a acortar distancia a nado, feliz como los demás marineros de poder tocar suelo firme.

* * *

Ese día, Spencer tampoco tuvo que cocinar, ni siquiera un poco porque los marineros se saciaron de frutos silvestres. Después pescaron algunas piezas del mar. Los ánimos se encontraban bien dispuestos, listos para complacerse con ese recreo, en el que algunos juntaron palos secos, otros encendieron la llama y otros más se ocupaban de eviscerar los pescados sacados con las redes que habían llevado desde los navíos.

—¡Tengo una estaca para pararlos sobre el fuego!

—¡Yo traje sal!

—¡Hombre!, ¿no te has cansado de alimentarte con tanta sal? Por mí, no le pongas.

Otros andaban tras las mozas de la zona y les dispensaban las más sonoras carcajadas, los más elocuentes abrazos y algunos hasta se atrevían a rozarles los pechos generosos mientras lanzaban una exclamación de completo éxtasis.

Nandi observó hacia tierra dentro.

—¿Y la tripulación? ¿Allí, donde se encuentran los aldeanos?

Allá los vio mientras confraternizaban con su gente, entretenidos con el intercambio de tabaco, dagas, telas, licor. Se preguntó de dónde sacarían los marineros semejantes artículos. Probablemente los habían escondido luego de

los atracos a los navíos piratas o negreros que cada tanto les atropellaban el paso.

—Yo encontré ron —exclamó uno.

Gérard los escuchó y pensó que, si seguían con la diversión, no juntarían suficientes víveres.

—¡A trabajar se ha dicho! Antes de emborracharse, vayan a la selva a juntar más frutos y a cazar algunos animales.

—Colecten agua fresca —recordó Nandi.

Él se dio vuelta, mudo y enojado.

—¿Ahora también das órdenes?

—Lo habías olvidado, reconócelo.

Gérard refunfuñó, ¿qué caso tenía iniciar una nueva pelea?, se preguntó.

Nandi corrió como una gacela y recorrió la orilla de la ribera en toda su extensión, igual a un cachorro que ha estado demasiado tiempo encerrado en una jaula. Comió almejas, bebió agua del río, se sació de frutos rojos arrancados de los arbustos espinosos que crecían por doquier y masticó la pulpa dulce de una caña. Al igual que el resto de la tripulación, se la notaba distendida y alegre, contenta por el inesperado paseo y por la libertad.

—Quiero que siempre permanezcas junto a mí. No quiero perderte en la densa selva y que se te ocurra desmayarte. Así, nunca te volveremos a encontrar.

—No me desmayaré. Eso me sucede solamente cuando me siento amenazada.

—Aun así —insistió y se dirigió al obediente Manuel—. Muchacho, sírvele de guardaespaldas. Que ella nunca desaparezca de tu vista.

—Sí, mi comandante.

—¡Ay! ¡Cómo te encanta arruinar mis momentos!

* * *

Gérard estuvo un rato con la tripulación y luego fue hasta las naves sajonas. Quería ver cómo marchaban las composturas; además, deseaba saber si los marineros ingleses obedecían sin quejarse las órdenes de su nuevo capitán, si las provisiones estaban en orden y eran suficientes, si la artillería se encontraba a buen resguardo en un lugar seco y, sobre todo, si las piezas más pesadas se habían asegurado del modo correcto.

Una vez a bordo, revisó las listas, recorrió cada rincón de las dos corbetas y, mientras lo hacía, con disimulo estudiaba los semblantes de los nuevos tripulantes de las naves. Si llegaba a descubrir, aunque fuera un diminuto atisbo de rebeldía, sin meditarlo dejaría en tierra al posible insurrecto.

En el océano, él era el amo, el rey, el juez y el verdugo: le encantaba cumplir con esos trabajos.

* * *

Cuando comenzaba a bajar el sol, hizo lanzar un disparo al aire. Al escucharlo, los que habían descendido a tierra supieron que era tiempo de regresar a sus puestos dentro de las naves.

Nandi, rebelde entre rebeldes, fue una de las últimas en subir. Gérard miró por el catalejo y la observó cuando entró al último bote. Sin embargo, en vez de rabia sintió mucha alegría, se extasió y disfrutó de ese rostro jovial. La joven se había atado el cabello en una enorme trenza que le caía en picada y le llegaba hasta los glúteos. Algunos mechones de esa mata indomable le cubrían el rostro, pero a ella parecían no molestarle. Se había colgado varias flores y entrelazado collares con distintas semillas y plumas de vivos colores, los que le adornaban la pechera y la asemejaban a una ninfa del bosque. Al intentar trepar al bote, se recogió la calza hasta las rodillas. Estaba descalza y las botas atadas de los cordones le colgaban del cuello.

Quizás porque sentía calor o porque quería provocar a los marineros, se arrojó agua a las mejillas, entonces el líquido le mojó el cuello y el busto se le adhirió a la tela blanca de la camisa. Gérard dio un respingo; los pezones. ¡Dioses del paraíso! ¿En qué pensaban cuando se atrevieron a moldear semejante mujer? ¿Cuántos años dijo que tenía, catorce? Pues, al verla en detalle con ese cuerpo contorneado por las prendas mojadas, tan escultural y perfecta, señora en todo sentido, él sospechó que quizás debía de tener más.

Entonces le sobrevino un interrogante; si la mantenía a su lado, tal como parecía que sería, ¿cómo haría para controlarse? Si no lo hacía, tendría que echarla del camarote.

¡No!, se dijo, ¿y que sea carnada de mis marineros? ¡Nunca! ¿Podría él soportar su presencia sin querer abordarla? MoviÓ la cabeza, enojado consigo mismo.

—¡Demasiado tarde para todo! —exclamó.

Ya no podía dejarla en la enorme isla porque tardaría semanas en regresar junto a su gente, con todos los peligros que tendría que sortear en soledad. Además, ella no lo deseaba, si no, se lo habría dicho o hubiese escapado mientras los marineros se encontraban entretenidos en sus quehaceres. Tampoco era sensato hacer marcha atrás para devolverla a la tribu y ni siquiera podía entregársela a otro barco de paso por esa ruta para que la llevaran de regreso.

Sin más solución que mantenerla en *La Liberté*, desvió la mirada y se obligó a sacudirse el deseo emocional que le hacía cosquillas en la entrepierna.

Para librarse de ese pensamiento le ordenó al oficial de turno que desplegara las cartas de navegación. En unos días, se internarían aguas adentro y no quería que los imprevistos los pescaran demasiado cerca de la costa, ya que alguna marejada podría arrojarlos contra los arrecifes.

* * *

Allí se quedaron fondeados durante una semana. Gérard no lo había planeado, pero, al notar que no existía apuro alguno por regresar a Argentina y que la tripulación necesitaba ese descanso, decidió permanecer unos días más en tierra malgache.

La última noche, cuando ya estaba oscuro, los marineros de los tres navíos se dispusieron a dormir. Algunos habían desplegado las esterillas y otros colgaron los coys desde los ganchos que había a un lado y al otro en cubierta. El calor continuaba y era mucho más saludable descansar al aire libre.

Nandi había tomado más confianza y ese día juntó fuerzas. Ya no estaba dispuesta a permanecer en el camarote como si fuera la querida o la prisionera del capitán. Por eso, al ver a los demás que se acomodaban para la

próxima noche, ella también se aprestó a buscarse un lugar entre la tripulación; después de todo, ya se movía distendida entre esa extraña gente, tan diferente a los suyos, y también creía que el capitán le permitiría elegir a su antojo el lugar donde quisiera recostarse a descansar. Si optaba por no dormir en el camarote, pensaba que él nada le diría.

Gérard la vio en un rincón del puente, entonces fue junto a ella y se le paró delante.

—Tú te vienes a mi camarote, como lo has hecho todo este tiempo —le dijo en tono seco.

Ella se hizo la que no lo escuchaba y siguió con el armado del vivac. Gérard entonces, harto de tanta insolencia, la levantó por el hombro de la camisa y se la puso delante del rostro, como para que no pudiera decir que no lo había escuchado. Mientras la mantenía quieta le repitió:

—¡Dije que te vienes conmigo!

—Ya te escuché, jefe áspero, mal hablado y presuntuoso. Y te advierto que te acercas demasiado para impartirme tus injustas órdenes, tanto que siento las gotas salir de tus asquerosos labios y mojar mi precioso rostro.

Al escucharla llamarlo presuntuoso y asqueroso, él la soltó y la hizo caer, visiblemente ofendido.

Ella continuó con la verbosidad compulsiva.

—¡Me escupes, te aviso! —recalcó y se colocó en puntas de pie para ponerse a la altura de sus hombros, porque la escasa estatura no le daba para más.

Lo de injusto a él le perforó el orgullo; podían decirle cualquier cosa, convocarlo a duelo, atropellarlo con las armas, abofetearlo, pero no decirle que era un hombre falto de equidad. Eso le dolió demasiado.

La empujó con tanta brusquedad que la muchacha volvió a caer sobre la improvisada esterilla y sin darle tiempo a recomponerse le dijo:

—Tienes mucha razón, ¡te quedas! No quiero una redomona en mi alcoba. Bendita paz, ¿dónde estás? —exclamó y levantó los brazos hacia el cielo en elocuente gesto.

A veces, como en ese momento, él se preguntaba qué locura le había dado al decidirse a tomar como prisionera a esa muchacha que era apenas un mosquito que le zumbaba continuamente al oído, insidioso, molesto, si lo único que había conseguido con ello eran problemas. De continuar así, un día lo encontraría atravesado y acabaría por arrojarla al océano. ¡Gran alivio sería!

Con un fuerte taconeo sobre la madera del puente se alejó, entró al camarote y de un portazo se encerró. Estaba harto de esa joven, de sus descarados caprichos, de los gritos insoportables y de los modos engraidos.

—¿Petulante yo? —exclamó en voz alta, ya dentro del camarote—. Tú eres la presumida, ¡muchacha maleducada! —Con bruscos movimientos comenzó a desvestirse. Por ese día había tenido más que suficiente—. ¡Adiós! Si esta noche mis hombres también se hartan de ti para luego tirarte al mar envuelta en tu dormidero y una vez ahí te tragan las ballenas, ¡bien feliz estaré!

Ella quedó parada en el puente y, al verlo desaparecer dentro del camarote, tan furioso y temperamental, rio satisfecha; era una por tantas que él le había hecho desde que la encontró dormida en el barco inglés. Nandi también estaba cansada de las órdenes, según ella, arbitrarias, así como de las exigencias desmedidas. Con eso le demostraba que ella no era ninguna chiquilla inmadura, ninguna niña inocente ni desprotegida y que podía manejar muy bien sus decisiones.

—En unos días más tendré quince años —dijo en voz baja—, ahí tienes — exclamó y miró hacia donde se encontraba el castillo de popa, justo donde se había encerrado Gérard—. Soy una mujer adulta, por si todavía no te has enterado, jefe de poca altura —porque consideraba que en su tribu, él jamás habría sido cacique—, capitán de una flota de apenas tres navíos viejos y... —Miró alrededor para ver qué más podía criticar y, como no encontró nada, agregó—: ¡Al final, ya me has hastiado con tus aires de supremacía sin sentido! —exclamó despectiva.

Luego se acomodó entre los cabos y las jaulas con animales de granja. Por último, levantó el brazo y lo usó de almohada donde recostar la cabeza. Unos minutos después, estaba dormida.

Lo que la joven no llegaba a sospechar siquiera que, si bien en esa oportunidad se había salido con la suya, el capitán quien tenía la razón; Nandi no sabía que pronto se arrepentiría de esa elección, de hacerse la mujer independiente y, especialmente, de permanecer entre los necesitados marineros.

* * *

Era noche cerrada y los ruidos habían cesado dentro de la embarcación. Lo único que se escuchaba eran las ondas marinas que golpeaban contra el casco del navío y el maderamen que crujía cuando una onda más fuerte lo sacudía.

La muchacha continuaba en el rincón junto a las ovejas, que en ese momento también permanecían sentadas y descansaban. En un momento dado, cuando giró para acomodarse mejor, un aliento ácido y desagradable la despertó de improviso. ¿Qué o quién andaba ahí, tan cerca suyo?, se preguntó.

Se incorporó apenas sobre el codo y observó la oscuridad reinante. El barco se balanceaba, movido por las corrientes tenues del fondo marino, y alguna diminuta ola golpeaba en las amuras y estallaba en mil gotas espumosas. Aparte de eso, lo único que se percibían eran los sonoros ronquidos de los marineros que dormían.

—¿Quieres que nos demos un revolcón sobre cubierta? —le dijo una voz ronca cerca del oído mientras alguien le metía la mano en la blusa semiabotonada.

El calor apretaba porque había augurios de tormenta y el aire estaba cargado con la energía de las espesas nubes que se acercaban.

—¡Aléjate, maldito! —dijo ella con asco al tiempo que hacía un veloz movimiento y extraía la daga que siempre llevaba guardada entre las piernas.

Pero el hombre fue más rápido que la muchacha, le tomó la muñeca y detuvo el ademán de clavarle el arma en el hombro.

—No tan rápido, niña mía.

—¡Tuya un pato tuerto! —bramó Nandi en francés mientras le mordía con fuerza la mano para que la soltara.

—¡Auch, cretina!

Cuando el hombre la apartó, ella no dudó un segundo, saltó y corrió hacia la cabina del capitán, abrió la puerta decidida y, luego de entrar, la cerró tras de sí. Allí quedó unos segundos, con el corazón que le palpitaba fuerte, apurado por el instante de incomodidad vivido. Después, y al notar que el marinero no la había seguido, se concentró en los ruidos del interior. Ahí dentro parecía que todo estaba en orden como si el capitán no se hubiera despertado con su brusca arremetida.

Con la tenue luz que penetraba desde la claraboya, le vio el cuerpo estirado que ocupaba todo el espacio de la litera que se abrazaba a la almohada. La luna le daba una tonalidad plata al rostro distendido y los cabellos rubios, probablemente desteñidos por el agua de mar y el intenso sol, destellaban como si tuvieran luz propia.

Se dio vuelta y, en puntas de pie, miró por la abertura de la puerta hacia fuera. El silencio también era sepulcral, nadie se movía. Claro, ninguno de los marineros se atrevería a traspasar la puerta del recinto donde dormía el Demonio de los Mares a riesgo de padecer un castigo magistral.

Sin querer molestarlo, porque sabía que, si se despertaba, podía echarla del camarote, Nandi se recostó sobre el suelo, en el mismo lugar donde había dormido la primera noche. Pero se chocó con el cuerpo gigante de algo caliente y peludo que descansaba en ese espacio.

Pegó un grito agudo, saltó hacia atrás y se apretó contra la cajonera que se encontraba bajo la litera de Gérard.

—¿Quién osa molestar mi profundo sueño? —preguntó adormilado el capitán— ¿Eres tú, mosquito insoportable? —inquirió porque estaba seguro de que nadie de la tripulación osaría entrar en el camarote.

Nandi se encogió y, como el perro había comenzado a mover el rabo, que golpeaba contra el piso de madera y hacía un tamborileo infernal, se le acercó y lo abrazó; quizás así el animal detendría el movimiento intermitente. Después, muda de espanto, esperó. No quería que la echaran, no esa noche.

Medio minuto más tarde, el capitán roncaba de nuevo.

Ella se relajó, se arregló como pudo en el estrecho lugar y se pegó al perro.

—Hueles asqueroso —exclamó entre susurros al poner la nariz cerca de la áspera pelambre—. Por respuesta, el can volvió a mover el rabo y emitió un ruido gutural—. ¡Y ya cállate! Despertarás al diablo y así solo conseguirás

que nos echen a puntapiés.

Volvió a abrazarlo con fuerza, se enredó entre sus manazas y al fin pudo dormir, no sin antes prometerse que se daría un largo baño apenas amaneciera y en cuanto ese pendenciero hombre que tenía en ese momento por jefe se lo permitiera.

CAPÍTULO 8

A la mañana, cuando Nandi se despertó, encontró a Gérard que la observaba con picardía. Estaba parado a su lado con las manos en jarra y las piernas separadas. Pero lo más molesto en él era la sonrisa torcida. No cabía lugar a dudas de que disfrutaba del momento.

—¿Picaban los bichos? Son insoportables, ¿verdad? —indagó muy divertido al ver que la joven había regresado por propia voluntad al camarote.

Nandi nada respondió y se limitó a morderse los labios; sin embargo, habría querido lanzarle una sarta de maldiciones porque sabía que el capitán se burlaba abiertamente de ella.

¡Ah, no! No le demostraría que él había tenido razón ni tampoco discutiría sobre el tema, porque, si Gérard se enojaba, a lo mejor, la próxima noche la arrojaba fuera del camarote.

Se levantó en silencio y fue a lavarse el rostro para despejarse la modorra de encima, tal como hacían en ese momento los demás integrantes de la tripulación.

—¿Puedo bañarme? —le preguntó—. Me vi obligada a compartir el quillango con tu perro.

Él dejó de hacer lo que tenía entre manos —atarse el sable a la cintura— y la miró. ¿Qué nueva bribonada planeaba esa niña? Porque él estaba acostumbrado y no le incomodaba en absoluto el aroma que despedía el animal.

—Si piensas huir a nado, te informo que tu gente se encuentra como a un millón de millas náuticas. Digo, por si no has hecho el cálculo. Fíjate que la flota ya reinició el viaje hacia el océano Atlántico, ahora navegamos en altamar. —Al notarle el rostro súbitamente triste, de inmediato se arrepintió de haber sido tan brusco. Era lógico pensar que ella debía de extrañar su tierra y a su gente—. Está bien, puedes hacerlo. Pero primero déjame mirar cómo se encuentra el mar. Si está lo suficientemente calmo, podrás tirarte. De otro modo... Y te advierto que tendrás que atarte un cabo alrededor del cuerpo, porque el barco no se detendrá, lo cual es bastante peligroso — advirtió y la miró con una sonrisa—. ¿Lo harás igual?

—Lo haré. Si no me lavo, el aroma espantoso que me ha dejado *Mofletes* me enfermará.

—¿Y desde cuándo uno se enferma por tener malos olores?

—¡Ah! ¿Reconoces que él apesta?

—No.

Cuando el viento amainó casi por completo y el navío casi detuvo el avance, ella le pidió a un par de marineros que bajaran un tablón atado con cuerdas de ambos lados y, sentada sobre él, aprovechó a lavarse. Por último, se tomó de la madera y sin soltarse se dio un ligero chapuzón en el agua helada y con la ropa puesta. Luego, regresó al puente.

—Esto está mucho mejor.

Entró al camarote y se quitó las prendas empapadas, se colocó otras que encontró en los cajones y salió a colgar las mojadas. Después se dirigió a donde se encontraba Spencer y le pidió un cazo con café. Era con la única persona de toda la flota de Gérard con la que ella se sentía cómoda. Lo tomaba como un padre postizo, a pesar de que el hombre era marcadamente inglés, con ojos casi transparentes, piel clara que se le enrojecía al estar

expuesta al constante sol y hablara en un español bastante atravesado. Aun así, se entendían muy bien y las más largas conversaciones las mantenía con él, a quien le mostraba su lado dulce y sensible.

—Aquí tiene, señorita. ¿Desea un poco de miel con las galletas? Primero mójelas en agua, se lo advierto, si no son muy duras y no podrá comerlas.

—Gracias, Spencer. Ya me han contado que es una gracia que se hacen entre los marineros novatos, que pierden algún diente en la primera mordida.

Esa mañana, el viejo hombre le preguntó cómo se sentía.

—Nandi, cuénteme cómo es su lugar en este mundo. ¿Es linda la aldea?

En sus medios idiomas la muchacha le contó.

—Mi lugar en el mundo... Mamá siempre me decía que el mejor sitio donde estar es el instante presente, aquí —dijo y sonrió—, con usted y en medio del mar. Mi pueblo, sí, es buena gente, alegre, relajada, divertida —explicó e hizo gestos de ataviarse con telas—. Se cubren el cuerpo con vistosos colores, los frutos son de sabores deliciosos, la carne se comparte entre todos, las fiestas son alegres... —Hizo una pausa y lo miró—. ¿Y su pueblo?

El inglés resopló y miró hacia el océano.

—¡Hace tanto que he partido! Cuando era un mozalbete me enrolé con un capitán inglés, después conocí al comandante Deprieux y me agradó su don de mando y el instinto de justicia. Y ya ve, aquí continúo.

—¿No los extraña?

—No. Ya ni recuerdo el rostro de mi padre, porque mi madre murió cuando era un niño de dos años.

—¡Qué triste!

—¿Y tú? Cuéntame, ¿deseas regresar con tu gente? Porque, si así es, puedo interceder por ti e intentar convencer al capitán.

—No especialmente, esa es la verdad. Me siento bien en el barco —dijo y miró alrededor—. ¡Es tan diferente todo!

—¿Y tu pueblo, tus costumbres?

Las preguntas de Spencer no eran un atrevimiento, lo hacía porque apreciaba a la muchacha y la había tomado bajo su ala, sin tener en cuenta que el capitán podría ofuscarse un poco con semejante intimidad entre los dos.

Ella se alzó de hombros.

—No añoro mi tierra ni a mi gente. Lo que extraño son las costumbres, el salir a buscar alimento por la selva, jugar con los niños de la aldea, pescar sobre las canoas en el silencio de la siesta, cazar animales agazapados bajo los árboles... Pero en realidad me gusta estar acá. Me siento libre, a mis anchas, aunque sé que soy prisionera de Gérard, debo reconocer que él me deja hacer lo que se me antoje y deambular por donde desee.

—¿Por qué gritas y peleas todo el tiempo entonces? Eres pícara, muchacha.

—Tienes razón, Spencer, me divierto con él. ¡A veces es tan serio que me dan ganas de hacerle cosquillas!

—Buenas razones tiene para serlo. Ciertas situaciones lo ponen en mucho riesgo y siempre debe acordarse de que tiene la responsabilidad de velar por toda la tripulación.

—Estás en lo cierto. Pero insisto, es tan odioso que de vez en cuando querría molerlo a garrotazos —dijo y movió las manos juntas, de un lado al otro, con vehemencia.

Él rio fuerte. Esos dos sí que eran parecidos, pensó. Gérard y Nandi eran como hojas del mismo árbol y, si discutían, se debía a la intensidad de sus temples.

* * *

El resto del día, Nandi se ocupó de tareas diversas, alternaba entre una labor y otra. Se sentía de mucho mejor ánimo, de modo que, en ese momento, se le despertó la muchacha sensata que tenía dentro.

Más tarde, luego de ordenar el camarote, revisar a los animales en las jaulas, atender a las ovejas, chivas y cerdos que había sobre el puente y jugar con los loros, comenzó a indagar curiosa, interesada, a los marineros sobre sus actividades para intentar conocer cada labor que se hacía a bordo. Para Nandi, la navegación en embarcaciones tan enormes era un enigma; los malgaches tenían sencillas canoas, algunas de madera y otras en caña, nunca nada tan enorme como esos monstruos flotantes. Y, como a ella le gustaba ser independiente, entonces de la curiosidad a querer aprender había un solo paso.

Aun así, mucha de la inquietud por conocer los secretos del barco se debía a que estaba ociosa y aburrida. Otro tanto porque no dudaba de que se sentiría mucho más segura si sabía cómo proceder en caso de una emergencia. Después de haber permanecido quince días con esa gente y de haberlos estudiado durante horas, terminó por considerar a los marineros como seres bobos, brutos, cerrados, borrachos, sucios e inútiles; si hacían algo bueno, era porque el capitán los incitaba a que trabajaran. Lo cual no era así, porque la mayoría de la tripulación se comportaba de manera independiente y obraba por conocimiento y no por imposición.

De todos modos, Nandi los veía con desprecio, los consideraba por lejos inferiores a su gente.

—Bien, si no hay más solución que tolerarlos, entonces aprenderé y les demostraré que estoy en lo cierto y que soy infinitamente superior a ellos.

Después de algunas horas de preguntar y hastiar a los marineros con tanta insistencia, se dijo que ya no le interesaba. El esmero por aprender cómo se manejaba un navío sería inútil, ya que se le hacía bastante improbable que alguna vez la requirieran para maniobrar *La Liberté*. Además, anhelaba que el capitán se hastiara de ella, porque en ese momento la dejaría en tierra. De ahí también partían sus arrojados insostenibles y las ganas de molestarlo a él y a la tripulación. Entonces, ¿qué caso tenía querer conocer las triquiñuelas del manejo de semejantes embarcaciones?

Aunque, como allí dentro no había gran cosa para hacer y sí mucho tiempo de impasibilidad, decidió que sería más entretenido incordiar a todos, meter la nariz en cuanto rincón extraño encontrara. Si sus investigaciones no les agradaban, ¡pues que fueran a quejarse con su patrón! Ella no tenía la culpa de encontrarse encerrada dentro de ese cascarón de madera. Por otro lado, si se les ocurría querer propasarse —se tocó la daga que aún cargaba en la entrepierna—, una sola vez la habían pescado desprevenida, nunca más. La próxima sería ella quien los sorprendiera.

Así fue que, a pesar de que no le interesaba en lo más mínimo, continuó con la investigación y el agobio a todos los que la escuchaban. Cuando se cansaba, se encaminaba hacia otro punto de la embarcación y continuaba con su maliciosa insistencia.

Las novedades de que esa muchacha agitaba a la tripulación de *La Liberté* corrieron como aire. Más tarde, cuando los marineros la veían acercarse, ponían los ojos en blanco y pedían clemencia entre susurros, por completo hartos de la mujer que el capitán había subido a bordo, seguros de que de ahí

en adelante todo se volvería negativo y la mala fortuna los acosaría cada nuevo día. ¡Si con solo observar esa actitud descarada ya podían dilucidar que junto a ella nadie podía pasarla bien!

* * *

Como para aseverar tamaña maldición, antes del mediodía los recibió una nueva intriga. El vigía de turno gritó la alerta.

—¡Naves a la vista por la amura de babor! A doce millas náuticas de distancia.

El hombre había divisado dos navíos piratas que surcaba las aguas a corta distancia de ellos.

Gérard dejó de armar las cartas de navegación, tomó el sombrero tricornio y se colocó al lado del palo mayor.

—¿Qué acaba de decir, marinero? —vociferó mientras miraba hacia arriba.

—Veo dos naves a doce millas náuticas de distancia, mi capitán. Por la amura de babor.

—El catalejo —pidió Gérard al grumete que tenía al lado.

Cuando se lo dio, fue hasta proa mientras se balanceaba con los movimientos del barco, que cabeceaba decidido porque el viento era intenso y los acercaba a gran velocidad hacia el enemigo. Observó hacia las líneas oscuras que el guardia le indicaba con el brazo.

En efecto, eran barcos piratas, ahí estaba la insignia. Además, en esas latitudes tan australes, pocos navíos comerciaban y, a no ser por los ladrones, nadie andaba por aguas tan gélidas. Debían de ir hacia alguna de las islas minúsculas de la zona para esconder un botín.

Eran naves pequeñas, pero, a medida que acortaba distancia con ellos, a la vista estaba su profusa artillería. Los malditos habían dejado las portatruenas abiertas. Desde donde él se encontraba, podía distinguir las bocas oscuras de los cañones que se asomaban apenas por los boquetes cuadrados del casco. Gérard suponía que debían de ser barcos de la India. También era casi seguro que tendrían esclavizada a la tripulación de las embarcaciones abordadas.

Había un solo modo de averiguarlo: acercarse más a ellos; si los atacaban, entonces él confirmaría esas sospechas. O sea que la única alternativa que tenían era saludarse con cordialidad o luchar, y Gérard no dudaba de que esos malhechores de amables no tenían nada. Por ello, la segunda opción era la más viable.

—¡Preparen armas! —ordenó con voz perentoria mientras cerraba el catalejo y se dirigía hacia el camarote—. Alístense para zafarrancho.

Debía vestirse para la contienda, ponerse el uniforme, armarse y estar atento para dar batalla cuando fuera necesario.

Nandi se encontraba cerca de él, apoyada en la barandilla mientras le preguntaba a un agotado Manuel, por centésima vez, sobre la mejor manera de usar las poleas y jarcias. Al escucharlo impartir órdenes tan precisas para aprestarse a un enfrentamiento, calló y frunció el ceño. ¿Estaría por atacar las naves que había avistado el vigía de turno? ¿Ordenaría zafarrancho antes de cerciorarse de si valía la pena el abordaje? ¡Hombre apurado! ¿En qué escuela había aprendido las artes militares? ¡Ah! Pero esta se las cantaré derecho, se dijo.

Por pensar así, jamás se le ocurrió que, de los dos, seguramente era él quien tenía más destreza a la hora de organizar un enfrentamiento, del tipo que fuera, sobre todo si se trataba de piratas, ladrones de los mares, lobos desalmados y feroces que arremetían y mataban sin piedad a cuanto se les acercaba, o cuando suponían que en sus bodegas podían tener un botín apetecible. Nandi pensaba por ella, primaba su temple dominante e incapaz de sustraerse y ponerse en el lugar de los demás, aunque fuera durante unos pocos segundos; por eso, las palabras que dijo luego fueron provocadas por su genio impetuoso y le salieron desde el corazón, con tono claro y fuerte como para que Gérard no tuviera dudas de quién las había pronunciado.

—Te equivocas.

Él detuvo el envión de entrar al camarote; con las manos apoyadas en el marco de la puerta y la cabeza ya agachada para traspasarla, se dio vuelta con lentitud y la miró, incrédulo.

—¿Cómo te atreves...?

—No —se apresuró la malgache a disculparse, ya que todavía recordaba el dolor en el cuero cabelludo por haber estado colgada de las mechas. De ser posible, no quería sufrir otro castigo como ese—. No me interpretaste bien —aclaró.

—Habla, mujer, que mi paciencia es corta y mi sable está listo y es filoso.

—Podrías... —comenzó a decir y tragó saliva—. Podrías averiguar primero si es que vale la pena atacarlos. A lo mejor no llevan nada de valor.

—Pero son piratas, eso para mí es suficiente.

—¿Por qué derramarás sangre, gastarás energía y quizás hasta pierdas vidas si a lo mejor no llevan nada interesante y no son tan mala gente?

Él la tomó por el codo, se lo apretó con fuerza y la llevó aparte, donde los demás no los escucharan.

—No estamos ante un juego de chiquillos. ¡Esto es la vida y la muerte, joven tonta!

—Yo decía. Me parece, es mi idea. Pero si tú no la aceptas...

—¿Y cuál es tu gran ocurrencia, muchacha sabihonda?

Ella tragó fuerte de nuevo, sentía que se jugaba el pellejo en ese arrojito casi insensato.

—Podríamos llegar hasta las naves sin ser vistos.

Él la miró con sorna, sin un atisbo de diversión en el rostro; era una clara máscara de desprecio.

—¿Y cómo lo haremos? ¿Nos volveremos invisibles acaso?

—No, fíjate. —Le señaló ella—. Están por anclar, mira cómo enfilan las proas hacia la costa, se acercan a esa escollera que hay en la isla que tenemos delante, ¿puedes verla? Es posible que duerman ahí. Aprovecharemos cuando sea de noche.

—¿Aprovecharemos? —continuó él con burla y visiblemente impaciente—. ¿Cómo “aprovecharemos”?

—Claro —prosiguió la muchacha—. Cuando esté oscuro, iremos a inspeccionar dentro de los cascos. —Él la fulminó con la mirada, y Nandi se encogió un poco—. No es difícil, yo te enseño. Con mi gente solíamos hacerlo cuando cazábamos patos dentro del mar. —Gérard dudó—. No temas, por ahora no actuarán. No nos atacarán de sorpresa, somos más y tenemos mejor artillería y naves. De todos modos, si quieres sentirte más tranquilo, pon refuerzo en la guardia nocturna en tu flota completa.

—¿Algo más, mi capitán? —expresó él, ya no tan burlón, porque lo que la joven le sugería no era tan disparatado ni tan imposible de llevar a cabo.

Ella tenía razón, qué sentido tenía trabarse en una franca pelea cuerpo a cuerpo si, a lo mejor, eran unos bribones de poca monta que deambulaban por los océanos solitarios, tal vez para escapar de alguna fechoría mínima y a lo mejor no portaban nada por lo que valiera la pena sacrificar municiones y, sobre todo, vidas.

Por supuesto que lo mismo pensaba hundirlos, antes o después, como fuera y costara lo que costase; masacrar a los piratas era su principal misión. Pero primero quería probar la triquiñuela de Nandi, a lo mejor descubrían tesoros imprevistos o daban con su flanco más débil para luego atacarlos con menores pérdidas.

—Sí, tengo algo más para decirte —continuó ella, convencida de lo que le explicaba—. Le enseñaré a tu gente algunas prácticas para volverse invisibles. Invisibles —repitió—, como tú acabas de decirme. —Las últimas palabras las expresó con un dejo de diversión.

Ella se sentía muy segura de lo que le contaba, lo había hecho muchas veces con su pueblo cuando querían atrapar un pez, una tortuga marina o, como terminaba de decirle, un pato.

—Bajaremos a tierra como si buscáramos agua y víveres, lo cual haremos también —dijo como de paso—. De regreso, con disimulo, cargaremos bastantes algas y cañas huecas. Luego, cuando sea de noche, avanzaremos sumergidos en el agua sin ser vistos. Con uno solo de tus hombres que entre al barco es suficiente para saber si aquello que transportan vale la pena para abordarlos o si conviene hundirlos de entrada. ¿Qué opinas?

Él se mantenía serio, pensativo. La idea de la joven no era tan loca. Si conseguían acercarse a las naves sin ser advertidos y uno de los marineros subía a cubierta; con echar un ligero vistazo por las bodegas sabría si tenían tesoros o esclavos dentro.

—Tienes razón, déjame pensarlo. Mientras tanto, cambiaremos el rumbo y nos dirigiremos hacia ese archipiélago. —Hizo una pausa y la miró con una sonrisa—. A este paso, jamás llegaremos a las costas patagónicas.

—¿Costas patagónicas? ¿Qué es eso? —inquirió—. ¿Otra isla? ¿Otra tierra?

—Luego te explico —respondió él.

Enseguida impartió órdenes para que las dos naves fueran vigiladas sin un segundo de distracción, por las dudas. Después fue hasta la proa y se encerró en sus pensamientos.

Durante un rato deambuló silencioso por el puente con los brazos en la espalda y la cabeza gacha. Al fin, sonrió satisfecho. Entonces levantó el rostro y se encaminó otra vez hacia el camarote, ya había planeado los pasos a seguir esa misma noche.

CAPÍTULO 9

Al recostarse, Gérard dejó los atavíos militares cerca, al alcance de la mano; quería estar preparado para calzarse y tomar las armas si acaso las llegaba a requerir.

Apenas oscureció, algunos marineros, hábiles en nadar sin cansancio varias millas —y solo aquellos que formaban parte de la tripulación de *La Liberté*— ya estaban prestos a iniciar el silencioso trayecto y el posterior abordaje de las naves piratas. Gérard los inspeccionó; se habían vestido con ropa liviana y oscura, tenían la cara cubierta con tizne grasoso, y Nandi les había atado a los brazos varias hebras de algas; además, en la cabeza tenían un gracioso casco adornado con plantas y conchas marinas. Mientras trataba de no reír, con un forzado gesto serio y autoritario, dio las últimas indicaciones.

—Permanezcan invisibles y bien camuflados, así como se encuentran ahora. No delaten su presencia ante nada. Si los descubren, simulen ser marineros del navío. Pero, si el peligro es inminente, arrójense al mar sin miramientos ni cuidado y den la voz de alarma. Nosotros acudiremos a rescatarlos.

Luego, tal como había hecho su gente, se desnudó casi por completo y se dejó apenas una calza ajustada. Atravesado a la cintura llevaba un sable más corto que el que normalmente utilizaba en los enfrentamientos y una daga, armas que Manuel había afilado hasta un momento atrás. Se ató la larga cabellera, se la cubrió con un pañuelo oscuro y después se sentó sobre el piso para permitir que la muchacha lo tiñera con una mezcla que había hecho con

sebo y carbón. También, como a los demás, en el cuello y brazos le ató hilos confeccionados con plantas y conchillas sacadas esa misma tarde del océano con garfios y redes.

—Ven aquí, capitán de esta flota marina. ¡Quédate quieto! ¿Sabías que eres un redomón sin causa?

Gérard ni siquiera se ocupó de responderle; esa era Nandi, pura vehemencia y exagerado temperamento. En esa ocasión, tenía cuestiones mucho más importantes que debatir interiormente antes que desperdiciar el tiempo en banales trifulcas de entrecasa.

Sin embargo, con él la tarea duró más de la cuenta y se prolongó cada detalle. Nandi, contrario a como le había sucedido con los demás participantes de esa investigación aguas adentro, no tenía apuro alguno por terminar de preparar al capitán. Le agradaba tocarlo; aun así, cada tanto, como para que él no pensara que ella lo disfrutaba, lo pellizcaba.

—¡Auch, muchacha descarriada! Si me retuerces así, no llegaré entero al mar.

—Lo harás, lo harás.

Sin advertirlo ni pensar en ello, mientras lo embadurnaba, un aura enigmática los envolvió. De pelearse y sacarse chispas en sus apreciaciones, a ambos los inundó un deseo diferente, el de complacerse; lo que hasta un minuto atrás había sido escarcha que lastimaba con cada nuevo encontronazo, despacio comenzó a diluirse con el abrasador fuego que brotaba silencioso desde lo más profundo de sus corazones. Nandi y Gérard eran parecidos, ya lo había dicho Spencer y, en algún momento, antes o después, iban a encontrarse.

Minutos más tarde, sin querer dar por concluida la tarea, la malgache todavía lo acariciaba, porque era eso lo que hacía. En ese momento, ambos se complacían del contacto con el otro; la visitante, porque no quería reconocer

que le agradaba el cuerpo perfecto de ese hombre malo; él, porque, desde el instante en que la había visto dentro del depósito de *Saint Margot*, había quedado subyugado por ella.

El silencio se volvió largo y, a medida que transcurría el tiempo, cada movimiento nuevo de la muchacha se tornaba cadencioso, más lento, sensual y atrevido que el anterior.

Los marineros, que percibieron que allí acontecía algo extraño, con discreción se corrieron, intuían que entre Nandi y Gérard se acababa de crear un lazo en el que ellos no debían participar, uno que los unía en un fragoroso sentimiento que nunca antes habían vivido.

Era justo decir que la negra era diferente a cualquier otra mujer por osada, atrevida, rebelde, irrespetuosa ¡y, encima, hermosa! Todas cualidades que la hacían la pareja ideal para el querido capitán, siempre y cuando no se mataran antes.

Cuando quedaron solos, ninguno de los dos se miró a los ojos porque la chispa de rechazo aún circulaba entre ellos, aunque, de a poco, se transformó en velada y sutil pasión. Ambos comenzaron a sentir un increíble y placentero calor, pero ninguno hizo nada para detenerlo.

Nandi no meditaba en lo que sentía; Gérard solo se dejaba llevar por lo que esos dedos le provocaban. Ella le rozaba con delicadeza la piel y le enroscaba las húmedas algas, le pasaba la palma extendida y caminaba sobre el cuerpo del francés con la liviandad expresada en cada dedo mientras estiraba el cuerpo para dedicarse con lentitud a presionar las plantas, entretenida en esas tenues caricias que le brotaban del alma.

Con la débil luz de un farol podía notar los músculos duros y cómo un ligero temblor brotaba involuntario cuando le colocaba una hebra nueva, además del esfuerzo que él hacía para contenerse, para no abrazarla y hacerle

el amor allí mismo. Ella se detuvo en nimiedades adrede, se volvió una medusa suave, atrapante, en extremo voluptuosa y no porque quisiera inquietar al capitán con ello, sino porque así le surgía de modo espontáneo.

De pronto sintió que una danza íntima la inundaba entera, una que las parejas de la tribu bailaban cuando se casaban, una con la que se placían con su amante del momento. Ya no quería ser torpe ni bruta ni mal hablada, anhelaba ser delicada, apasionada y que sus caricias se volvieran inolvidables.

Él cerró los ojos y se mordió los labios. No era tiempo de abordarla, no hasta que la nueva lid fuera resuelta. ¡Justo ahí comprendió las palabras de los brujos cuando aseveraban que muchas veces el diablo se vestía con rostro de mujer!

Cuando una gota se deslizaba y le caía sobre las piernas, se le hacía que era la joven quien lo rozaba con los labios pulposos y mojados. ¡Lucifer! ¿Por qué el demonio mismo se había empecinado con él para hacerlo sucumbir, para doblegarlo ante los hechizos de esa bruja?, se preguntó. ¿Acaso sería porque la había raptado, porque había adoptado su nombre para llamarse ante los demás... Demonio de los Mares? O, a lo mejor, como estaba prohibido transportar mujeres en los navíos, entonces lo castigaba por ello.

Aun así aceptó lo que ella le brindaba, se deleitaba con las acometidas acaloradas y abiertamente sexuales que le brotaban desde las vísceras; se entregaba a aquello que le surgía como manantial poderoso. Que fuera lo que tenía que ser, pensó. ¿Quién era él, imperfecto ser humano, para ir contra los designios del destino?

Entonces recordó que no estaban solos.

—¡Señor, mi gente!

Abrió los ojos de inmediato y observó hacia los costados. Los marineros, más respetuosos que curiosos, se habían corrido aparte y desviaban las miradas hacia el negro horizonte que los rodeaba. Reconocían que el deseo que rondaba a esa pareja era tan poderoso que se podía palpar en el aire, que sería solo cuestión de tiempo hasta que estuvieran entrelazados en los maravillosos tentáculos del amor.

Gérard, de improviso, ofendido al ser pescado en su lado más delicado, tomó la pequeña muñeca de la joven y se la detuvo.

—¡Suficiente! Si me pones más yuyos malolientes, moriré ahogado bajo su peso y el hedor.

—Como quieras —consiguió balbucear ella como si despertara de un extraño letargo, llena de hermosas sensaciones hacia ese hombre.

Gérard miró a la gente.

—¿Listos para el viaje, mis fieles marineros?

—¡Listos, capitán! —exclamaron ellos, orgullosos por ser protagonistas de una próxima escaramuza.

Él miró al contramaestre.

—Usted queda al mando de la nave, si algo nos sucede, ya sabe cómo obrar.

—Sí, mi comandante.

Aprestados ya, con lentitud bajaron por los cabos y se metieron en el agua ondulante. Algunos llevaban las dagas atravesadas entre los dientes y otros se habían colgado del hombro los sables cortos y puñales. Algunos también transportaban algo mucho más letal y peligroso: pólvora.

Cuando se alejaron y desaparecieron de la vista de la tripulación, dentro de *La Liberté* solo se escuchó el sonido destemplado de algún animal que se había despertado por tan desacostumbrado murmullo nocturno. Apenas los dos faroles verde y colorado de babor y estribor se mantenían encendidos, los que se balanceaban con el movimiento del casco.

Nandi se apoyó sobre la barandilla e intentó escudriñar en el agua oscura. Nada pudo ver más allá de la espuma que de vez en cuando se alzaba sobre las ondas. Arriba, la luna brillaba en cuarto creciente y alumbraba un sendero ficticio en el mar. Ella deseaba participar en la inspección, ser una más entre el grupo de avanzada.

—¡Ni lo pienses! —había respondido tajante Gérard al escuchar semejante deseo.

En esa ocasión, no hubo modo de convencerlo de lo contrario.

Allí quedó Nandi, enojada por la impaciencia y el nerviosismo. Si tenían éxito, suya sería la gloria, pero, si fallaban, suya también sería la carga eterna sobre su espalda con los féretros de esos desgraciados.

* * *

Pasaron los minutos y la calma extrema continuaba. Ni una luz, ni un movimiento ni el más ligero susurro que delataba a los invasores amigos. ¿Se encontrarían bien? ¿Habrían arribado a destino? ¿El disfraz habría funcionado?

Justamente la intención de esconderlos bajo esas capas de algas y grasa tiznada era esa, volverlos invisibles. Entonces, si los escuchaba o de alguna manera sabía algo de ellos, significaría que había fracasado en su cometido.

Al no obtener respuestas, el corazón de la muchacha comenzó a latir con fuerza mientras se repetía en letanía interminable que si algo llegaba a sucederle a esa gente, la culpa sería de ella por instigarlos a emprender semejante aventura. Tomó el catalejo y miró hacia babor. A lo lejos podía divisar las dos naves enemigas fondeadas en el estuario natural, descansando grácilmente sobre el agua a una milla náutica de la orilla, allí donde el mar era más profundo y no corrían peligro de encallar en la bajamar.

A su alrededor, el silencio era completo y hasta las aves nocturnas, esas que emigraban de un lado al otro de los continentes, parecían haber callado y abandonado por un rato el tránsito cotidiano por esa ruta aérea.

De pronto, se escuchó un grito de batalla, seguido de otro y de otro más. Al mismo tiempo, los estallidos de los fusiles hicieron explotar el aire. Desde *La Liberté*, nadie podía distinguir nada. Gérard había tenido la precaución de colocar las naves a bastante distancia para que el fuego de la artillería pesada no las alcanzara, por eso era más difícil dilucidar qué sucedía en la cubierta de los barcos piratas.

Las exclamaciones hacían eco en el silencio quebrado de la noche, hasta un momento atrás reposada y muda, que ahora estallaba en fuegos de artificio.

Al no saber qué era lo que acontecía, pensó en Gérard.

—Que nada te suceda, por favor —rogó.

De inmediato, la ansiedad se le desbocó. ¿Cómo podía pensar así, con tanto aprecio hacia ese hombre después de cómo la había tratado? Lo lógico habría sido que anhelara recibirlo herido o golpeado para que supiera cuánto dolía el estar colgada de las mechas y obligada a convivir con esos sucios marineros.

Por otro lado, por primera vez, reconoció que él había tenido razón, era imposible compartir ¡lo que fuera! con una desquiciada, sobre todo en un lugar tan reducido como lo era el estrecho puente de un barco, ya que, en las escasas veces que ella había sido coherente con sus aseveraciones, él la había escuchado.

El oficial a mando estaba atento y aguardaba la señal del capitán. Él le había dicho que cuando viera que en los barcos piratas se encendían más faroles, debía lanzar las chalupas al agua para ir a colaborar con la avanzada y enviar más marineros de la flota completa, contingente al cual se sumarían varios hombres pertenecientes a los barcos ingleses, esos que habían adoptado la flema guerrera de su nuevo jefe, el imponente Demonio de los Mares.

Sin embargo, Gérard tardaba demasiado en iluminar las naves y el griterío todavía golpeaba los oídos de la joven. Algo debía hacer.

En un impulso casi fatuo, amagó arrojarle por la borda para nadar hasta el centro del zafarrancho. No podía con su inquietud. Pero el oficial la detuvo a último momento.

—Deténgase, señorita. Recapacite; si usted va, complicará aún más las cosas.

—¡Ay! —exclamó ella y buscó una buena excusa para que le permitiera partir—. Él puede necesitarme.

El oficial levantó una ceja y la miró divertido; ¿el capitán necesitarla?, ¿a ella?, un diminuto y molesto gusano o, al mirarla mejor, una simple mariposa.

—Señorita, tengo órdenes de obligarla a permanecer en *La Liberté*. No me haga encerrarla en el camarote del capitán.

Nandi maldijo por lo bajo y le espetó:

—¿Tiene orden de encerrarme? ¿Y quién se la impartió?

El hombre la miró divertido. ¡Sí que era brava esa negra!

—Mi capitán, ¿o acaso duda de su palabra? ¿Quiere ir a preguntarle?

Ella amagó con tirarse al agua, pero él la detuvo en el envión, la atrapó en el aire por la parte posterior del cuello de la camisa.

—Le dije que, si se insubordinaba, me vería obligado a encerrarla en el camarote ¡con cerrojo!

En ese instante, escucharon una explosión y la nave pirata comenzó a incendiarse. Seguro alguien había encendido la pólvora de los depósitos.

—¡Maldición! —gritó el contramaestre y se olvidó de la malgache—. ¡Las chalupas!, ¡lancen las chalupas! —Miró hacia arriba y le indicó al marinero que se encontraba parado sobre la cofa del palo mayor—. ¡Encienda la antorcha de inmediato! —le ordenó.

Esa era la señal distintiva para el resto de la flota. Las directivas eran que, si Gérard no daba la orden desde los barcos piratas, entonces el segundo al mando de su navío debía hacerlo. Por lo tanto, al ver brillar la antorcha de *La Liberté*, el *Saint Paul* y el *Saint Margot* debían bajar los botes también.

Nandi y el contramaestre aguardaron mientras observaban a la distancia el desarrollo de la batalla.

—¡No puedo continuar impasible! ¡Déjeme partir en una chalupa, se lo ruego! —clamaba ella cada cinco minutos.

—Ya le dije que no tengo permiso para dejarla participar en el zafarrancho. —Aunque a la quinta vez que la escuchó, se puso serio y le preguntó—: ¿Usted tiene alguna idea de lo terribles y desalmados que pueden llegar a ser los piratas?

Nandi no se amilanó.

—¿Más que los negreros?

A lo cual el comandante no supo qué responder. ¡Esa joven sí que se las traía! Era fuego y ciclón, terremoto y poderosa ventisca al mismo tiempo. Sin embargo, le agradaba; reconocía que, si en el mundo hubiese más personas como Gérard y ella, todo sería muy diferente.

—Señorita, no me obligue a encerrarla, por favor.

—¡Entonces déjeme manejar el barco, atar cabos, levar el ancla, arriar las velas... ¡Algo! ¡La inmovilidad me mata!

Mientras aguardaban el desenlace de la batahola, él trató de entretenerla mientras le enseñaba cómo se piloteaba el timón del navío, cuáles eran los distintos turnos y los instrumentos náuticos que utilizaban.

Ella lo escuchaba muy concentrada, repetía sus palabras y, de ser posible, actuaba con el ejemplo.

—¿Así se hace? ¿Estos son los nudos de los cabos? ¿Usted dice que de esta forma no se correrán ni se aflojarán?

Pero el hombre mucho no podía responderle, porque todavía miraba hacia el centro de la confrontación sin poder decidir si participaba o continuaba quieto. Después de todo, su deber era permanecer al comando del navío.

* * *

Veinte minutos más tarde, al fin los ruidos y estallidos comenzaron a mermar y a lo lejos las luces se encendieron. El fuego en el casco de una de las naves enemigas había sido extinguido con rapidez y Nandi podía oír los gritos de victoria lanzados por los marineros de Gérard.

—¡Hemos vencido al enemigo!

Saltó feliz y se abrazó al oficial al tiempo que respiró con alivio. Recién en ese momento comprendió cuán nerviosa había estado, cuánta inquietud había sentido mientras duró la contienda. También tuvo que reconocer que no era producto del temor por las vidas de la tripulación, sino por la del capitán.

Tal como le sucedía cuando pensaba bien sobre él, se mordió la bronca por esas benévolas apreciaciones y cambió el rumbo de esos pensamientos; no quería aceptar que ese hombre comenzaba a tocarle el corazón y ya le caía en gracia.

¡No señor! Ni por todos los cielos. ¿Qué retorcida jugarreta me propone mi loca cabeza? ¿Encariñarme de un desteñido blanco? Y tan distinto a mí, ¡por favor! Es inconcebible desde todo punto de vista, se dijo.

Aun así, sonrió complacida.

* * *

Tarde en la noche, cuando el alboroto había calmado los ímpetus, Gérard regresó al navío con un botín de piezas en plata y oro y treinta prisioneros. Le dio la orden al contramaestre que dirigía una de las naves inglesas para que los cargara en la *Saint Paul* y los regresara a las costas francesas, lugar de donde provenía la mayoría de ellos.

—Luego debe llevar la nave al puerto de Buenos Aires y entregársela al gobierno argentino. La corbeta *Saint Paul* no nos pertenece —informó.

Gérard era por completo leal a su tierra adoptiva.

Cuando entró al camarote, luego de controlar que las naves conquistadas estuvieran al mando de personas de su confianza —aunque debía reconocer que uno de los navíos pirata escoraba, mortalmente herido en el casco— se dispuso a dormir. Se sentó sobre la litera y por un rato permaneció quieto, como si evaluara la confrontación recién terminada o tal vez dejara sus pensamientos en blanco para relajarse de tanta tensión.

Nandi se le acercó. En silencio comenzó a ayudarlo a sacarse la ropa mojada en un acuerdo tácito de no guerrear, no por el momento, después de tanta batahola. Entonces disfrutaron del instante de paz.

Ya casi desnudo, con apenas un calzoncillo largo que le cubría en parte las extremidades, ella tomó una tela del mueble y, con lentitud, le secó el cuerpo, muy concentrada en cada rincón de su piel, en cada raspón. Él se entregó con tranquilidad y la dejó hacer, tenía una herida en el costado que ya no sangraba, pero debía ser revisada por el médico de a bordo.

—Debería cosértela.

Él miró el tajo sin darle importancia.

—No importa, el agua de mar hizo un buen trabajo, ya casi cierra. Los doctores tienen mucho que hacer: atienden a los heridos más comprometidos.

—¿Me dejas que te la cosa yo?

—¿Sabes perforar vientres? —le preguntó él con ese tono burlón tan característico.

Ella le miró los ojos verdes y le sonrió. ¡Qué hermoso era ese hombre!

Gérard entonces notó que en el semblante de ella había mucha dulzura. ¿Quién lo habría dicho? ¿La indómita africana tenía una veta cariñosa? ¡Vaya sorpresas que tenía la vida!

—¿De dónde te brotó tanta delicadeza? —inquirió él—. Me haces desconfiar. ¿No estarás por tajearme aún más?

—No conseguirás hacerme enojar —dijo ella en tono suave—. Pero, si lo haces, cuando te suture, en cuanto gires los ojos puedo clavarte la aguja donde menos desearías.

—Continúa, haz como quieras, te dejo obrar como mejor te parezca, yo me recuesto.

—¿Te encuentras cansado?

—Por supuesto que no. Relajaré mi cuerpo, nada más.

Lo cual era mentira, pero Gérard jamás aceptaría que él también era humano.

Nandi lo hizo ponerse de costado. Calentó la aguja sobre una llama y luego le arrojó ron. Mojó el corte con la bebida, lo que hizo que Gérard exclamara sobresaltado, evidentemente dolorido.

—Te advertí, francés descuidado. No te muevas o te pincho donde nunca te da el sol.

—Calla ya. Por una vez en tu vida, trabaja en silencio y sin hacer cuestionamientos inútiles. —Aunque lo último lo dijo en un susurro, ya agotado y a punto de dormirse.

—Entendí, mi capitán.

Mientras lo suturaba para cerrarle la larga herida, Nandi trataba con extremo cuidado esa piel valerosa. En esa ocasión no hubo resquemores, ánimos de combate ni rabia; en cambio, sintió respeto por ese hombre tan especial. Aceptó que él tenía un lado maldito, feroz e intransigente y otro indiscutiblemente diferente, pacífico, bonachón, apasionado con sus predilecciones, leal a los principios, que luchaba hasta ponerse en serio riesgo con tal de poder mantenerse fiel a sus ideales. Lo cual no era poca cosa, se dijo ella, ojalá hubiera más seres tan devotos y comprometidos con su tierra y la gente, como lo era él.

Cuando estaba por terminar de coserle el tajo, comenzó a sentir unos ronquidos pausados. Concluyó el trabajo y, por último, le vendó la herida con una faja apretada que le rodeaba el torso.

Al disponerse a regresar a su lugar junto a la cama para recostarse a los pies, Gérard se dio vuelta, se colocó de espaldas contra la pared y, aún dormido, la abrazó mientras la atraía hacia él.

La joven se puso tiesa, se volvió de piedra, incapaz de reaccionar. No sabía si alejarse o quedarse junto a su pecho. También pensó que él necesitaba descansar y que sería mejor si tenía todo el espacio libre de la litera.

Entonces optó por lo segundo. Con lentitud, sin despertarlo, consiguió zafar de esa caricia. Apenas se puso de pie, buscó una manta liviana y lo cubrió para dejarlo dormir a sus anchas, despatarrado y largo, todo lo grande era.

Sin duda, Gérard se lo tenía bien merecido.

CAPÍTULO 10

Los días posteriores fueron de mucho trabajo. La nave *Saint Paul*, tal lo acordado, estaba a punto de partir rumbo a Francia; sin embargo, a último momento, surgió un pequeño obstáculo: la tripulación rescatada del barco pirata pidió permiso para hablar con Gérard Deprieux.

—Comandante —dijo el oficial que los mantenía encarcelados en la bodega—, los prisioneros quieren hablar con usted.

En ese momento, Gérard confeccionaba las cartas marinas para iniciar rumbo definitivo hacia la Patagonia. Soltó el compás y blasfemó en voz alta.

—¿Desde cuándo los presos conversan conmigo? ¿Le dijeron qué buscan? Porque si quieren amotinarse, ya mismo salimos mar adentro y los lanzamos por la borda.

—No lo creo, mi capitán. Me parece que desean hacerle un ofrecimiento justo.

—¿Justo? ¿Qué pueden saber ellos de justicia?

Comenzó a caminar con paso fuerte mientras golpeaba las botas sobre el piso del puente al tiempo que miraba hacia abajo, como si meditara.

—Haga traer al vocero. Con uno solo que los represente bastará. No permitiré que una turba de insurrectos venga a mi navío.

—Como diga, comandante.

Regresó en el chinchorro que lo había llevado hasta allí y fue a buscar al hombre. Cuando regresaron, lo condujo hasta el capitán.

—¿Y cuál es su inquietud? —le preguntó Gérard, impaciente, cuando lo tuvo delante.

Debía de ser el más osado, pensó, o quizás el que tenía menos que perder porque estaba cojo y tuerto.

El recién llegado se acomodó y trató de no perder el equilibrio. Luego le dijo:

—Antes que regresar a nuestra tierra natal, donde seguro nos harán encarcelar por el resto de nuestras vidas y, porque nuestro objetivo primordial es ser marineros, preferimos ponernos... —Tragó saliva, porque lo que estaba a punto de decir rayaba la desfachatez—. Bajo sus órdenes.

Lo que se guardó muy bien de comentarle fue que, en secreto, ellos sentían admiración hacia el Demonio de los Mares y querían tener el privilegio de trabajar con él, no solo porque habían comprobado en carne propia lo sagaz que era, sino por las fantásticas aventuras que vivirían a su lado. Incapaces de ver más allá de sus raíces, lo consideraban un pirata adecentado, lo cual bien podría convertirlo en el jefe.

—No tiene que pagarnos. Nomás con permanecer junto a usted es suficiente.

Si él accedía, entonces podrían explorar nuevas tierras y, quizás, hacerse de una parte de los botines que ese valeroso capitán le secuestraba periódicamente a las naves piratas. Estaban convencidos de que al lado del Demonio nadie perdía.

—¿Cómo osan sugerirme semejante estupidez? —bramó colérico—. ¿Malnacidos piratas bajo mi mando y en uno de mis navíos? ¡Qué sonsera, hombre!

—Es el pensamiento de la mayoría, comandante —siguió el hombre, pero con los músculos ya aprestados para recibir una estocada mortal.

Gérard lo pensó un rato; luego accedió a tenerlos bajo su mando. No le agradaba nada que la *Saint Paul* partiera sola, sin su protección, porque tantos forajidos bien podrían tomarla.

—Déjeme analizarlo un momento —dijo y lo perforó con ojos de hielo bajo esas espesas cejas claras—. ¿Y de cuántos hombres se trata?

—Somos treinta, mi capitán. Es decir, toda la tripulación sobreviviente de ambos navíos.

Gérard se tocó el mentón pensativo. ¿Quería él tener a tantos extraños, bribones y pícaros, oportunistas y, sin duda, desleales, o por lo menos cambiantes de bando como el ciclo de las mareas? ¿Deseaba arriesgarse a una posible pésima consecuencia?

—Les advierto que no toleraré ninguna insurrección. Si hacen el más leve ademán de rebeldía, si dilatan un minuto en obedecer tan solo una orden mía o de sus superiores, les aseguro que no dudaré en cobrarme con su ejecución —le dijo mientras lo miraba de frente—. No los enviaré como prisioneros a ninguna celda, los fusilaré yo mismo; después, me aseguraré de que los arrojen al más profundo mar.

No se preocupó de comentarle que dicha labor con él no sería permanente, porque, cuando arribaran a las costas argentinas, él entregaría las naves y las pondría a disposición del gobierno —con sus bagajes completos— y solo se quedaría con la suya, *La Liberté*. Además, allí ya tenía cubiertas las vacantes en la tripulación.

Sin embargo, calló para no provocar algún inconveniente.

—¿Puedo...? —comenzó y detuvo la pregunta.

El hombre se encontraba muy aliviado al escuchar semejantes palabras. El Demonio les perdonaba la vida, porque no dudaban de que, si los enviaban a Francia, morirían en alguna pésima prisión en poco tiempo. En cambio, en el mar y bajo sus órdenes, solo cosas buenas podían pasarles.

—Si puede, puede. Aléjese, hombre —dijo y Gérard lo despidió.

Quería partir cuanto antes. Algo en su interior lo urgía a dirigirse derecho a la estancia de su amigo lo más pronto posible.

Cuando el prisionero arribó al *Saint Paul*, los interminables gritos de aleluya se escucharon con estridencia. En verdad, estaban contentos: habían sido aceptados por el gran capitán de los mares y, desde ese instante, pasarían a formar parte de ese escuadrón expedicionario. ¡Cuánto orgullo! Pero, por encima de eso, sentían que les acababan de sacar la soga del cuello.

Así fue cómo la nave inglesa permaneció junto al resto de los navíos.

* * *

A la mañana siguiente, Gérard notó que el barco pirata que escoraba peligrosamente aún flotaba.

—¡Oficial! —le gritó al segundo de turno—. Dígales a mis expertos que intenten acondicionar la embarcación semihundida. A lo mejor conseguimos conducirla hasta Argentina.

—Tomará un tiempo arreglarla, mi capitán —le comentó el carpintero cuando la revisó—, pero podemos arreglarla. Después, en el puerto de Patagones, podrían hacerle las composturas mayores.

—¡Perfecto! ¿Cuánto tardará?

El hombre reflexionó.

—Creo que una semana.

—¿Una semana?

—O menos —se disculpó.

—Ponga a trabajar a todos los hombres, ¡todos! Quiero partir cuanto antes. Permanecer en estas islas tan alejadas del resto del mundo es muy riesgoso.

—Tiene razón, capitán.

Entonces la llevaron hasta la orilla. Con la marea baja, el casco quedaba al descubierto. Los trabajadores se esforzaron día y noche; cuando el mar se alejaba, hacían los arreglos en la parte externa y, cuando subía, entraban a ocuparse de los compartimientos estancos ubicados en las bodegas.

Calafates y carpinteros reemplazaron las tablas quebradas o quemadas, sobre todo allí donde se encontraba el hueco provocado por la explosión, la que había sido causada por los mismos abordadores al colocar una lata encendida. Luego unieron los pequeños intersticios con un poco de sebo y cáñamo.

La tarea no resultaba fácil de llevar a cabo porque las olas todo el tiempo mojaban la zona donde ellos trabajaban e inundaban con agua los espacios estancos de la nave. Aunque también reconocían que era imposible llevarla a un lugar seco; las embarcaciones, una vez botadas al mar, nunca más regresaban a los astilleros.

Gérard también se ocupó de los dos capitanes, quienes habían logrado salvarse de ser acuchillados o fusilados durante la gresca. Sin embargo, luego fueron ahorcados sin miramientos ni piedad, colgados del mástil mayor. Él no iba a permitir que anduvieran semejantes pillos, renegados y pendencieros, viles, faltos de equidad y honor dando vueltas por los anchos océanos.

—¡A la carroña se la extermina! Si no, contamina al resto.

Las cinco naves se ocuparon de reasignar con más equilibrio las provisiones; y los marineros, de llenar los toneles con agua dulce, de recolectar fruta en las islas y de hacer el mantenimiento de los cascos y demás elementos de trabajo. Engrasaron metales, encordaron y adujaron

nuevos cabos, remendaron velas y armaron otras de repuesto, controlaron roturas, ajustaron nudos e hicieron tablas con la madera de los árboles que había en el archipiélago. También, por supuesto, pescaron, cazaron controlaron que la tripulación nueva en los barcos piratas obedeciera cabalmente al nuevo capitán. Para esa tarea, Gérard había seleccionado a los oficiales de más confianza y más rígidos, porque bien sabía él que quienes habían trabajado bajo las órdenes de un capitán pirata solían ser bravucones e insurrectos. Todo lo cual era una enorme distracción para la vida monótona de los habitantes de cualquier navío.

Gérard pasaba vistas a la compostura del navío pirata más averiado y asentía; aun así, sabía que, más adelante, cuando llegaran a un buen puerto, tendrían que hacerle un arreglo más profundo, ya que, como había quedado, filtraría agua todo el tiempo. Pero no lo hacía allí porque deseaba partir. El trayecto se estaba dilatando de una manera asombrosa.

* * *

Días más tarde, la flota estaba lista para levar anclas y reiniciar el viaje hacia tierras patagónicas. Era la primera vez que Gérard anhelaba encontrarse con su gran amigo Jacques, dueño de la fabulosa estancia La Cimarrona, ubicada en la península del Diablo, a varios kilómetros al sur de Carmen de Patagones. Se preguntó por qué sentía ese apuro imprevisto, qué le había brotado de repente.

Sí, muy dentro en su interior sabía la razón, pero le costaba creer que esa impaciencia se debiera al simple hecho de querer reencontrarse con una mujer, una extraordinaria y única mujer. La respuesta era Nuil, la esposa tehuelche de Jacques.

Al momento de zarpar, las anclas se levaron, las velas inflaron las panzas y los cinco navíos cobraron vida para internarse en el límpido océano Atlántico. A partir de allí, llegaría la parte más tediosa de la travesía, si acaso existía algo aburrido en esos viajes tan repletos de imprevistos.

* * *

Como a Gérard le gustaba la acción, era uno de los más malhumorados, pero, para no desanimarse ante el eterno mar desolado y repetido, iba de embarcación en embarcación, además de juntarse con el despensero, el artillero y el escribano, los que aún lidiaban con el trabajo pendiente. Con ellos revisaba otra vez el minucioso inventario de lo que contenía cada nave, tanto en materiales para el buen funcionamiento del navío como de la artillería y las provisiones alimenticias. Nada debía quedar ausente; él era muy ordenado y deseaba que las listas estuvieran completas.

Claro que tenía innumerables compromisos más porque los hombres lo consultaban a cada momento, le preguntaban si tal cosa o tal otra debía ser agregada o descartada, qué se debía hacer cuando el barómetro amenazaba tormenta, si aceleraban la marcha o se detenían a pescar porque acababan de encontrar un cardumen.

Cuando se la pasaba de navío a navío para controlar los inventarios, Gérard terminaba agotado, pero no físicamente. Su cansancio era mental; detestaba tanta burocracia y papeleo, le parecía que tenía el alma hecha para cosas mucho más trascendentales, para priorizar la actividad en las escaramuzas y ataques frontales. Eso le daba más vida a su espíritu libre. Aunque debía reconocer que, sin alimentos ni buen armamento, los ataques al enemigo serían imposibles de concretar.

A veces también renegaba de la decisión de mantener las cinco naves con él, porque habría preferido enviarlas directo hasta Buenos Aires y entregarlas al gobierno argentino. De ese modo, se podía desentender de semejante responsabilidad.

—Sí —meditaba—, quizás las despache apenas toquemos puerto patagónico.

Jacques tenía una pequeña bahía. Él podía descender y quedarse con *La Liberté* mientras el resto de la flota continuaría hasta el principal puerto argentino. Pero, de ser así, ¿cómo recuperaría a la tripulación de más confianza quedaría varada en Buenos Aires?

Bueno, ya lo decidiría cuando estuviera en La Cimarrona.

* * *

Nandi todavía dormía al lado suyo, sobre el piso. Él no permitiría que volviera a pernoctar al lado de los brutos y desesperados marineros, deseosos de una buena hembra. Ella tampoco lo quería, con una vez había tenido suficiente. Pero no fue algo que debatieron, solo se impuso la sensatez.

Durante el día, la malgache permanecía pegada a él y lo escuchaba sin moverse, atenta a sus reacciones, lo estudiaba y lo observaba en detalle para aprender a cómo manejar un grupo de marineros temperamentales y a manipular las armas que esos navíos portaban.

Cada tanto, suelta de boca y en un exabrupto, emitía alguna opinión. Sin embargo, de inmediato se arrepentía de hacerlo, porque él, así como los demás presentes, callaban su debate y se daban vuelta a mirarla con gesto burlón y despectivo. ¿Cómo se atrevía a abrir la boca esa mosca anónima, demasiado joven, totalmente ignorante y encima perteneciente a un país

perdido en medio de la nada y que jamás había manejado grandes navíos?, se preguntaban. Consideraban que la idea que ella había sugerido al esconderse bajo las algas y respirar con una caña hueca había sido acertada de pura casualidad.

Nandi debía pasar por alto las ofensas. Ella también se encontraba mortalmente fastidiada porque no encontraba qué hacer. Por eso jugaba con la paciencia del capitán y del resto de la tripulación. Si ellos no la tenían en cuenta, ¡pues los obligaría a mirarla!

Sin poder dominar el mal genio, se desquitaba de la indiferencia que sufría y se dedicaba a provocarlos, cometía actos de evidente arrojo y rebeldía, como subir al nido de cuervos ubicado en el palo mayor, colgarse de las jarcias, meterse en el depósito y hacer un revoltijo con las provisiones del sector de herrería. Al único que nunca había molestado adrede era a Spencer: lo apreciaba como a nadie más en esa flota de corsarios. A veces, se desnudaba y se arrojaba al mar cuando se encontraba calmo, lo que provocaba el estallido de alarma general en la flota, la detención brusca del navío y las maniobras de regreso y rescate.

En esas ocasiones, de inmediato, *Mofletes* también se tiraba al agua en un intento por socorrerla, pero no solo el perro, detrás saltaban varios marineros, los más enamorados de la muchacha. Otros se quedaban en el puente para maldecir a viva voz el día en que al capitán se le había ocurrido cargar con semejante lastre, tan incordioso y rebelde.

—No los molestes así, niña traviesa —la reprendía el cocinero.

—Me divierto, viejo inglés. Solo eso hago.

—Pero provocas el enojo de nuestro capitán.

Ella se alzaba de hombros, indiferente.

—Él siempre está enojado conmigo, un poco más o menos no hace la diferencia.

Spencer callaba; sabía que esos dos tenían una enmarañada red que desanudar.

Otra travesura era, en un descuido del mortificado artillero, tomar un fusil para dedicarse a practicar tiro. Apuntaba hacia los mástiles y aterrorizaba a los pobres ilusos marineros que en ese momento se encontraban encaramados sobre ellos para divisar barcos enemigos o cualquier anomalía que pudiera ocurrir sobre el amplio océano.

Nadie se atrevía a retarla porque, en teoría, ella era responsabilidad del capitán. Además, era ingobernable y solo él podía dominarla, hasta por ahí nomás. Sí, el sensato Spencer, con ese carácter afable y querendón, le bajaba el temple caldeado, pero pocos lo sabían.

En las ocasiones en que los gritos de advertencia de los marineros le llegaban a los oídos y comentaban alguna nueva travesura de la malgache, Gérard dejaba de hacer lo que fuera que tenía entre manos, maldecía a viva voz y se dirigía hacia donde ella se hallaba en medio de la salvajada.

—Tú te vienes conmigo.

La tomaba de la trenza, la arrastraba por el piso hasta llegar al camarote y la encerraba allí durante todo el día.

Ella pateaba, blasfemaba y revolvía todo lo que encontraba delante y, cuando al fin era liberada, actuaba con un poco más de criterio, se metía entre la tripulación de turno y permanecía atenta para estudiar y aprender.

* * *

Transcurridos unos pocos días, Nandi tomó conciencia de la importancia de cada labor marina. Terminó por conocer de memoria los movimientos de los marineros y, con cuidado, luego de pedir permiso casi siempre, comenzó a imitarlos ya sin alharaca ni demostraciones de niña renegada.

Al aprender, y porque no sabía mantenerse quieta, aplicó todo aquello que por insistencia le habían enseñado. Como nadie podía detenerla, entonces la dejaban hacer.

Se comportaba como cualquier hombre de la tripulación, trepaba por los cabos, ajustaba el velamen, se encaramaba al mástil mayor, miraba por el catalejo, daba vueltas el reloj de arena cuando notaba que el grumete había olvidado hacerlo, dibujaba números en un papel blanco mientras intentaba armar sus propias cartas de navegación, controlaba los diferentes turnos, colaboraba en la tarea de arriar o izar las velas, filarlas cuando estaban demasiado tensas o cazarlas cuando nadie se lo ordenaba y creía que debía haberlo hecho.

Gérard, al principio, la observaba actuar con algo de aprensión, sin quitarle los ojos de encima y con las cejas levantadas en gesto serio mientras se preguntaba si acaso esa niña jugaba. Aunque pronto notó que, junto con sus entretenimientos, se volvía muy avezada en el manejo y desenvolvimiento dentro de un navío con semejante porte como lo era el suyo.

—¡Vaya! ¿Quién lo habría dicho?

Se sintió pasmado, muy satisfecho por su inteligencia y valor. ¡Sí que se las traía esa joven! ¿Quién lo habría imaginado al verla tan diminuta y delicada de salud? Bueno, eso de delicada estaba por comprobarse, porque, desde el último desmayo, nada más le ocurrido, aparte de esa flema salvaje que le brotaba como volcán en erupción en el momento menos previsible.

Por las noches, él siempre le permitía quedarse a sus pies, nunca en la litera; por algo era el jefe y el ser superior de todo cuanto los rodeaba, amo y señor de sus dominios, los que abarcaban desde la flota hasta donde llegaba el amplio horizonte que los rodeaba por los cuatro puntos cardinales.

¡Rey imponente! Agrandado y lleno de aire y vaciedad en el orondo pecho. Eso es en verdad, así lo veía ella, por lo que se enfurecía cuando le descubría esos arranques supremos. ¿Quién se creerá que es, un dios?

Aunque Nandi de verdad prefería el piso, no le agradaba dormir sobre algo tan blando como el colchón de plumas donde Gérard descansaba. Además, tenía pulgas. En cambio, ella escogía la piel de guanaco desplegada en el suelo porque la podía sacudir y ventilar cada nuevo amanecer.

Tal como el capitán aseveraba, esos accesos intempestivos de sueño prolongado e injustificado se habían calmado; sin embargo, durante las noches, cuando dormían plácidamente, ella solía comenzar a gritar, a patalear y a golpear hacia todos lados, como si un monstruo imaginario la atacara. Esos alaridos desesperados carcomían la entereza hasta del más bravo.

Gérard entonces salía del lecho, se sentaba junto a ella y la apretaba con fuerza, la retenía quieta, pegada al cuerpo.

—Ya, ya, muchacha redomona. Aleja las pesadillas de tu cabeza loca. Cálmate, detén tus pataleos.

Se la acomodaba entre las piernas, la mantenía firme y le acariciaba el cabello hasta que los accesos de histeria descontrolada cesaban un poco. Solo relajaba la presión cuando sentía que la joven aflojaba los ímpetus, callaba los aullidos y terminaba por recostarse mucho más tranquila sobre su vientre. Era tan diminuta que bien le cabía entre los fuertes muslos. Hecha un ovillo quedaba allí, acurrucada mientras respiraba primero agitada y luego de forma más pausada.

Ahí también quedaba Gérard, mudo de consternación, embelesado y lleno de una profunda paz emocional; sin querer reconocerlo, esos eran momentos de calma infinita donde disfrutaba enormemente de las sensaciones que la muchacha le provocaba y habría deseado mantenerla así durante el resto de la noche.

Pero cuando Nandi se despertaba un tanto, de inmediato lo empujaba y lo corría de su lado; levantaba la piel de guanaco y se iba hacia el otro costado del pequeño camarote.

—¿Cómo te atreves? —le decía entre sueños y volvía a dormirse.

Él callaba la frustración y regresaba a la litera.

CAPÍTULO 11

Una mañana, mientras navegaba aguas internacionales, Gérard escuchaba con letanía la lista de provisiones que tenían los cinco barcos.

El clima se encontraba estacionario, no existía ni un atisbo de brisa, nada que hiciera mover a las embarcaciones. Y ya llevaban dos días en la más tranquila impasibilidad.

—Tocino, bizcochos, miel, almendras, vino, aceite de oliva, garbanzos, porotos, habas, ajo, cebollas, vinagre, tasajo de vacuno...

—¡Niebla! —gritó uno de los vigías desde el palomar del *Saint Margot*.

—Solo esto nos faltaba, ¡maldición! —exclamó furioso Gérard.

Los otros marineros repitieron en eco la mal venida noticia, porque a ningún navegante le agradaba permanecer estático, inmerso dentro de una densa nube de humedad que todo lo ocultaba y les impedía moverse hacia cualquier parte. Andar a ciegas con otros cuatro navíos cerca era mucho más que peligroso.

La nube pronto se cernió alrededor de ellos. El capitán de *La Liberté* carajeó en voz alta, corrió hacia la mesa donde tenía las cartas de navegación y con el sextante en la mano calculó cuán lejos estaban de los siguiente arrecifes.

—¡Arrien las velas! —gritó a viva voz. Los tenían demasiado cerca como para arriesgarse a chocar contra ellos por culpa de la invisibilidad reinante porque, incluso sin brisa alguna, las mismas corrientes marinas podían arrastrarlos hacia allí—. Controlen profundidad cada cinco minutos.

A la espera de que fuera algo temporal, los ánimos de la tripulación no decayeron y anhelaron que al día siguiente el tiempo clareara para que pudieran reiniciar el viaje interrumpido.

El conrtramaestre miró el barómetro y meneó la cabeza con pesimismo, la presión todavía descendía y eso vaticinaba que las condiciones no variarían, al menos no a corto plazo.

* * *

La espesa nube parecía haber llegado para quedarse, porque persistió durante el día posterior. Al amanecer, la calma era tal que hasta los más mínimos murmullos podían ser escuchados, como si fueran emitidos a escasos metros.

Nandi se despertó temprano, antes que el resto de la tripulación, y suspiró feliz por no tener que compartir ese momento repleto de magia con nadie más que con el simpático *Mofletes*.

—¿Vamos, pequeño gigante?

En su compañía, mientras se arreglaba el cabello, caminó hasta pararse en el extremo más alejado de proa. Intentaba escudriñar y divisar algo a través de la cortina blanca que los rodeaba, como si pudiera ver qué había delante de ella. Aunque se esforzó, nada pudo distinguir.

Permaneció allí parada, recostada sobre la barandilla mientras disfrutaba del fresco que le llegaba con cada nueva oleada de nube. Sintió el agua etérea que la mojaba, le empañaba la vista y le enroscaba aún más los bucles de la larga cabellera. Miró sobre cubierta, no veía a nadie; los marineros habían ido a descansar a la bodega, colgados de los coys.

Se dirigió hacia el camarote para recoger un chal con el cual cubrirse los hombros, uno que había descubierto en el baúl donde Gérard guardaba ropa que jamás usaba, que, probablemente, habría robado de algún otro navío, ya que algunos eran mantillones españoles o delicadas capas de seda inglesa. ¿O los conservaría de otras mujeres?, se preguntó Nandi. ¿Habría tenido muchas antes...? Iba a decir “antes que ella”, pero se tragó las palabras. ¡Ella nunca sería su amante! ¡Nunca jamás! Que la llevaran los más malos espíritus si alguna vez se le metía entre las piernas.

De nuevo sobre el puente, estuvo un buen rato distraída mientras aún desentrañaba pensamientos inquietantes, entonces de pronto un sonido diferente la hizo olvidarse de esas tontas elucubraciones y le llamó la atención.

De inmediato se agachó y abrazó al perro para que dejara de moverse y no pisara con las patas pesadas sobre la madera. Permaneció inmóvil para intentar escuchar la repetición de lo que había oído entre la espesa capa de humedad que los rodeaba.

La voz desconocida volvió a repetirse.

—¡A las seis el desayuno!

Con espanto comprendió que había una o más naves cerca de ellos, demasiado cerca. Por la entonación y el idioma, sabía también que no eran precisamente de la flota de Gérard.

Nandi comenzó a mirar hacia el camarote donde él dormía y después hacia la escotilla de la bodega donde descansaban los marineros. No sabía cómo proceder. Debía actuar cuanto antes. Algo tenía que hacer.

Sin embargo, no se detuvo para analizar un poco más las distintas opciones: si le avisaría a Gérard sobre el descubrimiento, si obraría ella sola o si no haría nada hasta que alguien más de la tripulación de *La Liberté* se

enterara de ello. Tampoco nunca pensó en pedir permiso ni en decir cómo se las arreglaría, si es que optaba por iniciar algo.

Con lentitud y casi de manera inconsciente, se desnudó. Luego le hizo señas a *Mofletes* para que no la siguiera y al final se deslizó por un cabo que llegaba hasta la misma corriente de agua. Una vez en ella, nadó hacia donde había escuchado las voces y desapareció del escenario de la flota de Gérard en escasos segundos.

* * *

Una hora más tarde, estaba de regreso. Silenciosa, subió por una de las cadenas donde se encontraba atada el ancla de *La Liberté*. Cuando pasó la baranda, un Gérard furioso, con los brazos en jarra y la mirada de león dispuesto al ataque la recibió.

—¿Y qué se supone que hacías? Encima así, sin una sola prenda encima. Podrías haberte congelado, ¿sabías?

Aunque por dentro las palabras eran muy distintas. ¡Qué hermosa estaba!: con el cabello empapado y esa mirada de niña asustada. Se la veía tan bella así, desnuda, con la piel morena mojada que le brillaba con una luz especial y le contrastaba con la capa blanca de la nebulosa que la rodeaba.

En vez de amonestarla, quería abrazarla y darle la chaqueta para que se cubriera, porque temblaba y los dientes le castañeteaban sin control. ¡Sí, señor, qué visión celestial!, se dijo, y prolongó el momento.

Por fin, a desgano, se sacó el abrigo y se lo entregó. Ella no esperó a recibirlo; al escucharlo hablar, se arrojó sobre él, le cubrió los labios con la palma y mientras lo abrazaba fuerte se le acercó al oído. Gérard estuvo a

punto de girar y sellarle la boca con un beso, pero la muchacha comenzó a relatarle noticias escalofriantes.

Como pudo, entre suspiros y ahogos y mientras trataba de susurrar para no ser escuchada por el enemigo ni alterar a los marineros que andaban cerca le contó:

—Hay un barco español delante nuestro. Tiene una tripulación de treinta a cuarenta personas.

—¿Cómo lo sabes? —exclamó él después de retirarle la mano de sus labios al tiempo que se ponía tenso.

Dejó a un lado las recriminaciones y miró hacia la nube que tenía delante. Nandi agachó la cabeza, se apretó más a él y hundió el rostro en su tórax. Después le dijo:

—Porque subí al navío para poder ver.

—¡Ay, por Dios, mujer! —exclamó él mientras levantaba la cabeza y abría los ojos hacia el cielo—. ¡Maldición, que eres insoportable! Podrías haberte ahogado, podrían haberte descubierto o podrías haberte perdido en medio de la niebla. ¿Cómo hacías para guiarte? —casi le gritó, aunque lo dijo a media voz también aproximado a su oído—. De todos modos, eso lo hablaremos más tarde, ahora debo pensar. Te quedarás aquí, junto a *Mofletes*, y que ni se te ocurra hacer alguna de tus travesuras.

Nandi solo le sonrió; no se sentía intimidada por esas admoniciones; por el contrario, muy satisfecha.

Él la dejó allí, sobre el puente, tapada con la larga chaqueta. Cuando estaba por dirigirse hacia el área de navegación, ella le dijo:

—Si acaso me equivoco y no son españoles, en este momento, ya saben de nuestra presencia. Tu voz demasiado fuerte nos ha delatado.

—*Merde!* —exclamó él otra vez también furioso consigo mismo.

Era verdad, nadie podía asegurar que ese barco fuese en verdad español. ¿Qué sabía la muchacha de países? ¿Y si en realidad eran más enemigos bandoleros?

Gérard corrió hacia donde se encontraba el segundo oficial al mando y se internaron en la bodega para no ser escuchados al tiempo que despertaban al resto de la tripulación, los alertaron de la presencia de una nave y comenzaron a debatir sobre los siguientes pasos a seguir.

—No podemos disparar y dar aviso con los cañones porque corremos el riesgo de pegarle al resto de nuestra flota. Tampoco tenemos modo alguno de avisarles a los demás navíos sobre el peligro, porque, como no existe manera de calcular su ubicación exacta, la chalupa que enviemos puede chocarse con el posible enemigo.

No, debían hacer algo mucho más sutil y silencioso, velado y personal, pero ¿qué?

* * *

Nandi, a solas otra vez, recogió la ropa que se había quitado y se dirigió al camarote. Apenas terminó de vestirse, se apuró a ir hacia ellos, quería decirles que sí podían bajar un bote y que ella les daría la ubicación exacta del barco desconocido.

Al descender la escalera que la conducía hacia las bodegas, la mirada de acero de Gérard la hizo detenerse y desistir de cualquier intento por hablar y dar más explicaciones de su disparatado comportamiento; a la vista estaba que él se hallaba muy disgustado.

En esa ocasión, mientras Nandi regresaba sobre sus pasos, vio que él y el oficial se dirigían a la parte más seca de la bodega. Gérard iba a armarse, no iba a arriesgarse a darse de frente con otra banda de ladrones marinos.

En ese reducido espacio, abrieron las bolsas con pólvora. Para esa misión de sutil ataque optaron por enviar al carpintero y al artillero para manejar el grupo de avanzada; ellos debían ser acompañados por marineros que supieran manejar los elementos explosivos y llevarían en un baúl cerrado herméticamente –que les serviría de salvavidas y no permitiría que la pólvora se mojara– clavos, trapos con alcohol y todo aquello que podría servir para la misión.

Los minutos transcurrieron, la niebla aún no se había disipado y el silencio era tal que todos intuían que algo terrible estaba por acontecer. Se encontraban demasiado cerca de un grupo de islas ubicadas al sur de África y el lecho se había vuelto algo superficial, lo cual hacía que las embarcaciones se manejaran con total sigilo, so riesgo de quedar encallados.

En ninguna de las naves se hablaba, nadie hacía ruido, ni en la flota del Demonio de los Mares ni en la nave que querían inspeccionar. Un poco más lejos, los integrantes del resto de los navíos al mando de Gérard habían comprendido que algo inusitado, indescifrable y, quizá, muy peligroso pasaba ahí cerca. Lo dedujeron con solo escuchar el silencio que brotaba de *La Liberté* porque la tripulación en la fragata del capitán permanecía demasiado quieta. No se sentía el movimiento acostumbrado sobre el puente, no oían las canciones de los grumetes, nadie gritaba, no se escuchaban corridas, nadie blasfemaba ni se percibían chapoteos dentro del agua, todo lo cual hubiese sido más que normal. Ni los gallos, por lo común tan parlanchines, cacareaban. Los pobres permanecían mojados, ateridos por culpa de la nube que los mantenía mojados. Aunque, si se hubieran atrevido a cantar, alguien los habría degollado sin piedad, no era momento de cometer errores.

La tensión fue cortada de repente por los estallidos de la pólvora que los marineros de Gérard habían metido en cada resquicio libre que encontraron en la nave enemiga, luego de descubrir que Nandi estaba equivocada.

Las explosiones fueron seguidas de gritos de alarma, corridas, atropellos y disparos a diestra y siniestra. Aquellos que todavía se encontraban en la fragata suponían que los marineros al mando de Gérard debían de haber abordado para hacer de las suyas mientras cortaban cabos, se escabullían entre los bultos de a bordo y mataban marineros, perforaban barriles con pólvora, arrojaban la artillería por la borda y cometían cualquier desmán que propiciara la derrota de la embarcación atacada.

El pandemonio fue total. En el resto de la flota, todos observaban asombrados a través de la densa niebla los fogonazos y las altas llamas que sobresalían, escuchaban los aullidos de los heridos y los objetos que sin pausa eran tirados al océano.

—Es evidente que nuestro capitán ha descubierto un navío enemigo.

—¡De una buena nos salvamos! Bien podríamos habernos chocado con él en nuestro lento avance —exclamó otro.

—¿Quién los habrá descubierto?

—Ya nos enteraremos cuando sea el momento. Por ahora debemos permanecer inmóviles y aguardar alguna orden del Demonio.

Gérard, mientras tanto, corría de proa a popa para dar indicaciones. Creía que se las podía arreglar solo sin contar con la ayuda de las demás naves de la flota. Pero, si acaso llegaba a requerirlas, sin dudarlo daría la voz de alarma, ya que sabía que de inmediato acudirían en su ayuda.

Al tiempo que se movía, rogó para que los malditos piratas no utilizaran los cañones. Suponía que no lo harían porque estaban demasiado ocupados en el intento de salvar la nave que se incendiaba con el casco perforado, el que, de manera irremediable, antes o después, se hundiría. No había tiempo de pensar en preparar la artillería pesada, sin contar con que las mechas debían de estar húmedas y no se encenderían así sin más.

Cuando la tranquilidad volvió a inundar el espacio cerrado de la neblina y solo quedaba algún que otro explosivo que estallaba dentro de la nave escorada, los tripulantes de *La Liberté* relajaron los arranques guerreros y bajaron las armas.

—¡Hemos terminado con el enemigo! —vociferó Gérard.

—¡Sí!

—¡Victoria!

Los bramidos de júbilo eran elocuentes y estrepitosos, se extendían y hacían eco en cada una de las embarcaciones.

Nandi, contagiada de la alegría de los marineros, se subió al mascarón y exclamó, encantada por el éxito de la cometida:

—¡Sí! ¡Mueran infelices!

Gérard la escuchó y sonrió, asombrado por ese abierto y espontáneo fervor. No lo habría esperado de ella, tan arisca y redomona, siempre enojada con ellos y lista para cometer una travesura tras otra, siempre presta para molestarlos y hacerles la vida imposible. Sin embargo, debía reconocer que buena parte del triunfo se debía a su pronta acción.

Ahí estaba, encaramada como una heroína, ajena a todo temor, colgada sobre el mar mientras cabalgaba sobre el mascarón de proa y gritaba desaforada groseras palabrotas hacia el enemigo vencido para demostrar con ello su extrema devoción hacia esa nueva vida, esa que él le había impuesto dentro de una embarcación llamada *La Liberté*.

Allí continuó, sostenida apenas con una mano, la muy atrevida, inconsciente del peligro que eso significaba mientras disfrutaba enormemente del éxito obtenido en la escaramuza, en la que, por propia voluntad, había formado parte. Y, si se caía, ¡pues entonces nadaría!

Sí, se dijo el francés cuando al fin la malgache regresó al puente de la nave, a esa altura, ella parecía una más del grupo, una marinera diestra y valerosa, quizá sin tener cabal conocimiento del riesgo que tenían las acciones que se aventuraba a emprender por propia iniciativa. ¡Si hasta algunos marineros, al enterarse de que había sido ella quien delató al enemigo en ciernes, se acercaron a felicitarla! Nandi, tan contenta como ellos, chocó manos con todos. Otros varios le palmearon la espalda y sonreían orgullosos por contarla entre su equipo.

—Así se hace, mujer soldado.

—Tienes dinamita en la sangre —le gritó uno.

—¡Vamos a brindar por la victoria! —exclamó otro y le golpeó el hombro.

Gérard, al observar cómo la consideraban una más de la tripulación, igual a un hombre y sin hacer diferencias de sexo, hasta se sintió un poco celoso. Se preguntó cuándo y cómo sucedió que esa niña se había ganado con tanta facilidad el cariño de la gente. Entonces agachó la cabeza algo desconcertado. Ella participaba con tanto entusiasmo y buena disposición en las actividades de la flota, pero él no podía sentirse del todo feliz.

El francés tenía pareceres encontrados porque le mentía a la muchacha; le molestaba seriamente tanta falsedad y ya comenzaba a carcomerlo. Tenía un poco de resquemor por no cumplir lo que le había prometido a su rey: llevarla de regreso a su tierra apenas los médicos le hubiesen curado los espasmos inesperados de sueño.

Él no pensaba devolverla, esa idea se había vuelto un problema, nunca lo haría porque la apreciaba, le encantaba esa actitud salvaje e imprevisible, la intensidad de los actos apasionados, los exabruptos, el modo desaprensivo al comportarse frente a los peligros, el ingenio que tenía, el desparpajo y optimismo al decidir embarcarse en tareas comprometidas, esa inocencia... Y también le fascinaba el aire de mujer, su oculta femineidad, los meneos al moverse, al arreglarse la arisca melena, esas pupilas que, como brasas, lo

miraban para fulminarlo o buscaban templarle el ánimo irascible. Le gustaban sus curvas y la determinación por defender lo que era a pesar de cualquier burla o desprecio por parte del resto de los tripulantes. El conjunto lo hacía estremecer de placer. Ya no se imaginaba ese viaje, ni ningún otro, sin ella presente y, por el momento, nada en el mundo lo separaría de la joven. No hasta que él lo decidiera.

—*Bon*, que el futuro se aclare solo —dijo porque él no pensaba hacerlo.

Al final, cuando concluyó con esas cavilaciones, la idea de retenerla con mentiras no le produjo culpa alguna, todo lo contrario, lo llenó de satisfacción. Al mismo tiempo, la imaginaba explotar de furia cuando descubriera el engaño. Bien, el destino marcaría las cartas y las colocaría sobre el tapete cuando lo considerara oportuno, recién entonces vería cómo saldría entero de esa confrontación. Mientras tanto, la disfrutaría a pleno, tal como lo hacía en esos instantes.

Dejó a un lado las elucubraciones y acompañó el jolgorio de la tripulación. Lanzó un grito al cielo, levantó la espada y mientras reía caminó hacia donde ella estaba, nuevamente a horcajadas sobre el mascarón.

—Ven aquí, muchacha inconsciente, te caerás al agua y no seré yo quien te rescate, te lo juro.

Nandi lo observó, dispuesta a dar pelea, pero, al notar que él sonreía, comprendió que solo jugaba.

Gérard le pasó el brazo sobre el hombro y se mantuvo así, junto a ella, mientras miraba cómo se despejaba la niebla y el paisaje se abría esplendoroso, magnífico.

Delante, sobre el mar, vieron desplegado un amasijo de tablas que flotaban, baúles y toneles, cuerpos, víveres y cacharros, producto de la confrontación recién acaecida.

En medio de semejante desquicio, el casco, herido de muerte, se deslizaba a la deriva, llevado por la incipiente brisa que comenzaba a levantarse.

CAPÍTULO 12

Esa noche, los hombres de a bordo tuvieron la excelente oportunidad de volver a festejar y emborracharse, y no la iban a desaprovechar. A la flota completa se le permitió recoger los toneles con ron que flotaban alrededor de ellos, fruto del último naufragio, lo cual, por lógica, llevó a lo siguiente: tomar de más.

Apenas subieron los barriles, los abrieron y, salvo los que se encontraban de guardia, se sirvieron sin medida alguna, aun sabiendo que al día siguiente no estarían en condiciones de trabajar ni de realizar cualquier tarea con centrada responsabilidad.

Gérard los dejó hacer; pocas diversiones tenían cuando estaban en el mar y desde el anclaje en Androka que no paraban en un puerto para relajarse y hacer lo que quisieran sin control alguno. Él reconocía que lo necesitaban, una excesiva presión y escasas diversiones volverían agresivos a los marineros y, quizás, comenzarían a pelearse entre sí; o hasta podría suceder que se pusieran en contra suyo. Por eso, promover excesivos condicionamientos no era sensato, algunas permisiones debía concederles.

Él también bebió de más, ¿qué más daba?, si los oficiales de turno estaban sobrios. Permaneció hasta casi la madrugada al lado de la gente para festejar con ellos y comportarse como uno más del grupo.

Avanzada la noche, cuando ya estaban muy tomados, alguien se puso a tocar un violín. Pronto comenzaron los cantos desafinados junto con las chanzas pasadas de tono. Primero eran livianas, luego se volvieron más pesadas, con peligro de descontrolarse.

Gérard optó por mantenerse ajeno, impasible. Por una vez lo dejaría pasar mientras no se fueran a las manos. Luego de varios tragos más, hasta se animó él también y comenzó a cantar a la par de los artistas improvisados mientras festejaba los escarnios que recibía como si fuese uno más del lote, se golpeaba la pierna con cada nueva ocurrencia al tiempo que seguía abrazado a la jarra de vino y alardeaba de la borrachera.

Brindaron por una docena de razones distintas. Él mismo tenía motivos para levantar la bebida; la principal, aunque mantenida en silencio y solo para él, era cómo le había cambiado la vida desde que la muchacha malgache se encontraba a bordo de la fragata.

Cuando las voces comenzaron a mermar el ritmo y empeorar la entonación, a él le subió un incipiente dolor de cabeza.

—¿La verdad, francés ingenuo? ¿Quieres saber la más completa y pura verdad verdadera? ¡Eres un niño! Perdiste el control de tu cuerpo. Ahora bebes alcohol y flaqueas, ¡capitán de poca monta! —se dijo en voz alta y levantó por última vez la jarra para brindar por ello.

Todos a su alrededor rieron ante tamaña franqueza. Entonces decidió que ya era tiempo de desaparecer; si ninguno de los marineros estaba entero, ni siquiera los que se encontraban de turno, por lo menos él, como jefe de esa flota, debía comparecer sobre cubierta temprano a la mañana siguiente y fingir entereza y estabilidad, dos cosas que distaría mucho de poder hacer a la perfección. Aunque no habría nadie delante como para recriminarle la desacomodada apariencia ni el accionar descontrolado de su presencia en el improvisado festejo.

—Adiós, mis fieles marineros —exclamó con voz melosa al tiempo que se retiraba—. El deber me llama.

Todos volvieron a reír.

Desde el camarote, encerrada y a buen resguardo, Nandi los espiaba a través de las hendijas de la puerta. Se encontraba muy enojada. ¡Cuánto desastre! ¡Qué desatino cometía el capitán!, pensaba. ¿Y si los atacaban?, ¿y si una nave enemiga aparecía de sorpresa?

Al mirar hacia los demás navíos, notó que todos estaban en las mismas condiciones en medio de la celebración.

—¡Qué tontos! —exclamó.

Bien, si nadie más en esa flota estaba entero, entonces ella se ocuparía de que la noche acabara con éxito y de manera apacible, o por lo menos sin sorpresas desagradables.

Por las dudas, momentos atrás había tomado un rifle. Lo mantenía entre las manos, dispuesta a darle a cualquier objeto extraño que apareciera en su visión de tiro. Así quedó, con el ojo avizor y el oído atento, tensa, mientras pensaba en cómo odiaba el alcohol y maldecía una y otra vez por la sonsera de esos hombres que tenía cerca.

Gérard llegó al camarote ahogado en ron, había orinado momentos antes sobre la borda y estaba listo para tirarse sobre la litera. Abrió la puerta de una patada y arrojó por encima del lecho a la desprevenida Nandi, que quedó estampada contra la pared opuesta, y así como llegó se tiró atravesado sobre las mantas, vestido, sin siquiera sacarse las botas.

Si había procedido de ese modo, se debía a que se encontraba incapacitado para llevar a cabo la simple tarea de desvestirse, que, de improviso, se había vuelto muy complicada. Pero a él no le importaba, en ese instante estaba más allá de toda comodidad o incomodidad, y lo único que deseaba era dormir hasta que el efecto etílico le mermara un poco dentro del cuerpo y se le diluyera en la sangre.

Nandi bramó con fuerza al ser aplastada.

—¡Bestia bruta! ¡Torpe inconsciente! ¿Ahora te dedicas a emborracharte y luego maltratarme?

Él solo emitió un murmullo inentendible para al fin sentenciar:

—Como digas, mujer gritona.

Una vez que se desplomó sobre el lecho, ella se bajó y lo miró un momento.

—Tendría que dejarte así, envuelto en tu aroma ácido, sucio y vestido. ¡Ni las botas debería sacarte!

Luego dulcificó el semblante y sonrió apenas. ¡Era lindo ese hombre!, pensó, vaya si lo era. Ella había comenzado a sentir afición hacia él; el francés podía ser bastante insensible, déspota y machista, pero poseía una faceta tierna y leal que a la joven le gustaba cada vez más. Le agradaba el modo en que la abrazaba si ella tenía pesadillas y la manera que tenía de mirarla cuando estaba contento y se sentía despreocupado, cómo la bañaba con esos ojos verdes que parecían refulgir y liberar destellos.

Nandi quedó inmóvil a su lado, embobada, distraída mientras pensaba en cómo sería sentir sobre su cuerpo las caricias de ese hombre.

Después se sacudió tamaña estupidez de la cabeza y se ocupó en desvestirlo un poco. Con bastante esfuerzo consiguió quitarle las botas.

—¡Uf! ¡Eres pesado! —se quejó—. Vamos, capitán malo, tú también podrías esforzarte un poco; córrete, que debo descalzarte. Ni se te ocurra vomitarme, te lo advierto.

—¡Ya te gustaría desvestirme, muchacha descarada! Sacarme no solo las botas, sino el resto de la ropa —replicó él sin tener noción concreta de lo que le decía ni de su atrevimiento al hablarle así.

Ella hizo caso omiso a esas palabras porque sabía que le brotaban por el embotamiento alcohólico, entonces trató de cambiarlo de posición para que él pudiera quedar estirado longitudinalmente y no atravesado de lado, ya que se golpeaba la cabeza contra la pared.

Gérard se sentó un instante, la miró con ojos perdidos y se tiró de nuevo, igual a una bolsa muerta, arrastrándola en la caída.

—¡Para ese lado no! Volverás a golpearme contra la pared.

—A su orden, mi capitán.

Gérard rodó, pero no calculó el envión ni a dónde terminarían, por lo que ambos fueron a parar al piso, sobre la espesa piel de guanaco.

Al sentir tamaño peso que la aplastaba, Nandi se sofocó y comenzó a darle patadas y bofetadas.

—¡No puedo respirar! Tonto, borracho, idiota. ¡Quítate de encima, me ahogo!

—Disculpa —dijo él y se puso de rodillas mientras se sacudía el rostro para tratar de despejarse un poco. Entonces la observó serio—. ¿Querías hacer el amor conmigo? —inquirió con la voz arrastrada.

Por toda respuesta, ella le dio tal bofetón que lo tumbó de plano. El francés reaccionó de inmediato y le tomó ambas muñecas para retenerla y evitar así que la muchacha le pegara una vez más. Luego, la besó en los labios.

El contacto fue salvaje, repleto de pasión y sin sentimiento alguno, motivado por una desquiciada embriaguez y no porque pretendiera besarla de verdad o pensara en algo más. Tampoco, sin tener real conciencia de sus actos, le metió la mano bajo la calza.

—¡No lo hagas, no lo hagas! —gritaba ella desesperada mientras lo golpeaba en el pecho con los nudillos—. ¡Te arrepentirás si lo haces! Tú no eres así, Gérard. ¡Detente!

—¿Detenerme? ¿Y se puede saber por qué habría de hacerlo?

—¡Porque debo mantenerme virgen! —dijo, pero él insistió—. Ya basta, ya basta.

El francés volvió a enderezarse y frunció el ceño.

—Esto hay que conversarlo —dijo todavía con las palabras estiradas y un tambaleo—. ¿Virgen? ¿Debes mantenerte virgen para quién?

—¡Para mi futuro esposo! El hijo del rey, por supuesto, ¿para quién iba a ser, cretino preguntón?

—¿Cretino preguntón?

Gérard gruñó y volvió a recostarse sobre la piel, superado ampliamente por el debate que mantenía con la joven, incongruente, a su parecer. Se sentía impedido de pensar con coherencia y mucho menos de mantener el hilo de la discusión. Un minuto más tarde, roncaba como un bagre.

Esa vez, la joven no trató de subirlo a la litera, le pareció más fácil si ella dormía allí y él se quedaba donde estaba, despatarrado sobre el quillango. Por eso solo lo cubrió con una manta.

Después se acomodó sobre el lecho, se tapó con las sábanas y, en poco tiempo, se durmió.

* * *

Más tarde, cuando comenzaba a amanecer, los navíos se encontraban en el más absoluto silencio porque la tripulación ya descansaba la modorra del alcohol.

Entonces Gérard se despertó. Comprendió que estaba en el suelo, que se encontraba frío y demasiado duro, entonces se levantó. Con paso tambaleante salió del camarote, fue a orinar otra vez por encima de la baranda y regresó un momento más tarde a la litera, tal como era lo lógico suponer. Al intentar meterse entre las sábanas, notó que Nandi estaba allí.

—Que se corra —masculló. La cama le pertenecía, y el derecho de ocupar ese espacio era exclusivo de él, pero, mientras se introducía bajo las frazadas, sintió el cuerpo cálido de la mujer—. ¡Mmm! —exclamó—. ¡Es tan suave!

Con lentitud y sin despertarla, se introdujo y se le colocó al lado. Muy despacio también, le levantó la blusa y le pasó la mano por los pechos y por la cintura tibia. ¡Cuánto disfrutaba tocar esa piel tersa!, pensó, cuán diminuta era y cuán mujer a la vez. La atrajo hacia él y se complació con las maravillosas sensaciones que le producía su contacto. Al hacerlo, una silenciosa exhalación le brotó de los labios entreabiertos, que contuvo apenas, y se frenó los instintos apasionados y demasiado sexuales.

Durante un rato más la recorrió con las manos apuradas, cada vez con más confianza a medida que transcurrían los segundos. ¡Qué preciosa era! ¡Cuánto valor albergaba en ese cuerpo de niña! Tan joven era como grande su arrojo, tan inocente como sabia, tan valerosa se la notaba como asustadiza, y además obraba en los momentos más cruciales. Si con solo percibir los bruscos desmayos ya podía darse cuenta de lo frágil que era.

¡Ay!, pensó luego, ¿qué habría hecho si la perdía cuando se metió en la niebla para ir a nado hasta la embarcación enemigas? Sola, sin darle aviso a nadie.

—¡Chiquilla tonta!

¿Con qué habría llenado él tanto vacío? Ese que se había mantenido ausente hasta antes de conocerla. Porque, si debía hablar con la verdad, Gérard lo tenía todo, pero a la vez no tenía nada.

Poseía una nave, un trabajo que le encantaba y lo hacía levantarse cada mañana con nuevos bríos para iniciar el día; era jefe de una importante cantidad de marineros, se sabía hacer respetar, era apreciado y valorado por su nobleza y el don innato de justicia. Sin embargo, no existía nada más aparte de eso y, cada atardecer, cuando bajaba el sol para darle espacio a la noche y al tiempo que las sombras se volvían presencia, él sentía un hueco enorme en el pecho. En ese momento se dio cuenta de que la joven había sabido llenar de manera inconsciente ese pozo negro e infinito, con los arranques intempestivos, la intensidad de ese temple extrovertido y un valor extremo.

—¡Niña mía! —murmuró despacio mientras trataba de dominarse para no llenarla de besos y caricias.

Pero, si era sincero, en ese preciso instante pensaba en algo por completo distinto a la valentía, algo que lo hacía estremecer desde la punta de los dedos, le recorría las arterias y le hacía cosquillas hasta en la nuca. El anhelo, potenciado por la liberación del autocontrol que le provocaba el exceso de alcohol, lo despertó por completo.

Entonces, cuando ya no pudo contenerse y le dio pie a su apetito carnal, comenzó a recorrer esas curvas con las yemas de los dedos, de arriba hacia abajo, desde atrás hacia delante. Despacio se regodeó con el inusitado placer que lo envolvía dentro del propio camarote y en el lecho de cada noche, que lo llevaba hasta allí, donde la máxima sensibilidad de la muchacha se escondía, casi oculta por completo a su amorosa inspección.

La joven se despertó apenas y sin tener cabal conciencia de lo que estaba por acontecer, abrió las piernas y le permitió hacer al tiempo que lo llamaba, que lo disfrutaba. Ella también sentía en cada poro de la piel el calor que le

trepaba, el vello que se le crispaba ante el contacto ligero de esos dedos inquietos.

Se dio vuelta y lo enfrentó, buscó sus labios mojados y pulposos. Los senos turgentes se le pegaron al pecho enorme de Gérard y se apretó contra él como si el frío reinante en esa incipiente alborada la obligara a buscar tibieza para luego acoplar su cuerpo de mujer minúscula al gigante de él.

Antes de que Nandi comprendiera las consecuencias inevitables de lo que hacía, antes de que la cordura la arrollara con su cruda verdad, se encontró por completo envuelta en la ternura de ese ser que tenía al lado, de su miembro que la había penetrado y le había quitado para siempre aquello que con tanto celo había cuidado desde que naciera.

Gérard le había robado lo máspreciado que guardaba en su seno y le había arrancado la oportunidad de ser feliz. Esa noche perdió la inocencia y, de ahí en más, por desgracia, miraría a cada hombre con vergüenza, sentiría que ya lo sabía todo y que ya lo había experimentado todo, principalmente porque se sabía mutilada.

El francés le terminaba de robar la única arma que a ella le permitía casarse con el hijo del rey o con cualquier otro varón de la tribu. Nandi ya no era pura, se había rasgado la virginidad. Acababa de cometer la peor tontería, el error más atroz, el más determinante de su vida... ¿O quizás había sido el acierto más hermoso, el mejor de todos y a partir del cual el destino le torcería el sendero para buscar otro mejor?

CAPÍTULO 13

Desde esa noche maldita o bendita, la relación entre Gérard y Nandi cambió radicalmente. Ya no eran más enemigos ni tampoco amigos. Lo que los unía iba mucho más allá de una simple comprensión banal; ellos sentían un manajo inmenso de diferentes sentimientos, cada cual encontrado y contradictorio, sobre todo ella.

Las sensaciones que invadían al capitán eran muy simples y elementales. Él la deseaba con una intemperancia que se potenciaba cada nueva noche, que rayaba en descontrol y le torcía la estampa de hombre sereno y criterioso.

Para ello, entraba al camarote cuando ya todos los demás se habían ido a dormir y la muchacha yacía enroscada a los pies de la litera. Recién entonces, con temor a despertarla, porque, si ella se sacudía, movía el rostro, suspiraba o le susurraba unas pocas palabras, el coraje que Gérard había juntado durante todas las horas de labor se desvanecía como si una mano invisible se lo quitara de la mente. En ese momento comenzaba a flaquear.

Al tiempo que se desvestía y se arrojaba sobre la litera, se decía que él no era hombre de lastimar a las mujeres, ni siquiera de tenerlas en cuenta; eran objetos a ser lucidos y de vez en cuando disfrutados, eso y poco más. En su vida como marino, jamás se le había ocurrido formar una familia, tener un hogar, esposa, hijos y empleados a su cargo. Eso era para los hombres aburguesados y él, por cierto, no lo era.

Bastaba con preguntar:

—¿Dónde anda por estos días el Demonio de los Mares?

—¡Vaya a saber qué nuevos cielos lo estarán despertando! —suspiraban las mujeres.

—Seguro escuchó el clamor de los tambores australianos y en este momento se encuentra en el océano Pacífico —exclamaba algún amigo.

—O en el Índico.

—Con Gérard Deprieux nunca se sabe.

No, el francés había nacido para conquistar suelos extraños, para masacrar a los más viles e innobles seres humanos y para correr tras las huellas de la libertad.

En cambio en ese momento... ¡El amor!

—*Bon sang, gros homme!* —blasfemaba cuando meditaba sobre ello.

Daba vueltas en el estrecho reducto de descanso y pensaba, todavía sin arribar a una solución, sin dar con las respuestas. ¿Quién podía decirle dónde terminarían sus días? Después de haber hecho el amor con Nandi, todo el mundo se le había transformado y sus cimientos se estremecían, lo hacían dudar de sus intenciones de permanecer soltero. Aunque ¿casarse con una indígena malgache? ¿En qué cabeza cabía?

¡En la tuya, por supuesto!, se dijo.

Solo él era capaz de amar y entenderse con una mujer cuyas raíces eran tan diferentes a las suyas. Por otro lado, si se entendían y se querían...

Llegado a este punto de las cavilaciones, Gérard se golpeaba la cabeza.

—¡Deja de pensar idioteces, francés obtuso!

A veces, Nandi lo escuchaba y en voz baja le rogaba que se callara.

—¡Shh! Despertarás a los monstruos del fondo del mar.

Luego, él se daba vuelta e intentaba dormir.

* * *

Pero apenas aclaraba, apenas el gallo se sacudía la melancolía y hacía retemblar las plumas que, de pronto, cuando los primeros rayos del sol las tocaban, se le volvían iridiscentes —en especial, las de la cola y la cresta—, todo en él se transformaba.

Durante las horas de claridad el enamorado hombre recobraba el temple de acero. El poderoso y varonil Gérard, el capitán de los mares más lejanos, se mostraba frente a la muchacha con total indiferencia. Le agradaban y lo divertían esos arranques de mujer histérica, casi insensata en sus actitudes; aun así, nunca iba más allá de una sonrisa torcida.

¡Ay!, pero en los más sutiles gestos, en los movimientos y su don completo, se percibía que algo dentro suyo se le revolvía como un ciclón infernal que buscaba hacerlo estallar de impaciencia, entonces se volvía prepotente y malhablado al momento de impartir órdenes o cuando debía debatir con los oficiales sobre algún tema marítimo.

Cuando el sol llameaba, Gérard se controlaba —a medias— y su falta de equilibrio lo hacía mascullar furia e impotencia. ¿Cómo podía el hombre ser tan enclenque frente a una ondulante pollera? ¡Y ni eso hacía ondular la malgache! Porque Nandi vestía calzas y camisa suelta, igual que los demás marineros.

Por su lado, ella lo quería y, al mismo tiempo, lo detestaba; justo por esa apatía que notaba en él cuando estaba en público, frente a la tripulación. Cuando eso sucedía, ella estaba convencida de que él se comportaba como un verdadero asno, porque la ignoraba e incluso le hacía algunas chanzas pesadas y groseras. Al escucharlo burlarse de su falta de experiencia y

torpeza, Nandi lo odiaba con todo su ser y, de haber podido, se le habría colgado del cuello para clavarle las uñas hasta hacerlo sangrar, ¡maldito varón sonso!

* * *

Durante varias jornadas tuvieron vientos malos, encontrados, que los alejaron de la ruta trazada. Cuando al fin se calmaron y el norte franco y parejo los acarició, él se sumergió en la urgencia de preparar nuevas cartas de navegación.

Ignoró los sentimientos ambivalentes que provocaba en la muchacha. Día tras día, se sumergió en cuerpo y alma en las cartas náuticas, en los instrumentos marítimos y estudiaba los vientos o trazaba la nueva ruta, la que sería definitiva —o eso querían suponer todos—, ya sin obstáculos ni detenciones evitables.

Con las velas infladas de aire, la flota del francés enfiló proa al sur y bordeó las costas más australes, impredecibles y movedizas de África. Iba derecho al poniente, hacia la hermosa Patagonia argentina, aunque primero haría escala en el archipiélago portugués Tristán de Acuña para abastecerse de frutos y agua dulce, ya que para esa fecha, los víveres estarían casi agotados o en mal estado.

El acuciante apuro que tenía Gérard por llegar hasta lo de su amigo, anhelo que le carcomía la paciencia, era porque, además de querer hablar en privado con la esposa de Jacques, Nuil, tenía pendiente varias horas de debate con él, horas que serían complicadas de atravesar. Se le habían acumulado en el pecho una cantidad de temas que no podía tratar con nadie más que con su amigo francés; quizás él, y solo quizás, consiguiera aclarárselos.

Gérard reconocía que vivir en altamar tenía algunos inconvenientes, los que eran menores, por cierto; aun así, no debía desestimarlos. Uno de ellos era que no tenía cerca a nadie de confianza con quien hablar de temas personales. Allí en las naves, por más que tuviera buenos compañeros, fieles y dispuestos a obedecerlo y escucharlo, por desgracia ninguno era su amigo. Él anhelaba analizar con Jacques una docena de inquietudes que tenía en la cabeza, las cuales habían surgido desde que conoció a Nandi. Esa muchacha lo enloquecía.

¡Revoltijo de mujer! ¿En qué me has convertido? En una vela que se carga a tu entera complacencia, mujer dominante. ¡Tan equilibrado y seguro que había sido siempre!, pensó y tan a la deriva, tan lleno de preguntas sin resolver se encontraba en ese momento. Ella no lo percibía, pero, en realidad, él debía hacer un tremendo esfuerzo por mantenerla alejada.

Rodeado de la tripulación, durante el día Gérard podía frenarse bastante bien, la ignoraba y la trataba como una más del grupo, aunque, por dentro, se moría de deseos de abrazarla, de rozarle la piel con la yema de los dedos, de disfrutar de las sensaciones que lo sacudían de gozo, además de escuchar sus opiniones sensatas sobre lo que hacían o sobre la comida, verla pescar con las redes que había en la nave o mientras observaba extasiada el océano que se abría delante de ellos... O tan solo olerla, disfrutarla con las pupilas puestas sobre su rostro elocuente y siempre repleto de asombro o ira desmedidos. Aunque, cuando oscurecía, noche tras noche sentía como si lo invadiera una fiera repleta de instintos intensos e insatisfechos y un reflejo carnal lo hacía bramar de impotencia por la carne que no podía ni debía poseer.

La voluntad de mantenerse alejado de ella flaqueaba cada vez más y, en una velada en especial fresca, sus cuerpos sucumbieron a los instintos más íntimos. En esa ocasión, la tripulación completa se había ido a descansar antes de lo acostumbrado. Un viento helado del sur los hacía temblar de frío y todos habían armado las hamacas dentro de la caldeada bodega. Era maloliente, sí, pero por lo menos le mantendría los cuerpos tibios. De otro modo, no podrían descansar bien y al día siguiente se encontrarían fatigados y mal dispuestos a reiniciar las labores.

Gérard se recostó y Nandi se acomodó a sus pies, sobre la manta de guanaco.

—Está congelado —expresó ella, no acostumbrada a temperaturas tan bajas.

—Tendrás que amoldarte. El clima de la Patagonia es así, ventoso y fresco.

Ella se estremeció.

—¿Puedo...? ¿Puedo dormir contigo en la litera?

—Pierdo la razón cuando te tengo cerca, lo sabes. A lo que sucedió... —
No pudo completar la frase.

—Sí, lo sé. —Quedaron en silencio unos minutos y la joven comenzó a tiritar—. De verdad tiemblo, si no me caliento de algún modo, me enfermaré.

—Ven conmigo —dijo él y le hizo lugar en la litera—, pero no olvides lo que acabo de decirte.

—¿Cómo haremos?

—Tú tendrás que frenarme.

—Entonces aléjame de una vez, hombre flojo —exclamó Nandi y se levantó, dispuesta a retirarse del camarote para ir a descansar a algún rincón dentro de la bodega.

—Tú te quedas —replicó Gérard y estiró la mano para atraerla hacia él.

Nandi volvió a recostarse, sonrió y lo besó en el cuello.

—Ven a mí, señor de las tempestades.

—¿Así pretendes distanciarme? Quiebras mis esfuerzos por no abordarte de nuevo.

—No lo hagas.

* * *

Desde esa noche, el francés la hizo suya una y otra vez. Pero, luego de cada acto sexual, saciado, rogaba al cielo y le pedía al Señor que la próxima vez le diera fuerzas para controlarse, porque las intenciones de la muchacha eran regresar a su pueblo apenas pisaran suelo argentino; y las de él, continuar con la vida en altamar. Ninguno de los dos pensaba en enamorarse del otro.

De alguna manera, ella se las ingeniaría para tomar un navío que la transportara a Madagascar y, en ese entonces, de alguna manera también él tendría que soltarla y dejarla ir.

Sin embargo, aunque se concentraba en buscar la fórmula para hacerla a un lado y así sacársela de la mente, nada resultaba; por el contrario, apenas se retiraban al camarote, la pasión resurgía mansa y se ampliaba a medida que pasaban los minutos.

Él la sentía y la veía tan cerca que se llenaba de deseo. ¿Dónde acabarían los instintos carnales?, se preguntaba, ¿acaso terminarían alguna vez? Sí, cuando ella desapareciera de su vida, se respondía.

Mientras tanto, la disfrutaría. A esa conclusión había llegado luego de prolongados y desgastantes debates internos; si no podía extirpársela de la cabeza, entonces se complacería con aquello que la malgache le brindaba con tanta generosidad y simpleza, abierta como un capullo que se despliega.

¿Y luego? Luego lidiaría con sus monstruos personales. Como corsario había aprendido que al presente había que saborearlo al máximo con todos los sentidos, porque nunca se sabía cuándo la poderosa muerte vendría a reclamarle el aliento.

* * *

—Hoy aprenderás a hablar bien en español —le dijo él una mañana—. Esto de comunicarnos en medias palabras, un poco en francés, otro poco en tu léxico nativo y otro tanto en español es un incordio y me agota.

Pero sus intenciones eran otras. Pensaba que, al estar más distraído, conseguiría manejar los ímpetus personales para enfrentarse a la tripulación, porque Gérard ya no se frenaba en la cama, pero delante de la gente debía hacerlo para imponer respeto.

Al escuchar esa frase, a la joven le sonó más a una orden que a un pedido, por eso optó por ignorarlo. Él repitió la sugerencia, esa vez con más amabilidad.

—Te aconsejo que aprendas el español, en la Patagonia solo se habla en ese idioma.

Ella lo miró y le dijo un corto:

—No.

—¡Pues, si no aprendes, te juro que...!

La muchacha no se amilanó, se paró delante de él cuanto le daba su metro sesenta y le espetó:

—¡Ah! Como no consigues convencerme, optas por la prepotencia. A ver... ¿O si no qué: me encerrarás, me quitarás la comida, me colgarás del cabello? Pues te aviso que no me asustas. Haz como te parezca, como te dé la gana, si al final siempre te sales con la tuya. —Antes de concluir esa perorata frenética, repitió—: No aprenderé y listo. ¿Quedó claro o te lo digo en los tres idiomas que conozco?

—¡Mocosa intratable! —exclamó él.

Cerró los puños y se fue a continuar con las cartas de navegación o a hablar con los marineros, cualquier cosa era mejor que lidiar con una loca.

* * *

Fue el amable y mucho más sagaz Spencer, quien había escuchado tan escabrosa conversación, cuando, luego, se sentó al lado de la joven y, de manera velada, reinició la charla. Mientras juntos preparaban los guisos, le dijo que le hiciera caso al capitán.

—Te sentirás mucho más segura. Recuerda que estás lejos de tu tierra, de tu gente y tus costumbres. Si encima no sabes hacerte entender, ¿cómo les explicarás a quienes te rodean si algo te gusta o no? —Ella lo pensó y afirmó con la cabeza, sin responderle aún—. Bien. ¿Qué quieres hacer al respecto para solucionarlo?

—Pero... —empezó a decir para oponerse y se detuvo. Después accedió —: Está bien, lo intentaré —accedió y lo señaló con el dedo índice—. Pero me enseñarás tú, no ese... —Miró hacia donde se encontraba Gérard—. Ese mandón capitán.

El cocinero se guardó una carcajada ante el descaro de la niña.

—¡Hecho! Te felicito, muchacha. Has tomado una decisión sabia.

Desde donde se encontraba, Gérard, a quien nada se le pasaba por alto porque muchas veces sus vidas dependían de ello, escuchó lo que acababa de decir Nandi y sonrió complacido. ¡Esa sí que era una excelente noticia!

¡Perfecto!, se dijo. Así, entretenida al lado de Spencer, él no tendría que vigilarla todo el tiempo y tampoco estarían tan cerca uno del otro.

A partir de ese día, apenas la malgache aparecía cerca del mástil mayor o cuando bajaba al sector de provisión de alimentos donde trabajaba el cocinero, él comenzó a nombrar cada objeto y cada artículo primero en francés y luego en español. Nandi estaba en la edad justa para asimilar nuevas palabras y aprendió con rapidez el idioma que la recibiría cuando pisara suelo argentino.

* * *

Entre la tripulación todos sabían que el capitán se hallaba hechizado por la misteriosa belleza de esa negra que les había caído como un ave herida desde el cielo, sin esperarla ni buscarla, por eso lo excusaban al notarlo algo distraído y cansado. Cuchicheaban entre ellos y decían que al jefe lo había aprisionado una cabellera indomable, aunque estaban felices por él. Aun así, se guardaban muy bien de hacer públicos esos comentarios, porque, si el Demonio llegaba a enterarse de aquellas frases jocosas, sin duda los haría arrojar al mar sin piedad ni explicación alguna.

En cuanto a ella, la tripulación la respetaba; no tanto por ser la pareja del capitán, sino porque había demostrado habilidad e inteligencia mayores de lo que parecía a simple vista. Nandi era águila y sabueso juntos, grácil delfín y astuto tiburón, ¡si hasta al gran Demonio de los Mares lo tenía embrujado!

Al principio, si no hubiera sido porque él la mantenía detrás suyo y la escudaba con su permanente presencia, ellos ya la habrían arrojado al mar. Las primeras semanas la sentían como una sirena maldita, una malvada bruja encubierta que hipnotizaba a los marineros con un canto endiablado. Fue solo con el transcurso de los días que comprendieron que ella no era ni una sirena ni una bruja, ni siquiera una mujer mala; era una diosa perfecta y tan escandalosamente bella que terminaba por ser casi inmoral.

Habían hecho un breve alto en cabo Buena Esperanza sin mayores incidentes y luego continuaron para acercarse a la isla Tristán de Acuña; de ahí tomaron rumbo hacia el destino final.

La flota marchaba sin inconvenientes mientras cortaba océano y provocaba armoniosas estelas detrás; se dirigía esbelta y poderosa hacia su anhelada meta. A veces debían aminorar la marcha porque la embarcación pirata, cuyo casco se encontraba averiado, tal como Gérard había sospechado, filtraba agua de manera permanente y las bombas de achique no daban abasto. Siempre había un marinero que movía la palanca para hacerla funcionar, hacia arriba y abajo, hora tras hora sin un minuto de descanso.

A Gérard se le alteraba el ánimo cuando la divisaba con el catalejo y notaba que quedaba rezagada, última en la fila de la flota, y no veía el momento de poder avistar suelo argentino, porque, una vez allí, apenas reabastecieran las provisiones y cargaran agua dulce en los toneles, ni todos los dioses del cielo podrían evitar que enviara varias naves directo hacia Buenos Aires. Estar al mando de cinco embarcaciones era algo que lo mantenía en continua alerta, en especial porque él no había elegido a la mayoría de la tripulación que las manejaba, sino que ellos se habían visto obligados a obedecerlo por la fuerza de las circunstancias. Para esa gente era elegir eso o morir en el mar, lo cual no lo dejaba nada tranquilo.

La isla mayor del archipiélago, Tristán de Acuña, llamada como el portugués que la había descubierto, era la principal de un conjunto de poco más de cinco islotes con costas escarpadas y acceso complicado. Se encontraba ubicado en el medio del océano Atlántico y sus barrancas de

piedra volcánica de más de seiscientos metros, que la rodeaban en casi toda su extensión, la hacían difícil de abordar. Pero Gérard, y otros capitanes también, habían descubierto una diminuta escollera natural, una bahía cuyas aguas estaban algo quietas y era un perfecto lugar donde podían anclar.

A pesar de encontrarse en medio de la nada y lejos de todo, las islas contaban con cuanto elemento requerían los navegantes. También eran salvajes y muy peligrosas porque tenían volcanes. Por lo menos uno de ellos se encontraba activo y, cada tanto, entraba en erupción, lo que provocaba alarma con permanentes explosiones y descargas de humo y piedras a quienes iban a aprovisionarse en esas inestables costas.

El archipiélago también estaba azotado por temblores y maremotos, además, las lluvias eran intensas, por no nombrar a los piratas que todo el tiempo se escondían en las costas para descansar y enterrar los tesoros. Pero también su flora subtropical les permitía a los navegantes abastecerse de frutas frescas y, sobre todo, del agua dulce de sus arroyos.

La flota de Gérard se detuvo un par de días en el lugar y permitió que la tripulación descansara un poco y recobrarla vitalidad, porque luego el tirón sería demasiado largo y ya no tendrían dónde reabastecerse. Estarían a completa merced de los arrebatos de esas aguas saladas, mansas o violentas, de acuerdo al humor del dios que habitaba en el sector más profundo de la plataforma marina.

* * *

Luego de esas paradas obligadas, semanas más tarde, al fin avistaron las interminables costas patagónicas.

—¡Tierra a la vista! —gritó el vigía un atardecer.

Gérard tomó el catalejo y observó hacia delante. Sí, allí estaba su amada Argentina. Recién en ese momento se permitió un suspiro de alivio y reconoció que, después de todo, en ese extraordinario viaje las cosas no le habían ido tan mal. Había armado una flota de cinco embarcaciones, la mayoría en perfecto estado, que se habían comportado bien y transitaron sin inconvenientes el ancho mar, se balancearon cual pájaros en el aire, gráciles y menudas, estoicas y fuertes. La mejor, la que había hendido el océano siempre en punta había sido *La Liberté*, lo cual no era novedad.

Esa nave tenía la proa adaptada para soportar las incursiones piratas que su capitán emprendía de manera periódica, lo que la hacía capaz también, y sin mella en el maderamen, de encarar arrecifes coralíferos, bancos con algas y escombros sueltos de distintos naufragios, entonces podía cortar el mar como si se tratara de la más blanda carcasa y de golpear un navío enemigo en el centro de su casco. En resumen, era capaz de salir entera de casi cuanto escollo y desafío se le presentara.

Además de la fragata, y salvo la nave pirata que escoraba, las otras tres embarcaciones habían conseguido llegar a la costa patagónica sin grandes inconvenientes, con la tripulación sana y sin rencillas internas.

Por primera vez, Gérard se sentía ilusionado de arribar a algo que podía llamar “hogar”, porque, aparte de Francia, ese país sudamericano era el que prefería. Amaba esa tierra, el temperamento de los habitantes y en especial a sus amigos Jacques y Nuil.

Observó ilusionado la oscura línea que se estiraba en el horizonte, entonces emitió un poderoso grito de triunfo, soltó la guardia y se dejó llevar por ese instante de completa felicidad.

Tal vez, si lo hubiera pensado un poco, debería de haberse cuestionado esa actitud y preguntarse qué razones tenía para que le brotara semejante contento. ¿Acaso había comenzado a aburguesarse como su amigo francés?

SEGUNDA PARTE

LA CIMARRONA

CAPÍTULO 14

Jacques se encontraba con su hijo Francisco en el corral de los petisos criollos para tratar de amansar a una overa tostada con cabos blancos. Su cabeza era tan perfecta que Nuil, la esposa tehuelche del francés, solía detenerse a admirarla, fascinada con la belleza de la potranca redomona.

—Es una verdadera princesa. —No se cansaba de decir.

—¿Ves, hijo? ¿Entiendes lo que trato de decirte? —le preguntó al niño—. Tiras firme de la sogá. Que el animal sepa que puede correr, a la vez, también, que te reconozca como quien la controla, como quien decide cuándo se detendrá y cuándo trotará. Toma, ¿quieres probar solo?

—Sí, papá, dame el lazo. Pero —dudó y lo miró ansioso— ¿te quedarás a mi lado? Mira si se me escapa.

—Si se te escapa, no pasará nada, la volvemos a atrapar y listo. Aún es orejana y quizás se asuste un poco al notar tanta actividad en las personas que nos rodean, o tal vez se canse de trabajar.

Entonces, de manera sorpresiva, la yegüita se quedó quieta, venteó hacia el oriente y relinchó con suavidad.

Jacques y su hijo se quedaron quietos y miraron hacia campo abierto; a lo lejos vieron el percherón de Gaspar que se acercaba. Él era el vigía del faro y el encargado de la estancia La Cimarrona, además del más fiel empleado. También, y como si esos cargos no fueran demasiados, el negro era el administrador de las salinas que se encontraban un poco más tierra adentro,

hacia el poniente. Jacques podía confiar y dejar todo en las manos de ese fiel gigante, tan enorme como inocente y bonachón, porque sabía que defendería con su vida hasta la más anónima y humilde de sus pertenencias.

En ese momento trotaba a paso ligero, serio, erguido en la montura, que parecía demasiado pequeña comparada con su estructura; se aproximaba como si hubiese visto al mismo Lucifer rondar sus dominios.

Jacques frunció el ceño y sintió una repentina preocupación. Dejó a Francisco junto a la potranca al cuidado de su mujer y fue al encuentro de Gaspar.

—Ya regreso.

—Ve, querido, aquí te esperamos.

Apenas el negro se detuvo le preguntó:

—¿Sucede algo, Gaspar? Te veo un poco inquieto.

El hombre desmontó y plantó su enorme cuerpo sobre la hierba que rodeaba el corral. Iba vestido con un estrecho pantalón que apenas le llegaba debajo de las rodillas, ojotas tehuelches que le cubrían los gigantescos pies y encima del torso ancho llevaba una camisa raída en las mangas y en el cuello. Nada más. Jacques a veces se preguntaba cómo hacía para no sentir frío, sobre todo en la cabeza, por completo calva y reluciente.

Con los ojos oscuros que casi le estallaban en las cuencas de un blanco immaculado, lo saludó; después, con la voz agitada y la respiración entrecortada, le comentó a qué había ido hasta allí.

—Su amigo, el francés Gérard Deprieux.

—¿Qué sucede con él?

El negro tragó saliva y aspiró profundo.

—Lo han avistado, o por lo menos su barco. *La Liberté* está entrando al puerto de la ensenada, junto al faro.

Jacques lo miró; ese comentario no tenía nada de extraordinario, él era muy amigo de Gérard y, cada tanto, sin previo aviso, aparecía por esos pagos. Dejaba la nave a pocas millas del pequeño muelle que había en la bahía del Diablo y le pedía prestado un caballo al encargado de aduanas para llegar hasta el casco de la estancia. Gérard no necesitaba darse a conocer ni informar con anticipación de su arribo, iba como el gran amigo que era, sin preámbulos ni avisos. Se tenían la suficiente confianza como para no requerir formalismos inútiles antes de verse y conversar como lo que eran, dos íntimos, compañeros de fechorías que habían pasado muchas juntos, en especial cuando eran mozos y ambos navegaban en sus propios barcos.

—¿Y cuál es tu inquietud? —terminó por preguntarle Jaques al ver que el negro nada agregaba—. Él jamás me informa cuando está por llegar. ¿Cómo lo haría? ¿Con señales de humo, con una paloma mensajera? —inquirió en tono burlón mientras torcía la cabeza.

Pero Gaspar no era de prenderse a las chanzas y ni siquiera solía sonreír. Después de escuchar a su patrón, continuó erguido sin decir palabra. Sin duda, había algo más, sospechó Jacques, debía de tener entreverado en el pecho otra cuestión que aún no le había comentado.

—¿Entonces? —le preguntó impaciente—. ¿Qué más debes decirme? ¿Cuál es el inconveniente de esta visita?

—Inconveniente ninguno, lo que sucede es que esta es algo... Es muy inusual.

—¡Habla, hombre! Ya me has hecho fastidiar. ¿Qué te traes escondido? Dime de una buena vez.

—Que viene acompañado de una flota de cuatro barcos más y dos de ellos son imponentes corbetas. Los otros dos parecen barcos piratas. Uno escora de manera peligrosa, yo diría que a punto de naufragar.

El francés tragó saliva porque al fin comprendió la ansiedad del administrador. ¿Sería de verdad Gérard quien se acercaba o eran piratas que se camuflaban dentro del barco capturado a su amigo? ¡Dios no lo quisiera!, pensó.

—¿Y cómo sabes que es mi amigo quien capitanea las cinco naves? ¿Acaso hizo la señal secreta?

Gaspar asintió.

—La hizo; cuatro cañonazos seguidos de varias flechas encendidas lanzadas al cielo.

Entonces, todo se encontraba en orden.

Jacques se echó hacia atrás y lanzó una risotada sonora al viento.

—¡Maldito corsario! Pirata y bucanero, todo junto. ¿En qué correrías habrá incursionado esta vez? Dame tu caballo, quiero que sea mi rostro el primero que divise apenas ponga pie en tierra patagónica; ese malandra tiene mucho para contarme.

Mientras Gaspar le cedía la montura, le dijo:

—¿Quiere que lo acompañe, patrón? ¿Y si es una emboscada? ¿Y si los barcos vienen hacia aquí, pero no es el capitán Deprieux quien los dirige? —preguntó algo molesto—. Quizás interpreté mal la contraseña y no es él.

—¡Deja ya tu nerviosismo! Si es mi amigo, lo sabré mucho antes de que baje del barco. No temas. Quédate con Francisco, eres bueno para amansar yeguarizos. ¿Quieres adiestrarlo por mí? Mi hijo te aprecia.

—¡Sí, Gaspar! —exclamó feliz el niño, quien ya había ido hasta ellos y lo tomó de la mano.

Los dedos del chiquillo se perdieron al apretar esa mano enorme y negra repleta de callos nudosos y cicatrices, producto de las continuas labores al aire libre.

Gaspar se enterneció y, aunque no hizo gesto alguno, un leve movimiento en los carnosos labios denotó su profunda complacencia ante el amor que ese niño sentía hacia él.

—Adiós, esposo —exclamó la tehuelche.

—Adiós, querida.

Antes de iniciar el galope, él le pidió:

—Gaspar, avísale a tu querida cocinera, Ramona, que prepare un apetitoso banquete.

Pero fue Nuil quien respondió, porque el negro acababa de sonrojarse.

—Lo haré, querido, lo haré. Ve tranquilo.

—Y si debemos recibir a cerca de ciento cincuenta hombres —miró a Gaspar—, será mejor que tengas una res completa lista, asada y crujiente. ¡Ah! Y toneladas de empanadas, tortas fritas y pasteles dulces. Esos hombres no se sacian con nada. ¡Y vino! Barriles de vino. Los marineros traen el hambre acumulada con varios meses de atraso. Dile todo eso también a tu mujer, además de que las empleadas se pongan mozas; de seguro habrá fiesta. Eso también lo doy por descontado.

Cuando Jacques mencionó a Ramona, Gaspar se llenó de vergüenza, por más que los tonos carmín en el rostro le pasaran casi desapercibidos. El negro era viejo y el amor le había tocado la puerta cuando ya creía que no llegaría

nunca. Pero al fin había llegado, personificado en el ser más desaforado, extrovertido y amoroso del mundo entero, o eso pensaba él.

Ramona era la cocinera, con palabras mayúsculas, y siempre le hacía la vida más agradable a quienes estaban cerca de ella, incluido a él mismo, el silencioso y hosco Gaspar, quien hasta ese momento vivía en una casa junto al faro, donde todavía residía. Ni por todo el amor de una mujer ni por todos los seres de la bendita Tierra dejaría ese puesto junto al faro. El encendido de la luz era su responsabilidad y con total compenetración hacía el trabajo. Daría feliz los años que le quedaban si con eso garantizaba que la lumbre de dicho fanal jamás se apagara, porque, encendida toda la noche y en los días más tormentosos, le había salvado la vida a muchas embarcaciones, de modo que él se sentía orgulloso de ser protagonista de dichas hazañas.

Miró al patrón partir al galope hacia el extremo este de la península y luego se dio vuelta para ir hacia la cocina.

—¿No me ayudarás a amansar a la potranca? —preguntó Francisco.

El negro se detuvo y pensó en las obligaciones que tenía con el niño, con Ramona y con Nuil. A veces, como en ese momento, el mundo se le hacía un lugar complicado donde permanecer porque él habría querido poder satisfacer de inmediato a todos al mismo tiempo.

—Deja, Gaspar, yo me ocupo. No te inquietes —expresó la tehuelche—. Tú encárgate de las demandas de mi hijo —dijo y le revolvió la cabellera al pequeño—, que bastante caprichoso se nos ha puesto.

—¿Caprichoso? —inquirió el niño, algo ofuscado.

Sí, de verdad, era el mimado de la estancia.

—Ven, te llevo sobre mis hombros. Después de dar aviso a la peonada sobre los visitantes que ya están por arribar, regresaremos junto a la yegua.

—¡Prometido! Juramento de hombres, ¿verdad? —preguntó Francisco.

Gaspar movió apenas los labios; si el chiquillo lo decía...

* * *

Jacques galopó hacia la bahía natural donde las aguas marinas se calmaban. Allí, en otra choza, vivía el comisario que vigilaba el anclaje de los diferentes navíos y les cobraba los impuestos; dinero que luego, y de manera periódica, era enviado a los gobernantes.

Ya en la orilla del océano Atlántico, Jacques permaneció en la playa, ansioso, lleno de una alegría inesperada que le bullía en la sangre al tiempo que avistaba el mar con el catalejo que le había entregado momento atrás el inspector.

—¡Sí, es el bendito Demonio de los Mares! ¡Amalaya con mi amigo! Siempre me sorprende.

Casi sin poder contenerse, observaba con alegría el acercamiento de la flota que dirigía Gérard, porque, sin duda, era él. Su amigo había desplegado la bandera con la insignia de un león negro parado en sus patas y envuelto por una enorme serpiente colorada. Esa marca ya ondeaba al viento, orgullosa de su linaje y de pertenecer al selecto grupo de los integrantes en la flota del Demonio de los Mares.

—¡Amigo, cuánto hacía que no te veía! —gritó exultante al ver que agitaba la mano hacia él—. Esto va a ser una verdadera fiesta. ¡Cómo te disfrutaremos, viejo lobo! ¡Tantas historias increíbles debes de traer!

Claro que Gérard no podía escucharlo.

Cuando estuvo dentro de la tranquila ensenada, el Demonio hizo anclar los barcos. Bajaron las chalupas y en turnos se acercaron a la escollera que Jacques había hecho levantar con macizas piedras llevadas de las barrancas rocosas.

Allí, el inspector de aduanas ya los esperaba desde hacía rato. Él era quien recibía las naves, cobraba los impuestos por la mercadería que se desembarcaba y entraba al país y también quien controlaba que no hubiera comercio de esclavos. En Argentina, la esclavitud ya había sido abolida por la ley de vientres libres. Ello significaba que los niños nacidos de madres esclavas no tenían dueño. Los únicos que permanecían bajo tutela eran los más viejos, pero, salvo ellos, a partir de esa ley nadie más debía pertenecerle a nadie. El gobierno promovía la liberación de cualquier intención de esclavización y alentaba a los corsarios como Gérard –y a cualquier persona de bien– a que, de ser posible, la impidieran.

Jacques había abandonado por completo la vida en alta mar a causa de lo sucedido durante el último naufragio en el que participó, que aconteció cuando estaba por arribar con su segunda familia a tierras patagónicas. Tanto dolor le había provocado la pérdida de su segunda esposa e hijo que, desde ese instante, se juró no poner nunca más el pie sobre un barco y, hasta ese momento, se mantenía firme en su postura. Cinco muertes –su primera mujer y sus hijos habían fallecido, víctimas de una enfermedad en Francia– eran muchas más que suficientes y él no quería volver a arriesgarse. Ya estaba casado con Nuil y la adoraba. La joven tehuelche era la luz de sus ojos, su vida y la razón por levantarse cada nueva mañana; por nada en la existencia humana transformaría ese solaz para correr peligros innecesarios. ¡Si sabía él de padecimientos!

Solo Nuil, dulce y sabia, luego de mucho esfuerzo y paciencia, había conseguido sacarlo adelante, porque, en aquella época, el francés se había sumergido en una devastación total, tanto que era incapaz de sobreponerse por sí solo a sus enormes martirios personales. Tan grande era el tormento y

tan impotente se sentía para superarlo que Jacques llegó a prohibirse la felicidad y mutiló su amor por cuanto lo rodeaba, masacró esa pasión arrolladora que lo había secundado en cada acto que emprendía.

Tal como Gérard, él era víctima de un corazón ardiente, aunque, en aquel entonces, se había impuesto el suplicio eterno, se impidió disfrutar de todo aquello valioso que la vida todavía le ofrecía a manos repletas, lo gratuito, lo que estaba frente a sus ojos y se brindaba libre, bondadoso, altruista, por el simple placer de agradecer a la creación, a la vida misma. Por culpa de esa imposición, durante muchos años fue un huérfano de amor.

Pero, a veces, agobiado por la soledad, sentía que se moría de pasión; sin embargo, la determinación todavía se imponía y, día tras día, no sabía qué hacer con ese enorme bagaje sentimental que siempre llevaba dentro, uno que, si no sofocaba, acabaría por hacerlo sucumbir.

Inmerso en el más desolador aislamiento, cada nueva mañana se levantaba y se obligaba a estar bien, a ser feliz a pesar de las carencias. Aun así le faltaba eso que llenaba cada agujero de un corazón vehemente.

Él, que no podía amar ni ser amado, no se explicaba cómo existían personas que vivían sin una pareja al lado e igual permanecían tan tranquilas y desentendidas. Jacques los admiraba y se preguntaba cuál era su maravilloso secreto, cómo hacían para no necesitar a alguien con quien compartir cada momento.

En ese inmenso dolor, no llegaba a ver que solo era porque no vivían con tanta intensidad como él, con una sensibilidad extrema e inevitable que rebalsaba cualquier caudal de serena aceptación. Jacques no podía comprender que no debía castigarse, las muertes de sus dos esposas y sus hijos habían sido accidentes fortuitos y él no había tenido nada que ver en ellos. Si acaso había que culpar a alguien, debía hacerlo al mismo destino. Mientras no lo entendiera así, se flagelaría sin descanso.

Hasta que apareció Nuil, ¡extraordinaria mujer! ¡Cuánto lo había cambiado, pero cuánto debió esforzarse ella para doblegarle la decisión de no amar! Nuil, la dulce y salvaje patagónica, la perfecta e inmanejable indígena argentina.

En ese momento, mientras aguardaba el arribo de su amigo, no pudo evitar detenerse a pensar una vez más en ella. ¡Qué increíble mujer era su esposa!

* * *

Minutos después, su amigo llegó hasta él. El abrazo entre Jacques y Gérard fue sincero, prolongado, afectuoso. Ambos se querían como lo que eran, grandes amigos con las mismas raíces y parecidas predilecciones.

—¡Hombre! ¡Cuánto hacía que no nos veíamos!

Jacques lo palmeó con fuerza en la espalda, encantado de volver a tenerlo en la estancia.

—Como un siglo he estado ausente. Mira, tanto hace que no te tenía enfrente que ya ni recordaba lo viejo que te encuentras —dijo Gérard con su acostumbrado sarcasmo a flor de piel.

Jacques rio fuerte, divertido al recordar el carácter mordaz de su compañero de aventuras.

—Ya había olvidado tu don de divertirte a costa de los demás. Me asombras, compañero de aventuras.

—Y lo haré siempre. Ya verás la de sorpresas insospechadas que te he traído.

—¡Epa! ¿Lo dices en serio?

—¿Alguna vez te he mentado? Me ofendes, bucanero.

En otro tiempo, cuando eran adolescentes, habían surcado los mares en mutua compañía, crecieron juntos y se aunaron en coraje y bravura, en salvajismo y atropello, sin temerle a nada ni a nadie. Eran los amos de los océanos, los dioses templados a fuerza de coraje y aventuras extremas.

—Tienes razón, hombre, ya ni los recuerdos me quedan firmes —exageró Jacques—. ¡Qué épocas de locura y desenfreno eran aquellas! Ahora las recordaremos. Refréscame la memoria.

—Ni las nombres. A decir verdad, las extraño tanto que, si lo pienso demasiado, ya mismo doy la vuelta y regreso a nuestra amada Francia, me enrolo de nuevo en la marina y parto tras una nueva desventura.

—¿Desventura? —preguntó Jacques.

—Y sí, con estos achaques y tú de compañero, ni una milla podría atravesar con éxito.

El anfitrión se echó hacia atrás y se rio divertido ante tan exagerada apreciación; a la vista estaba que Gérard aún se encontraba joven, sano, viril y con toda la flema de corsario valeroso y arriesgado que le bullía en las arterias.

En ese momento, llegó Nuil al galope, saltó del caballo mientras aún trotaba y caminó segura hacia su marido. La muchacha era alta, casi más que él, preciosa, tan espectacularmente divina como la potranca baguala que montaba, la que le había robado a su hijo. Quizás por ello la mujer admiraba tanto a ese animal; tal vez se veía reflejada en su estampa, tan libre e indomable como esa yegua. A Nuil solo había podido doblegarla el extremo amor que sentía hacia ese hombre que estaba a su lado. Hacia él sentía una obsesión que no sabía si era producto de la admiración o del embeleso que él aún le provocaba en las entrañas.

Gérard la vio acercarse con esa sonrisa larga y los dientes blancos, perfectos, con el cabello de fuego, suelto, grueso, lacio y un espeso flequillo que le rodeaba la corona de la frente amplia, los ojos grises y rasgados, la marcada línea recta de la mandíbula y el perfil fuerte que le imprimía carácter a su estructura general. Nuil era única, tal vez nacida de una tehuelche y un sajón de paso por esas tierras.

En ese momento vestía un bombachón criollo, botas de potro blancas, una camisa suelta y un abrigo de lana encima. Aun así, pese a su alta figura, se movía esbelta y casi hasta delicada. A su paso, la capa que llevaba puesta sobre la espalda ondeaba con cada uno de sus movimientos.

Gérard parpadeó dos veces, hipnotizado por ese cuadro humano, mientras se decía que jamás se acostumbraría al asombro rayano en adoración que siempre le provocaba la primera visión de esa joven. Pero calló una exclamación admirativa, no sería correcto halagarla demasiado cuando estaba su esposo delante.

—Dilo, dilo ya —expresó Jacques divertido—. Di que no existe mujer más hermosa que la mía. No te lo guardes, hombre, que morirás empachado de envidia.

—¡Por todos los dioses del cielo! —se atrevió a expresar Gérard—. Una vez más te digo lo mismo, ya veo por qué has dejado de seguirme en los mares bravíos.

Jacques volvió a reír. ¡Qué bien le hacía el estar al lado de ese francés loco y temperamental!, pensó.

—Recuerda que es mía —exclamó y, mientras la tomaba de un brazo, la besó en los labios con pasión.

El gesto duró más de la cuenta, detalle que a ninguno de los dos incomodó en lo más mínimo. Luego, Gérard carraspeó.

—Estoy aquí, no me fui aún, aunque pueden continuar si quieren, yo me siento y espero.

Algunos botes llegaron y al ver tan amorosa escena, todos sonrieron y callaron. Luego Gérard aprovechó un instante de descanso en los mimos que se dispensaban esos enamorados, se acercó a la joven y después de apartarla de su absorbente marido la levantó y la saludó con cariño.

—Hola, hermosa mujer. Reconozco que no has cambiado nada desde la última vez que te vi.

—Hola, Gérard. Bienvenido seas a nuestra morada.

Entonces sucedió el segundo gran asombro: de una de las últimas chalupas descendió la malgache. Esa vez fue Jacques quien abrió los ojos, asombrado.

—¿Y tú quién...? —comenzó a preguntar, pero se detuvo.

Al lado de Nandi trotaba el enorme *Mofletes*, quien la miraba a cada segundo, tan encandilado con la joven como todos mientras se sacudía con vigor y desparramaba agua salada como lluvia de la tupida pelambre. Nandi no le hizo caso y avanzó hacia el grupo de amigos al tiempo que se despejaba la cara mojada, como si los intempestivos actos que realizaba el perro fueran cotidianos y por eso los minimizaba.

¡Qué dúo! Una sirena nocturna junto al monstruo peludo surgido del averno más insondable, pensó Jacques.

Allí iba la hechicera de los mares, tan diminuta como una libélula y tan brava como un tigre de Malasia. Joven, excesivamente joven, casi una niña, pero que se movía con una seguridad que dejaba tiesos e irresolutos a todos los que la veían.

Ella continuó y se acercó al grupo como si nada, ajena al asombro que provocaba en ellos. Se había puesto botas oscuras, se cubría las finas piernas con calzas negras y sueltas, demasiado grandes para ese pequeño cuerpo, y

sobre el torso llevaba una camisa llena de volados en los puños y escote, con la pechera apenas abierta que le dejaba al descubierto el busto de adolescente y el cuello desnudo. Para culminar tanto arrojó inusual de mujer, en la cabeza se había ceñido el cabello con un pañuelo colorado anudado en la nuca y la larga cabellera suelta le rozaba la entrepierna y los muslos.

Ese era todo el atuendo que tenía puesto, salvo por un chaleco oscuro que llevaba desabotonado. Sus labios eran una frutilla madura; los ojos, dos carbones que estallaban intensidad y que, en ese momento, observaban todo con gesto curioso, casi atrevido.

—¿Quién...? —repitió Jacques y la pregunta le quedó pegada a los labios.

La negra se acercó con paso apurado, flexible como un junco, y caminó hacia Nuil con la levedad de las ninfas que deambulaban silenciosas por el bosque. Cuando estuvo a su lado, se puso en puntas de pie y la abrazó con abierta ternura.

—¡Hola! Soy Nandi, la arisca e indócil Nandi, eso debe de haberles comentado este hombre tan gruñón y mezquino que padecen como amigo.

Gérard y Jacques se miraron, sonrieron y levantaron apenas las cejas. En esa mirada hubo mucho más entendimiento que mil palabras habladas. A la vista estaba que el capitán se encontraba por completo obnubilado por la negra y daba los primeros pasos hacia la conquista, pasos que Jacques ya había conseguido superar bastante tiempo atrás. Eso era un gran alivio, porque los encontronazos que tuvo con quien era su esposa fueron titánicos.

Pero Nuil era diferente a la malgache. Con increíble maestría sabía equilibrar tanto fervor hacia un lado como hacia el otro, siempre tan bravía como dulce, increíblemente dulce, y era tan sabia como para guardar un temple poderoso y mostrarlo solo en contadas ocasiones, cuando los intentos suaves habían fallado por completo. Fue por eso que solo ella había tenido la capacidad de quebrar el poderoso escudo que Jacques había levantado en torno a su corazón para cerrarlo y endurecerlo por años.

En cambio, Nandi era pura explosión, jamás se guardaba lo que pensaba y pocas veces se mostraba delicada y tierna.

* * *

La enorme comitiva de Gérard arribaba a la playa sin descanso. Los marineros llegaban y permanecían quietos, ubicados un poco más lejos, tranquilos mientras aguardaban las próximas órdenes del capitán. Claro que tenían ojos como de lince y estudiaban todo, buscaban a las hembras que, de seguro, andarían cerca, preparadas para la próxima gran celebración grupal.

—Supongo que vendrán a mi morada —invitó Nuil—, todos son bienvenidos. ¿Cuántos días vas a quedarte, Gérard?

—Sí, cuéntanos, viejo lobo de mar —preguntó Jacques.

—¿Viejo? —inquirió Gérard y lo miró divertido. Luego le explicó—: Nos detendremos por poco tiempo, mi gente necesita imperiosamente llegar a puerto. Supongo que entiendes a qué me refiero: hace mucho que navegamos y no han visto un bodegón ni una falda en muchos meses.

—Te comprendo —respondió Jacques, quien sabía cuán caldeados podían ponerse los ánimos entre la tripulación de un navío si no anclaban cada tanto en un puerto más o menos civilizado o, por lo menos, poblado de mujeres y mucho ron.

—Además, las naves capturadas deben partir hacia Buenos Aires cuanto antes, quiero presentarlas al servicio del gobierno argentino. —Calló un momento y agregó, algo dubitativo—: También, y no menos importante, debo confesarte que he recalado en tu puerto porque me es imperioso conversar con tu mujer —dijo en tono bajo para que ellas no lo escucharan.

Jacques lo miró extrañado, sin comprender.

—¿Mi mujer? —preguntó. Quería ver si en el rostro de su amigo notaba un atisbo de burla, pero no, el corsario se encontraba serio y algo vergonzoso.

—Sí, cuando estemos solos te explico —se limitó a responder con aire de misterio.

El anfitrión guardó silencio un segundo, era evidente que a su compañero de aventuras lo carcomía por dentro un entuerto personal, si no jamás se habría detenido a debatirlo con una mujer por más confianza que le tuviera. Pero se guardó las intrigas porque, si quería hablar con Nuil, pues la cosa iba para largo.

—¿Nos acompañarán esta noche al asado? —le preguntó a los marineros—. ¿Cuánto hace que no comen carne jugosa y fresca a la parrilla? Gaspar, mi encargado, ha enviado un mensajero a la toldería tehuelche que se encuentra aquí cerca para que las mujeres vengan a participar.

Todos vitorearon, felices ante la propuesta.

—Dame unos minutos para que organice a mi gente —replicó Gérard.

Regresó junto a la tripulación y les ordenó a varios que permanecieran en las naves para vigilar para, luego, cambiar turnos a mitad de la noche, así todos podrían disfrutar de la comilona y de la celebración.

Detrás de Nuil llegó Gaspar sobre una vagoneta enorme con Francisco, el inseparable chiquillo. Lo acompañaban dos vehículos más, vacíos y dispuestos a cargar la numerosa comitiva recién arribada.

Sí, a todas vistas, La Cimarrona desplegaba una intensa y desacostumbrada actividad; esto solía suceder cuando había un naufragio y los habitantes de la estancia debían apurarse a socorrer a los náufragos. Pero,

en esa ocasión, todo era festividad y alegría y el aire de jolgorio que los rodeaba llevaba alientos de carnaval, risas y saludos efusivos. Una vez más, la fraternidad decía “¡presente!”.

¡Qué memorables serían los siguientes días!

CAPÍTULO 15

Antes de llevar a los visitantes al casco de la estancia y mientras ellos acomodaban los bultos sobre la caja del vehículo, Gaspar caminó presto hasta la cima de la barranca.

Atardecía y él tenía algo muy importante que hacer sin dilaciones ni distracciones. La vida de muchos viajeros anónimos dependía de esa responsabilidad que el patrón le había delegado. Él la realizaba con sumo agrado.

En el risco más alto de la península estaba su casa y el faro, allí donde el espectáculo magistral del océano se abría, a doscientos metros de distancia hacia abajo y afuera hasta fundirse con el horizonte.

Al llegar, como le sucedía en cada nuevo ocaso desde que se encontraba en ese sitio, miró hacia el mar y le agradeció a los espíritus de sus ancestros por haberlo puesto en manos de ese justo hombre. Después trepó los escalones que lo separaban de la luz del faro y encendió la mecha. También controló que todo estuviera en orden, que la carga tuviera suficiente sebo y que nada a la distancia augurara un próximo inconveniente o que algo extraño aconteciera en el océano.

Recién entonces, más aliviado ya, regresó junto al muelle para transportar a la comitiva hacia donde se asaba la carne.

* * *

Esa noche hubo una gran celebración. Los marineros que acababan de arribar eran más de doscientos; además, había que contar a los peones, tehuelches de visita y empleadas de La Cimarrona.

Ninguno se privó de nada; comieron carne recién asada, propia de la estancia, más aquellas traídas por las mujeres patagonas, como guanacos y maras. Sobre las parrillas se cocieron vacunos, venados, carneros, avestruces, liebres y peludos. Todos se encontraban casi famélicos, ávidos de ingerir carne fresca y no secada con sal.

También, y no en menor proporción, cantaron y bailaron al compás de los instrumentos musicales: guitarra, tambores, violín, flauta y armónica. Incluso Nandi improvisó un bombo con un cuero seco clavado en un tronco hueco y le sacó ritmo al compás de las palmas.

Después de haberle enseñado a un mozalbete cómo hacerlo, ella se situó en el centro de la celebración. Descalza y con la falda levantada que Nuil le había prestado, comenzó a mover las caderas de un modo cadencioso, como si su parte superior e inferior fuesen independientes: hacía círculos en una danza casi demasiado sensual y provocativa. No satisfecha con ello, obligó al capitán a acercarse adonde se encontraba y, una vez conseguido su cometido, se meneó contra él, se friccionó contra las piernas y lo provocó con descaro a atreverse más, a eso que hacían cada noche cuando la tripulación descansaba.

Algunos callaron, otros ronronearon y a unos pocos les brotó una sonrisa lasciva, cargada de deseo entre las piernas con un ardor incontenible, pero se conformaron con un abrazo a la china que tenían al lado porque sabían que Nandi era inaccesible, prohibida. Le pertenecía en cuerpo entero a Gérard, por lo que, quien se atreviera a rozarla pasaría por su justicia inclemente.

—Cálmate, mujer. Si no, conseguirás que los hombres te ataquen cuando te alejes de mi lado.

Ella lo observó sin pestañear, cargada de seducción y con el anhelo en la punta de la lengua.

—Entonces no me dejes —replicó y continuó con la danza sensual.

Él terminó por frenarla y la arrastró al lado de Nuil.

—Aquí te quedas hasta que te calmes.

—¡Si me place! —exclamó ella muy enojada.

—¿Te sientes molesta? —le preguntó Nuil.

—¡Por supuesto! —le respondió—. Él no entiende que así baila mi gente desde que sale el sol hasta que vuelve a amanecer.

—Sí —le aclaró la juiciosa tehuelche—, pero no estamos en Madagascar. No lo olvides.

—Por desgracia.

El entusiasmo del grupo era extraordinario, si hasta Gaspar estaba animado ese día, tanto que se permitió tocar con buen oído el instrumento improvisado por Nandi. Él también tenía orígenes en la lejana África y ver a una muchacha de su mismo continente aparecer en La Cimarrona lo había llenado de alegría. Ya se juntaría con su mujer y la joven para preguntarle sobre las novedades de esa tierra.

Mientras, en la cocina, Ramona se afanaba entre ollas y fuentes. La mujer era imponente, grandota y gorda, un ciclón de energía que iba de un lado a otro para preparar ricos postres, fritar pasteles y tortas saladas con chicharrón y cocinar empanadas en el horno de barro que esparcía su calor por donde ella rondaba.

Se la veía cubierta de transpiración y hollín, con el delantal lleno de harina y un trapo que le colgaba del hombro, trozo de tela con el cual sacaba las diversas fuentes del horno con las delicias ya listas.

—¡Esto es un lío completo! ¿A quién se le ocurre aparecer con tantas personas sin dar aviso antes?

Se quejaba a cada momento por la cantidad de trabajo que tenía, pero, en realidad, se sentía feliz de poder desenvolverse a su entera satisfacción. Así como los dominios de Gaspar estaban en el risco más lejano de la estancia, los de ella se encontraban en ese rincón de la enorme casa, junto a los aposentos de la servidumbre, en el caldero de los perfumes más sabrosos: la cocina. Se movía muy oronda al ver cómo todos disfrutaban uno tras otro de sus platos y se chupaban los dedos, porque no querían perder ni una gota de ese sabor.

—¡Vamos, negra tranquila! —le decía a Clotilde, una de las tantas empleadas que estaban bajo su mando—, que me exaspera tu inmovilidad. ¡Muévete, muévete! Ya he notado que hoy tienes el trasero amplio, pero la voluntad esquiva.

La pobre Clotilde, esposa del segundo en el mando, hacía cuanto podía y se movía apurada de un lado a otro. Su esposo era Anacleto, araucano hasta la médula, bravo, petiso y agrandado como él solo. Era temperamental, estricto, terriblemente mandón y siempre estaba serio; sin embargo, se desarmaba y adoraba de manera incondicional a su mujer —casi dos cabezas más alta que él— por encima de cualquier cosa en esta vida.

Ambos vivían en una casa que se encontraba a mitad de camino entre el faro y el casco y eran los encargados de hacer sonar una campana cuando Gaspar golpeaba la suya, a orillas del mar. Ese era el aviso indefectible de un hundimiento y, al hacer sonar la alarma intermedia, de inmediato movilizaban a toda la peonada con sus tañidos.

Esos hombres no tenían necesidad de más explicaciones, sabían qué significaba la campana de Anacleto, por eso, cuando sonaba, ellos se dirigían prestos hacia la costa dispuestos a colaborar para salvar a los náufragos.

Esa noche, durante la fiesta, cuando los ánimos estuvieron entonados, los varones perdieron la timidez; y las mujeres, el recato. Entonces, improvisaron un baile en compañía de quien habían elegido durante la comilona.

Las muchachas tehuelches que se habían agregado a la fiesta salieron al claro para moverse al ritmo de los instrumentos musicales y se hicieron acompañar por los hombres, que eran muchos y estaban contentos de la compañía femenina que tenían delante. ¡Qué fabuloso momento!

* * *

Cuando todos los participantes de la celebración ya estaban animados y entretenidos, cuando nada hacía pensar que podía producirse una gresca, los patrones se corrieron un poco y se dieron lugar para una charla algo más íntima. Era el momento de las noticias más esperadas.

—Creo que por un rato podemos dejar sola a esta gente —dijo Jacques—. No creo que tengamos ninguna sorpresa desagradable.

—De los míos puedes esperar cualquier cosa. No olvides que tengo un grupo muy heterogéneo; hay marineros de variado tipo y de todas las layas, piratas, negreros, hombres de ley...

—Bien, esperemos lo mejor de ellos. Aun así, Gaspar y su gente los tendrán vigilados. Ya le di la orden de avisarme ante el más mínimo revuelo, porque ,si permitimos que una pelea se agrande, luego se volverán imparables.

—Tienes razón.

Las dos muchachas hicieron lo mismo y se dedicaron a conversar de manera amigable. Se sentaron unos metros más allá de la fiesta, sobre un banco que se encontraba en el parque. Al mismo tiempo, Jacques llevó a Gérard al estudio. Una vez ahí, le ofreció una copa de licor casero, de ese exquisito que fabricaba Nuil.

—¡Licor! —casi bramó el capitán—. ¿No te parece una bebida algo femenina?

Jacques respondió con humildad:

—Lo hizo Nuil. Pruébalo, eso te pido. Después te sirvo whisky, ron o coñac, lo que prefieras, pero debes saborearlo primero.

—Esa mujer te ha conquistado, ¿verdad? —le preguntó cuando sorbió un trago de la bebida dulzona. Después miró hacia el líquido que aún tenía dentro de la copa—. Esto está en verdad sabroso, tienes razón.

—¿No te lo advertí? Y sí, me encuentro por completo hechizado; cada día que pasa la amo más. Tiene cualidades asombrosas y me encanta descubríselas —afirmó y luego hizo un breve silencio—. ¿Tú cómo andas? La malgache te tiene hipnotizado, ¿o me equivoco? —Al ver que su amigo no respondía de inmediato, aseveró—: No, no me equivoco.

Gérard sorbió otro pequeño trago y se sentó en un sillón.

—Sí, estoy encantado con esa niña.

Jacques rio.

—¡Eso crees, amigo! Yo también pensaba que Nuil era una chiquilla. Nos pasa, ¿lo has notado? Aunque no la subestimes, Nandi podrá ser joven en edad —comenzó a decir y entonces se detuvo para preguntarle—: ¿Cuántos años tiene?

—Ella me dijo que ya cumplió o cumplirá quince.

—¡Vaya! —exclamó Jacques—. No es tan joven entonces y parece muy madura, segura y estable. Una guerrera nata.

—Exacto.

—¿Y ella qué dice al respecto?

—¿Ella? ¡Señor de los mares, ella es una verdadera fiera enjaulada! Nunca sabes con qué nuevo disparate aparecerá. Me sofoca, me asombra, me entenece, me desacomoda.

—¿Recién iniciada la contienda? —preguntó y rio fuerte—. ¡Vaya que será escabrosa e impredecible! Te lo aseguro. A mí me tocó también, porque no creas que fue fácil domesticar a Nuil.

—¿Nuil, tan dulce y amorosa, es salvaje también?

—Es lo que le muestra a todos hasta que la haces enfurecer. En ese instante, córrete, porque arderá el cielo.

—Tienes razón —afirmó Gérard pensativo—. Al escucharte comprendo que solo di los primeros pasos en la batalla de la victoria afectiva. —Fruunció el ceño—. Y ¿sabes?, lo más extraordinario es que algo en mí comenzó a cambiar.

—¿Cómo es eso?

—De repente ya me dan deseos de asentarme. Quiero tener un lugar donde echar raíces, un trozo de tierra al que pueda llamar “hogar”.

Jacques bajó la copa y lo observó asombrado.

—Estoy azorado con tus palabras. ¿No será que estás más viejo, verdad? —preguntó y, después, reflexionó—. No, es más sencillo que eso —dijo y sonrió—. Te has enamorado.

Ante esa afirmación, Gérard no respondió nada.

—En el trayecto hasta aquí lo he pensado mucho. ¿Tú podrías conseguirme tierras por acá cerca? —le pidió—. Amo la Patagonia y me gustaría vivir por tus pagos. No te digo que abandonaré la marina de manera definitiva —se apuró a aclarar—, pero, aun así, puedo comenzar a levantar mi casa, a hacer cerrar los potreros con alambrado y a estudiar qué se produce por estos lados. —Lo miró y sonrió—. Ya ves, me resulta imposible dejarte solo, quiero molestarte cada vez que me venga en gana y no cada seis meses o un año.

Su amigo pasó por alto esa apreciación burlona y pensó en lo que Gérard le acababa de decir.

—No es complicado dedicarte a una explotación comercial de la que puedas vivir, hay muchas cosas que puedes iniciar. Mírame nada más, tengo vacas, ñandúes, guanacos; en cuanto a la tierra, le pedimos permiso a los patagones para que te cedan unas cuantas cuadras, Nuil puede interceder. Creo que más al sur, a unas leguas de mi estancia, hay una tierra con agua dulce, lo cual no es poco importante. Aquí el agua escasea y, si consigues un campo con una vertiente, entonces eres afortunado ¡y rico! Podríamos ir a ver el lugar cuando quieras.

—¿Lo hacemos por barco? —le preguntó con tono indiferente.

Por un momento olvidó que su amigo había naufragado una vez en tiempos pasados y que de ese infortunado evento aún le quedaba una llaga interna que jamás sanaría.

Jacques se puso tenso de inmediato y negó de manera rotunda, le tenía un odio visceral a todo lo que se refiriera a la navegación en alta mar.

—No, prefiero hacerlo a caballo. —Sin dar lugar a debate le explicó—: Después de todo, si partimos montados desde acá, no son tantas leguas.

—Como quieras.

Gérard se quedó serio y no supo qué decir, se revolvía inquieto en el asiento y pensaba. Al final se dijo que no era tan drástico ni tan determinante lo que quería hablar con Jacques, ¡qué importaba!, se lo diría y listo. Más adelante evaluaría las consecuencias y vería si había estado acertado o no en la decisión de regalarle lo que tenía en mente.

—Mañana tendrás que acompañarme, tengo que mostrarte algo interesante.

—¿Mostrarme qué? ¿Es una sorpresa?

—Así es.

—¿Y no puedes darme un adelanto?

—No —respondió tajante y cambió de tema—. También debo hablar con tu esposa, ya te lo dije hace un rato.

—¿Hablar con ella? ¿Y puedo saber qué punto tan secreto tienes que deliberar con mi mujer a solas sin mi participación? Mira que ya me dan celos.

Gérard agachó la cabeza. Entonces Jacques se retractó de esas palabras jocosas.

—Dale, hombre, habla nomás con ella. Por lo que veo, es algo de mucha importancia para ti —dijo y le palmeó el hombro.

—No, no es lo que crees. No quiero consultarle sobre alguna cuestión solo femenina. —El Demonio entonces le contó sobre la misteriosa enfermedad de Nandi—. Sé de la experiencia y habilidad de los hechiceros tehuelches, quizás ellos puedan ayudarla a curarse. Mis médicos, el que viene conmigo, el que tú conoces, y el que hice prisionero y rescaté de los barcos ingleses no han podido descubrirle nada aún. El inglés es un excelente cirujano, recibido en la universidad de Oxford. Sin embargo, ninguno de los dos ha podido encontrar cuál es su mal.

—¿Nandi enferma? Parece tan saludable.

—Se desmaya, se duerme durante horas y a veces hasta un día entero cada vez que se asusta. De verdad que es incomprensible, como si el hecho de amedrentarse la superara tanto que debe alejarse del mundo entero hasta que se tranquiliza. Por lo menos, eso es lo que hemos notado en las veces que se cayó delante nuestro. Lo cual, comprenderás, es muy riesgoso, porque, si le da un desmayo en medio del agua o al cabalgar, podría tener un accidente grave y morir.

—¡No la nombres! Con la parca hemos hecho las paces —dijo apurado Jacques— o, por lo menos, eso creo.

—Bueno, mañana, si puedo, lo conversaré con tu esposa —replicó y pasó a otra inquietud menor—. ¿Mi gente puede dormir aquí esta noche? Mañana, antes de que amanezca, partiremos hacia la playa. Mi tripulación lo hará en los vehículos; tú y yo, a caballo. ¿Te parece? Así te muestro la sorpresa. De allí seguimos viaje hacia la tierra que me acabas de mencionar.

—Me parece, como veo, que no has perdido la costumbre de organizar la vida, la propia y la de los demás. Todavía crees que todo se basa en un cálculo numérico. Será por eso que te buscaste una mujer que es imprevisible, lo opuesto a ti.

—Quizás —reflexionó Gérard.

—¿Quieres que te muestre tu cuarto? —preguntó Jacques y se incorporó—. Supongo que estarás cansado.

—¿Es el de siempre?

—Si te agrada, puedes utilizar el mismo. —Tardó en hacer la siguiente pregunta—. Amigo, ¿Nandi dormirá contigo?

El capitán sonrió y no hubo ni un atisbo de duda en la respuesta.

—Sí.

—¿Tienes miedo de que huya?

Gérard frunció el ceño, casi ofendido, y no le respondió nada.

—¡Ah, cierto! Estás enamorado de ella y no crees posible que una malgache tomada a la fuerza como prisionera se escape cuando te quedas dormido.

Su compañero lanzó una carcajada y dejó la copa sobre una repisa.

—Primero debo acomodar a mis hombres. No digo organizar, porque si no saltarás de nuevo y te burlarás de mi excesivo orden.

Sin decir más, se encaminó hacia la salida.

* * *

Una hora después, estaba felizmente despatarrado sobre la cama que acostumbraba a utilizar cuando permanecía en La Cimarrona en uno de los cuartos de huéspedes de la enorme casa.

Por el momento se encontraba a solas, porque, cuando había decidido retirarse de la celebración, encontró a Nandi que conversaba tranquilamente con Nuil en una sala donde había una fuente de agua que brotaba sin parar. No las interrumpió; entonces, se dirigió sin ella al dormitorio, ya la tehuelche le indicaría el camino.

Un rato más tarde, cuando la estancia se había sumido en un silencio casi total, Gérard escuchó que Nandi entraba a la habitación en puntas de pie; con certeza, pensaba que él ya estaba dormido. Pero el Demonio se había sentado

a oscuras frente a la ventana con un vaso de whisky en la mano. Quería disfrutar del tranquilo paisaje.

El cielo se encontraba límpido y casi luminoso, con un manto transparente de pureza perfecta; la luna y las estrellas eran las mismas que veía desde la cubierta de *La Liberté*, solo los aromas que le llegaban eran bien diferentes y el piso no se balanceaba de continuo.

Él podía sentir cómo brotaba de las plantas que rodeaban el precioso parque el perfume de los apretados racimos florales de las glicinas, que en ese momento colgaban del alfeizar en una lujuria de diferentes tonos lavanda y le daba un marco poético a la vista que tenía delante. Tanta paz le oprimía el pecho y le hacía sentir algo de nostalgia por su lejana tierra, aunque debía reconocer que allí también tenía una patria, la hermosa y vasta Patagonia argentina.

Ella lo distinguió entre las sombras, perfilado junto al marco de la ventana, y se acercó a él. Sin palabras de por medio, se le sentó sobre las rodillas.

¡Qué pequeña era!, se dijo una vez más Gérard. La muchacha le pasó la mano por detrás del cuello y le dio un largo beso en los labios que a él le supo a frambuesas y licor.

—Estás apetitosa —le susurró.

—¿Tanto como cuando bailaba pegada a tus piernas?

—Mmm... No vuelvas a hacerlo, te lo prohíbo. La próxima vez, te raptó allí mismo.

—No olvides que ya soy tu prisionera.

Ella se levantó la blusa y quedó con el torso desnudo frente a él. Gérard se puso de pie con la muchacha en brazos y la llevó hasta la cama. Un deseo ardiente, imperativo, acababa de dominarlo; ella estaba lista para saciarlo.

CAPÍTULO 16

Cuando los gallos de Ramona comenzaron a cantar, Gérard y Jacques ya estaban en la cocina y saboreaban unos mates endulzados con azúcar negra que la cocinera les había preparado.

¿No dormía nunca esa mujer?, se preguntó Spencer, quien también apareció por allí para ver en qué podía colaborar.

El capitán pensó lo mismo. Según recordaba, ella siempre estaba en el cuadro de ese caldeado cuarto para inventar sabores nuevos o rearmar los conocidos.

—¡Buen día, Ramona!

Los recién llegados se acomodaron frente al banco de la larga mesa. Dentro del horno de la cocina a leña, ya largaban su aroma los budines de montaraces que ella había preparado para los primeros que llegaran a desayunar. Para los demás ya habría tortas fritas, bizcochos con chicharrón, carne asada que había sobrado de la noche anterior y tiras de costilla de guanaco recién horneadas en su jugo.

Ella sabía que en las estancias, y tierra dentro, el desayuno era una de las principales comidas del día; los hombres iniciaban la jornada de labor a las cinco de la madrugada y no sabían cuándo regresarían. Por esa razón, si no habían ingerido una buena ración temprano, al amanecer y antes de ensillar, entonces llegaban a la noche famélicos, malhumorados y con un bajo rendimiento en los intensos esfuerzos físicos que debían realizar.

Las labores dentro del campo rotaban y, cuando se creía que todo había concluido al cambiar la estación anual, las tareas también cambiaban. Siempre y cuando hubiera claridad, se podía trabajar.

Tampoco se descansaba los días de lluvia o nieve, porque, en esos momentos, se hacían los pendientes dentro del cobertizo, como trenzar tientos, arreglar sillas, monturas, renovar los látigos o salar los cueros. El peón era un espécimen de rara ociosidad, cuyas manos siempre se encontraban entretenidas con algo.

Ese amanecer, Gaspar también estaba allí. En realidad, él solo había ido hasta su casa para apagar el faro y luego regresó al lado de su mujer para descansar unas pocas horas uno al lado del otro en la resistente trébede que se encontraba al lado de la cocina.

Sentado al lado del fuego de la cocina, en silencio cortaba tiras de cuero bajo el resplandor de los nocheros encendidos y con la lumbre que emitían las llamas. Se encontraba entretenido con la preparación de los hilos con los cuales luego armaría nuevos lazos.

Gérard también meditó sobre él. Al negro se lo notaba a sus anchas, complacido de encontrarse en ese sitio mayormente femenino y sin molestarse en absoluto por ello. Después de todo, ahí se encontraba su compañera de toda la vida, la maga, la hacedora de las exquisiteces más impensadas, ¿cómo, entonces, iba a sentirse incómodo?

Delante de Gérard se encontraban los principales artífices de la armonía que reinaba en La Cimarrona, tal como si formaran parte indivisible del mobiliario. Tan imprescindibles eran esos dos callados seres humanos que él estaba seguro de que la estancia no funcionaría sin su presencia. Además, era conveniente que se llevaran bien sin importar si dormían juntos o no —lo cual solo podía interesarles a ellos—, porque se notaba que el entendimiento era formal e intenso. Se complementaban como el agua y los helechos que vivían

a la orilla porque ambos se necesitaban, aunaban esfuerzo y trabajaban en pos de un objetivo común: hacer más agradables las vidas de las personas en La Cimarrona.

Se detuvo en ese pensamiento y sonrió. Sí, concluyó, no tenía nada de desagradable enamorarse de una mujer.

Volvió de esas tranquilas meditaciones cuando Jacques se dirigió a él para hacerle algunas preguntas.

—¿Partimos en un momento? ¿Después de saborear estos pasteles que parecen hechos por los dioses? ¿Estás listo o te queda algo pendiente?

—No te olvides de mi sorpresa. Eso haremos primero, antes de lo que vendrá después.

—¿Adónde me llevarás? —preguntó Jacques intrigado y dejó el mate sobre la larga mesa de roble.

—Ya lo verás. Espera, ten paciencia —respondió enigmático el Demonio.

—¿Las mujeres quedan fuera de nuestra aventura?

—Por supuesto, porque luego seguiremos viaje hacia la tierra bendita donde... —dijo y se interrumpió. No quería que los demás escucharan los planes que tenía para los siguientes meses—. ¿No habíamos quedado en eso?

—¿El campo que te cederán los tehuelches? —lo delató su amigo.

—Al mismo. Pero son solo ideas —replicó y le guiñó un ojo.

—Entendí —dijo y se dirigió a Ramona—. Prepáranos un paquete con comida extra. Seguro que no regresaremos hasta bien entrado el atardecer.

—Ya mismo, patrón —respondió la mujer, solícita.

Se lavó las manos que hasta ese instante había tenido metidas en la masa de los futuros bizcochos fritos y les armó un morral con comida. En él colocó tortas, trozos de budín, costillas de carne aún caliente y un odre con agua fresca sacada directo de la vertiente que brotaba de la fuente, la misma que abastecía con agua dulce a toda la estancia y donde Nuil y Nandi habían conversado la noche anterior.

Antes de cerrarlo, le dio una última mirada y, satisfecha con el contenido, le entregó el paquete a su amo cuando él montó.

—Adió, patrón, cuídese —le dijo al tiempo que lo ayudaba a atarlo en la montura.

Al capitán apenas si le dirigió una seca mirada de reprobación.

Jacques no dijo nada y sonrió comprensivo; sabía que a la vieja mujer no le agradaba mucho Gérard. Debía de haber escuchado, en tiempos idos y presentes y de boca de los peones, algunas de las terribles historias que se contaban. Entonces, al ver partir a su patrón solo con él, se le estrujaba el corazón de susto desmedido.

No estaba errado; mientras los veía alejarse, la cocinera juntó las manos en ruego y se persignó varias veces.

—¡Ay!, Virgen querida, cuídalo de ese hombre endemoniado, síguelo en los pasos y cobíjalo en tu pecho santo —rogó y volvió a persignarse con devoción exagerada.

Los dos hombres se adelantaron a las vagonetas que ya partían hacia el mar para llevar a los marineros de regreso a los navíos. Algunos cambiarían turnos y otros descansarían luego de la celebración, porque el día los había encontrado aún de juerga y bastante entonados.

* * *

Al rato avistaron la playa. Allí estaban las cinco naves, a la espera de las nuevas órdenes del capitán para seguir viaje hacia Buenos Aires.

—Vamos a verlas desde el faro, ¿quieres? —le preguntó Jacques a su amigo, quien no quería que a Gérard se le ocurriera invitarlo a subir a una de ellas.

El Demonio captó con rapidez la velada intención de Jacques y no dijo nada. Conocía de sobra los monstruos internos que padecía y no quería sublevarlos; que permanecieran dormidos era lo más sano para todos. Ya había comprobado en persona durante una de las visitas lo que podían obrar en el corazón de su amigo: lo devastaban y lo masacraban hasta volverlo un amasijo tortuoso sin medida ni control alguno.

—Vamos —accedió.

Dirigieron los caballos hacia el risco, cuesta arriba, para lo cual debieron andar varios minutos más, ya que el faro se encontraba en la parte más oriental y elevada de la península del Diablo. Una vez allí, encaramados sobre la abrupta barranca, se detuvieron a observar la flota del Demonio.

En ese rincón, el suelo estaba compuesto de duras rocas y unos pocos guijarros sueltos donde las matas de hierba silvestre apenas podían hacerse un espacio entre las estrechas grietas; clamaban por una gota de agua del cielo limpio porque sabían que a la tierra donde habían crecido nada podrían sacarle. Todo eso volvía el lugar despacible y en extremo árido. El viento helado les azotaba los rostros y les levantaba las capas.

Permanecieron allí durante varios minutos y admiraron el ancho paisaje, la inmensidad del océano y la vastedad del suelo argentino. ¡Cuán lejos había quedado el clima cálido de Madagascar o de la isla Tristán de Acuña!, se dijo Gérard al tiempo que se abrochaba mejor la capa de lana.

Levantó la mano y señaló los cinco navíos.

—Elige —le dijo a su amigo.

Al escucharlo, a Jacques se le detuvieron las palpitaciones. ¿Había entendido bien? Por las dudas, le preguntó.

—¿Cómo dices?

—Dije que elijas —expresó con voz decidida—, y espero que no seas tan tonto como para seleccionar la nave que escora, ya que de nada podrá servirte ni ahora ni en el futuro. Más temprano o más tarde, naufragará. Ese es su destino.

Sí, su amigo había comprendido cada palabra, no estaba equivocado. Gérard quería que él seleccionara una de las cinco embarcaciones. Pero ¿acaso no tenía memoria? Sí que la tenía, ¿por qué, entonces, le hacía un ofrecimiento tan poco feliz para su torturada mente?

Jacques se detuvo a cavilar al respecto y no le respondió nada; se sentía demasiado ofuscado como para contestarle. De repente se le agrió la alegría y un frío letal se le coló por la chaqueta. ¿Qué macabra gracia era esa? Sabía que su amigo era burlón e irónico; sin embargo, en ese instante ¿no se propasaba con el chiste? No se jugaba con el dolor ajeno y mucho menos si a quien tenía enfrente y a quien pretendía lastimar era su mejor amigo.

Bueno, eso había creído Jacques hasta ese instante. ¿Podía Gérard no recordar que él ya no navegaba? No, no podía haberlo olvidado, lo habían conversado unas horas atrás y cientos de veces en el pasado.

Él no pensaba subirse a una nave porque su compañero de aventuras así lo quisiera. Nada en el mundo podría hacerlo cambiar de parecer y no lo haría por el resto de su vida. ¿En qué pensaba el Demonio? ¿Qué malintencionada jugarreta era esa?

—¿Gérard, cómo eres capaz? —solo atinó a decirle y se mordió la lengua para no echarle una abierta y grosera maldición.

La voz de su amigo fue clara y contundente al responderle sin un atisbo de duda en lo que le decía.

—Es tiempo de que te liberes de tus resquemores, de que sueltes esa sensación de estar maldito por los siglos de los siglos y te permitas mirar hacia delante. Deja el pasado para los engendros que lo habitan, vive el presente y al futuro tómallo como viene, como esto que te ofrezco ahora, un simple regalo de amigo a amigo, nada más. A lo mejor nunca la navegues; aun así, no quiero haber partido sin intentar convencerte de ello. Porque te aprecio es que te hablo con tanta sinceridad. —Hizo una pausa y lo miró unos momentos—. Tus juramentos deben quedar en el pasado, amigo.

—Mis juramentos —arguyó Jacques no muy convencido de lo que decía ni de si tenía ganas de meterse en ese debate sin sentido.

Conocía la voluntad de hierro de Gérard y su temple inquebrantable. Sabía que, si a él se le había puesto en la cabeza que Jacques volvería a dirigir una nave a través del mar, no había cielo ni infierno que lo hiciera cambiar de idea. Insistiría con ello hasta la muerte de alguno de los dos.

Recién en ese momento Jacques se dio cuenta de que aquello que se decía de su amigo, era cierto: Gérard era implacable, casi malicioso.

—Tus juramentos pueden cambiar —insistió el capitán y lo interrumpió sin permitirle continuar—. Transfórmalos. ¿No tienes una esposa y un hijo tehuelches? ¿Lo habías imaginado? ¿Lo buscaste, acaso?

—No —respondió y meneó la cabeza.

En eso el Demonio tenía razón; a Nuil y a Francisco los había evitado durante meses. Aun así, el amor había sido más poderoso. Y allí estaban, unidos con lazos inquebrantables por el resto de sus vidas.

—Entonces también puedes volver a remontar los océanos con un barco. Solo debes poner un pie sobre la cubierta del casco que te ofrezco, lo demás viene solo. Mira —dijo y lo hizo observar el mar calmo—, aparte de *La*

Liberté, puedes elegir a cualquiera; a las demás naves las enviaré de regreso a Buenos Aires, no las necesito, me manejo mejor y con más soltura solo con mi fragata.

—Déjame pensarlo —fue lo único que pudo decir Jacques.

—¡Perfecto! Está decidido, te dejo *La Capitana*, nombre que le puse a la principal corbeta de los ingleses, esa que antes se llamaba *Saint Paul*. La más poderosa, elegante y segura; observa nada más el mascarón: ¿puedes distinguirlo desde aquí? Es la escultura en madera de una sirena. ¿Es magnífica, verdad?

Su amigo no lo miraba, permanecía obcecado, concentrado en los tremendos recuerdos. Tenía la vista clavada en la testuz del yeguarizo y se había sumergido en estampas terribles; imaginaba un nuevo hundimiento, la próxima pérdida de aquello que más amaba y que cuidaba con temeroso celo, sus tesoros tehuelches.

—Regresemos —dijo de pronto, incapaz de tolerar los malos augurios que se le iban encima como malón y se aferraban en su interior.

Gérard poseía una coraza irrompible en el corazón, escudo con el que había tenido la sagacidad de envolverse para tolerar los imprevistos que el destino le presentaba. Era por ello ignorante de lo que significaba el temor de verse obligado a repetir un mismo sufrimiento, entonces no podía comprender la obsesión de su amigo por evitar todo lo que se refiriera a navegar.

En ese momento, al verlo tan molesto y con impaciencia mientras tiraba de las riendas de la yegua que montaba, dirigió el trote hacia el sur, bordeó los riscos de la península del Diablo y enfiló camino a la nueva tierra que en el futuro sería su estancia.

El regalo había quedado trunco por tiempo indeterminado. Pero el mismo Demonio se encargaría de avivarlo en cualquier momento.

* * *

Dos horas más tarde, estaban en territorio salvaje y recorrían al galope la estepa desolada y agreste de la Patagonia tehuelche, dominio de los nativos patagones, nómadas, feroces guerreros cuando se sentían presionados, y también risueños y alegres en la vida cotidiana. Buenos amigos y mortales enemigos.

Una vez allí detuvieron los yeguarizos y miraron el entorno silvestre.

—¿Qué te parece? —le dijo Jacques, ya repuesto de sus engendros internos y luego de detener el caballo y observar el ancho paisaje que se abría delante de ellos.

—Me parece ideal. Mejor imposible. Tú y yo estaremos cerca, tengo el mar de un lado; y del otro, los asentamientos tehuelches. Aunque comienzo a dudar de lo primero.

—¿Qué cosa? —inquirió Jacques.

—El tenerte cerca. ¡La pucha que eres testarudo!

Jacques resopló incómodo, no quería reiniciar la charla y optó por cambiar de tema.

—¿Quieres que vayamos a conversar con los nativos? La toldería se encuentra un poco más hacia el oeste.

—Vamos, entonces.

En el camino se toparon con un amontonamiento de dunas y con varios Algarrobos que se enroscaban con irregularidad para mostrar las curvas retorcidas y ásperas al cielo. Los franceses volvieron a detenerse y observaron esas ramas espinosas; las diminutas hojas verdes eran un regalo a la vista de los forasteros.

—Aquí construiré el casco. Al resguardo de estas lomas levantaré mi nuevo hogar —exclamó feliz Gérard.

Jacques asintió.

—Es una buena elección. ¿Y qué nombre tendrá tu campo?

—Adrizar.

—Insistes con el mar.

—Por supuesto, el mar me ha dado la vida; gracias a él soy esto que ves ahora —exclamó y se tocó el pecho.

—No está mal el nombre, enderezar... Te viene perfecto para tu corazón de lobo estepario, aislado y hosco. Equilibrará tu reputación de demonio marino —dijo y agregó con sarcasmo—: Y espero que también tu obcecado empeñamiento de torcer mi empeño por alejarme del océano.

Gérard rio fuerte.

Azuzaron los caballos y los dirigieron al trote tranquilo hasta el asentamiento tehuelche que se encontraba un poco más allá, en línea recta hacia el oeste. Mucho antes de llegar, apenas avistaron los toldos que hacían de morada, se detuvieron a esperar.

Jacques sabía que a los patagones no les agradaban las visitas imprevistas. Ya una vez lo había sufrido en carne propia cuando se atrevió a meterse en esa tribu para buscar a su adorada Nuil. Logró salir vivo de esa porque ella lo

había divisado a tiempo; si no, en ese momento, estaría enterrado y sería carne de alimañas.

Al cabo de media hora, varios vigías se acercaron a ellos y los estudiaron con mirada desconfiada. Jacques conocía varias palabras en su idioma y les expresó la intención de conversar con el cacique de la tribu. Los hombres volvieron al asentamiento.

Bastante después regresaron a escoltarlos hacia donde su jefe se encontraba. El viejo cacique permanecía sentado dentro del toldo, observaba el fuego y fumaba en pipa. Una cantidad de perros y algunos chiquillos lo rodeaban, quienes probablemente pertenecían a su última descendencia. Jugaban callados a su lado y, cuando alguno de ellos –perro o niño– se alteraba un poco o se colocaba demasiado cerca del hombre, él, sin dudar, les daba un azote. El jefe nativo tenía en la mano una fusta que utilizaba a diestra y siniestra para enaltecer su autoridad en el predio. Se notaba que esa costumbre de revolearla era puesta en práctica bastante seguido porque quienes se encontraban cerca sabían eludirla sin jamás llegar a ser tocados.

Una mujer preparó en silencio el mate y se lo dejó, luego se retiró y permaneció discreta en un rincón para continuar con la costura o con el sobado de cueros, lista para obedecer si el cacique la llamaba de nuevo.

Kivac, el cacique patagón, tomó el cacharro humeante con la mano callosa y sorbió de la caña que hacía de bombilla. Cuando vació el contenido, se lo devolvió a la mujer para que continuara la ronda de mates. La conversación había iniciado.

Mientras el mate pasaba de mano en mano, Jacques saludó al cacique varias veces. Con sumo formalismo le explicó cuáles eran las intenciones de la visita. Le dijo con palabras ampulosas que Gérard se había enamorado de esa tierra y pretendía vivir allí, construir una morada y llevar animales para pastar en sus estepas.

En realidad, él aún no sabía cuáles eran las intenciones de su amigo, aunque nada perdía al darle esa explicación lógica al patagón que tenía delante. Ganadero o saladero, cazador o solo estanciero daba lo mismo: habían ido hasta él para pedirle permiso de radicarse en la zona y así poblar parte de la extensa Patagonia que por derecho les pertenecía a esos nativos.

Jacques le habló como hablaban los tehuelches, con metáforas.

—Él, como lobo marino macho, vive en el mar. Ahora, como tranquilos guanacos, en el desierto con su mujer.

El cacique asintió y permaneció en silencio. Luego le respondió con un largo discurso que duró buena parte del día, intercalado con comida cruda, guisos y grasa rancia. Los tehuelches eran expertos en debates extensos, tanto que su título de cacique lo obtenían de acuerdo a la destreza que tenían en parlotear y convencer a sus congéneres. Les dijo que podían hacer como quisieran, que la tribu estaba agradecida por la presencia de esos blancos.

Era verdad que esos aborígenes se habían beneficiado con los asentamientos de los inmigrantes y el de los criollos que bajaban desde Buenos Aires. Por lo menos eso creían ellos, pero Jacques ya había notado que las grandes urbes, como Carmen de Patagones, Córdoba o la misma Buenos Aires, en realidad habían perjudicado a los indígenas, porque, desde que los blancos estaban por esos lugares, los nativos dejaron de cazar, de trabajar, de tener anhelos e ideales y se convirtieron en sumisos mendigos; se tornaron apenas en un tosco remedo de lo que habían sido hasta escasos años atrás: los dueños de la estepa. Pasaron de ser felices, limpios, con una alimentación conseguida gracias a su propio esfuerzo a volverse sucios perdularios, contaminados por las comodidades de la mal llamada “civilización”, recibieron sus dádivas como si fueran los mejores y más caros obsequios del mundo y no supieran hacer nada por cuenta propia.

En cambio, los que se mantenían en el campo todavía vivían libres, dependían de sus destrezas para autoabastecerse y cuidarse, hacían trueque con la mercadería que cada grupo poseía y convivían en armonía, sin

rencillas importantes ni disparidades determinantes.

Cuando cayó la tarde, al fin se cerró el trato. Jacques sonrió y le apretó el brazo a Gérard. Le tocaba a él explicar sus términos.

—Ha accedido a que te asientes en el lugar que elegiste.

—Pregúntale qué quiere a cambio.

Jacques así lo hizo. El cacique meneó la cabeza y rio.

—Que sea como blanco amigo. Eso —expresó mientras señalaba a Jacques, su vecino de años.

—No quiere nada, solo que comercies con él como lo hago yo.

Gérard levantó las cejas y lo miró asombrado.

—¿No quiere dinero? Hacienda, joyas, oro...

Jacques lo observó incrédulo, casi enojado.

—¿Y para qué podría servirles a los nativos todo lo que me dices? No, hombre, accede a entregarles de regalo lo que veas que a ellos puede interesarles.

—¿Y cómo lo sabré?

—No te preocupes, sus incursiones en tu campo serán periódicas y descaradas, tomarán lo que les gusta y sin preguntarte si estás de acuerdo —dijo y se alzó de hombros—. Ese es el precio que deberás pagar. A mí me lo hacen cada tanto, cuando dejamos el portón abierto y ellos se escabullen hacia el campo que tengo detrás del paredón de entrada, hacia la península. En mi estancia los dejamos merodear. No son malos, es más, son

tremendamente inocentes, como chicos malcriados. Nada más. Me llevan reses, ovejas, tabaco, licor, dulces, pan y son adictos a las golosinas. Nosotros los dejamos hacer a su voluntad.

Gérard calló, no muy complacido con lo que escuchaba. Su amigo sonrió y recordó un evento.

—¡Y no imaginas la de cucharazos que les da Ramona cuando se meten en la cocina y le levantan las tapas de las ollas o abren la puerta del horno de barro! —El Demonio continuaba en silencio y Jacques lo notó—: Hombre, tranquilízate que no es para tanto. No temas. Tampoco son tan molestos, apenas si lo harán cada cinco o seis meses, cuando las provisiones se les terminen. A cambio te dejarán bellas pieles, medias reses de guanaco, muchas plumas de ñandú, cientos de maras, adornos en plata, vinchas, gamuzas. Tú te quedas con esas mercaderías o puedes venderlas, como mejor te parezca.

Gérard permaneció pensativo mientras la mujer continuaba con la interminable ronda de mates. Cada tanto les entregaba una fuente con lonjas secas de carne secada al sol o un cazo con grasa rancia, el manjar de los manjares, según el paladar tehuelche.

Sin nada más para decir, el cacique se concentró en el trenzado de doce tientos y Jacques comenzó a jugar con los niños.

Gérard meditaba, en especial sobre el desorden que sería su vida como estanciero. ¿A quién le cabía recibir visitas imprevistas en el campo? Además, unas que se llevaban cuanto se les antojara. Eso sería un caos total. ¿Cómo podría organizarse con las provisiones para que nada les faltara? Por otro lado, las apariciones de los barcos piratas o negreros eran sorpresivas y él se amoldaba; en cuanto al amor, ¿acaso no lo había tocado sin avisarle?

Tuvo que admitir que le encantaban los imprevistos, le ponían condimento a la vida y le imprimían una alteración impalpable a la que él se reconocía adicto.

Al fin soltó los resquemores y arrojó una varilla al fuego que tenía delante. Miró a su amigo y terminó por sonreírle, alzó los hombros y asintió con la cabeza.

—Tienes razón, amigo. Esto se va a poner muy interesante.

—Te lo aseguro, Demonio. Nunca tendrás tiempo de aburrirte.

CAPÍTULO 17

El sol comenzaba a declinar cuando los franceses se despidieron del cacique, no sin antes saborear con un poquito de resquemor los chicharrones que flotaban en grasa líquida de jabalí que los tehuelches les ofrecieron como último alimento succulento.

A ambos les dolía el estómago cuando iniciaron el trote de regreso, ¿cómo hacían esas personas para tolerar tanta grasa en su alimentación? Porque se los veía sanos, ágiles, con la dentadura completa, sin canas y ninguno estaba entrado en carnes ni envejecido antes de tiempo.

Mientras regresaban, debatían animadamente sobre los cambios que tendría la vida del capitán. De corsario de los mares cambiaría a estanciero, se instalaría en un solo sitio y vería el mismo paisaje día a día. Jacques no se atrevía a preguntarle cómo había llegado a tomar semejante determinación o quién lo había hecho cambiar. Tampoco se atrevía a inquirir si él había recapacitado bien sobre esas transformaciones en su existencia, porque serían radicales y las sentiría, claro que las sentiría.

Gérard hacía preguntas y Jacques las respondía, no sin notar que su compañero de cabalgata ignoraba todo lo referido a las explotaciones agropecuarias. Tendría que armar un buen grupo de trabajadores que lo guiaran en el aprendizaje. Aunque todavía no podía creerlo: ¿Gérard, preso, rodeado del perímetro alambrado de un campo? ¡No, era imposible!

—¿Dónde consigues a tus peones? —indagó.

—Ellos mismos, al enterarse de que hay trabajo, aparecen por mis dominios. O los tehuelches se acercan y buscan algo que hacer.

—¿Cómo les pagas?

—Cuando vamos a Carmen de Patagones para vender nuestros productos traemos efectivo. La gente te espera, no es normal que los engañen. Saben que dentro de la estancia tienen todo lo que necesitan para subsistir y el efectivo es para gastárselo sobre todo en licor, mujeres y algún adorno de plata para los caballos. Eso y poco más.

—En cuanto a ese poblado... —empezó a decir y Jacques le recordó que tendría que ir allí para conseguir material con el cual construir la futura residencia—. Eso también debo tenerlo en cuenta.

—También necesitarás alambre para hacer los corrales y herramientas de variado tipo. En cuanto al personal, llegado el momento, ¿quieres que te ceda algunos de mis peones?

—Aparte de peones, ¿cuentas con buenos constructores?

—Los tengo.

—Entonces bienvenidos serán —exclamó y recordó—: En mi tripulación hay demasiados marineros, tengo los propios y aquellos que se incorporaron cuando tomé las naves inglesas. Les preguntaré si quieren radicarse en la Patagonia o si prefieren navegar hacia Buenos Aires para ponerse a las órdenes de quien designe el gobierno argentino para manejar las embarcaciones.

Jacques dudaba de que los marineros quisieran quedarse, ya que habían elegido esa vida justo porque amaban el cielo abierto y la completa libertad. En una estancia, por más que las dimensiones fueran grandes, de seguro se sentirían asfixiados. Además, tal lo que pensaba de su amigo, suponía que no querrían atarse a una misma tierra y a un paisaje parecido todos los días, aun en una vasta y desolada extensión de la estepa sureña de Argentina.

Pero, una vez más, no le dijo nada y así continuó la charla, alegre y relajada mientras desandaban el camino hacia La Cimarrona.

Esa noche, Gérard tuvo la primera gran discusión con Nandi. Ella lo esperaba en el cuarto que ambos compartían. Apenas él arribó y traspuso la puerta, muerto de cansancio y dispuesto a desvestirse para luego darse un gratificante baño caliente, se encontró con esa diabla hecha una furia.

Cuando ella lo vio aparecer, cansado, aunque contento por haber conseguido un lugar en la Patagonia donde radicarse, hizo caso omiso a los evidentes deseos que tenía Gérard de comentarle lo que había conseguido y, cuando él se acercó para abrazarla, Nandi lo esquivó. Se agachó, se corrió un poco y fue a pararse del otro lado de la cama. Tomó un jarrón entre las manos y con solo verle la mirada, él comprendió que estaba lista para arrojárselo a la cabeza.

—¿Qué te ha sucedido, mujer? —preguntó y detuvo el impulso de ser cariñoso. Intentó descubrir qué podía haberla alterado tanto—. ¿Te trataron mal en mi ausencia? ¿Alguno de los peones se propasó contigo? —Por toda respuesta, ella bufó, negó con la cabeza y lo miró con odio—. Sí, claro —se contestó él mismo—, nadie se atrevería a acercarse a ti con semejante carácter. ¿Quién querría arriesgarse a ser arañado, mordido o, peor aún, correr el riesgo de quedar eunuco?

La miró durante unos breves segundos. ¡Se la veía tan hermosa!, pensó, con los tonos subidos en las mejillas, los ojos que le echaban chispas y, más abajo, esa camisa varonil que se había colocado como única prenda, la que le llegaba arriba de las rodillas y le dejaba entrever la perfecta escultura de mujer pequeña.

Estaba descalza y con la cabellera suelta y, si no hubiese sido porque se la notaba de verdad enojada, Gérard la habría levantado en brazos para recostarla sobre la cama. Tan apetecible la hallaba.

—¡No te hagas el gracioso! Te advierto que mi furia es magistral, podría romperte este jarrón en la cabeza. Y, si te desangraras, no me importaría, no llamaría a nadie, no gritaría y... ¡Y me echaría a dormir!

—Cuidado, mujer —la previno él—, que esa pieza de porcelana que cargas entre tus ligeras manos es de mi amigo y tiene mucho valor, trata de no romperla, ¿quieres? —advirtió y comenzó a acercarse a ella despacio.

Pero Nandi fue más rápida, estaba muy furiosa. Levantó el florero y lo dejó arriba, bien sobre su cabeza.

—Si te mueves un paso más, lo tiro. Y no caerá al suelo, se romperá en tu frente, te lo aseguro.

Entonces él optó por sentarse sobre una silla que había junto al ropero, decidido a aguardar hasta que ella se calmara un poco y escuchar la explicación. Era seguro que algo la había alterado.

—A ver, si te calmas y bajas tus aires de locura, podrás hablarme. Dime, mujer, ¿qué te ha conmocionado tanto como para volverte un león con tus zarpas expuestas? —preguntó y después ladeó la sonrisa—. Te queda lindo ese aspecto de gata indómita.

—¡Tus mentiras me han puesto así! —vociferó ella—. ¡Tus escandalosas mentiras! Esta mañana, un marinero aún borracho me preguntó cuándo regresaría a Madagascar, estaba tan engolosinado conmigo que inocentemente dijo que lo decía porque pretendía acompañarme y quedarse a vivir a mi lado.

—Lo cual te habrá agradado —aclaró Gérard.

Ella le clavó las pupilas de fuego.

—Pasaré por alto tu cinismo para poder explayarme en tu desvergüenza. Cuando indagué el porqué de esa pregunta, ya que en verdad pensaba que yo era tu esclava, él me respondió que mi rey, ¡mi rey! —bramó y se tocó el pecho para darle más énfasis a esas aseveraciones— te permitió llevarme contigo con la condición de que me devolvieras cuando estuviera curada.

—Es cierto —mintió él.

¿Qué otra cosa podía decirle para sosegarla?, se preguntó. El jarrón estaba en juego y su cabeza también.

—Si es verdad y, por lo que acabo de escuchar de tus labios sardónicos, así es, entonces, ¿qué hago todavía bajo tu tutela? ¿Por qué no me has devuelto aún? —inquirió. Luego dejó a un lado el precioso recipiente, se plantó frente a Gérard con los brazos en jarra—. A ver, te escucho —dijo y, al hacerlo, movió la cintura con una gracia indescriptible.

Gérard frenó apenas el ímpetu de poseerla ahí nomás, sobre la alfombra, la cama ¡o sentados sobre esa misma silla! ¿Qué más daba? Pero se contuvo y arrugó el semblante.

—¿Y eso? ¿A qué viene?

—¡A que no cumpliste tu promesa! Eso sucede ¡encima...! —Levantó los brazos al cielo para potenciar los alaridos furiosos—. ¡Encima ya no soy virgen! Me devuelvas o no me devuelvas en realidad ya me da lo mismo. Nadie en mi tribu que se precie de ser un guerrero valeroso querrá desposarse conmigo. Me has desgraciado, mal hombre.

Gérard se detuvo un momento a mirarla, poco concentrado en esas palabras si, al final, era más de lo mismo. En cambio, se sentía muy atraído de los movimientos sensuales, esos que a la malgache le brotaban sin intención alguna. La agitación le hacía subir el pecho, algunos mechones le caían en el rostro y le cubrían parte de los ojos, que eran una sola llamarada

de ardor, y la camisa blanca estaba abierta hasta donde comenzaba el busto, que ascendía y descendía con cada nueva inspiración y palpitaba lleno de vida.

Gérard bajó la mirada con lentitud y le recorrió las delgadas y bien formadas piernas; estaba descalza, sus dedos largos y pequeños eran bellísimos. Después observó el cuadro completo, la figura que echaba llamas con actitud tan agresiva. Al analizarlo, le causaba mucha gracia la intensidad de su furia, por eso comenzó a reír.

—¡Ah, te causa gracia mantenerme como tu esclava! —exclamó ella. En esa ocasión, la rabia pudo más y se lanzó hacia él, decidida a clavarle las uñas en esas facciones que aparentaban divertirse tanto con su sufrimiento.

Gérard la detuvo en el aire, le apretó los brazos y se los retuvo por detrás. Luego la abrazó con fuerza y la besó. Aunque no tuvo en cuenta que ella no se dejaría convencer así nomás. Por toda respuesta, Nandi le mordió los labios hasta hacérselos sangrar.

—¡Mujer maldita! —exclamó mientras la soltaba y se llevaba la mano a la boca partida.

—Eso te pasa por no ser leal a tus palabras.

En ese momento era él el enojado. La señaló con un dedo al tiempo que con voz grave le advertía:

—Si aún no te he devuelto a tu gente es porque mis médicos no han encontrado tu dolencia. Y juro por mi estirpe de corsario argentino que te restituiré apenas ellos, ¡o cualquier otro doctor!, descubran qué tienes. ¡Estoy hasta la coronilla de tus arranques de locura descontrolada!

Ella fue hacia la puerta y la abrió, dispuesta a salir del cuarto. Antes de cerrarla le aclaró:

—Esta noche no dormiré contigo, ni todas las próximas noches. ¡Ni ahora ni nunca!

—Mira que estás casi desnuda —le recordó él.

Sin embargo, ella ya había cerrado la puerta de un golpe y caminaba decidida hacia los cuartos de las empleadas de servicio.

Nuil en ese momento se encontraba sentada y cosía en la sala de la fuente. Al verla pasar, ciega de bronca mientras se dirigía hacia el sector de las criadas, dejó la costura y fue tras ella.

—¿Rencillas de entrecasa? —le preguntó y le tomó la mano con suavidad para aplacarle el ímpetu. Nuil no había podido evitar escuchar los gritos agudos, nadie en la casa había quedado ajeno a semejantes chillidos—. Ven, te llevaré a un lugar tranquilo.

La condujo hacia la habitación donde había estado hasta un momento atrás, al borde de la fuente, allí donde brotaba la vertiente que abastecía de agua dulce a cada una de las instalaciones del campo. Era un lugar donde todos encontraban solaz y hasta los ánimos más caldeados se sosegaban con el ambiente pacífico que ahí siempre reinaba.

La anfitriona la hizo sentarse junto a la fuente y le mostró a Francisco, casi dormido a su lado, recostado sobre un sofá.

—¿Puedes cuidarlo un momento? Así amodorrado como está, quizás se caiga. Voy a prepararle una taza con leche tibia para dársela antes de que se vaya a dormir.

La tehuelche, sagaz, sabía que la silenciosa presencia de Francisco, en su inmensa ternura e inocencia, y la tranquilidad del entorno harían milagros en el espíritu alterado de la malgache. Por ello, y a propósito, tardó más de lo acostumbrado para calentar la leche del pequeño, a la espera de que la magia se manifestara y la joven apaciguara ese temple irascible.

Cuando quedaron solos, Nandi acarició la cabellera del niño y lo observó deleitada. ¡Qué maravillas obraba la creación!, pensó. Ese chiquillo era tan perfecto, tan hermoso. Al ser una mezcla del francés con una patagóna, poseía características físicas de los dos padres, por lo que se volvía un ser único, irrepetible. Después pensó en su descendencia. ¿Cómo serían los hijos de ella? ¿Nacerían igual de hermosos, amorosos y cándidos, frescos, tranquilos, puros? ¿Los tendría con ese bárbaro que la esperaba en la habitación de las visitas?

Como siempre le sucedía cuando trenzaba su futuro con el de Gérard, arrugó el rostro y se sintió algo disgustada con semejante ocurrencia. Pero, en esa ocasión, no había furia ni contradicciones y no descartó la pregunta de inmediato, no la borró de plano como había hecho en otras oportunidades. Más importante aún que los cuestionamientos sobre hijos: ¿quería ella que él fuera el padre de sus criaturas?

Lo meditó un momento. ¿Lo quería tanto como para desear fundirse con ese hombre bruto y engendrar hijos con él?

Francisco comenzó a desperezarse. Con una sonrisa, preguntó por su mamá, sin temor alguno de estar con una extraña y sin interrumpir los pensamientos agradables de la muchacha.

Nandi lo miró llena de ternura; el chiquillo, con ese regordete y fresco semblante, le imprimía más armonía a la escena y develaba nuevos augurios de alegría perenne.

Sí, se dijo, sin duda que en esa habitación se respiraba mucho sosiego. Francisco luego cerró los ojos y volvió a adormecerse.

La muchacha lo cubrió con una manta liviana que había a su lado y se quedó quieta, meditaba. ¿Qué maravillas obraba ese entorno en las personas?, se preguntó. Miró al niño; a pesar de su extrema fragilidad, permanecía allí, confiado, seguro y con ello le demostraba que todo estaría bien a pesar de cualquier inconveniente, a pesar de cualquier eventualidad. ¿Acaso no había

aprendido ella con los hechiceros de la tribu que los dioses que habitaban en la naturaleza y los rodeaban de continuo los protegerían siempre, los cuidarían y velarían por el bienestar de todos los seres, por más que el mundo se pusiera patas arriba? Y ese niño, sin haberlo oído de voz alguna, lo sabía.

Los minutos comenzaron a transcurrir y la joven sintió un poco de frío. Se restregó los brazos con ímpetu; ese salón era amplio, ventilado y el agua que corría intermitente no colaboraba a caldearlo. A un costado había una fogata encendida, pero las llamas no llegaban a entibiar ni el ambiente ni el cuerpo de la muchacha. Entonces recordó que estaba apenas vestida con una fina camisa de Gérard.

Estiró el brazo, alcanzó un poncho de lana que se encontraba apoyado sobre el respaldo del sofá —seguro que lo había dejado Jacques— y se lo colocó sobre los hombros. Sí, olía a él.

De inmediato sintió tibieza y suspiró mucho más aliviada ya; con el peso de la rabia que se le diluía de a poquito levantó los ojos y miró hacia el agua cantarina que tenía cerca.

Algo más relajada, siguió con el análisis interno: ¿cómo se le presentaría el futuro? ¿Sería parecido al de Nuil? ¿Sería hermoso como el de ella o tenebroso como el que padecía el más infausto de los esclavos? ¿Llegarían tiempos tranquilos o conflictivos?

Debía reconocer que junto al Demonio de los Mares nada podía preverse. Pero la pregunta más importante y trascendental no era ninguna de esas, lo principal era saber si ella lo quería porque, de ser así, entonces todo lo que llegara de ahí en adelante sería más fácil de resolver y los pequeños inconvenientes, como el que terminaba de experimentar, podrían salvarse con mejor disposición.

—¡Ay! Ya me siento hastiada de pensar tanto —exclamó por lo bajo cansada de hacerse preguntas sin respuesta. Apretó los labios—. ¡Que sea lo que tenga que ser!

¿Acaso no era ella la más brava, la más valerosa, la más impetuosa y explosiva, la que rogaba de rodillas para vivir nuevas aventuras, vencer mayores desafíos y enfrentar otros peligros?

—Entonces, ¡basta ya! A los miedos se los enfrenta, no se los esconde bajo el tapete.

Al término de ese debate interno, tuvo que reconocer que no había nada que temer; pasara lo que pasase, los espíritus de la tribu la protegerían, la cubrirían con el escudo invisible de la sabiduría y la conducirían de la mano hacia asombrosas y fructíferas experiencias.

* * *

Cuando Nuil regresó con el tazón en la mano, el rostro de la malgache se había aclarado. Estaba distendido y un aura de aceptación la invadía por completo.

Bien, se dijo la nativa, estaba complacida con la decisión de dejarla sola un momento; la fuente y el niño habían actuado a favor de ella.

—¿Quieres que conversemos? —le preguntó a la muchacha.

Nandi le sonrió con dulzura.

—No, gracias, ya me siento mucho mejor. —Miró el poncho que la cubría—. ¿Puedo quedármelo? Dile a Jacques, porque supongo que es de él, que mañana se lo devuelvo —dijo y sonrió—. Últimamente uso solo ropa masculina. Por fortuna, mi cabello largo ayuda, si no, terminarían por creer que soy un muchacho, ¡y con esta continua explosión de bizarría en mis ánimos! —exclamó y rio con dulzura al reconocer que era un tanto exagerada en algunas ocasiones.

—Sí, tenlo cuanto quieras, él posee un par más. ¿Has notado cuán calientes son? —preguntó Nuil para cambiar de tema—. Los hacen los araucanos; de verdad, son abrigados. Nosotros los utilizamos cuando salimos a cabalgar porque aquí el viento congela hasta el alma.

Nandi rozó con suavidad la cabeza del muchachito.

—Gracias, amiga —le dijo en un susurro a la tehuelche.

—Gracias a ti también —respondió.

—¿Por?

—Por ser como eres. Tú aún no te has dado cuenta de que los marineros sienten mucho respeto por ti, te tienen como a una heroína. Aunque no lo creas así y ellos nunca lo vayan a reconocer en voz alta, te has convertido en una guía, una buena influencia para moverlos a ser más valientes y apasionados. El mundo necesita gente como tú, personas que pongan el corazón en cada nuevo suspiro.

Nandi calló, halagada por las imprevistas palabras de Nuil. Luego se puso de pie, se despidió y regresó a la habitación de su hombre.

Ya podía reconciliarse de nuevo con él. Y si acaso había comenzado a amarlo, entonces ¡qué bien le caería el amor! Sabía que, cuando una persona estaba enamorada, era capaz de hacer las paces con el mundo entero, por lo menos eso le habían enseñado los sabios de la aldea. Ella rogaba para que esas aseveraciones fueran ciertas, porque no había nada más hermoso que sentirse plena, en aceptación y mimetizada con el entorno.

Al llegar a la habitación que les habían asignado, abrió la puerta despacito y entró en puntas de pie. Se detuvo un instante hasta acostumbrarse a la oscuridad.

Escuchó a Gérard que roncaba muy dormido, entonces extrajo una manta gruesa del ropero que había a un costado de la habitación y la extendió sobre el piso, junto a la cama. Se recostó sobre ella y se cubrió mejor el cuerpo con el abrigado poncho para protegerse del frío nocturno de las estepas argentinas.

CAPÍTULO 18

E se amanecer, aunque de noche aún, Gérard aprovechó la calma en el casco de la estancia para reunirse con Nuil. Lo que debía pedirle tenía que ser en privado y sobre todo lejos de los oídos de Nandi; si no, la muchacha de seguro renegaría de la decisión que quizás tomaría luego de la conversación.

Encontró a la mujer de su amigo sentada en la cocina mientras charlaba en voz baja con la cocinera para organizar la comida de ese día. Tenían muchos comensales y todo se volvía más lento y algo complicado.

—¡Hola, Gérard! —exclamó al verlo y se levantó para ir hacia él.

Lo abrazó con afecto y le brindó la mejilla para que se la besara.

Gérard la miró. Estaba vestida con una gruesa capa de guanaco y llevaba el cabello suelto. Siempre se decía lo mismo: cómo era posible que tuviera el cuerpo tan enorme con facciones nativas de líneas rectas bien marcadas y contrastaran de tal manera con su carácter en extremo cálido y suave. Él se asombraba de la gran ternura de Nuil, tan gigante como tranquila, dulce estampa de mujer completa. El conjunto afirmaba, tal como decía su marido, que esa mujer era especial.

—¿Quieres tomar unos mates antes de salir a hacer lo que sea que te toque hoy? —le preguntó con amabilidad.

—Sería fantástico. Afuera hiela y el viento amaga con voltear robles.

—Sí —respondió la muchacha y miró por la ventana, algo tiznada—. Uno acaba por acostumbrarse porque vive acá, pero los que andan de paso no se adaptan. —Luego lo miró—. Jacques me ha dicho que tienes ganas de

radicarte por estos lados, cerca de nuestra tierra. ¿Es verdad? Porque, de ser así, me alegro mucho: sería buenísimo para todos, pero tendrías que adaptarte al clima, te lo prevengo.

—Es verdad —asintió él.

—¿Y cuándo será? —inquirió sin preguntarle lo esencial: ¿qué lo había hecho cambiar de parecer?

Jacques le había comentado también que Gérard no pensaba dejar el mar e intercalaría los días entre las actividades en tierra y el navío.

—Apenas pueda levantar mi casa, en eso estoy. Con tu marido ya elegimos las cuadras e incluso fuimos hasta la toldería de los tehuelches a pedirles que me permitieran radicarme en ellas para realizar alguna explotación agrícola. Estuvimos toda la tarde con Kivac, que es un hombre sabio —dijo mientras pensaba en algunas de las palabras que había mencionado el anciano.

—Así es. Nuestros caciques por lo general son muy inteligentes y entendidos. Por algo lo eligió el pueblo.

—Eso he notado. El cargo de cacique no es hereditario entre los patagones.

—Casi nunca lo es. Más bien se gana con sagacidad, buena palabra y mucha picardía.

Entonces Gérard recordó el motivo que lo había llevado hasta ella y comenzó a explicarle:

—Nuil, las razones de mi viaje hasta aquí fueron dos; una es esa y la otra no sé si tu marido te la habrá comentado ya.

—¿Comentarme qué? —preguntó ella con algo de duda—. Que yo recuerde, no me contó nada.

Él continuó.

—¿Sabes? Nandi no está conmigo por casualidad ni porque ella así lo haya decidido.

Nuil no creyó que eso fuera tan cierto. De todos modos, por el momento calló, quería escuchar el resto de lo que Gérard tenía para decirle, sentía mucha curiosidad al respecto.

—A veces Nandi se enoja demasiado con este tema y nuestras discusiones son titánicas. Ya las habrás escuchado.

—Todas las parejas discuten. Por más que ustedes sean amigos nada más —aclaró por temor a avergonzarlo.

—Sí. Pero ella permanece conmigo por una rara enfermedad que padece. Deseo cuidarla todo el tiempo porque nunca sé cuándo le vendrá un nuevo ataque.

—¿Cómo es eso? No sabía nada.

—Paso a explicarte. Ella quedó a mi cuidado por una causa muy inusual. —Aspiró profundo y le contó—: Nandi tiene una extraña dolencia que la hace quedarse dormida cuando se pone nerviosa y no hay modo de despertarla, lo cual me preocupa bastante, como comprenderás. Los médicos que tengo a bordo no han podido hacer nada hasta ahora, por eso decidí recurrir a ti.

—Dime, nomás.

—Quería preguntarte si los hechiceros tehuelches estarían dispuestos a verla. ¿Crees que exista alguno que pueda tratarla? Entre tu grupo o en algún otro. Ustedes cuentan con sabios hechiceros. Lo he comprobado en varias oportunidades cuando han recibido un enfermo desahuciado y lograron curarlo. ¿Qué te parece?

Nuil le acercó el mate humeante y clavó los ojos en la llanura que se abría detrás de la ventana y que de a poco se aclaraba con la salida del sol.

—No sé si mi gente sabe curar los males del alma, porque, por lo que me dices, es probable que se deba a un problema de la cabeza y no físico. No estoy segura de que accedan a verla. No olvides que si acaso fallan al atenderla... —Levantó las cejas y meneó la cabeza—. Ya conoces nuestras costumbres, aquel que la haya atendido quizás sea ejecutado por su ineptitud. Es riesgoso presentársela, porque tal vez no accedan a tan tremenda posibilidad; más si me dices que ya varios médicos han intentado atender esa dolencia y no han conseguido quitársela.

—No lo sabía —exclamó él escandalizado—. ¿Me hablas de una costumbre tehuelche? Ignoraba eso. ¿De verdad es así?

—No jugaría con algo tan delicado, me conoces bien. Si nuestros hechiceros fracasan en alguna de las curaciones, nuestro pueblo deja de confiar en ellos, por lo que es muy posible que lo desplacen del puesto de brujo de la tribu, además de quitarle todos los privilegios y beneficios y regalos que reciben. Incluso es probable que lo maten y lo reemplacen por otro. Con lo cual, sus esposas quedarán desprotegidas; y sus hijos, sin un padre que los cuide y les consiga el sustento.

—¡Qué salvaje costumbre! —exclamó Gérard, sin cuidarse de que con semejante aseveración podía ofenderla.

—Sí; ser médico en nuestro mundo tiene grandes ventajas porque accedes a varios privilegios, uno es que el pueblo te entrega parte de cada una de las piezas de caza y de los botines obtenidos, lo cual les permite ser polígamos. Pero, por otro lado, si erran en las curaciones, de manera irremediable los espera la muerte.

—¿Entonces? —preguntó él, ya no muy seguro de pedirle ayuda a los tehuelches.

Gérard no quería verlos metidos en un inconveniente de ese tipo y encima que sus amigos y él mismo, luego, se sintieran culpables por lo sucedido. Además, de fallar, Nandi continuaría igual de enferma.

—Entonces —repitió Nuil con aguda sensatez—, te sugiero esto: Jacques me comentó que quieres viajar a Carmen de Patagones para comprar materiales con los cuales construir tu futuro hogar. Llévala contigo para que la atienda el médico de allá y, si él no te deja satisfecho, dirígete hasta Buenos Aires para hacerla ver por los médicos de esa ciudad. Si nada de eso resulta, entonces nos contactaremos con nuestra gente —le propuso y lo miró—. ¿Qué piensas al respecto?

—Tienes razón, tu idea es acertada y me parece justa. Agotaré todas las instancias antes de acudir a los hechiceros patagones, será lo más conveniente.

Gérard le devolvió el mate y robó un bizcocho caliente de la fuente que había sobre la cocina a leña.

—¡Están exquisitos!

En ese momento, apareció Ramona con una pila de troncos secos entre los brazos y la conversación acabó allí.

Mientras la mujer colocaba sobre la larga mesa de la cocina unas tiras calientes de asado recién cocinado, el capitán analizaba lo conversado. Haría como Nuil le había dicho, primero les pediría ayuda a los médicos de los blancos. Si eso no funcionaba, entonces recurriría a la magia tehuelche, pero no antes.

* * *

Más tarde, Nuil fue a ver a Nandi a la habitación. Minutos atrás, los hombres habían partido para revisar otra vez la zona que Gérard había elegido el día anterior. El propósito entonces era encontrar y demarcar el lugar más apropiado donde levantar la casa y los galpones, o sea, el casco de Adrizar.

Una vez tomada la decisión de radicarse en tierra firme, la urgencia había comenzado a acosarlo. Gérard era tan ordenado e impaciente que deseaba concretar su deseo lo más pronto posible. Sabía que la construcción sería lenta y tediosa y que le traería muchos inconvenientes, tantos que, en reiteradas ocasiones, renegaría de su decisión y se preguntaría por qué se le había ocurrido radicarse en la Patagonia cuando tenía *La Liberté*, con la que podía cruzar los anchos mares y ser tan libre como una gaviota.

Sin embargo, también sabía que un llamado misterioso lo reclamaba en la costa; era una voz silente que se volvía más fuerte a medida que transcurrían los días, en especial mientras miraba a la salvaje malgache. Una voz desconocida la nombraba cuando él se hallaba con la mente relajada y le decía que era tiempo de descargar el morral invisible que llevaba en la espalda para permitirse disfrutar del día a día junto a esa muchacha. O quizás emprender algo distinto a cuanto había hecho hasta ese momento.

Gérard también había comenzado a sentir un anhelo interno por cuidarse un poco, por estar siempre junto a esa salvaje mujer para respaldarla y protegerla, deseoso por complacerla, abrigoarla y hacerla inmensamente feliz, aunque ella siempre lo enfrentara y le torciera ese anhelo con alguna descabellada rabieta.

Cuando llegaba a ese punto de sus pensamientos, que eran harto repetitivos y lo laceraban con suma franqueza, él contenía el aliento y se preguntaba qué le pasaba, cuándo y cómo había sucedido que el Demonio bajó la coraza, se dejó seducir y se doblegó ante una mujer? ¿O Nandi le había lanzado algún escondido hechizo?

Más allá de las razones de encontrarse así, se preguntaba qué rara e inquietante sensación de desolación y alegría a la vez lo acometía.

¡Qué caray!, ¡si me he convertido en un blando!, se dijo. Después, de manera inevitable, pensaba en la figura de Nandi. ¡Era como una mariposa! Tan pequeña y frágil como... ¡Como una araña!, eso parecía la muy arisca.

Aunque, por otro lado, la sentía parte de su sino, un trozo inseparable de corazón de pirata bajo la ley, de aventurero irremediable, apasionado por los riesgos, que buscaba y provocaba. También se preguntaba qué futuro le esperaba si elegía estar al lado de Nandi, cómo sería la vida junto a una avispa inquieta.

Llegado a ese punto, fruncía el ceño. Era necesario ser veraz porque, después de todo, ¿podría tener junto a él otra clase de mujer?

Lo que Gérard no llegaba a entender era que se había enamorado por primera vez y que el amor le había tocado cuando más cansado se sentía. Luego de años de transitar como eterno bucanero, de desenvolverse en esa vida de permanentes inquietudes y sorpresas, ya comenzaba a anhelar un puerto donde encontrar a una mujer que lo esperara.

Nunca antes había experimentado lo que sentía por esa muchacha y eso lo desconcertaba por completo, lo hacía dudar de cada uno de sus actos y lo tornaba inseguro. Se cuestionaba actitudes que antes desarrollaba con total tranquilidad y valor como lo que eran: parte de su vida cotidiana de corsario de los mares.

A Nandi, con sus quince años, le pasaba lo mismo. Ninguno de los dos tenía idea de que ambos penaban de la igual manera y de que sus inquietudes sobre los siguientes meses a vivir eran casi exactas. La creación los había hecho encontrarse y ambos se entrelazaron en la magia que solo se abría cuando dos almas parecidas se descubrían.

Pero existía una sutil diferencia entre ambos: Nandi recién comenzaba a desplegar sus alas aventureras y le encantaba esa rebeldía que le brotaba en torrentes incontenibles; en cambio, Gérard estaba por dejar todo eso atrás,

deseaba calmar un poco sus arrojios, esos que siempre lo habían conducido de peligro en peligro.

* * *

Esa mañana, Nuil golpeó con suavidad a la puerta de la habitación de las visitas y esperó a que la negra la invitara a entrar.

—¡Hola, vamos, ven adentro! ¡Qué lindo es verte! —exclamó Nandi con efusividad al abrirle—. ¿Cómo has pasado la noche?

—Muy bien, como acostumbramos quienes vivimos aquí. Este lugar es muy apacible, ¿lo has notado? Siempre es igual.

—Sí y me aplaca a mí también, lo cual es mucho decir —comentó y rio con fuerza. Se conocía el genio intempestivo—. De todos modos, creo que, al cabo de unos días, terminaría por morirme de aburrimiento.

La tehuelche estaba cargada con varias prendas entre los brazos y las dejó sobre la cama.

—No te ofendas, por favor. Anoche me di cuenta de que estás escasa de ropa. Te traje esto —le dijo y le señaló el bulto—. ¿Recuerdas que me comentaste que no tenías nada femenino para ponerte?

—Así es, en mi tierra solo vestíamos prendas livianas y nada más allá de una falda corta o, cuando mucho, en los días frescos, una camiseta hasta las rodillas. Allá siempre hace calor, pero acá me vi obligada a usar lo que tenía a mano; o sea, la vestimenta de los varones —dijo y le mostró la calza y la blusa que llevaba puestas—. En el barco, como imaginarás, no existe nada apropiado para una mujer. —Después lo pensó mejor—. En realidad, sí

encontré algunas prendas femeninas —mencionó y la vista se le nubló al acordarse de ellas—. Y ya me encargué de que no existieran más. Supongo que le pertenecían a las antiguas amantes del capitán.

—O a alguna pariente o quedaron de algún rescate o naufragio —la detuvo Nuil—. ¿Cómo puedes saberlo? —dijo y le sonrió condescendiente—. No seas tan estricta con Gérard; además, no te conocía cuando las demás, esas que supones usaron las prendas que descartaste, estaban junto a él. Eso si es que las hubo.

Nandi resopló, no muy dispuesta a aceptar que eso era lógico y quizás cierto.

—Bueno, ya está, las arrojé al mar a través del ojo de buey—exclamó. Luego apretó los labios y se alzó de hombros, igual a como lo haría una niña malcriada.

—Toma, aquí tienes —le dijo Nuil sin acotar nada a lo último que acababa de escuchar de boca de su nueva amiga—. Puede que las faldas te queden largas porque eres más baja que yo. De ser así, entonces las desarmaremos y las adaptaremos a tu cuerpo.

Le mostró entonces las enaguas, faldas, blusas con graciosos bordados y puntillas, telas de batista fina o de algodón más grueso con un delicado *broderie* que las adornaba. También había llevado cuellos cerrados con volados, pliegues y hermosas terminaciones en los puños; corsés, medias largas y botas.

—Si el calzado también te queda grande, podemos colocarle un poco de algodón en la punta, luego conseguirás algo más adecuado cuando viajes a Carmen de Patagones. Ya les dije a Gaspar y a Anacleto que se ocuparan de hacerte botas de potro de tu medida. ¿Cuántos centímetros de pie tienes?

—No lo sé —respondió y agregó algo cohibida—: En realidad, jamás me calcé antes de subir a *La Liberté*, nosotros no usamos nada, vivimos en la arena o en la hierba silvestre.

—A ver, déjame probarte uno de mis zapatos. —Luego de medírsele y de hacer un cálculo, supieron que Nuil tendría que buscarle un par más menudo —. Una palma tuya con los dedos extendidos. Recuérdalo cuando viajes a Carmen de Patagones con los hombres. Ahí tienen hermosas tiendas con artículos de variada clase. Conseguirás lo que buscas, botas o zapatos delicados en vez de los toscos que te confeccionarán mis peones.

La malgache la miró intrigada.

—¿Carmen?

—Sí, el villorrio más cercano. Seguramente irán allí en algún momento, porque Jacques me ha comentado que Gérard quiere asentarse por estos lados. Ayer recorrieron un campo acá cerca, donde ha dicho que construirá una casa. Para levantarla necesita material. Si no lo trae desde Europa, entonces deberá conseguirlo en Carmen de Patagones.

—¿Dices que quiere construir una casa? ¿Acaso dejará de navegar? ¡Qué raro! —exclamó y se quedó pensativa, con el ceño fruncido y la mirada ausente—. Nunca lo habría imaginado.

—Más que raro es increíble. Te aseguro que no por manso y maleable le dicen el “Demonio de los Mares”. Él ama esa vida tan libre, donde puede hacer y deshacer a sus anchas, sin tener que rendirle cuentas a nadie. —La miró y le sonrió condescendiente—. Creo que lo has domesticado. De ser un bravo corsario pronto se volverá un dócil cordero que recorrerá las estepas patagónicas —dijo y la miró con ojos cómplices, como si intuyera mucho más de lo que decía—. ¿Qué le hiciste, muchacha?

—¡Ay, te equivocas! —estalló Nandi y se puso de pie sobre la cama mientras se abría de piernas, gesto muy característico en ella—. ¿Ahora la culpa de que se vuelva un viejo sedentario es mía? ¡No le hice nada! Él solo se volvió un anciano casquivano. ¡Porquería de hombre! ¡Habrase visto semejante descaró!

Nuil estalló en carcajadas. ¡Cuán temperamental era esa joven!, pensó.

—¡Eres pura dinamita, muchacha! Ven, siéntate a mi lado y calma tus arranques de gato salvaje. Me cuentas si lo deseas; si no, puedes callar, no me molestará tu silencio.

Nandi se acomodó a su lado otra vez y se concentró en lo que su amiga había dicho momentos antes.

—¿Él me va a llevar en ese viaje que dices o me dejará contigo? —continuó, como si el exabrupto de instantes atrás no hubiera tenido la más mínima importancia.

Nuil dudó, no creía que Gérard estuviera dispuesto a abandonarla nunca, al menos por el momento, ni dejar atrás por unas semanas a la mujer que se había convertido en la luz de sus ojos. Era evidente que ese detalle, no menor por cierto, Nandi aún no lo había llegado a entender.

Pero no sería Nuil quien se lo aclarara. La muchacha alguna vez llegaría a comprender que Gérard estaba perdido de amor por ella.

—Creo que querrá llevarte. Allá hay buenos médicos, pueden atender tu dolencia —dijo como para excusarlo—. No olvides que ni Holmes ni ningún otro doctor han logrado descubrir qué tienes.

—Nunca estuve en un lugar donde haya mucha gente junta —se quejó.

—Personas, casas como esta, carros, animales, ruido, mucho movimiento, negocios donde puedes conseguir todo lo que se requiere para vivir. —Al ver el rostro de espanto de la joven, la tranquilizó—. No temas, todo lo contrario.

Es muy entretenido, no te alcanzarán los ojos para tanto colorido y verás artículos novedosos que nunca imaginaste que existían. —Luego recapacitó—. Y, si te sientes inquieta, puedo acompañarte.

—No te molestes, ya me acostumbraré —exclamó Nandi, en un intento por recomponerse—. ¡Me acostumbraré, así como me he adaptado a tantas otras cosas! —dijo y miró con nostalgia por la ventana hacia donde estaba el mar, varias cuadras más lejos e inaccesible a su vista—. Allá, en mi tierra, era todo tan diferente, pero también era muy ruidoso y lleno de vivos colores —dijo con un suspiro.

Nuil supuso que debía de referirse a Madagascar y sintió un poco de lástima por ella. Era terrible el desarraigo. Encima, la muchacha se había visto obligada a cambiar por completo sus costumbres, vestimenta y alimentación, ¡si hasta el clima era distinto! En efecto, no debía de resultarle fácil.

—¡Vamos! ¿Quieres que desayunemos? Luego podríamos salir a caminar por el parque, así nos ventilamos. Te mostraré el gallinero de Ramona y la huerta de Clotilde, además del almácigo con plantas aromáticas que utilizamos en la cocina y que también sirven para curar diversos malestares generales. ¿Te parece?

—¡Vamos! —respondió Nandi, que deseaba airearse un poco.

—Al regresar, inspeccionaremos la ropa. Ya verás que cuando los hombres vuelvan a verte no te reconocerán.

Nandi no le respondió nada, acababa de enterarse de novedades que le costaba procesar: la próxima construcción de Gérard en tierra argentina, el viaje a Carmen de Patagones y la visita a más médicos. Estas tres cosas la inquietaban bastante, porque, si él pensaba quedarse a vivir en la Patagonia, entonces las ilusiones de la muchacha de que alguna vez la llevara de regreso a su país se truncarían de plano.

—Cuando terminemos nuestro paseo te medirás todo esto y comenzaremos con los arreglos —terminó de decirle su amiga en un intento de alejarla de sus elucubraciones, esas que a todas vistas se le volvían molestas y podrían conducirla a una incipiente melancolía.

Nandi se lo agradeció en silencio. La tehuelche parecía tan amable y cordial, tan amigable, entonces ¿por qué no la aceptaba como a una gran amiga y se relajaba?, ¿por qué no permitía que las cosas sucedieran sin temores ni dudas? De ese modo, no se sentiría tan ajena a ese nuevo entorno que el capitán le había impuesto.

—¡Tienes razón! Deja que me lave un poco el rostro y me acomode el cabello, después partiremos hacia donde quieras.

Nuil se puso de pie.

—Ven, siéntate frente al espejo, juntas intentaremos amansar esa mata arisca.

Se colocó detrás de ella y comenzó a peinarle las mechas con un cepillo con cabo de hueso.

—Tienes para cubrir cinco cabezas.

Nandi la dejó hacer, era lindo que alguien la consintiera y tratara de hacerla sentir que parte de ese lugar, en vez de una extraña.

Luego de quince minutos, tenía el cabello recogido en un enorme rodete y dos trenzas largas le adornaban el torso.

Nuil la miró y advirtió que la muchacha continuaba vestida con la camisa de la noche anterior.

—Ahora ponte... —dijo y comenzó a elegir entre las enaguas y faldas que había desparramadas sobre las sábanas—. Colócate esto y esto —indicó y le alcanzó dos prendas—. Si te quedan largas, por el momento las enrollaremos

a tu cintura y luego las acortaremos.

Nandi se las probó y se dio vuelta para mirarla.

Ambas rieron divertidas, porque le sobraban como veinte centímetros y las arrastraba.

—A ver... —dijo Nuil y le envolvió la falda sobre la cintura.

—¡Parezco embarazada! —exclamó Nandi mientras carcajeaba al mirarse en el espejo.

—Pero nadie te verá —repuso Nuil, aunque luego lo pensó mejor—. Sí, tienes razón, sácate ese amasijo de tela y ponte esta bombacha criolla. Antes de usar lo que te he traído, mejor nos sentamos a arreglarlo; si no, parecerás un muñeco gracioso y Francisco se morirá de la risa al verte caminar mientras te pisas el ruedo o te tocas el vientre gordo como un almohadón. Esta tarde nos quedamos en la sala de la fuente y nos dedicamos a coser, ¿te parece?

—Me parece, sí, me parece —respondió Nandi mientras sonreía agradecida y batía palmas.

¿Cuándo en el pasado se habían ocupado tanto de ella? En Madagascar, los niños se criaban con libertad y, si tenían algún inconveniente, lo resolvían entre ellos mismos sin jamás recurrir a los adultos. Los mayores se encontraban demasiado ocupados en la caza o con la preparación de la comida. Además, ¿qué problemas podían tener en una tierra donde todo se daba con holgura y simpleza?

Nuil le sonrió.

—Vamos a desayunar. Tenemos bastante trabajo por delante.

Nandi la miró.

—¿Y tus tareas?

—¿Mis obligaciones? ¡Ah! Deja, pueden esperar —exclamó y movió la mano—. No hay nada que Ramona o Clotilde no sean capaces de hacer por mí. Ven —dijo y la apuró a que se cambiara de ropa—, tenemos mucho pendiente.

* * *

Desayunaron junto al fogón de la cocina y tomaron mates, cosa que a Nandi le llamó mucho la atención. Al principio había sentido recelos por esa cazuela humeante que todos se pasaban de mano en mano, pero, cuando le tocó a ella y luego del primer sorbo, comenzó a gustarle. El mate tenía un sabor entre dulzón y aromático que le recordaba al hechicero de la tribu.

También comieron pastelitos recién fritos, trozos de carne de cordero sobrante de la noche anterior y bollos salados con chicharrón. Mientras lo hacían, Nuil organizaba con Ramona la comida de ese día.

—Patrona, ¿qué hago de comer? ¿Lo de siempre o quiere algo especial?

—Podrías preparar ese guiso de papas y carne que a Francisco tanto le agrada.

—Y podría asar huevo de ñandú.

—¿Huevos de ñandú? —preguntó Nandi.

—Sí —le explicó Nuil—, son aves gigantes que no vuelan. Míralas. —Le señaló hacia uno de los corrales.

—¡Ah! Avestruces.

—Eso dicen. ¿Así se llaman en tu país?

—Sí, los nuestros son más grandes y más oscuros, pero sin duda son muy parecidos.

* * *

Más tarde, salieron a caminar e inspeccionaron la quinta y el almácigo con hierbas de todo tipo, que fue una verdadera sorpresa para Nandi, porque, por unos minutos, sintió que se había transportado a su querida y lejana morada y caminaba por senderos perfumados que esparcían lujuriosos su fragancia.

Nuil las nombraba y cortaba un gajo para que Nandi las oliera. De vez en cuando, ella las reconocía y, mientras saltaba feliz, las nombraba diferente.

El lugar era apacible y, como estaba rodeado de altos paredones, el despiadado viento patagónico que soplaba siempre no molestaba. Había también un precioso banco bajo un sauce en donde ambas se sentaron a admirar el tranquilo jardín.

Una hoja del árbol se balanceó y cayó sobre el hombro de Nandi; ella la tomó, sonrió y se la mostró a Nuil.

—En mi tierra no hay de estos, me encanta cómo inclinan las ramas y se mueven con la brisa.

—Sí, los niños suelen atarlas y hacen columpios, donde se sientan para hamacarse y jugar.

El silencio se cernió sobre ellas.

Nandi todavía sonreía y se sentía tan complacida de estar en ese lugar y con esa buena gente que ya no anhelaba nada más aparte de esa cálida sensación que la invadía.

—Se está tan bien aquí —dijo en un susurro.

—Sí —exclamó Nuil mientras recorría el lugar con sus ojos grises—. Este rincón de la estancia es uno de mis preferidos —dijo y las pupilas se le llenaron de ensoñación—. No puedo ser más feliz, en verdad lo tengo todo. Estoy muy agradecida a la creación.

Nandi la miró y sintió un poco de envidia. A su amiga se la veía satisfecha, plena; cuánto le faltaba a ella para sentirse igual. Si tan solo consiguiera un poco de la paz que albergaba el espíritu de Nuil. Quizá con ello bastaría para calmar su inquietud y hacer desaparecer los imprevistos desmayos, esos que la acometían cuando estaba más nerviosa, más asustada y la hacían sufrir los accidentes más insospechados, los mismos que la habían hecho alejarse de su hogar.

Al pensar en la tribu calló un suspiro de ofuscación; era justo reconocer que había sido gracias a esos desmayos que ella había conocido a Gérard. En esa ocasión, al nombrarlo, no hubo ni un atisbo de resentimiento o ánimo de pelea.

CAPÍTULO 19

Francisco llegó a la carrera.

—¡Mami, mami! ¡Hazme una hamaca con las ramas, quiero columpiarme en este árbol!

—Hola, hijo —dijo ella y lo recibió con un afectuoso abrazo—. Ven, anudemos las flexibles ramas del sauce y entre las dos te balancearemos. ¿Quieres acompañarnos al faro? Estábamos por ir hacia allá.

—¿Irán a caballo?

—A caballo iremos, sobre la yegua más mansa —dijo e intentó convencerlo, porque lo notaba algo indeciso. ¿En qué nueva aventura andaría para dudar de acompañarlas?

Él no lo pensó mucho.

—No, mami, con Clotilde estamos por amasar —dijo y la miró—. ¿No te molesta si me quedo? Quiero cuidarte, pero también debo ayudarla a ella.

La tehuelche se enterneció con la excesiva responsabilidad que intentaba mostrar el niño, esa que seguro había aprendido del ejemplo, de imitar a su padre o a Gaspar, y le dio un beso en la frente.

—Puedes quedarte. Nandi me protegerá —dijo, lo que resultaba muy gracioso si se tenía en cuenta la estructura de la tehuelche y la más pequeña de la malgache. Después miró a Nandi—. Ahora pasaremos por la cocina. En unos minutos salimos hacia el campo, te mostraré otro lugar hermoso, mágico. ¿Quieres?

—Mágico, como todo en tu estancia. Soy tuya. Puedes conducirme donde quieras —replicó y rio fuerte—. ¡Ah!, pero quédate cerca porque debo vigilarte. Esa es la condición.

Luego, mientras los tres se dirigían a la cocina, Nandi reflexionó un instante.

—¿Sabías que eres una mujer afortunada, Nuil?

La tehuelche entrecerró los ojos y volvió a sonreír, aunque la sonrisa era algo casi permanente en su rostro sereno.

—Sí, lo sé, claro que lo sé; y cada nuevo día le agradezco a los espíritus por ello.

Cuando llegaron a la cocina, le preguntaron a Ramona si necesitaba algo de la playa.

—¿Mariscos, almejas, pescados?

—Nada, niña, nada, aquí tengo todo. Hoy cocinaré como usted me dijo. Además haré el pescado que me trajo el inspector esta misma mañana y varios pasteles de ave. Gaspar está asando carne allá afuera —dijo y señaló hacia el fuego encendido a un costado del tinglado—. Tendremos guiso más lo que ha de amasar Francisco, por supuesto. —Lo miró cómplice.

El niño se quedó con las mujeres de la casa para amasar al lado de Clotilde. Nuil fue hasta los corrales para pedirle a uno de los peones que les ensillara un par de caballos.

—No sé montar —le dijo asustada Nandi al ver los enormes equinos que corrían por el potrero.

—¿No sabes? —preguntó consternada la tehuelche.

Para ella, todos los seres humanos sabían cabalgar. ¡Si en la estepa las personas casi nacían sobre el lomo de un yeguarizo!

Una vez más, trató de apaciguar el temor de la muchacha que tenía al lado y cambió de idea.

—Bueno, otro día aprenderás, ahora iremos hasta la costa en *sulky* — informó y pasó a decirle al hombre que les preparara el vehículo.

* * *

Media hora después, protegidas con dos ponchos araucanos de gruesa lana, las dos estaban encaramadas al carro para iniciar el trayecto hacia el extremo más alejado de la península del Diablo.

Al principio, Nandi iba aferrada al asiento con tal fuerza que tenía los nudillos blancos, evidentemente crispada y muy asustada.

—Puedes relajarte. El animal no irá a ninguna parte que yo no le ordene.

—¿Me lo aseguras? —inquirió insegura.

—Te lo afirmo. Incluso puedes manejar tú las riendas.

—No, gracias. Confío en tu habilidad.

—Mira, el paisaje es espléndido. Estalla tanta luminosidad en los prados de hierba silvestre.

La tehuelche manejaba con habilidad las riendas, de modo que, al trote tranquilo, se dirigieron al risco más alto, allí donde se erguía el faro que Jacques había hecho levantar tiempo atrás. El sendero era bastante llano y,

cada tanto, se detenían para abrir alguna tranquera; otras, observaban a los guanacos, caballos, vacunos, liebres y ñandúes dentro de los diferentes corrales.

—¿Tienen muchas explotaciones?

—El trabajo es muy variado. Cuando una tarea concluye, como el desposte de cerdos para fabricar chacinados, comienza otra, como desplumar a los ñandúes para exportar las plumas a Europa o carnear vacas para llevarlas a Carmen de Patagones. También mandamos carretas repletas con sal que los hombres han extraído de las salinas que se encuentran aquí cerca. Siempre hay trabajo en La Cimarrona, aunque varía de acuerdo con la estación del año —concluyó.

Entonces divisaron un zorro. La tehuelche los detestaba porque eran los que les pasaban las pulgas a los residentes de la estancia, por eso les disparaba sin miramientos cada vez que los veía pasar cerca. Los peones también tenían orden de no permitir que ninguno entrara a la finca y, si los llegaban a encontrar, debían terminar con ellos.

En ese momento sacó el rifle que siempre llevaba guardado bajo el asiento y luego de apuntarle le disparó.

—¡Le diste! ¡Le diste! —exclamó Nandi contenta y aplaudió—. ¡Qué puntería tienes!

—¿Y tú? —preguntó.

—Yo también. En *La Liberté* alteraba los ánimos de la tripulación —respondió y dudó por un segundo de lo que iba a decir— cuando trataba de acertarle a la punta de los palos.

—¿No me digas que...? —preguntó a medias Nuil.

Nandi rio divertida.

—Sí, con los marineros encaramados al nido de cuervos.

—¡Ay, por favor, muchacha, sí que eres terrible! —le dijo su amiga—. Gérard tiene razón.

—Estaba aburrida. Nada más.

En ese momento divisaron el faro. Ese tipo de construcción, que vigilaba cada noche los alrededores de la bahía, era la primera levantada dentro del territorio argentino. Nandi, así como todos aquellos que lo veían por primera vez, no pudo escapar a la consternación que le provocó.

—¡Eso es increíble!

La mole de piedra advertía sobre el peligro que significaba acercarse demasiado a las costas escarpadas y riesgosas.

—¿Lo es, verdad?

Ambas se quedaron para admirarlo con el vehículo detenido.

—¿Cómo funciona?

—Consta de una gigante mecha que Gaspar, el negro enorme compañero de Ramona, se encarga de encender y mantener con grasa de foca. Esa mecha tiene espejos alrededor, los que potencian la luz y la multiplican cientos de veces para transmitirla hacia el océano. De ese modo, les indican a los barcos que surcan estos lugares durante la noche que hay peligrosos arrecifes que sobresalen puntiagudos sobre las olas que golpean en la costa y también un poco más adentro.

—¡Cuántas vidas habrán salvado!

Nuil negó con tristeza.

—A pesar del faro, ha habido varios hundimientos. Ven, descendamos para mirar desde más cerca.

Bajaron del *sulky*, caminaron unos pasos y se pararon frente al abismo, en el borde del barranco, para observar el vasto mar que se abría como un abanico gigante.

Nuil cerró los ojos y aspiró hasta hincharse el pecho con aire marino, fascinada con las sensaciones que le producía. Nandi, en cambio sintió un poco de tristeza, tanta vastedad infinita le truncaba los sueños de retornar a su país.

—Hacia allá está mi tierra. —Apuntó con algo de melancolía—. Allí, donde se encuentra mi gente, mi existencia, mis parientes, mis amigos y mis costumbres. Hacia allá está mi historia.

En ese instante, igual a un chaparrón helado, cayó en la cuenta de que lo había perdido todo, que no tenía nada. Había dejado cada una de sus vivencias atrás y sentía cuán lejos había quedado su pasado. En Argentina, ella era apenas un grano de arena.

—Espero que Gérard cumpla con su palabra y alguna vez me devuelva a Madagascar. Cuanto más pronto sea, mejor me sentiré —dijo y una lágrima le corrió apurada por la mejilla para luego escurrirse con el viento.

Nuil le tomó la mano y sonrió comprensiva.

—Lo haré, no temas, sé cuánto duele estar lejos de los seres queridos. — No quiso contarle su historia, porque, desde que tenía memoria, había sido criada por el cacique de la tribu. Jamás había conocido a sus padres y ni siquiera sabía quiénes podrían haber sido. Pero no era momento de llenar con más tristeza a su amiga—. Mientras tanto y, hasta que no estés restablecida de tu mal, acá podrás hacer tu mundo —le dijo y le apretó la palma con los largos dedos para infundirle confianza—. Serás leyenda, no lo dudo. La Patagonia entera hablará de ti.

El viento furioso les soltó el cabello, se los enredó como serpientes descontroladas y las hizo desestabilizar. Las azotaba con su poder increíble y las volvía insignificantes frente a la naturaleza.

Instantes después, el mismo viento, celoso y dudando de su propio poder, muy a su pesar, debió reconocer que ellas lo superaban; eran estatuas magníficas, preciosas, señoras de la vida, perfectas, bellas mujeres, decididas, templadas a fuerza de los constantes vaivenes del tiempo y de las circunstancias, que dejaban huellas por donde pasaban y estelas abiertas en el camino, que hacían memorias eternas en el corazón de quienes tenían el privilegio de cruzarse en su sendero.

Ambas callaron, desplegaron su sensibilidad y dejaron que el momento las inundara con su magia. Tal como Nuil había dicho, ese lugar era especial, maravilloso.

* * *

Eran más de las dos de esa fresca tarde de invierno cuando llegaron de regreso al casco de la estancia. Se las veía felices y relajadas.

—Señora —exclamó con gesto sentencioso Ramona al verlas, tal como acostumbraba hacer con todos los que aparecían demasiado tarde para almorzar—. Si tienen suerte, los hombres le habrán dejado algunas costillas peladas. ¿Qué hora son estas para llegar a comer? —sentenció y le apuntó a Nuil con la cuchara de madera.

La tehuelche rio ante semejante malhumor; esa negra jamás aprendería a reír. Aun así, era el ser más atento y desprendido tanto de la estancia como de la comarca entera.

Ambas se sentaron frente a la mesa de la cocina y la gruesa mujer les sirvió platos repletos con un delicioso budín hecho con carne de la pechuga de ñandú, sabrosa y blanda.

—¿Estás cansada? ¿Quieres dormir un rato? —le preguntó Nuil.

—¡No, estoy contenta y llena de energía! ¿Quieres que hagamos algo en especial?

Nuil miró a Ramona.

—¿Francisco dónde anda?

—Duerme con Clotilde, allá en su cabaña. Ese chiquillo es muy malcriado, señora. No debe consentirlo tanto, se viste como un indígena — contestó y aclaró—: Y no porque me desagrade cómo visten los patagones, pero es un huinca, ¡qué caray!

—¿Estás segura de ello? —inquirió divertida Nuil—. Creo que olvidas mi ascendencia.

—Eso es, usted tiene más de huinca que de tehuelche. Se lo informo.

—¿Debatiremos sobre eso? Porque no lo noto más que por mi cabello, que es un tono algo claro...

—O sus ojos verdes. Además, ese niño vive de casa en casa, nunca está en la suya. Peor aún, ¡nunca se sabe dónde está!

—Déjalo, Ramona, ya tendrá tiempo de caer al mundo responsable de los adultos. Por ahora que se divierta —agregó y miró a Nandi—. Entonces iremos a la sala de la fuente a coser, ¿te parece? Comenzaremos con tu ropa. ¡Es hora de convertirte en una señorita de sociedad!

—¡Vayamos apenas concluya con este apetitoso plato! No sabía que el ñandú era tan sabroso.

* * *

Ya casi de noche, las mujeres todavía estaban en la habitación de la vertiente, acompañadas por Clotilde y el inquieto Francisco, quien se había ocupado de desacomodar los ovillos de hilo, las telas y las cintas para colocarlos alrededor del perro. Le volvió la vida imposible al pobre *Mofletes*, que justo ese día había bajado del barco para potrear un rato.

Al verlo, Francisco lo había adoptado como su nuevo muñeco.

—Ven aquí, perro hermoso. Debo abrigarte —le ordenó y lo corrió por toda la sala.

Cuando *Mofletes* al fin se echó, el chiquillo intentó disfrazarlo con los retazos de tela que las costureras habían descartado.

Entre las tres consiguieron arreglar varias enaguas y faldas, las que, al acabar el día, le calzaban a la perfección al cuerpo de la negra recién llegada. Ya contaba entonces con algunas prendas para ponerse, adecuadas para una señorita elegante y no para una bucanera indomable.

—¿Mañana qué haremos? —preguntó, a punto de retirarse para ir al comedor a cenar, con esa inagotable vitalidad, como si durante ese día no hubiera hecho nada demasiado agitado.

—Mañana visitaremos el asentamiento tehuelche que está cerca de las salinas Las Gemelas, propiedad de Jacques.

—¿Salinas? —preguntó intrigada Nandi.

—Sí. ¿Recuerdas que cuando íbamos hacia el faro te conté que producimos sal? Es un lugar blanco inmaculado que enceguece cuando lo miras.

—¡Qué extraordinario! Iremos entonces —exclamó la joven—. Nuil, ¿me enseñarás a preparar la carne de los animales de la zona? Cómo debo cazarlos, despostarlos y cocinarlos.

Nuil la observó extrañada.

—¿Lo dices de verdad?

—¡Claro! En el barco, como no puedo estar sin hacer nada, aprendí a manejar las velas y el timón, incluso podría comandar una nave más o menos correctamente. Te concedo que aún me falta aprender a hacer las cartas de navegación, pero me he prometido que en el próximo viaje que realicemos me pondré al lado del contramaestre, o de quien sea que las arme, y no cederé en mis inquisiciones al respecto hasta aprender —declaró y luego de mirar alrededor se explayó—: Aquí también me brota el espíritu inquieto, si no me dedico a hacer cosas nuevas, entonces moriré de aburrimiento.

Miró a Nuil como si nada y dio por sentado que todas las mujeres eran así, pero, en realidad, casi siempre se conformaban con ser amas de casa, saber bordar, coser, ordenar la vajilla, educar en sus costumbres a las nativas que empleaban y poco más. Ningún hombre le habría exigido a sus esposas, hermanas o madres otro modo de vivir ni más conocimientos que esos.

Nuil la observaba casi incrédula, aunque se guardaba muy bien el asombro, no quería que la muchacha supusiera que decía algo incorrecto.

Nandi continuó con la explicación.

—Me gusta saberlo todo, no quiero que un imprevisto me atrape sin las armas afiladas. Mira —le indicó y se levantó la falda—, entre mis piernas llevo una daga.

Nuil se puso algo seria. ¡Esa joven sí que se las traía!, pensó. Al principio había creído que Nandi anhelaba volver cuanto antes a su tierra; sin embargo, con lo que acababa de decirle sobre los deseos de aprender, quizás no pensara tanto así.

Ella se sintió muy complacida por ese descubrimiento. Por otro lado, la inquietó lo que la muchacha le dijo sobre el hecho de estar en una situación donde tuviera que arreglárselas sola.

No, por favor, se dijo Nuil, por lo menos no en ese desierto. Rogó para que los dioses apartaran a su amiga de semejante situación, porque sin duda que la extrema limitación de las posibilidades la asfixiarían y la harían sucumbir. No cualquiera sobrevivía en esos páramos; tan agrestes eran que muchas veces ni siquiera los más hábiles baqueanos conseguían salir enteros de allí.

Por las dudas y en silencio, Nuil invocó a los espíritus benignos y les rogó que nunca se cumplieran las palabras de Nandi.

CAPÍTULO 20

Una semana más tarde, luego de permanecer casi un mes en La Cimarrona, las cuatro naves más enteras de la flota de Gérard estaban listas para partir. Algunas irían hacia Buenos Aires y otras quedarían por el momento en Carmen de Patagones.

La Capitana era el único barco que sería dejado en el puerto de La Cimarrona, fondeado en el estuario junto al muelle de la península del Diablo hasta que Jacques se decidiera a alejar los temores a navegar y optara por utilizarlo en alguna travesía corta o larga; lo principal era volver a subirse a una embarcación y animarse a comandarla. Lo que le había sucedido tiempo atrás debía ser superado; el mar no era tan peligroso y así era necesario que lo entendiera. Después de todo, solo había sufrido un naufragio. Claro que en él había perdido lo más valioso de su existencia, pero, en algún momento, tendría que dejar atrás los resquemores, o al menor eso pensaba Gérard.

Por el momento, Jacques creía lo opuesto; él jamás volvería a pisar el puente de una nave, por más segura y fuerte que fuera. Allí quedaría *La Capitana*, anclada durante meses o para siempre.

Por último, la nave que estaba averiada los acompañaría; sin embargo, navegaría despacio, al ritmo que pudiera, hacia Carmen de Patagones. Una vez allí, y si los calafates consideraban que no tenía arreglo, entonces Gérard la haría desarmar y la vendería como madera para construir barcos menores.

El viaje que tenía planeado realizar se haría desde La Cimarrona derecho hacia el norte. La primera en arribar sería *La Liberté*, que se detendría en Carmen de Patagones. De ese modo, él podría adquirir los materiales que necesitaba para levantar la casa en Adrizar.

Aunque más importante que eso era hacer atender a Nandi por el médico del pueblo.

Cuando terminaran esos pendientes, regresarían a la península de Jacques, donde descargarían los materiales para la construcción.

El resto de las naves seguiría viaje hacia Buenos Aires con orden de presentarse ante el gobierno y rendir detalladas cuentas de sus ejercicios y actividades en el océano, informe que él ya había preparado y en el que había invertido muchas horas de escritura.

La Liberté, después de regresar a la costa patagónica y de descargar las mercancías, retomaría el trayecto para dirigirse hacia la capital argentina. Cuando estuviera en el puerto rioplatense, Gérard conversaría con sus superiores, recibiría nuevas órdenes y, si el médico de Carmen de Patagones no los hubiera satisfecho, entonces haría atender a Nandi con alguno de Buenos Aires.

Él incluso estaba convencido de ir todavía más allá; si en la capital tampoco le curaban la enfermedad, estaba dispuesto a llevarla hasta Europa. Era capaz de hacer cualquier cosa por su querida muchacha.

Por supuesto que eso no se lo confesaría porque ella no le creería; de hacerlo, se rebelaría ante tanto incordio desmedido. Nandi consideraba esa dolencia como algo natural en su vida y lo que anhelaba era regresar a Madagascar. Eso era lo más determinante para el futuro.

También quería que Gérard desapareciera de su vida; para ella, el Demonio era justo eso, un diablo maldito. Si aún se sentía muy atraída por sus caricias y se volvía débil ante ellas, se debía simplemente a que le gustaba el sexo con ese hombre. Pero de ahí a amarlo existía un gigantesco trecho.

* * *

La noche antes de partir, ella escuchó atenta de labios de Gérard cómo sería el itinerario de las cuatro naves. Al finalizar la explicación y sin permitirle cuestionar ni uno solo de los puntos, él agregó como para conformarla:

—Luego de ese trayecto y una vez curada, si lo deseas, te conduciré hasta tu tierra natal. Yo mismo te llevaré de regreso. Promesa de corsario argentino.

—¡Promesa, promesa! Para lo que valen tus palabras...

Pero con la esperanza de poder retornar a su mundo, no dijo nada más y lo dejó hacer a su entero parecer. Accedió sin chistar a acompañarlo al tiempo que anhelaba con el corazón entero que él de verdad la devolviera a sus raíces, razón por la cual se dijo que, si Gérard quería atender su extraña dolencia y solo estaría tranquilo cuando la viera el médico, pues era mejor darle con el gusto de una vez. Para ella era igual; enferma o no, lo que más deseaba era volver con los suyos.

La despedida estuvo llena de sentimientos y de juramentos de volver a reencontrarse, porque entre las dos mujeres quedaban cosas pendientes. En esas cuatro semanas, ellas no habían podido llevar a cabo todo cuanto se habían propuesto.

—Cuando volvamos a vernos te llevaré a Las Gemelas, ¿recuerdas?

—Sí, las salinas que no pudimos ver a causa del mal tiempo.

—Y veremos algún amanecer desde el faro.

—También podríamos salir por los alrededores a visitar a tu gente.

—¡Eso haremos!

—¿Prometes estar siempre cerca?

Nuil la observó extrañada.

—¡Por supuesto!

—¿Juramento de amigas?

—Lo juro.

—Eso está mejor.

Nandi se quedó un poco más tranquila. En el aire había un no sé qué que la sofocaba. Además, se habían hecho tan confidentes que las ilusiones de compartir más vivencias se habían potenciado, esas que concretarían cuando volvieran a verse.

—Cómo es la vida —dijo Nuil—, siempre se nivela y reparte un poco de cada cosa en un justo equilibrio.

En ese momento notó que había un cambio sutil en Nandi y se preguntó qué le sucedía. La joven, contrario a lo que había pensado hasta el instante de la inminente despedida, deseaba que los días se sucedieran como esas últimas semanas, de un modo apacible y tranquilo. Se había enamorado de ese pausado transcurrir, sin apuros ni sorpresas, sin tormentas feroces ni batallas para conservar la existencia.

Junto a Gérard, la vida era un inevitable amasijo de acontecimientos increíbles, saltaban de un peligro al otro en continua sucesión de actos; en cambio, junto a Jacques y Nuil había aprendido lo que era vivir en calma, con los días que transcurrían en sana contemplación y a disfrutar de los momentos con el corazón abierto, porque ya se sabía qué llegaría después, tal como sucedió en su pueblo natal cuando llegaron los payos invasores.

A ella le encantaba la energía que le corría cual tropel de gacelas, el asombro que le circulaba por las venas, pero no al punto de volverse un susto permanente sin un minuto de reposo.

Con ese nuevo deseo de continuar allí que le latía en las sienes, al igual que la tehuelche se preguntó qué le sucedía. ¿No era eso lo que le ponía condimento a la vida? ¿Qué le había cambiado en el alma? ¿Qué cuestión extraordinaria e indefinida le acontecía en ese momento?

—Extrañaré este ambiente de calidez —dijo y se excusó por esa tristeza, aún sin comprender de dónde provenía—. Aquí he sido muy feliz.

Luego abrazó a Nuil por última vez, se aferró a ella sin querer soltarla.

—Te esperaremos. —Entonces se le ocurrió una fantástica idea—: Cuando estén por construir la casa de Adrizar: ¿no querrías quedarte conmigo?, así pasaremos mucho tiempo juntas para hacer todo aquello que nos quedó pendiente.

Al escucharla, Nandi frunció el ceño. Sí, a ella le encantaría volver a La Cimarrona; aun así, no se lo había manifestado. ¿Cómo, entonces, Nuil suponía que ella permanecería en la Patagonia mientras levantaban la casa? ¿De dónde había sacado esa idea? Gérard había jurado devolverla a Madagascar apenas retornaran de ese viaje y mucho antes de iniciar la construcción de su nuevo hogar...

—Pero... —No sabía qué decirle para aclarar la situación.

Además, Nuil la conocía y sabía de las intenciones que tenía de regresar a su país, no había por qué explicárselo. ¿Qué le ocultaban?

Al verle el rostro repentinamente serio, la tehuelche se retractó de sus palabras.

—Era un deseo, nada más. Sé que nuestro amigo te devolverá a tu tierra en cuanto vuelvan de Carmen de Patagones.

Sin embargo, bien reconocía ella que era probable que Gérard no lo hiciera. Ese hombre se había encariñado demasiado con Nandi y no la dejaría partir así nomás.

Juntas caminaron los últimos metros. El frío era casi glacial y las obligaba a arroparse mejor con las capas de lana.

Un instante antes de dirigirse hacia la chalupa que los llevaría hasta *La Liberté*, Nandi abrazó a Nuil casi con desesperación y volvió a preguntarse de dónde le brotaba el desconsuelo de saber que en escasos minutos se alejaría de la estancia.

Era algo indescifrable, innombrable. Nandi tenía la poderosa e inexplicable sensación de que no volvería a ver a Nuil y de que un monstruo insensato le estrujaba las tripas hasta hacerla gemir. ¡Debía aferrarse a algo tangible! Necesitaba juntar fuerzas para dar el siguiente paso, para retornar a la fragata. Ya era inevitable, debía continuar con la vida que los ingleses esclavistas primero y, luego, ese francés le habían impuesto.

De todos modos, siguió apretada al cuerpo de su amiga sin poder soltarla y, sin quererlo, ocultó el rostro entre los pliegues del abrigo de Nuil y comenzó a sollozar con espasmos que le sacudían todo el cuerpo.

Alrededor de ellas, la aurora se asomaba tímida y avanzaba con lentitud en esa helada mañana. El campo poco a poco se aclaraba y le daba tonalidades grises a la negra noche.

—¿Pasa algo?, ¿te sientes indispuesta? —le preguntó solícita Nuil, que comenzó a preocuparse de verdad.

Entonces Nandi se soltó.

—No, me encuentro perfecta. No temas, no es nada importante, solo la inquietud de la partida.

Mentira, pero ¿qué habría podido decirle?, ¿que tenía la incierta sensación de que algo malo iba a sucederle en ese viaje?, ¿que en África le habían enseñado a desarrollar la intuición, la que en ese momento le decía que no abandonara a su amiga, que no se alejara de ella? Porque sentía que si permanecía junto a Nuil, nada malo podría sucederle. En cambio, si partía...

¿Cómo se hacía para ir en contra de los designios de los espíritus, esos que en ese momento le gritaban dentro de la cabeza para advertirle que no pusiera un pie en la embarcación?

Nada, no había modo de explicar de modo racional lo que sentía. La buenaventura y la mala fortuna estaban echadas.

Para tratar de calmar esos temores se dijo que quizás estaba confundida, que eso que le sucedía era porque la había pasado tan bien junto a esa familia que el cuerpo se negaba a partir, quería permanecer por siempre en ese hogar.

Sin embargo, ninguna palabra de consuelo o aclaración interna surtía efecto; ni las silenciosas afirmaciones, ni los gestos de cariño de su amiga ni los ruegos por buenos augurios que ella misma se daba.

Allí quedó entonces, tomada de la mano de Nuil al tiempo que avanzaban en silencio hacia la costa.

Las olas le lamieron el calzado y se lo mojaron. Transcurrieron los minutos y Nuil no sabía qué más hacer; mientras tanto, todavía le apretaba la mano.

—Nada malo podrá sucederte, muchacha. Te encuentras al lado del hombre más fuerte y protector de la Tierra. Confía en mí, sé de lo que te hablo. Gérard jamás ha fallado en una contienda, nunca ha naufragado, nunca ha perdido ni la más insignificante pieza. ¡Vamos! Siéntete en paz.

Imposible; en los intestinos de la malgache, los indeseables visitantes que la asustaban con sospechas no se callaron. Todo lo contrario, pugnaban a gritos por hacerse oír.

Con el corazón desgarrado por esa angustia que no podía explicar, Nandi al fin se separó de su amiga.

Antes de alejarse de ella, Nuil, con voz clara y el acento firme, le repitió:

—Confía en tu instinto, siempre. Para lo bueno y para lo malo. Eres poderosa.

Nandi volvió a ponerse seria. ¿Qué trataba de decirle?, ¿que creyera en su percepción? Eso era justo lo que hacía: su voz le decía que no se fuera de La Cimarrona. Aunque también reconocía que había cuestiones ineludibles, como esa partida.

Después comprendió que las palabras de Nuil tenían varios sentidos; así como temía que algo pudiera suceder en ese viaje, también sabía que siempre podría apoyarse en sus habilidades personales ante cualquier eventualidad. ¿Acaso en el pueblo no le habían enseñado a sobrevivir por sí misma? ¿Acaso, y de ser necesario, no sabía manejar una embarcación de la envergadura de *La Liberté*?

Cuando llegó a esa conclusión, se sintió algo mejor y, mientras los marineros remaban hacia la fragata, Nandi levantó el mentón, dispuesta a enfrentar con valor el siguiente paso: el viaje por mar hacia Carmen de Patagones.

Cuando los primeros rayos del sol asomaron por Oriente, Gérard dio la orden de levar anclas e izar velas. Al tiempo que se hinchaban, los cuatro esbeltos navíos abrieron las aguas rumbo al norte. *La Liberté* y la nave pirata averiada se quedarían a mitad de camino para entrar al río Negro y navegar hasta Carmen de Patagones. Allí se despedirían y las otras dos embarcaciones continuarían viaje a Buenos Aires.

Los adioses fueron largos. Nandi mantuvo la mano levantada mientras la movía con lentitud hasta que sus amigos desaparecieron de la vista.

Después inspiró profundo, se dio vuelta y fue hasta donde se encontraba Spencer, que preparaba la próxima comida.

CAPÍTULO 21

El trayecto no fue difícil, esa era una ruta muy transitada y, aparte de cruzarse con otros navíos nunca dejaron de ver la costa, siempre navegaban paralelos a ella.

Las altas barrancas de la orilla parecían seguirlos y otras veces desaparecían de repente, como barridas por el incesante viento, el mismo que los acercaba cada vez más hacia su objetivo.

Nandi todavía sentía una nostalgia indescriptible, ansias de regresar, de desandar la estela que dejaba la embarcación. A pesar de haber estado poco tiempo en La Cimarrona, sentía que esa también era su tierra, su mundo, tan diferente a Madagascar y, aun así, tan gentil y fraternal. También notó que los recuerdos de esa vida anterior, sin quererlo ni buscarlo, de a poco se diluían y eran reemplazados por ese nuevo transcurrir.

El capitán la notaba callada, ausente, siempre con la mirada hacia el sur; sin embargo, su muchacha se alimentaba bien y tenía el semblante sonrosado. Eso, en vez de incomodarlo o preocuparlo, en realidad le gustaba; si a Nandi le agradaba tanto la Patagonia, entonces sería mucho más simple convencerla de permanecer con él.

* * *

Cuando los dos navíos viraron y superaron con maestría la peligrosa escollera, entraron en aguas dulces, en el poderoso caudal del río Negro. Así, Gérard avistó la costa norte del pueblo de Carmen de Patagones, el más habitado de esas latitudes.

—Arrien velas, echen ancla —ordenó.

Los hizo fondear en el centro del cauce. Luego, descendió a una chalupa para aproximarse hasta la orilla.

Nandi lo acompañaba. Él no la habría dejado sola en el barco ni por todo el oro del mundo; la cuidaba y celaba, la consideraba de su exclusiva propiedad, como a un tesoro irrepetible. Además, y mucho más determinante que lo anterior, Gérard se sentía muy a gusto a su lado.

Una vez en el poblado, ambos fueron derecho a la casa de un amigo, don Alberto Requielme, español de pura cepa emigrado pocos años atrás a Argentina y fondero de profesión. Tenía una tienda de ramos generales y en ella vendía desde palillos hasta semillas, carne seca, verduras de su propia quinta, golosinas, telas y material para la construcción: para los tejados, la herrería, la carpintería. Hasta comerciaba algunos muebles. El resto, lo que faltaba, debía fabricarlo el propio constructor.

Gérard le preguntó a su amigo si podían quedarse en su casa mientras cargaban los materiales en el navío, ya que el transporte, que consistía en barcazas especiales para tal fin que constantemente recorrían el río de orilla a orilla, era lento y tedioso. Aunque nunca le aclaró cuál era el lazo que lo unía a la malgache.

—¡Por supuesto! Mi mujer estará feliz de contar con alguien para conversar —respondió para referirse a Gérard, por supuesto. Por discreción no inquirió sobre la presencia de la muchacha negra, quien por cierto no parecía una sierva y se comportaba como la pareja de su amigo.

Al escucharlo, el capitán creyó que se refería a Nandi. De todos modos, de verdad dudaba de que ella fuese una buena interlocutora, sí quizás para escuchar, pero, por haber sido criada en otro país, sospechaba que sus conceptos debían ser bastante distintos a los que tenía el resto de la sociedad argentina. A Nandi le encantaba la vida al aire libre, se las arreglaba perfectamente bien sola, era muy independiente, con capacidad de mando y, cuando la situación la superaba en conocimientos, en vez de sentirse asustada, se preocupaba por aprender. Lo contrario a las mujeres de pueblo, acostumbradas a que sus maridos hicieran todo por ellas y cuyos límites y responsabilidades no iban más allá del hogar; o, cuando mucho, a la huerta y al gallinero.

Bueno, eso sería interesante de ver, pensó. Por desgracia, Gérard no estaría delante para disfrutar de caracteres tan opuestos, porque él pensaba permanecer en la fonda y controlar la carga de las carretas o en la orilla del río Negro. No quería que nada se le pasara por alto, deseaba partir cuanto antes, luego de visitar al médico, por supuesto.

—Alberto —le preguntó esa tarde—. ¿Conoces al doctor que ahora está en la ciudad?

—Sí.

—¿Y qué tal es? ¿Sabes si podría revisar a Nandi?

—¿A la muchacha negra que viaja contigo? ¿Por qué, qué tiene? Se la nota muy saludable.

—Si lo supiera, no necesitaría consultarlo.

Como no hizo más aclaraciones, Requelme otra vez acalló la curiosidad y se aguantó la intriga. Además, ¿por qué Gérard se preocupaba tanto por esa joven de piel oscura? ¿Qué lazos desconocidos los unían? Porque si era su querida —lo cual podía ser muy factible, dada la estrecha fraternidad que los envolvía— tampoco tenía necesidad de inquietarse tanto por su bienestar

físico. Muchachas esclavas, morenas y apetitosas había de a cientos por los alrededores, por lo que, si esa se enfermaba y moría, ¡pues bien podía reemplazarla por otra con un chasquido de los dedos! Hasta él mismo conseguía cuantas deseaba. Si Gérard se comportaba con discreción y con lo buen mozo que era, cualquier muchacha estaría gustosa de encontrarse entre sus calientes brazos.

—Acá la gente dice que es muy eficiente y profesional, creo que puedes confiar en su experiencia y conocimientos.

—Bien, mañana mismo iremos a verlo. Me acompañarás, ¿verdad? Si no, enséñame el camino.

—No, hombre, yo mismo te llevaré hasta el consultorio. Queda aquí cerca.

* * *

Esa primera noche en casa de Alberto, sentada al lado de su dicharachera mujer, Nandi permanecía inmóvil. Lucía un precioso vestido celeste que Nuil le había prestado —y previamente arreglado de acuerdo con sus estrechas medidas—, el que le contrastaba de maravillas con la piel morena. Llevaba el cabello recogido y lo había adornado con perlas en tono gris claro, perfecto toque de elegancia que la volvía casi refinada. Hasta se había perfumado con una suave fragancia que olía a violetas.

—Eres una señorita educada, jamás lo olvides —le recordaba siempre su amiga tehuelche—. Deja los caprichos y tosquedades para cuando te encuentres en altamar y pelees con tu corsario.

—¡Me exasperas, amiga! —solía responderle Nandi y pateaba el piso en gesto de rebeldía.

—¿Cómo pretendes entonces que la sociedad te acepte?

—Pues que no me acepte, ¿qué más me da? Apenas en un parpadeo ya no estaré más en este mundo, sino en el de mi libre y maravillosa Madagascar.

Claro que Nandi también adoraba la vida en Argentina.

Esa noche, al verla aparecer, Gérard suspiró encantado; nunca la había encontrado tan hermosa. Aun así, supuso que ella no disfrutaba del momento. Los ojos distantes y los puños crispados denotaban que no se sentía cómoda; de seguro, contaba los segundos para poder escapar de esa cotorra parlante, con sus modales refinados y exageradamente afectados.

¿Esa mujer nunca termina de hablar?, se decía la malgache. ¡Encima, debía concentrarse a pleno para entender el apresurado español que hablaba! Ella había aprendido con rapidez ese idioma mientras estaba en la fragata; aun así, y tal vez porque su acento era ligeramente distinto, se le hacía difícil interpretar ese interminable soliloquio.

Ajena a esas martirizantes cavilaciones, la anfitriona continuaba con lo suyo. Luego de la primera sorpresa al ver a ese extravagante comandante junto a una vistosa negra, ¡y sentada a su mesa!, comenzó a hilar una nueva frase con la anterior en una interminable perorata. Si no se detenía y hablaba con compulsión, se debía a que ella tampoco se sentía cómoda, estaba muy nerviosa por tener que compartir la comida con una negra. ¡Una negra!

Ella no se consideraba selectiva, pero tampoco imaginó que alguna vez tendría que sentarse o codearse en algún evento social con una mujer que se encontraba muy por debajo de su nivel.

Tampoco podía creer que ese renombrado corsario argentino estuviera unido de alguna retorcida forma a esa muchacha oscura. ¿Sería su extravagante mascota?, se preguntó. ¿La habría comprado en algún rincón del mundo y quería lucirla? ¡Cuánta desvergüenza!, ¡qué falta de consideración hacia la familia Requielme! Por desgracia, era un gran amigo de su marido,

entonces debía callar esas aprensiones. ¡Ah!, pero en cuanto quedara a solas con Alberto, ya le cantarí una cuantas y le haría saber que era un verdadero atropello lo que su poco atento compañero de juergas acababa de hacer al traer una esclava con él, ¡y encima la había sentado a la mesa como una igual a los demás!

De todos modos, sus apreciaciones personales eran superadas por la ininterrumpida labia.

—¿Quieres otro bocado de cereza confitada? —Lo único que detenía esa vana conversación era meterse una golosina a la garganta.

—No, gracias —replicaba Nandi, harta de ingerir dulces.

Ella ya sentía el paladar tan meloso que si llegaba a deglutir otra fruta, sin duda le saldría un colmenar por las orejas.

—Te hemos destinado la habitación que está junto al servicio —le dijo—, para que no duermas con mis empleadas —agregó la anfitriona y se sintió muy generosa de demostrarle con ello cuán magnánima y abierta de mente era, porque jamás se le habría ocurrido que el capitán la llevaría con él al dormitorio. ¡Eso sería la ignominia más inimaginable!

Esa vez fue Gérard quien se enardeció. ¿Acaso no había notado la perfecta apostura de Nandi? ¿No había notado que era una señorita y no una sirvienta, mucho menos una esclava? Eso lo ofendió hasta el tuétano. Él, que estaba en contra de la esclavitud y tanto luchaba por hacer desaparecer de la faz de la tierra la trata de negros, ¿descansar en el servicio? ¡Por favor! ¿Desde cuándo una invitada era considerada parte de los criados?

—No, creo que ha habido un error, señora —dijo con voz clara y la ira contenida—. Ella es mi mujer —sentenció y para afirmar esas palabras, le tomó la mano a Nandi—. Dormirá conmigo en mi habitación.

La consternada dueña de casa se atragantó con la última nuez confitada que se había llevado a la boca y comenzó a abanicarse con ímpetu, por completo incrédula y sin poder convencerse de que ese gentil hombre pudiera haber contraído matrimonio con una muchacha morena.

Al principio había pensado que ella era su compañera fiel, una gran amiga que no se sabía por qué misterios de la vida él se había tomado la libertad de permitir que estuviera en la mesa. Pero de ahí a tenerla como esposa existía un largo trecho.

Sí, debía reconocer que la joven era linda, no podía dejar de admitirlo; aun así, ¿en qué pensaba ese honorable señor?, ¿cómo podía haber hecho tan desatinada elección? Una que lo marcaría, que lo segregaría para toda la vida, porque las diferencias sociales entre morenos y blancos eran notorias. En la iglesia no los admitían o debían permanecer en la parte trasera sin sentarse, no iban a las escuelas, debían circular por la calle y nunca por las veredas... Todo eso y mucho más.

Aunque se guardó muy bien de expresar su opinión al respecto y, como la dama educada que era, solo dijo:

—¡Oh! ¡Cuánto lo siento! Creí que era su empleada, nada más. Disculpe mi falta de tacto, debí haberme dado cuenta de inmediato, si a la vista está que ella es su esposa, ¿cómo podría no serlo? Tan... —comenzó y no le salieron los halagos, ya que era la primera vez que se veía obligada a alabar a un negro—. Tan acomodada —fue lo único que pudo decir en su favor—. Ya mismo hago que le agreguen otra cama en la habitación de huéspedes.

—Se lo agradecería —exclamó Gérard, aún furioso y con una leve inclinación de cabeza. Mientras, le apretaba tan fuerte la mano a la malgache que ella terminó por retirársela.

Nandi levantó el mentón y observó con altivez a la dueña de casa, que dio un respingo y se apuró a ir hacia el ala de servicio.

En realidad, Filomena podría haber llamado a la criada con la campana que tenía junto a la mesa, pero se le hacía imperioso tomar aire, refrescarse el sonrojo. ¿Cómo podía ese invitado que se decía amigo de su marido ponerla en semejante situación?

—¡Ahí tienes! —dijo Nandi por lo bajo—. Por desubicada y parlanchina, gorda y fea. ¡Ya querría tu marido tener una mujer como yo en la cama! En vez de tu figura con aspecto de ballenato humano.

Después miró con cariño y mucha complicidad a Gérard, a quien le agradeció en silencio por la pronta intervención a su favor.

* * *

Media hora más tarde, él la tomó del brazo y dijo:

—Nos retiraremos a descansar. Mañana tenemos un largo día por delante.

Ante el profundo asombro de los dueños de casa, quienes no podían dar crédito a lo que sus ojos les mostraban, Gérard y Nandi partieron juntos hacia el ala de las habitaciones, dispuestos a dormir en la habitación que les habían destinado. Iban orgullosos y arrogantes, aunque con la dignidad desflorada.

Una vez dentro, Nandi estalló en carcajadas y minimizó el hecho de haber sido tan abiertamente despreciada; Gérard, en cambio, se encontraba demasiado ofendido y no quiso participar de esa alegría.

—No le veo la gracia, muchacha loca. Esa mujer te humilló, ¡y de qué manera! Si fuera un marinero, ya la habría hecho tirar por la borda.

—¿Para provocarles una indigestión a los peces? No, querido, ¿y humillarme?: ¿esa mujer fea, parlanchina y con modales exageradamente fingidos? ¡Imposible! Si me sintiera molesta, entonces me estaría colocando a su altura. —Gérard tuvo que admitir que la joven tenía razón. Ella continuó con la explicación de su punto de vista—. Todo lo contrario, me divertí con esas sonseras y ver cómo la descolocabas con tus palabras. No te lo esperabas, admítelo.

—¿Crecerás algún día? —le preguntó él mientras se le acercaba con una sonrisa y la tomaba entre los brazos—. Ven aquí, muchacha loca, ahora estamos solos y te tengo a mi merced.

—¿Cómo es eso? ¿Ahora vengo a descubrir que mi inocencia desmedida te entretiene?

—Por supuesto —respondió él mientras le sellaba los labios con un dulce beso—. Y ya calla, tú también sofocas con tus palabras, agotas mis oídos.

Ella se corrió un poco.

—Entonces jamás seré una mujer adulta, jamás dejaré de hablarte y jamás me tendrás completa.

Gérard la alzó y la llevó hasta la cama.

—Ninguna de tus bobadas me interesan. Ahora te ordeno que cierres la boca, si no, la sellaré con más besos.

Ella lo abofeteó.

—Pero tampoco seré tu doncella —le dijo enojada y lo miró con rabia, dispuesta a la discusión—. Me mentiste a mí y a mi tribu completa, no lo he olvidado. Pagarás con lágrimas de frustración tu desvergüenza. Ya te dije hace varias semanas que no volverás a meterte entre mis piernas. —Lo cual era una completa falacia, porque a ella le encantaba hacer el amor con ese

hombre—. No accederé a ello, ¡nunca! Dormiremos juntos porque no tengo salida y, te repito, si cada tanto hacemos el amor, se debe a que no me queda otra, pero nunca esperes que te quiera.

Se soltó de sus brazos, se envolvió el cuerpo con una manta y se acostó sobre el piso, tal como lo hacía desde que se había enterado de que él había faltado a su palabra de hombre y, por el momento, no pensaba devolverla a su país de origen.

Gérard quedó allí, en medio de la habitación, se sentía impotente y decepcionado. Suspiró, bastante contrariado, y aceptó el reto a la pelea. Si Nandi quería discutir con él, estaba dispuesto a la contienda.

Luego se tragó las ganas. No, no podían hacerlo; como estaban en casa ajena, no quería originar una batahola, debate verbal que, sin duda, con semejante bruja como contrincante en pocos minutos haría estallar las paredes con ecos ensordecedores. La casa entera tronaría con centellas y terremotos, rompería cosas, estamparía sillas contra las paredes, arrancaría las cortinas y tanto escándalo haría cuchichear y molestarse con justa razón a los dueños. Más aún, al día siguiente sería la comidilla del pueblo entero.

—¡Chiquilla malcriada! ¿Nadie te enseñó modales en tu pueblo? ¿Nadie te dijo que debes obedecer a tu hombre, ser sumisa y gentil con él?

—¿Sumisa contigo? ¿Gentil con mi hombre? ¿De qué locura me hablas? No se lo has dicho a los Requeme, pero, en verdad, soy tu esclava. De otro modo, ya me hubieses dejado ir.

Esa vez, Gérard sí se sintió tocado en sus sentimientos; si había algo que lo molestaba, era que le dijeran negrero.

—Ya no deseo dormir contigo. Eres una víbora, muchacha insensata y habladora de falacias.

—Mejor.

Esa vez, Gérard dejó pasar el incidente, más adelante ya vería qué hacer.

Se recostó sobre una de las camas, le dio la espalda y se dispuso a dormir. Aunque el anhelo de poseerla una vez más lo llenó de ardientes pesadillas.

CAPÍTULO 22

Cuando amaneció, Gérard ya estaba listo. Había desayunado unos mates con su amigo mientras le comentaba más nuevas que traía del Viejo Continente y de las andanzas que había vivido en África. También comieron sabrosos buñuelos que la cocinera les había preparado con trozos de carne de perdiz.

A la anfitriona no se la veía por ninguna parte. De seguro debía de estar en su habitación y allí tomaría té o descansaría luego de la titánica comilona de la noche anterior, además de reponerse de la vergüenza de tener semejantes invitados.

Después, Gérard y Alberto fueron hasta el galpón.

—¿Está todo preparado?

—Sí, anoche me quedé hasta la hora de comer y apresté todo aquello que adquiriste. Lo empaquetamos bien para que no corriera el riesgo de mojarse y a los adornos más delicados los envolvimos en papeles y los metimos en cajas.

—¡Perfecto! Cuento con tu criterio para que nada se rompa durante el viaje por mar.

—En verdad, al viajar por vía marítima los bultos se desacomodan y aflojan menos. Por tierra, con los continuos saltos del camino, es otra cosa.

Gérard controló en persona cuanto le había aseverado Alberto y se cercioró de que la carga de la mercadería se hubiera llevado a cabo. Después se despidió de él y siguió a caballo, al lado de los carromatos hasta arribar a

la orilla del río Negro. Allí se cercioró de que los artículos fuesen llevados hasta *La Liberté* en las barcazas que había contratado para tal fin.

Contabilizaba y tachaba de una lista el material que subían y cuando esos pequeños barcos completaban el cargamento, hacían el corto trayecto desde la orilla hasta la fragata. A veces lo exasperaba la falta de cuidado que tenían los estibadores en el manejo del material, ya que movían con igual indiferencia y torpeza las tablas de madera o los cueros con cal, así como ciertos artículos mucho más delicados, como muebles o vajilla.

Tal como le había asegurado don Requelme, los objetos frágiles estaban muy bien empaquetados en grandes cajas de madera, aunque los hombres que realizaban el traslado las trataban como si tuviesen arena o piedras dentro, sin cuidado alguno.

—¡Atención con esos bultos! ¡Miren dónde pisan! Perderán la mitad de la mercadería en el río, hombres inconscientes. ¡Espacio, espacio!, que esto recién comienza y todavía falta el viaje más largo. —Entonces vio a un par de marineros que estibaban las cajas con la vajilla más fina—. ¿Acaso no han leído que dice “no amontonar”?

Qué iban a leer, si la mayoría de los empleados del puerto eran analfabetos. Gérard les pedía demasiado, aun así, no podía medir su mal genio y los maldijo todavía más.

Tan poco hacía que se encontraba en la orilla y ya estaba cubierto por sudor, entonces comenzó a arrepentirse de haberse metido en semejante brete. Si toda la obra sería así, él se daría por vencido cuando estuviesen en los cimientos. ¡Cuánta razón había tenido Jacques al advertírselo! Gérard, era indudable, no había nacido para ser constructor. Era apenas media mañana y ya estaba ofuscado, afónico y con la camisa mojada y pegada al cuerpo como si fuese pleno verano. Solo que ese día, el clima era casi glacial.

Cuando estaban por iniciar el quinto viaje, alguien bajó la loma a la carrera y se acercó a él agitado. Era uno de los sirvientes de la cuadrilla de Alberto.

—¡Señor Deprieux! ¡Comandante! Debe regresar de inmediato a la casa de los Requelme, su esposa acaba de desmayarse.

—¡Por todos los cielos! Entiéndase usted con esta gente.

Gérard soltó la lista que tenía entre las manos, le dejó todo a su subalterno y corrió cuesta arriba hacia la casa mientras se preguntaba qué podía haberle sucedido a la muchacha, qué pudo haberla alterado tanto como para provocarle uno de los letargos de sueño eterno.

Entró a la casa sin tomar el cuidado de quitarse las botas, ni siquiera de limpiárselas en la entrada de la sala. Filomena lo vio aparecer así, como si fuera el dueño de la comarca, y casi le dio un soponcio.

Indiferente al asombro y desagrado que provocaba en ella, Gérard, con dos largos trancos, llegó junto al sofá donde Nandi se encontraba recostada, aparentemente dormida.

—¿Qué pasó? —preguntó y se le arrodilló al lado—. Nandi, querida, reacciona, por favor. Dime qué tienes.

—¡Nada! —se disculpó la anfitriona—. Solo salió al parque luego de desayunar y no lo encontré a usted. Al preguntar, me parece que alguien le dijo que creía que *La Liberté* había partido. Entonces ella se desmayó, así de simple sucedió y le juro que por más que le di a aspirar de mis sales, que la sacudí un poco y que le grité, todo ha sido inútil, no he podido despertarla. ¡Ya no sé qué más hacer! Le he metido licor en los labios, le he puesto paños helados sobre la frente... —dijo alterada y meneó la cabeza—. Llamamos al doctor, ya debe de estar por llegar. ¿Quiere tomar algo? ¿Le sirvo una copa

de coñac? ¿Desea merendar? ¿Vamos al parque a caminar un poco? Puedo llamar a mi marido si así lo cree conveniente, él se ocupará de todo. Usted puede relajarse o continuar con lo que hacía hasta este momento.

Gérard habría deseado propinarle una buena cachetada a la dueña de casa, así se callaba. Pero, por supuesto, se contuvo. Nandi estaba en lo cierto, esa mujer era decididamente insoportable. La miró con sus ojos verdes, que en ese instante lanzaban llamas de furia, y se los mantuvo fijos en el rostro durante unos segundos, clavados en esas mejillas coloradas, sofocadas, típicas de mujer excedida de peso, mujer que de súbito se le había vuelto muy desagradable.

—¡Perdón, perdón! Ahora me retiro —dijo ella al comprender que el hombre estaba molesto. Entonces instante recordó las terribles historias que se decían de él y se arrepintió mil veces de haberlo alterado—. Cuando llegue el doctor, le hago avisar, porque quiere que lo llame, ¿verdad?

—¡Por supuesto, mujer! Hágalo de inmediato. No pierda más tiempo, que mi paciencia es muy corta —bramó y volvió a fulminarla con una mirada inclemente.

Ya a solas, él le despejó la frente porque tenía el cabello revuelto, seguro de que la mujer la había sacudido tanto como para soltarle el rodete que en ese momento llevaba desarmado. Con extrema suavidad le levantó la cabeza y le colocó un almohadón debajo. Le quitó el calzado, la acomodó mejor sobre el mullido sillón y por último la cubrió con una manta. No quería llevarla hasta la habitación porque en cualquier momento llegaría el médico y prefería que la revisara en la sala. Ya después la dejaría descansar tranquila en la habitación, si es que la muchacha iba a dormir todo el día, porque si en otras ocasiones se había comportado de la misma manera, no tenía por qué ser diferente en esa.

—Tranquila, querida, estoy aquí, a tu lado. No permitiré que nada malo te suceda. Te lo juro por mi vida, que poco vale si no estás conmigo. En mala hora vengo a reconocerlo. —Al tiempo que le hablaba le acariciaba la mejilla,

le rozaba apenas los párpados cerrados, le recorría los límites del precioso mentón—. Te cuidaré, niña mía. Ya verás que cuando venga el médico despertarás de inmediato y nunca más volverás a desvanecerte.

Desde donde se encontraba, Filomena lo espiaba y todavía se sentía incrédula. Se preguntaba cómo era posible que ese hombre estuviera tan locamente enamorado de esa insignificante mujer, ¿ella le habría lanzado algún hechizo? Después de todo, era una negra. A lo mejor sabía de embrujos y lo había engualichado con alguna misteriosa pócima para el amor. ¿Tan tonto era él que no se daba cuenta de lo que hacía? Actitud en verdad humillante en un hombre del calibre de Gérard Deprieux.

Meneó la cabeza y continuó allí, escondida detrás de la puerta que daba a la cocina y sin quitarle los ojos de encima, apenas si parpadeaba. Ella también se sentía atrapada con esa escena tan incongruente, aunque con conceptos y conclusiones por completo diferentes a los del capitán francés.

* * *

El doctor llegó un rato más tarde.

—Buenos días —saludó al entrar.

—Bienvenido sea, doctor —lo recibió con amabilidad Filomena—. Acá lo requerimos para que atienda a... a esta joven venida de tierras lejanas.

¿Qué más podía decirle sin hacer enojar a Gérard?

—Deje, señora Filomena, yo me ocuparé de dar las explicaciones. Usted puede retirarse —dijo él con sequedad.

—Comprendo. Usted desea estar a solas con el médico.

—Así es.

El doctor se sentó al lado de Nandi y la auscultó. Le tomó el pulso, la temperatura, los signos vitales e intentó hacerle abrir los ojos al levantarle los párpados. Además, le restregó las manos y los pies con fruición y la pellizó en varios lados. Por último, meneó la cabeza, desalentado. Uno más que no sabía qué hacer.

—De verdad, no sé qué tiene, solo está dormida y lo extraño es que no podamos despertarla. Lo más misterioso es el modo en que se durmió.

—No es la primera vez que le sucede, ya lo ha hecho en varias oportunidades. Y justo esa era una de las razones por las que habíamos venido con ella hasta Carmen de Patagones, para que usted la viera. Ya la han revisado dos médicos, uno inglés y otro italiano, y aún nadie sabe cuál es su mal.

—Me gustaría poder hacerle algunos estudios —sugirió y miró a Gérard—. ¿Ustedes partirán pronto?

—Yo sí, apenas termine de cargar mi fragata debo regresar más al sur de la península del Diablo para llevar la mercadería que acabo de adquirir. Después iré hacia Buenos Aires, debo presentarme ante el gobierno argentino, pero ella podría quedarse —dijo y la miró un momento—. Primero tendremos que preguntarle si quiere permanecer aquí, por supuesto. No haré nada que Nandi no desee hacer.

—Pues eso sería muy oportuno. Con tiempo y los suficientes estudios, tal vez descubramos qué padece. Ojalá acceda a quedarse sola.

—Ojalá.

Aunque Gérard lo dudaba; con la manera desagradable en la que se había comportado la dueña de casa, sería extraordinario que accediera a permanecer bajo el mismo techo.

* * *

Sin decir palabra y luego de dejar al doctor con la muchacha, salió a la galería del frente de la casa para aspirar aire. Se sentó en una de las sillas y se rascó la barbilla mientras pensaba en lo siguiente a realizar. Le acababan de cambiar los planes y debía meditar al respecto. Gérard era un maestro para improvisar escaramuzas y proyectos que requerían de una pronta respuesta, pero, si podía organizarse, mejor. Detestaba la idea de tener que abandonarla, era lo que menos deseaba hacer.

Mientras lo pensaba, un sabor ácido le subió por el pecho y deseó acuchillar a quien la había colocado en esa posición de letargo indefinido. ¿Quién pudo decirle que él había partido, que *La Liberté* no se encontraba fondeada en el cauce del río Negro, frente a Carmen de Patagones? ¡Maldito cretino! Si lograba averiguarlo, lo atravesaría con el sable, así tuviera que dejar el pueblo y desaparecer durante un tiempo por ese asesinato: ¿qué más le daba?

En ese momento, sintió que alguien carraspeaba cerca de él. Al darse vuelta se encontró con Alberto Requielme. Siempre tan cuidadoso, estaba allí parado y lo miraba, como si esperara a que él lo autorizara para decirle algo.

Gérard aspiró profundo y se guardó las ganas de maldecirlo por haberlo interrumpido en esas cavilaciones. Después de todo, era el anfitrión y había sido tan amable como para cobijarlos bajo su techo, aunque a esa altura, el capitán ya comenzaba a arrepentir de ello.

—¿Sucede algo, Alberto?

—Este... Sí —dijo y volvió a aclararse la garganta—. Acaba de llegar un emisario desde Buenos Aires. El jefe de la armada te reclama de inmediato en el puerto del Río de la Plata.

—¡Inútiles! —bramó Gérard mientras saltaba de la silla donde estaba sentado—. ¿No pueden arreglárselas sin mí? —exclamó y miró a su amigo—. ¿Tienes idea de qué pudo haber acontecido?

—¿Quieres preguntarle a él? En este momento está en la cocina, te espera allí.

—Dile que venga —dijo y luego cambió de idea. No quería molestar a Nandi, quien aún se encontraba en la sala con el doctor—. No, mejor voy yo a su encuentro. —Volvió a entrar a la habitación de recepción y le preguntó al médico si podía ausentarse—. ¿Sería factible dejarlo con mi mujer durante unos minutos? Me reclaman mis oficiales —explicó y su rabia era tal que la última frase la dijo entre dientes.

—Vaya nomás, capitán, todavía le hago algunos controles.

Gérard fue hasta las habitaciones de servicio y se paró delante del hombre que lo esperaba. Su actitud era muy hosca y era evidente que estaba incómodo por la imprevista visita de ese mensajero.

El muchacho se paró e hizo el saludo militar.

—A sus órdenes, mi comandante.

—¿Qué noticias me traes de las provincias del Río de la Plata? ¿Cuál es la urgencia que me reclama?

—El jefe ordena que usted se apersona cuanto antes en Buenos Aires. Mi orden es avisarle, mi comandante, que él tiene temas pendientes para conversar con usted. Le entrego esta notificación que se le envía desde la comandancia general.

Después de leer con atención la carta que le había llegado, Gérard dijo:

—Hay rebelión en las aguas del Atlántico, frente a nuestra orilla, hierven de revolución. Están plagadas de naves enemigas, tanto en las cercanías como mar adentro, y es imperante que me presente para recibir nuevas órdenes.

Alberto, quien lo había seguido, agregó como para alentarle:

—Tu reputación de éxitos ininterrumpidos te precede Gérard.

—¡Maldición! Mi reputación no me interesa —blasfemó y golpeó con el puño contra la pared más cercana.

¿Justo en ese momento que ya no quería volver a guerrear?, se preguntó. ¿Justo en ese momento que no deseaba abandonar a Nandi y menos aún a meterse en un barco y alejarse de ella?

De todos modos, y al tiempo que meditaba la manera de salir de esa encrucijada donde las circunstancias de la vida lo habían metido, sintió cómo el patriotismo primaba sobre la voluntad personal y la minimizaba.

—Bien, si así están dadas las cosas...

Primero haría lo que le dictaba la responsabilidad para con ese país; luego, cuando se encontrara a solas con su conciencia y pesadillas, vería cómo manejaba los entuertos más íntimos.

Miró al muchacho.

—¿En qué vino usted?

—Por tierra, mi comandante.

Con voz autoritaria Gérard le dijo:

—Prepárese, en una hora partimos a bordo de *La Liberté*.

El francés bien podría haber desobedecido la orden de su superior; sin embargo, por algo se había enrolado como militar, como corsario protector de los mares. Él era demasiado leal a su tierra y a los gobernantes, por lo que no podía faltar a su palabra: había jurado defender el país y justo eso haría.

Por desgracia, eran varios los inconvenientes que se originarían a partir de la brusca salida del puerto. El más importante, y por supuesto el peor de todos, era que debía dejar sola a Nandi; además, una vez informado de las nuevas directivas, debía organizar a la tripulación para partir con urgencia hacia Buenos Aires. Luego, como fuera, regresar a La Cimarrona. No había manera alguna de eludir ese compromiso, porque había convenido con Jacques reunirse en diez días a más tardar. Debería enviarle una nota, a su vez, que lo pusiera al tanto de la situación. De lo contrario, sabía que él removería cielo y tierra para buscarlo. También, en algún momento, tendría que dirigirse más al sur para descargar los elementos que guardaba en la bodega del navío y finalmente volver a Carmen de Patagones para buscar a la muchacha. Ese sería tiempo suficiente para que el doctor pudiera realizar todos los estudios y encontrar una cura para la enfermedad de Nandi.

Sacó cálculos para ver cuánto tiempo le llevaría hacer todo eso.

—¿Un mes? ¡Dios! ¿Tanto tiempo?

¿Y si la llevaba con él así como se encontraba?, se preguntó. No, era peligroso. Mejor la dejaba para darle la oportunidad de curarse, porque, si la cargaba con él, el médico no podría ocuparse de su dolencia.

Después de ese análisis, debió aceptar que era necesario cumplir el itinerario solo. La salud de Nandi era trascendental porque hasta cuándo se desmayaría, ¿y si alguna vez le sucedía en plena cabalgata, o al nadar? ¿Y si no despertaba más?

Al imaginarlo, se sacudió un cuco de la cabeza.

—Ella se quedará en Carmen de Patagones —le dijo al fin a Alberto—. Será una buena ocasión para que el médico la atienda y la revise con meticulosidad, sin apuros, tal como corresponde en estos casos donde la dolencia es tan misteriosa.

—Como digas. Aquí estará bien cuidada —respondió.

Gérard regresó junto al médico.

—Hágale todos los estudios que sean necesarios, tómese el tiempo que necesite. Yo le preguntaré a doña Filomena si no le molesta que la joven permanezca durante unas semanas en su residencia.

Claro que se enfurecería, pensó, pero a él le daba lo mismo; esa mujer era insignificante y no debía tener en cuenta sus estados de ánimo ni si le caía bien o mal una invitada impuesta.

—Así será mejor —asintió el doctor—. Si la tengo cerca, puedo observar el desarrollo de la enfermedad.

Gérard entonces volvió a la cocina donde Alberto aún mateaba con la negra que oficiaba de cocinera y sirvienta. Se sentó en un banco de madera que había junto al horno a leña y le pidió disculpas a su amigo.

—He sido muy descortés contigo. No debí comportarme con tanta brusquedad.

—No te inquietes, hombre. Comprendo cuánto quieres a tu mujer y lo problemático que te resulta tenerla así, desmayada. Encima, ahora te ves obligado a partir y dejarla sola.

—Sí, de eso debo conversar con tu esposa. ¿Ella podría...?

No pudo continuar. Luego de lo torpe que había sido con los anfitriones, anhelaba encontrar las palabras acertadas como para no parecer que se aprovechaba de su hospitalidad y que solo los buscaba cuando no podía

recurrir a nadie más.

Requelme lo detuvo.

—Yo hablo por mi mujer. Ella puede quedarse cuanto sea necesario, estará como en su casa. —Gérard lo dudó, porque nada en la Patagonia podía parecerse al hogar de Nandi, pero calló—. Aquí la cuidaremos tanto como lo harías tú, mi mujer estará pendiente de ella. No temas.

¡Su mujer, atenderla! A Gérard le dio un soponcio. ¿Qué diría la salvaje Nandi cuando despertara y supiera que él no estaba más allí? Además, sabría que, desde ese día y hasta que él regresara, Filomena la atendería. De verdad que no quería estar delante cuando ello sucediera porque el grito de furia que lanzaría a los cuatro vientos y el millón de blasfemias que le echaría a él sin duda serían magistrales.

—Ella permanecerá con nosotros el tiempo que consideres conveniente. Si tu mujer está enferma, no existe un lugar más seguro que este, a no ser que la lleves a Buenos Aires o a Europa.

—De ser necesario, así lo haré, no lo dudes. Aunque por el momento no quiero hacerla viajar, ya ha estado sobre un barco los últimos meses. No deseo martirizarla más.

—Si es que consideras una tortura permanecer en alta mar, te comprendo. Pero supongo que a ti te encanta la vida a bordo y nunca lo tomarías como un suplicio.

—Sí, tienes razón, a mí me encanta, aunque no a los demás. Ella dejó su tierra natal hace muy poco y cambió radicalmente de vida. No es mi intención volver a alterársela.

En ese instante, su amigo se atrevió a la pregunta más impensada.

—Gérard, amigo, la amas, ¿verdad?

Él tardó en responderle, pero no se veía molesto por tan íntima inquisición.

—Sí, hombre, por eso quiero cuidarla. —Hizo silencio y pensó unos segundos—. Y confieso que la he hecho pasar por varias bien bravas. Me siento responsable por ella.

—Entonces déjala en nuestras manos. Al final, ¿qué son cuatro semanas?

—Tienes razón. Mejor se queda en un mismo sitio y no la paseo por el mundo. Hasta que se cure.

—Eso esperamos todos. Es lo más adecuado para ella —admitió y le palmeó la espalda, porque notaba a Gérard de verdad compungido por la salud de la joven y por tener que apartarse de ella.

* * *

A la mañana siguiente, un momento antes de embarcarse en *La Liberté*, Gérard fue a despedirse de Nandi. Todavía dormía con placidez en una de las camas de la habitación de huéspedes.

Él se inclinó a su lado y, sobrecogido por un sentimiento de amor que le era extraño, con la emoción contenida apenas y el fervoroso deseo de apretarla contra el pecho, ese que pugnaba por rebelarse ante lo que estaba a punto de hacer, se detuvo unos instantes para admirarla.

—¿Cómo ha podido el Señor ser tan dadivoso al acercarla a mi sendero aventurero? ¿Qué magnetismo misterioso nos ha unido? —se preguntó.

Hizo un tremendo esfuerzo por controlarse, le pasó la mano por el rostro y le susurró sus intenciones.

—Partiré hacia Buenos Aires para entregar un parte con mis acciones y recibir nuevas órdenes del gobierno argentino, después debo regresar a La Cimarrona y de ahí seguir viaje a Adrizar, nuestro campo —le recalcó y anheló que ella pudiera escucharlo—. Nuestro campo, allí donde te llevaré a vivir, siempre que tú así lo quieras. Luego de algunas semanas, no más de un mes, juro regresar a buscarte. Pero, por el momento, debes permanecer en esta ciudad, aquí estarás bien, no temas.

Su intuición le decía que no sería así; sin embargo, como no podía guiarse por una somera sensación de inquietud, tuvo que ignorarla. Además, no encontraba otra opción mejor a la vista. No podía llevársela así como estaba, desmayada, a Buenos Aires. Temía por su vida y, si ella moría, Gérard sabía que estaría desahuciado. La muchacha, increíblemente, era su paradigma; también, si la perdía, sin duda sería su némesis.

Tomó una pluma, la mojó en el tintero y en la palma de la mano le escribió:

—*Je retournerai.*

Eran las mismas palabras que había susurrado al oído de los esclavos cuando los estaba por libertar, allá en el océano Índico. Nandi, al leerlas, comprendería que era el juramento de regresar por ella, costara lo que costase.

Al levantar la vista, notó que corría una lágrima por la mejilla de Nandi, sin existir ningún otro signo en ella que indicase que estuviera por despertar, nada que delatara que reaccionaría y lo despediría.

Gérard aguardó ansioso unos minutos más, pero, al no notar cambio en ella, al fin se incorporó.

Le dio un beso en los labios y se retiró de la habitación y de la casa. Caminó con paso apurado hacia la orilla del río Negro sin darse vuelta ni una sola vez; el dolor que lo masacraba amenazaba torcerle la voluntad. ¡Antes le

resultaba tan simple! En cambio, en ese momento el corazón debía hacer un tremendo esfuerzo por obligarse a continuar el camino que él solo se había trazado años atrás.

Se veía arrastrado por la marea de sus obligaciones. Detestaba hacerlo, aun así, era imperioso continuar con sus deberes, tenía responsabilidades ineludibles y debía cumplirlas.

TERCERA PARTE

CARMEN DE PATAGONES

CAPÍTULO 23

Recién dos días más tarde, Nandi se despertó. Lo hizo como si hubiera pasado una larga y plácida noche, entonces se despertó con una sonrisa floreciente en el semblante distendido.

A su lado estaba sentada la regordeta dueña de casa. Al verla despertarse, el rostro mostró evidente alivio. Entre las manos sostenía un tazón lleno con té, infusión que si no era bebida de inmediato, acabaría por enfriarse y se desperdiciaría.

—Hola, niña, es una gran alegría verte con los ojos abiertos. El doctor nos dijo que era posible que despertaras hoy. Ya veo que no se había equivocado. Toma —le dijo y le acercó el tazón—. Aquí tienes un té de hierbas aromáticas. Te hará bien.

Nandi, una vez despabilada del todo, se encontró algo desconcertada y sin saber dónde estaba. Al escuchar a la mujer, detuvo con brusquedad el estiramiento corporal y la miró seria. ¿De dónde había salido? Giró el rostro y buscó. ¿Y Gérard? No lo veía por ninguna parte, lo cual la inquietó. Muy alterada, se incorporó para poder mirar mejor alrededor suyo.

La mujer notó la inquietud y trató de calmarla.

—Reclínate y descansa, muchacha, ponerte nerviosa otra vez no te hará nada bien. El capitán Deprieux ha partido hacia Buenos Aires y de allí irá a la península del Diablo. Dijo que regresaría a buscarte en un mes, que no te preocuparas. Todo se encuentra en orden, no temas. Ahora estás a nuestro cuidado.

—Pero...

En ese instante, Nandi comenzó a recordarlo todo. Estaba en la casa de Alberto Requielme y esa que le hablaba era la cotorra de su esposa, la verborrágica y exagerada mujer que ella tanto detestaba.

Nandi intentó ordenarse la cabeza, no encontraba palabras para hacer todas las preguntas que tenía guardadas y que en ese momento se desplegaban como un inmenso mantel. Primero, y sobre todo, debía quitarse la modorra de encima, reacomodarse el espíritu aún adormilado y las ideas. Esa vez reconoció que la mujer tenía razón, lo primordial era calmarse, no quería indagar hasta no entender bien qué había sucedido en su ausencia.

¡Ausencia! Se tomó la cabeza con las manos y se preguntó si se había vuelto a dormir. ¡Ay, no, por favor! ¿Y Gérard? ¿Esa mujer que atropellaba las frases como si fuera una línea interminable de hormigas intentaba decirle que él se había ido, que la había dejado? No podía ser cierto, eran compañeros, estaban juntos, tal como hacían los barcos cuando sea abarloaban allá en el mar; si desde que se conocieron, nunca se habían separado más que por unas pocas horas; si ella había abandonado su vida anterior con buen ánimo y predisposición a pesar de saberse prisionera; si ella lo había ayudado, mano a mano, y colaboró en todo lo que fuera necesario dentro de la fragata, incluso arriesgó vida por él. ¿Cómo, en nombre de los dioses, podía entonces haberla abandonado?

—¿Me dejó? —dijo entre balbuceos.

¿Sería Gérard capaz de tamaña deslealtad? ¿Podía el Demonio de los Mares cometer semejante felonía contra ella, su niña mimada, compañera de aventuras, amante fiel?

¿Cómo había hecho para irse así, sin explicarle las razones?, se preguntó. ¡No tenía derecho! No después de todo lo que habían vivido juntos, no después de haber hecho el amor y de haberlo disfrutado tanto. ¿Cómo haría ella para continuar sin él?

Recién en ese instante comprendió cuánto vacío dejaba en su interior ese hombre y cuán hueco se le volvería el corazón si él no aparecía más. Demasiado tarde ya se daba cuenta de que se había acostumbrado a su presencia. Durante los últimos meses habían comido juntos, tramaron travesuras peligrosas codo a codo, pelearon en una tácita armonía de discordia y mantuvieron a cada segundo los códigos de cariño que ambos se profesaban. Juntos habían explorado el ancho océano Índico y también el Atlántico, batallaron como dos pícaros rufianes, valerosos, inconquistables, inseparables como dos bueyes, ¡si hasta dormían juntos cada noche!

—¡Esto no puede sucederme! —exclamó.

Esos pensamientos, como un tropel de baguales, la superaron y un gemido le brotó de los labios. Se recostó de nuevo sobre la almohada sin saber por qué la había dejado, por qué no la había llevado con él, tal como había sucedido en los desmayos anteriores y como le había prometido. Además, ¿dónde estaba ese doctor del que hablaba Filomena de Requelme? Ese que decía que iba a curarla.

La pobre mujer debió de haber notado el desconcierto, porque dejó la taza sobre la mesa de luz y se retiró, quizás para buscar ayuda, quizás para huir de esa joven que ya comenzaba a asustarla, tal como lo había hecho el Demonio cuando la enfrentó dos días atrás. Y si le daba por comenzar a lanzarle objetos o si la tomaba por los cabellos, ¿a quién recurriría la pobre Filomena si su marido ya había partido hacia el negocio?

Nandi, una vez a solas, se sentó al borde del lecho, se cubrió el rostro con las manos y sollozó fuerte, se sentía por completo desamparada, superada por los acontecimientos que se le echaban encima como tormenta de verano. Tenía deseos de dejar todo atrás, de tomar el primer barco que se dirigiera hacia el océano Índico y volver a su tierra, de olvidar al Demonio de los Mares para siempre. O tomar otro que la llevara a la estancia de su amiga, a la Patagonia, y hacerle jurar que nunca más permitiría que Gérard se acercara a ella. O simplemente podía correr, huir de ese villorrio, de esa gente extraña y adentrarse en el desierto para morir de hambre o de frío.

—¡Carajo! —exclamó furiosa al tiempo que pateaba en el piso con fuerza, superada por la impotencia.

El grito le produjo algo de consternación por su tosquedad, pero también bastante alivio. Era bueno descargarse y vociferar impropiedades de vez en cuando.

Al escucharla, escondida en el comedor, Filomena ahogó una exclamación de susto y por las dudas corrió hasta la cocina. Allí se sentía un poco más protegida porque en el lugar se encontraban la cocinera y las criadas; si la loca que tenía de visitante obligada se las tomaba contra ella, entre todas podrían frenarla.

Dentro de la habitación, y como no hallaba una reconfortante solución a su alcance, Nandi lloró un buen rato, llena de rabia y desolación y, cuando las intensas lágrimas le cubrieron el rostro, buscó un pañuelo en la mesa de luz. Creía haber visto uno allí.

En ese momento descubrió que tenía una de las palmas de la mano manchada con tinta. Torció la cabeza, extrañada, y detuvo el sollozo, se secó los mocos, se aclaró las pupilas con el pañuelo y trató de leer las letras, un tanto borroneadas por el propio llanto.

—*¿Je re... tou... rnerai?*

¿Era la letra de Gérard? ¡Sí, era él! No podía ser otra persona quien le escribiera esas palabras en la mano. ¿Y qué decía? Que regresaría a buscarla, ¡eso es! Volvería, sí, volvería por ella, entonces era verdad lo que Filomena acababa de decirle sobre él.

—¡Volverá por mí!

De inmediato, con un grito de alegría, cambió la tristeza por una exultante excitación. ¡No la había abandonado, como ella pensó en un principio! Todavía la quería y, atento a sus temores, le había escrito para jurarle que regresaría a rescatarla de esas personas y de esa tierra desconocida.

—¡Él vendrá por mí! —gritó y volvió a leerse la palma y a besársela una docena de veces.

Lanzó una risotada fuerte mientras se arreglaba la falda arrugada. Nuevas energías la invadieron y la determinación la dominó al tiempo que recobraba la ilusión de continuar a pesar de lo que fuera que se le cayera encima al encontrarse en ese desconocido villorrio.

Al tiempo que se peinaba, prometió esforzarse; si debía pasar por las consultas con el doctor, sin duda que lo haría y bien rápido, obedecería sus directivas, tomaría la medicina que él le recetara y, sobre todo, haría todo con infinita paciencia, algo que ella distaba de poseer. Quería estar restablecida y curada por completo para cuando su amado volviera a buscarla. Su amado. Sonrió con dulzura al nombrar así la relación que tenía con Gérard. ¡Cuán frágil era la línea entre el compañerismo y el amor! Ya lo notaba, porque eso era lo que sentía por él.

Había sido necesaria su repentina ausencia y leer las palabras de consuelo que le había escrito en la palma para que la luz le entrara en la mente. Lo amaba, ¡claro que lo amaba!

La velocidad de los nuevos acontecimientos y de sus pensamientos, la marearon. Se llevó otra vez las manos a los ojos y se los cubrió, no quería ver, no quería escuchar. Lo único que deseaba hacer era pensar. Pero primero debía recomponerse, recobrar la vitalidad, charlar con esa señora que la había alojado en su casa, establecer lo siguiente a hacer, organizarse, planificar los siguientes días. Todo lo haría siempre con el pensamiento puesto en el final de ese asombroso viaje, el arribo de Gérard, su querido capitán endemoniado.

Bebió con avidez el líquido dulzón y algo tibio que Filomena le había dejado, entonces notó que hacía casi dos días que no ingería nada y estaba muy hambrienta. Con cada nuevo sorbo pensaba qué iba a hacer, ya que vivía en casa de desconocidos, en un pueblo que no era ni parecido a la aldea en

Madagascar y era atendida por un médico a quien ni siquiera le había visto la cara, comía platos distintos a los que estaba acostumbrada y se vestía con prendas raras.

Al final, sin soluciones a la vista, meneó la cabeza. ¡Vaya que Gérard había sido un tonto apurado al decidir por ella! ¿Tanta urgencia había tenido de marcharse? ¿Tan importante era lo que debía hacer? ¿Más importante aún que su mujer?

No, no quería volver a ponerse triste, sabía cuánto incidía la desolación en su espíritu, y no deseaba desmayarse de nuevo. ¡De una vez y para siempre, ella debía aprender a controlarse! Sabía que los exabruptos de terror histérico y descontrolado eran la principal causa de los desmayos.

—Debo orinar. Tengo hambre, mucha hambre.

Se levantó y comenzó a arreglarse. Se lavó un poco, se quitó la ropa que llevaba puesta y se puso una enagua, una falda limpia en tono oscuro que había encontrado dentro de uno de los baúles de *La Liberté*, una blusa *beige* y un chaleco. Encima de los hombros se colocó un grueso chal de lana, ya que sentía el frío colarse entre las ventanas. Al mirar hacia fuera, se preguntó cómo el viento podía soplar tan fuerte en ese lugar. Desde que habían llegado a Carmen de Patagones, el huracán que provenía del norte no había cesado ni por un segundo.

Se cercioró de llevar la daga en el bolsillo del vestido porque le infundía algo de seguridad y confianza, aunque suponía que en ese sitio no la necesitaría. Luego se ató el cabello en un rodete, inusual en ella, que prefería tenerlo suelto porque los mechones que le rozaban el rostro le daban una ligera sensación de calidez, ¡fútil impresión!, como si con ellos pudiera protegerse de los peligros.

Después fue a la cocina, al encuentro del ama de casa.

—¡Querida! —dijo la mujer contenta y aliviada al verla sonriente—. Veo que te has levantado —exclamó y se secó las manos en el delantal—. ¿Quieres que te acompañe hasta donde se encuentra el doctor? Así comienzas pronto los estudios para curarte más rápido.

—Sí, vamos. ¿Usted cree que deba ponerme otro abrigo? Busqué entre mis pertenencias y he notado que no he traído más que este chaleco de sarga.

—Debes protegerte mejor, no queremos que te enfermes, ¿no es cierto? Ya mismo te traigo una capa que tengo guardada, no la uso, mi cuerpo últimamente se ha ensanchado —dijo y se tocó las caderas—. Sin embargo, a los hombres les gusta así.

Rio nerviosa al pensar que esa era una infidencia imperdonable. Las mujeres no hablaban de ese modo, ni siquiera con sus más íntimas amigas.

Nandi estuvo de acuerdo con que a los hombres les agradaban las mujeres gordas; aun así, se guardó esas apreciaciones, no quería entrar en una charla trivial cuando tenía asuntos mucho más importantes por resolver.

—¿Quieres comer algo antes de partir? Hace dos días que no ingieres nada. ¿Deseas bañarte? Aunque no es conveniente que salgas con el cuerpo húmedo, recién lavada.

—No, gracias, lo haré cuando regrese del consultorio. ¿Dónde se encuentra el excusado?

—Por allí —indicó y le señaló hacia fuera. Cuando la joven comenzó a dirigirse hacia allí, le recordó—: Mientras tanto, te prepararé un succulento desayuno.

—¡Gracias!

—Deberías alimentarte bien.

Filomena puso en una fuente bocados aún tibios, llenó un tazón con leche, rebanó pan negro, lo untó con manteca y abrió dos frascos con dulce fabricados por ella misma con los frutos del huerto.

Nandi regresó, se lavó otra vez las manos y el rostro en un cuenco y luego se sentó frente a la mesa.

—¡Gracias por tantas cosas ricas!

—Estos buñuelos los preparó mi cocinera temprano en la mañana y los hemos mantenido cerca del horno para ti, así los pruebas. —Entonces se dio cuenta de que trataba a la muchacha como a una sirvienta. ¿Y si llegaba a enterarse el Demonio? ¡Caro podían pagar su furia!—. Perdón, ya mismo le digo que nos lleve un par de tazas al comedor. Tomaremos té inglés, ¿te apetece?

La verdad era que Nandi hubiese deseado partir de inmediato. Cuando estaba por comenzar a rebelarse ante la sugerencia de la anfitriona, ya que prefería quedarse allí donde se encontraba, recordó que debía comenzar a moderar los ímpetus en exceso desatinados, porque, si no lo hacía, nunca se restablecería.

—Desayunemos como usted prefiera, Filomena —dijo y se guardó las ganas de gritarle que ella hacía lo que quería y no lo que su afectada voz de anciana regordeta le decía.

—Bien, creo que por esta vez será mejor que permanezcas aquí. Deja nomás que le dé las últimas directivas a mi cocinera. Luego me arreglo un poco y partimos hacia el consultorio.

* * *

Una hora después, hacia allá fueron las dos, tomadas del brazo. Filomena le había hecho poner a la muchacha la capa y la caperuza y se la cerró con un cordón alrededor del cuello. También le protegió las manos con unos guantes de piel y hasta le prestó un par de botas mucho más abrigadas que los zapatos que Nandi llevaba puestos.

—Así no sentirás frío cuando camines por el empedrado de las calles. Debes cuidarte, niña.

Nandi la dejó hacer y su persistente negación, esa que era tan natural en ella, poco a poco cedió; después de todo, las intenciones de la señora Requelme parecían ser honestas y era lindo dejarse llevar de vez en cuando sin decidir nada. Esa mujer podía ser muy parlanchina y exagerada en los ademanes, pero era amable; también era muy atenta y la cuidaba como a una hija... ¿O era que le tenía pavora y la apuraba para verla partir cuanto antes?

Silencio, Nandi, compórtate. Ya calla tus negativas apreciaciones, se amonestó.

Pero, al salir, la malgache notó que se encontraban en la orilla opuesta del río. Se detuvo y observó el paisaje casi plano.

—Sí, solemos venir a esta casa. Es más amplia y me entretengo mucho con la huerta.

—¿Cómo llegué hasta la cama? Porque lo último que recuerdo es que me encontraba en su hogar, ubicado en la otra costa.

—Uno de nuestros empleados te cargó. A ti y luego al baúl.

* * *

Bajaron hasta el río, se subieron en una barcaza que hacía el trayecto de ida y vuelta al servicio de los habitantes de cada costa y cruzaron hasta la orilla opuesta. Después ascendieron la pendiente, mucho más abrupta y escarpada que el sector sur del río y, una vez en la parte más concurrida de la ciudad, recorrieron el sendero que las separaba de la casa del médico, camino que se encontraba transitado por caminantes, jinetes, carros, perros y niños que jugaban.

La muchacha se asombró al ver tanto movimiento. El paisaje se parecía al de los días de fiesta en la aldea, solo que allí, la diversidad de personas era muy evidente.

—¡Son tan distintos!

—Así es —le explicó Filomena—. Hay inmigrantes de todo tipo y color que forman una amalgama de razas que, por lógica, muchas veces no congenian entre sí. Tienen diferentes raíces, costumbres e incluso idiomas. No te preocupes, muchacha —la calmó y le palmeó el brazo—. La actividad en este villorrio es casi frenética, aunque distendida. Por ser el puerto más austral de Argentina, aglutina a cientos de personas. Incluso, varios grupos de patagones han elegido radicarse aquí cerca con sus tolderías.

Una vez en el consultorio, el hombre las atendió de inmediato.

—Veamos —dijo y se dispuso a empezar la consulta.

Llenó un extenso papel con las preguntas que le hacía, que fueron interminables y muy minuciosas, pero, al responderlas, Nandi no sabía con seguridad si las elaboraba porque quería curarla o porque sentía curiosidad por su vida anterior y actual. A ella no se le pasaba por alto que el hecho de ver a un corsario francés casado con una negra era algo en extremo inusual.

Cuando terminaron, Nandi quedó agotada, se sintió vacía y desnuda; nada había quedado guardado, nada oculto. Ese hombre sabía más de su vida que sus propios padres.

—¿Qué tengo, doctor? —le preguntó al ver que continuaba con sus infinitas anotaciones.

El hombre se sacó las gafas y la miró.

—En verdad aún no lo sé. Déjeme que analice mis notas, que las coteje con los estudios que tengo archivados, propios y de otros colegas. Luego volveré a llamarla, quizás incluso necesite más estudios. ¿No le molesta, verdad?

—¿Más estudios? —casi gritó.

—Tranquila, muchacha —le dijo Filomena y le tocó otra vez el brazo—. El doctor sabe lo que hace. Luego miró al profesional y con una sonrisa le aseguró—: Volveremos cuando usted lo considere. No tema.

Tomó de la mano a la joven, la guio hacia la salida y ambas se retiraron del consultorio. Después, con amabilidad y como si se tratara de una hija, Filomena la llevó a recorrer las calles más concurridas de Carmen de Patagones. No la apreciaba, pero, si estaba obligada a convivir con ella durante un mes, entonces era mejor que comenzaran a congraciarse. Contaba con la suficiente generosidad en el alma como para entender que sin ella, esa muchacha estaría en total abandono.

CAPÍTULO 24

Nandi de a poco se adaptó a las costumbres de los maragatos y, contrario a lo que le había sucedido en la fragata, aceptó con mansedumbre ese nuevo destino. Haría lo que estuviera a su alcance para eliminar esos bruscos desmayos. Estaba enamorada de Gérard y por él se curaría. Así, más adelante, podrían navegar juntos los mares sin sobresaltos físicos y vivirían esa existencia nómada que a ellos tanto les gustaba.

Se concentró entonces en amoldarse a ese sorprendente giro que habían dado sus días. Sin pensarlo ni buscarlo, se encontraba en una casa donde no conocía a los habitantes y en un pueblo nuevo y fascinante, por lo menos para ella.

Sobre todo estaba dispuesta a moderar los ímpetus y a congeniar con su anfitriona, tal como había jurado salir adelante de ese mes en soledad, lejos de su amado compañero, así podría hacer más llevadera la estadía en la ciudad. Parecía que ambas se habían puesto de acuerdo con ese punto; si la malgache no tenía otra salida, entonces lo mejor y más saludable para todos era que ellas se entendieran. Después de todo, durante las siguientes semanas vivirían juntas y compartirían espacios y momentos.

—Quiero ayudar, señora Filomena. ¿Me enseña? —preguntó la segunda mañana apenas se despertó.

La mujer ya estaba en el comedor y le daba órdenes a las criadas sobre la próxima comida, que tendrían a solas ya que los Requelme no tenían hijos.

—¡Bienvenida, niña! ¿Descansaste bien, sin desmayos?

—¡Ni los nombre, señora! —exclamó Nandi con exageración, tal como era ella, pura energía y pasión.

—Ven, ven. Desayuno mientras leo estas revistas de moda —le indicó y llamó a la sirvienta—. Emilce, tráele una sustanciosa bandeja a esta joven.

—Sí, patrona —dijo y se inclinó antes de retirarse.

—¿Usted podría enseñarme las tareas de esta casa? Aborrezco permanecer impasible.

—¡Por supuesto! Pero ¿de verdad quieres trabajar?

—Se lo ruego.

—Entonces te mostraré y tú eliges lo que prefieres hacer.

De ese modo, Nandi colaboraba cada jornada con las labores del hogar que los Requielme poseían en la costa sur, allí donde Filomena residía casi siempre. Al final, no le resultaron tan distintas a las de cualquier otra residencia que ella conociera. Claro que en su país todo era más relajado; las reglas de convivencia eran cien veces más flexibles, cada quien hacía lo que mejor le caía en gracia, vestían más livianos, bailaban y cantaban el día entero y los alimentos se cocinaban fuera de las chozas, bajo un árbol, sin tantos protocolos ni condicionamientos a la hora de comer.

También daba largas caminatas por el parque con Filomena o alguna otra sirvienta. Allí la tierra era más llana, había menos lomas y se encontraba separado de las demás parcelas por una pared baja de piedras. Este paredón rodeaba la quinta, que era bastante grande y estaba compuesta por una huerta con verduras de estación, varios árboles frutales y animales de granja.

El potrero tenía una desvencijada tranquera que solo detenía a los bueyes de trabajo y a la lechera, porque las gallinas y demás animales pequeños, como patos y gansos, andaban sueltos y merodeaban por el valle mientras escarbaban los montículos en busca de lombrices e insectos para comer.

Pronto, Nandi se acostumbró a la rutina de ese hogar. Comprendió con rapidez que residir en ese poblado era muy tranquilo y que nada malo podía sucederles, a pesar de tener tantos habitantes de diferente procedencia y calaña.

Además, como le agradaba hacer siempre algo, se mantenía ocupada y colaboraba con las demás empleadas de la casa. Ordeñaban la vaca temprano en la mañana, recogían los huevos que las aves ponían en los nidos del gallinero abierto o se ocupaban de dar vuelta y revolver la tierra de la huerta con un arado para sacar las malezas indeseables, sembrar y acomodar las diferentes plantas.

Cada mañana recolectaban las verduras que utilizarían para cocinar ese día y, si a Nandi le sobraba tiempo, entonces no se quedaba quieta para leer o coser, se cruzaba a la orilla norte e iba hasta el negocio de don Alberto para ayudarlo en la atención de los innumerables clientes que entraban.

Al principio, él se había sentido un poco extraño e incómodo al tener a semejante persona como ayudante.

—No es tan arisca ni maleducada como crees —le advirtió su mujer—. Tú piensas así porque nunca estás con ella, pero yo, que vivo cada hora a su lado, te lo afirmo.

Filomena se había encariñado con la joven y, en su simpleza de espíritu, la había terminado por adoptar como a una hija. Claro que el color de la piel incidía en esa predilección, por eso, se guardaba ciertas expresiones de cariño, sonrisas y agradecimientos. Algo en su interior, con perennes raíces costumbristas, la hacía detenerse en esas intenciones.

—Si tú lo dices, así será —expresó Alberto en esa ocasión.

Con el correr de los días, notó que las aseveraciones de Filomena eran ciertas, Nandi era más tranquila de lo que él había creído.

* * *

Gracias a su buena predisposición, al cabo de apenas una semana la joven terminó por volverse muy útil en el desenvolvimiento de la fonda. Tanto fue así que, más adelante, si el trabajo lo superaba, él no dudaba en mandarla a buscar, para lo cual enviaba al chico de los mandados hasta su casa.

Cuando lo veía llegar, Nandi primero le pedía permiso a Filomena para dejar la tarea que en ese momento tenía entre manos.

—Ve nomás, muchacha, yo me arreglo, no temas.

Más adelante, cuando Nandi recapacitaba sobre las circunstancias que la habían conducido a ese instante, sonreía complacida y se asombraba de lo bien que había congeniado con la dueña de casa. ¡Tan desagradable que le había parecido al conocerla! Amaba ese calma transcurrir donde cada hora del día estaba marcada por la cotidianeidad y cada acontecimiento era importante, en especial cuando caía la tarde y los sonidos del campo comenzaban a mermar.

En esos momentos, Nandi detenía el ajetreo y se sentaba sobre la pirca para observar la ancha estepa que se le abría infinita delante de los ojos.

Eran minutos de recogimiento donde invariablemente pensaba en su amado.

—Gérard, querido hombre, amado amigo, ¿por dónde andarás?

Se preguntaba si ya habría terminado con sus obligaciones en Buenos Aires, si habría regresado a la estancia La Cimarrona y si andaría por la tierra nueva, Adrizar. Y más importante aún, ¿pensaría en ella tanto como ella pensaba en él?

Más adelante, llena de añoranza, también se sumergía en esas amorosas meditaciones mientras trabajaba, lo que le sucedía cada vez más seguido. Cuando recapacitaba, se daba cuenta de que evocaba a su amado ausente con demasiada frecuencia, casi a cada instante.

—Niña, ¿qué te ha distraído? —solía preguntarle Filomena cuando detenía las labores de costurera y permanecía sentada sobre una reposera para controlar a las sirvientas.

—Nada, señora, nada.

¿Qué iba a decirle? ¿Que deseaba a su hombre, a su perdido compañero de aventuras?

El mensajero de don Alberto solía detener esas elucubraciones cuando aparecía por la huerta y miraba a Nandi.

—¿Puedo ir hasta el negocio de don Requelme? —le preguntaba ella a la anfitriona antes de escuchar el pedido del joven, dado que ya sabía a qué había ido hasta allí.

—Ve, niña, ve nomás que yo termino con estas cebollas. —Lo cual significaba que desde donde se encontraba, sentada con comodidad en la hamaca, observaría a las empleadas para que concluyeran esa tarea.

Entonces Nandi se sacaba el delantal que llevaba puesto y acudía al llamado. Pero al tiempo que se dirigía hacia la costa opuesta, los debates internos continuaban.

De camino hacia allá, sentada en una chalupa, estudiaba a los enormes navíos en el río, los que le producían una inmensa nostalgia y, últimamente, hasta sentía un deseo incontenible por llorar. Aun así, siempre se repetía que estaba allí, en Carmen de Patagones, por su bien.

También miraba a los transeúntes; locales, extranjeros, niños, nodrizas, pillos, corsarios como Gérard, vagos y borrachos, los cuales abundaban y eran tantos que se volvía de verdad peligroso salir a la calle cuando el sol bajaba.

Filomena le había comentado:

—Las familias de clase social acomodada jamás se adentran en las callecitas atestadas de vida. Prefieren enviar a las sirvientes a realizar las tareas y salen nada más que cuando se presenta alguna ocasión especial, como puede serlo un acontecimiento artístico dentro del fortín del pueblo, la visita temporal de una amiga que ha venido de viaje con su marido para acompañarlo en sus transacciones comerciales o en las ocasiones en que el jefe militar al mando del poblado convoca a todos los habitantes a encerrarse dentro del fuerte porque tiene una certera amenaza de invasión; insurrección que siempre viene del lado de las tropas rebeldes, que pueden componerse de algunos criollos que huyen de la justicia o de nativos que se han sublevado. —Al decirlo, se persignó—. Dios no lo permita.

Lo cual, hasta ese momento, Nandi nunca había padecido.

Pero fuera de esas situaciones, no existía otra razón tan valedera como para salir de la casa y correr el riesgo de quedar en medio de una gresca callejera o de bodegón originada por los beodos de turno o los pillos que aprovechaban el alboroto, cualquiera este fuera, para cometer actos de vandalismo.

Sí, ese villorrio, al estar tan alejado del resto de las demás poblaciones, se encontraba bastante desprotegido, salvo el decrepito fuerte que se erguía sobre la loma norte de la ciudad.

* * *

La vida continuó su silencioso caminar y Nandi, como un perro al que han dejado sin dueño, de a poco se aquerenció a esa nueva familia y comenzó a quererlos como parte de su vida.

Las semanas de espera se volvieron más de cuatro y, para no sentirse triste, se obligó a diluir los recuerdos de su compañero de trampas. Entonces, y a medida que el tiempo transcurría, de un ardoroso presente que le carcomía la alegría, Gérard pasó a convertirse en una cálida remembranza de tiempos pasados.

—¿Cuántas semanas van ya? —se preguntó Nandi al cabo de más de un mes—. ¿Siete? ¿Y mi amado dónde está? ¿Cuándo cumplirá con su juramento de regresar a buscarme?

* * *

Cuando llegaba la oración y las labores concluían, Nandi continuaba con la costumbre de erguirse sobre la más alta loma. En esa pacífica soledad, escudriñaba impotente hacia el norte, al ancho río que corría, y miraba también las largas e interminables planicies áridas que se estiraban al sur. Luego, siempre regresaba al presente con el desaliento que le mordía las entrañas, entristecida por la falta de cumplimiento de su hombre con la palabra dada.

Cada tanto, cuando buscaba novedades de su corsario, le preguntaba a Alberto si había recibido noticias de *La Liberté*.

El hombre le respondía lo mismo, una y otra vez.

—Nada, hija, aún no tengo nada para comentarte. —Y al ver el desaliento reflejado en el rostro de la joven, se apuraba a agregar—: No temas, si él te lo prometió, sin duda regresará, ya lo verás. Lo conozco bien; Gérard es hombre

de ley.

Por otro lado, el médico seguía sin encontrar una respuesta válida para darle a la muchacha sobre las razones de su enfermedad. Hasta el momento no había encontrado nada diferente en ella, nada que pudiera esclarecer el origen de ese misterioso mal.

Mientras tanto, en el entorno de la muchacha, todo continuaba igual, aunado en monotonía y aburrimiento. Esto era justo lo que ya comenzaba a atormentar a la joven, que pugnaba por un poco de acción. Era demasiado joven como para encerrarse en el aburguesamiento de los viejos.

¡Estoy harta! Saturada hasta la coronilla, empezó a decirse cuando nadie la escuchaba y le gritaba a los vientos sus quejas, les contaba que se encontraba crispada. También comprendía que no tenía manera alguna de salir de esa repetición existencial.

* * *

Cada nueva mañana, lo primero que hacía cuando asomaba el rostro por la puerta de la casa era mirar hacia el río. Trataba infructuosamente de descubrir la fragata de su querido hombre, la hermosa *La Liberté*, anclada en la parte más profunda del cauce del Negro.

Ahí quedaba, en la misma postura durante unos minutos, permitiendo que los huracanes persistentes le azotaran las mejillas y le hicieran lagrimear los ojos, ¿o era llanto lo que le brotaba porque no veía a Gérard en ese paisaje cotidiano?

A esa altura de los acontecimientos, pensaba con seriedad que él ya no la amaba, ¿la habría abandonado? ¿Se habría olvidado de ella? Tal vez se había ido en busca de nuevas aventuras, nuevos horizontes o tenía el corazón

puesto en otra mujer.

—¿Dónde te encuentras, Demonio mío? —decía, porque aún lo consideraba como parte indivisible de su vida y reconocía que le costaría sangre si acaso alguna vez se veía obligada a arrancárselo de las vísceras—. ¿Por qué no vienes a rescatarme?

* * *

Luego de dos meses de permanecer en Carmen de Patagones, comenzó a sentirse presa. En la inmensa libertad que le daban los Requelme, lo mismo se le hacía estar atada y la razón era muy simple: se encontraba lejos de todo aquello que más amaba y sin manera de retornar a su querencia.

Además, no estaba acostumbrada, y jamás lo estaría, a los modos sociales, a vestirse bien, a calzar botas apretadas, a recogerse el cabello y mantener los modales medidos y en perfecta armonía con el entorno, sin hacer movimientos bruscos ni levantar la voz cuando se expresaba. Al principio, todo ello le había parecido un ejercicio divertido para moderar los arranques de furia; sin embargo, al término de esas semanas, ya se odiaba a sí misma.

—Y el doctor, ¿qué ha descubierto? ¡Nada!

No había sido capaz de decirle ni una palabra con respecto a su dolencia ni le había aclarado la razón de los desmayos, entonces ¿hasta cuándo permanecería allí? Ya le daban ganas otra vez de regresar junto a Nuil, porque el sosiego y la vida repetida la mataban poco a poco, le consumían la energía y la hacían renegar de las ilusiones de continuar con la espera. Entonces miraba hacia el desierto sur. ¿Y si emprendía el regreso? Tal vez podría internarse en la desolada estepa, tal como había pensado hacerlo el primer día en que se descubrió abandonada y sola en ese populoso aunque desconocido villorrio.

¿Y por qué no?, valor no le faltaba y salud tampoco, pensó.

Desde el segundo en que se le instaló esa idea, cuando trabajaba en la quinta, cuando ordeñaba a la lechera o cuando caminaba por el parque concentró los pensamientos en esa nueva ocurrencia, la desarrolló de a poco y en silencio, la perfeccionó y estudió todas sus aristas, los riesgos y hasta los imprevistos que podrían surgir mientras estuviera en el medio de la llanura, sola, completa y absolutamente sola.

Suponía que, si se dirigía hacia el sur, en algún momento se chocaría con La Cimarrona. Varias veces les había preguntado a las personas dónde se encontraba el campo de Jacques y siempre le habían dicho lo mismo, hacia el sur.

¡Ocho semanas habían transcurrido ya! ¿Por qué no se animaba? ¿Por qué no partía y listo sin darle aviso a nadie? Desde ya que, si los Requelme se enteraban, de seguro no se lo permitirían. Ni ellos ni ninguna persona sensata del pueblo.

En realidad, tan errados no estarían, porque lo que ella pensaba emprender, sola y sin protección ni experiencia alguna, era una tremenda estupidez. Hasta Nandi podía darse cuenta de ello.

Existía una sola razón que la mantenía aún aferrada a las faldas de Filomena: las noticias que siempre les llegaban sobre los continuos atropellos de la guerrilla en el desierto.

Los nativos renegados solían juntarse en grupos para aprovechar la fuerza de sus tropas cerradas y, entre coloquios interminables, hacían contratos verbales de mutua convivencia en los cuales se aclaraba cómo sería el reparto del producto de las próximas pillerías. Claro que luego eso no se cumplía casi nunca, ni los malones ni los convenios si tenían algún éxito.

De todos modos, los desmanes ocurrían todo el tiempo y, si alguno de esos malandras desalmados la encontraba desamparada en medio del desierto, sin duda que ella se las vería en una situación horrible, porque lo menos que le harían sería vejarla, hacerla prisionera, torturarla hasta saciar sus ansias de venganza, luego la matarían, eso como corolario al rapto.

Luego pensó en subirse a un barco que viajara hasta Madagascar, pero esa opción también era una locura, porque nada le garantizaba que la respetarían. Nandi no podía obviar que su piel oscura animaba a cualquiera a ser irrespetuoso con ella.

No, por el momento debía aguardar. Lo cual no la tranquilizaba en lo más mínimo. Aun así, en el corazón de malgache salvaje y libre todavía imperaba el anhelo de escaparse para poder reencontrarse con su feliz vida del pasado.

—¿Dónde estás, Demonio de los Mares? ¿En qué océano te perdiste? — repetía a cada momento. Luego se enojaba—. ¡Maldito cretino, ya verás cuando te tenga al alcance de mis zarpas! Te marcaré el rostro hasta dejarte como un tigre.

Al siguiente instante, lo descartaba y pasaba a pensar en Nuil y en Jacques. En otras ocasiones rememoraba a su gente, a su lejano y querido país.

Alguna vez le preguntó a Filomena si no sería mejor que ella se agregase a una expedición que viajara hacia el sur y así poder regresar a La Cimarrona.

Espantada, la vieja mujer siempre le respondía lo mismo:

—¡Qué ocurrencias tienes! El capitán dijo que tardaría como un mes en regresar.

—¡Pero ya han pasado dos! —se quejaba Nandi.

—Espera, muchacha, ten paciencia. Los tiempos entre los navegantes o los forasteros que viajan por tierra son muy inciertos.

Sí, paciencia era justo lo que no tenía, y la poca que había conseguido juntar gracias al autoconvencimiento ya hacía rato que se le había acabado. A ella le gustaba actuar, hacer senda, iniciar eventos y no esperar a que los acontecimientos se desarrollaran por sí solos.

CAPÍTULO 25

Pasaban los días y las amenazas de nuevos ataques de los sectores insurrectos que merodeaban la estepa eran cada más fuertes. En esa oportunidad, los maragatos creían que el conflicto era inminente.

Los pillos persistían en las corridas por los alrededores de Carmen de Patagones, se manejaban con impunidad porque la milicia que podía confrontarlos era muy débil. Estaba compuesta por antiguos esclavos y soldados que eran capaces de pasarse de bando ante cualquier propuesta más apetecible.

Últimamente, hasta los mismos nativos patagones que vivían en las afueras del pueblo eran convocados a acercarse un poco más, no solo en busca de que sus familias estuvieran más protegidas, sino para que los hombres colaboraran en la defensa y se agregaran a las flacas tropas de la villa.

Sabían que, desde el gobierno, nacional no podían recibir ni esperar ayuda, porque se encontraba inmerso en sus propias e interminables rencillas.

Una tranquila tarde con escaso viento, Nandi estaba en la huerta con Emilce para recoger algunas hojas de acelga de la quinta que se encontraba al lado de la casa. Esa noche tenían pensado preparar un budín verde y, en ese momento, ambas cargaban canastas donde colocaban las enormes hojas a medida que las cortaban con un cuchillo.

Entonces los perros se alertaron, echaron las orejas hacia atrás y luego comenzaron a ladrar desesperados.

—¿Qué podrá haberlos alterado así? —inquirió la sirvienta al tiempo que se erguía y miraba hacia campo abierto, ese que se abría más allá de la pirca.

Un minuto más tarde, las mujeres sintieron un tropel de jinetes que se acercaba.

—¿Qué sucede? —exclamó Emilce muy ansiosa mientras alzaba más el cuerpo para mirar hacia oriente, sitio de donde llegaban los caballos.

—¿Rebeldes? —preguntó Nandi aterrada—. Fíjate, Emilce, ¿son rebeldes que vienen hacia nosotras?

Un poco más allá, bajo la galería de la casa, Filomena dejó el eterno tejido y estiró el cuello para mirar con curiosidad hacia el lugar de donde llegaba el malón de redomones, entonces abrió asombrada la boca al comprender el peligro que se les acercaba. Muda de espanto, soltó las agujas y apenas un leve gemido le brotó. Incapaz de hacer nada más, permaneció inmóvil mientras veía cómo los malvivientes galopaban hacia ellas tres.

Los desaforados nativos eran más en número; por sus gestos de felicidad y elocuentes gritos mientras las señalaban, sin duda ya las habían visto y habían notado que estaban desprotegidas y a mano. En un instante, evaluaron cuánto podían conseguir por ellas y decidieron que el precio era apetecible.

Estaban determinados a raptarlas, porque sabían que los negreros que los habían contratado pagarían buenas monedas por esas mujeres. ¿Qué harían luego con ellas? Eso a los malandras no les interesaba, el dinero que obtendrían era lo único determinante en ese vil atropello.

A los gritos frenéticos azuzaron aún más a los caballos y los hicieron cruzar de un salto el muro de lajas que delimitaba la parcela de los Requielme. Después, arremetieron decididos contra las dos granjeras.

Filomena se salvó del rapto porque se encontraba varios metros más alejada y quedó cubierta bajo la sombra de las enredaderas en el techo de la galería. Las gallinas cacarearon y chillaron al ser pisoteadas por los cascos;

un par murió de manera instantánea; otras quedaron quebradas o desplumadas y se salvaron de milagro porque pudieron correr, apuradas cuanto les daban las patas para ir a meterse bajo un arbusto.

Nandi reaccionó con rapidez, tiró la canasta llena con hojas de acelga encima de uno de ellos e intentó detener la arremetida. Pero el salvaje, ducho en contiendas cuerpo a cuerpo, se agachó y esquivó el golpe, solo apenas sintió que la canasta de mimbre le golpeaba el hombro y le rozaba la frente.

Ella levantó el cuchillo con el que hasta ese momento cortaba hojas de acelga y amagó a clavárselo en el costado.

—¡Brava resultó ser la esclava! —gritó exultante el renegado—. A ver si te quedan tantas ínfulas cuando te hayamos estaqueado durante unos días bajo los rayos del sol —exclamó. Luego estiró la mano mientras el redomón corcoveaba, le torció la muñeca y la obligó así a soltar el arma—. Eso es, gata arisca. O te quiebro la mano o dejas de comportarte como una fiera.

A la pobre Emilce, como era más grandota y algo regordeta, la levantaron entre dos, aunque tuvo la buena fortuna de resultarles demasiado pesada, por eso quedó colgada entre ambos. Los caballos sintieron el excesivo peso y frenaron apenas sus ímpetus, luego continuaron al galope. Los jinetes, al no haber podido arrojar sobre los caballos a la sirvienta, trataron de arrastrarla con ellos y la llevaron colgada en pleno escape, otra vez apurados hacia el campo. Al galope raudo saltaron la pirca, lo que provocó que la mujer la golpeará con las piernas que aún le bailaban sueltas. El choque, a pesar de lastimarla seriamente, los frenó.

Los caballos; sin embargo, continuaron el envión, la mujer se les soltó de las manos y la perdieron.

Uno tiró las riendas del yeguarizo para regresar por ella.

—Déjala, debe de estar moribunda con semejante golpe.

A Nandi, en cambio, pequeña como era, fue mucho más fácil levantarla. Aquel que había amenazado con fracturarle el brazo lanzó un grito de triunfo, la alzó en vilo de las crenchas y la colocó atravesada sobre el lomo del caballo.

—¡Iuju! ¡Volvamos! —gritó exultante por haberse hecho de un inesperado botín.

La muchacha era negra, joven y saludable; serviría muy bien como criada bajo las órdenes de cualquier amo.

* * *

Un momento más tarde, el escenario de la batahola recobraba la quietud habitual. Los sinvergüenzas se habían perdido en el valle para unirse al resto de la tropilla de ladrones de poca monta que por esos días rondaban el lugar.

Allí quedaron las dos mujeres, consternadas, sin reacción alguna. No por el momento. Filomena mascullaba incoherencias y la pobre sirvienta se restregaba las rodillas, peladas y sangrantes luego del encontronazo contra la pirca.

Nandi, mientras tanto, saltaba como bolsa de papas y se golpeaba la cabeza contra el flanco del animal y en el estribo del nativo. Con cada nuevo golpe, ella perdía más capacidad de razonamiento y entraba de a poco en la semiinconsciencia. En la escasa claridad de criterio que le quedaba, se preguntaba cómo era posible que el malvado diablo una vez más metiera las garras en su vida, qué intrincada trama había urdido el muy bestial y por qué se había ensañado tanto con ella, tanto como para sumergirla en esas circunstancias, lejos de la protección del fuerte de Carmen de Patagones, alejada de los habitantes y desarmada, salvo por la daga que aún mantenía en la vaina que llevaba atada en la entrepierna.

En ese instante, la joven era igual a una liebre a merced de ese hato de vándalos que en algún momento detendrían el furibundo galope para divertirse a su costa. Parecía increíble que en un segundo la vida le hubiese dado un nuevo vuelco tan radical. Una vez más, la ola incontenible del destino la envolvía y la arrastraba consigo sin darle posibilidades de escapar.

Los hombres continuaron al galope sin detenerse y abrían más distancia con el poblado mientras bordeaban la orilla del río hasta casi llegar a su unión con el mar. Allí ya había varias chalupas que los aguardaban, con lo cual, Nandi dedujo que el pillaje era algo planeado y no una incursión sin un objetivo concreto.

Bajaron de los caballos y subieron a las barcazas. Uno de ellos, con torpeza, ubicó a Nandi junto a él y, como ella intentó moverse para acomodarse algo mejor, con un certero fustazo en los muslos la previno de algún intento de escape.

—¡Ni pienses, granuja salvaje, que intentarás desaparecer! ¡Bastante trabajo me has dado ya!

Después llevaron los animales de reata a nado en las aguas ribereñas y comenzaron a remar para internarse en el ancho cauce del río. Remaron con fuerza hasta llegar a una goleta que se encontraba anclada un poco más lejos.

Parados dentro de la endeble embarcación y mientras trataban de mantener el equilibrio, comenzaron a conversar con los que se encontraban sobre el puente de la nave mayor.

Nandi continuaba tirada en el fondo de uno de los botes, casi desvanecida por los golpes y con sangre producto de varios cortes. Levantó apenas el rostro y consiguió mirar de reojo entre las mechas enredadas. ¡Dioses benditos!, se dijo, solo con ver la apariencia de la tripulación supo que eran piratas. ¿De dónde habían salido? ¿Cómo habían podido burlar la línea de cañones enclavada sobre la barranca, en la entrada del río?

No entendía mucho el idioma que hablaban, aunque, por los gestos, pudo comprender que los nativos negociaban a viva voz para establecer el importe a pagar por lo que llevaban hasta la embarcación. ¿Quiénes eran los navegantes? ¿Portugueses? Por la entonación de las palabras y el ritmo al hablar, supuso que así era. Los bandoleros eran extranjeros acriollados, pero los navegantes, sin duda, procedían de mar adentro, porque tenían el acento muy cerrado.

Nandi, una vez pasado el primer instante de desconcierto, recobró la flema guerrera y su cabeza ingeniosa ya ideaba modos de eludir los próximos inconvenientes que le caerían encima, porque el hecho de estar en un barco, rodeada de piratas insensibles y sin códigos, por cierto que no auguraba nada bueno.

Al recuperar su centro, no tardó mucho en buscar maneras para la confrontación; estaba decidida a luchar con uñas y dientes, dar patadas y puñetazos a diestra y siniestra, ya que con un solo puñetazo de esos rufianes, podían enviarla al país de la eternidad.

Por eso, y luego de morderse la bronca porque no le agradaba ceder con tanta facilidad, convino que hasta no saber exactamente qué buscaban de ella, lo más sensato era aplacarse los bríos sin intentar escapar, al menos no por el momento, y hacerse la tonta de ser necesario. Sería más astuta que ellos y se dejaría llevar. Ya encontraría la oportunidad de zafar de semejantes carceleros.

La subieron a la goleta y la mantuvieron recostada sobre el puente, apretándola con un pie para que no se moviera. Pero ella no pensaba hacerlo y por el momento se hacía la desmayada para estudiar la situación y a las personas que la rodeaban.

Uno de ellos, quizás el más desagradable, el más reclamante y en apariencia el capitán del barco, cada tanto observaba a la joven con mirada lasciva. Su deseo de abordarla era tan incuestionable, que un débil hilo de saliva le corría cada tanto y se le escapaba de los labios entreabiertos.

Nandi pudo distinguirle los dientes negros y las uñas sucias, incluso le llegaba el aliento fétido y el olor ácido que le brotaba del cuerpo. De manera involuntaria, ella hizo una arcada y se corrió a un costado para tratar de no vomitar, pero el hombre se agachó y a una velocidad inusitada la retuvo por el cabello.

—*¡Nem pense nisso! ¡Ni se te ocurra! Mulher insuportável!*

Después, sin más miramientos ni mediaciones, la arrastró hasta el camarote. Los demás del grupo, tanto canallas como marineros, permanecieron fuera mientras reían y festejaban la aparición del imprevisto botín en forma de apetitosas curvas femeninas. Aplaudieron a viva voz lo que el capitán estaba a punto de hacer con ella y, al tiempo que el jefe la llevaba de las mechas, chacoteaban a los gritos, se codeaban y decían bromas groseras al respecto.

Una vez adentro del camarote, él la levantó sin cuidado alguno y la tiró sobre la cama. Con manos bruscas y ademanes torpes, comenzó a levantarle la falda, luego la enagua y le arrancó el calzón. Nandi temía que descubriera el cuchillo, pero el rufián se encontraba tan apurado por concretar ese vil cometido que no lo notó.

Después fue muy fácil dar con el escondite de los mayores placeres masculinos y por unos segundos se detuvo, dilató con desmesura las pupilas mientras admiraba con voracidad casi inaudita el vello púbico de la joven. Tenía las tripas sedientas y la boca era una mueca desesperada, en la que imaginaba la satisfacción que ese maravilloso reducto le produciría. Sonreía con excitación al pensar en culminación de sus acometidas sexuales. Que la iba a disfrutar, la disfrutaría, pensó. ¡Sí, señor! Nadie, ni siquiera el mismo diablo se lo impediría.

Nandi apretó los muslos cuanto pudo para eludir la violación, cerró los ojos, se mordió la lengua hasta hacerla sangrar y los puños se le crisparon para prenderse a la sucia frazada sobre la cual se encontraba recostada. Sin

otro modo de defenderse, comenzó a aullar en un gemido prolongado que le siseaba entre los dientes, esos que no podía aflojar.

Después calló. Inmovilizada por el espanto, contuvo el aliento unos segundos, un minuto... Buscaba, buscaba con desesperación la aparición de su misteriosa enfermedad, hasta que al fin se sintió desvanecer.

A medida que perdía la consciencia, que por primera vez ella misma había provocado, contaba los injustos atropellos que sufría. Uno, dos, tres, ¿por qué la vida era tan peligrosa y desequilibrada? ¿Cuántas veces más la asaltarían los hombres? ¿Cuánto debía soportar el avasallamiento de los varones por el simple hecho de ser negra y mujer? ¿Acaso esas dos razones eran suficientes para adjudicarse el derecho a hacerlo? ¿En qué ley se permitía semejante aberración?

En el momento en que perdía la consciencia y el último hilo de lucidez se le escapaba, se dijo que en esa ocasión su misterioso mal era bienvenido. Gracias a él, no tendría conciencia de lo que estaba a punto de producirse en su cuerpo.

El pirata portugués se tiró dispuesto sobre la joven, acuciado por penetrarla, pero al notar que ella estaba flácida y no tenía reacción alguna ante los manoseos, se detuvo con brusquedad.

—¿Y ahora? *O que lhe acontece a essa mulher?*

Le dio varias cachetadas para intentar reanimarla, la zamarreó, le clavó el cuchillo en la planta de los pies, le tiró la piel de las mejillas, le arrojó agua fría, le gritó al oído tan fuerte y tan cerca que, de habérselo propuesto, la podría haber dejado sorda, pero nada, no hubo ni un atisbo de reacción, ni una sola respuesta.

—*Imbéceis!* ¡Mentirosos! ¡Una moribunda me trajeron! Eso hicieron los muy estúpidos.

Comenzó a acordonarse las calzas de nuevo, abrió la puerta de un manotazo y salió a imprecicar a los ladrones.

Los criollos ya estaban por subir a las chalupas para descargar el resto del botín. Entonces él, desde la baranda, les gritó:

—¡Qué bien me la hicieron! *A menina é morta!* ¡Sin vida permanece sobre mi lecho! ¿Qué engaño es este? ¿Pensaban que no me daría cuenta de que estaba inmóvil?

Los nativos lo miraron incrédulos. ¿Cómo podía ser cierto lo que el capitán de ese barco les decía, si ellos la habían visto viva y patalear cuando la trajeron? ¿Se habría golpeado contra las espuelas? ¿Al portugués se le habría pasado la mano al darle una paliza?

—Capitán —dijo uno de ellos con voz enojada—, la joven estaba perfecta cuando se la dimos. Nosotros no tenemos la culpa si ella ahora está muerta, habrá sido usted.

—Le aviso que lo mismo nos la paga. Queremos nuestro dinero ahora —vociferó otro, que, tras volver a subir al barco por la escala, lo desafiaba con el cuchillo en la mano.

Sus compañeros lo secundaron, igual de bravucones. El portugués apenas si hizo un movimiento con los ojos. Esos mequetrefes de poca monta no lo intimidarían.

De inmediato, cinco marineros enormes se les abalanzaron, se colgaron del cuello de los tres raptos y sin preámbulos ni explicación alguna los levantaron y los tiraron sobre el puente. Luego, con las espadas los atravesaron de lado a lado y, no contentos con ello y para que no quedaran dudas, los degollaron.

Allí permanecieron, satisfechos, observando mientras los cuerpos se sacudían en los últimos estertores grotescos al tiempo que un reguero de sangre comenzaba a inundar la cubierta.

—¡Ahí tienen! —les dijo el capitán mientras los escupía y les pateaba los cuerpos inertes—. ¿Cómo se atrevieron a enfrentarme? *Quem tem razão agora, hein?* ¿Quién tiene la razón? —Volvió a patearlos y luego les ordenó a los marineros que los arrojaran al agua.

El único bribón que había permanecido en la chalupa para sostener las riendas de los yeguarizos, al ver la trifulca descarnada que se armaba y cómo sus compañeros de fechorías eran despedidos de este mundo con tal brutalidad, sin pensarlo dos veces soltó las bridas que tenía entre las manos, tomó los remos y comenzó a alejarse de la nave con desesperación.

—¡Mátenlo! —gritó el capitán al ver que el hombre trataba de huir—. ¡No quiero que nadie nos acuse en el pueblo!

Se escucharon dos disparos y, un instante más tarde, el cuerpo del cuarto rufián colgaba fuera del bote.

—Vayan a buscar los caballos, *os quero no meu barco* —fue la última orden que dio—. Por lo menos algo de valor rescataremos. ¡Estoy harto de tanta estupidez!

Después entró otra vez al camarote y miró con desprecio a la joven que aún permanecía en la misma posición en que la había dejado. Se acercó a ella y la tocó con la funda del sable. No hubo reacción alguna.

—¡Estúpidos nativos! La mataron, seguro que la golpearon tanto antes de entregármela que ahora está muerta. —Se detuvo un momento a mirarla—. *Bonito o que é!* ¡Cuánto desperdicio de negro salvajismo! ¡Imbéciles! —Después volvió a salir y ordenó—: ¡Leven ancla apenas terminen!

Cargar los yeguarizos fue una tarea bastante complicada y lenta de hacer porque primero debían alcanzarlos, atarles cabos alrededor de los vientres y luego jalar desde la borda para izarlos, con lo cual, los animales patearían y se negarían a realizar algo tan fuera de lo acostumbrado.

Al notar que su gente, por más que lo intentaba, no podía pasarles los cabos alrededor de las panzas, otra vez les gritó:

—¡Déjenlos, inútiles vagos! ¡Qué hato de ignorantes recogí en el puerto! —Observó un momento más cómo dejaban libres a los caballos—. ¡Leven ancla! *Agora!*

Ya habían hecho demasiado ruido y llamado la atención, lo que no era sensato. Mejor desaparecían y se iban a piratear a otras aguas, no fuera a ser que los cañones que se encontraban a la salida del río, sobre la escarpada barranca norte, comenzaran a dispararles.

—*Acabou!* Volamos de aquí.

Después regresó a la habitación y se sentó al lado de la joven. Apenas estuvieran un poco más lejos, la arrojaría al mar. Una cosa eran los cadáveres de cuatro despreciables ladrones que nadie reclamaría y otra muy distinta el de una muchacha esclava muy bien cuidada, por lo que él notaba en su acomodado atuendo. ¡Qué extraño!, se dijo. ¿Sería la amante o la protegida de algún general importante?, porque no cualquier sirvienta vestía de modo tan fino.

Lástima, se quedaría con las ganas, porque no pensaba abordarla. Él podía hacer lo que fuera, tenía estómago para cualquier contingencia, mataba y descuartizaba personas sin reparo alguno, podía comer la carne de un búfalo crudo, arrojar bebés al agua porque chillaban, arrancarle los ojos a un marinero por reportarse lento en las tareas, pero hasta ese momento no había hecho el amor con cadáveres.

* * *

Ya de noche, cuando la nave portuguesa se encontraba en la desembocadura del río Negro al mar, Nandi sintió que se ahogaba. Una catarata fría y salada le invadió los pulmones y la hizo a toser, le provocó arcadas y la obligó a escupir líquido.

Mientras lo hacía y daba manotazos desesperados, trataba de mantenerse en la superficie.

En ese momento, una ola enorme y helada la cubrió por completo, luego otra y otra más.

—¡Señor! —gritó y tragó agua salada, sin saber bien a quién se dirigía ni si había algún ser humano cerca de ella.

Lo cual era improbable. Lo único que sabía era que un segundo atrás había estado dormida en el camarote del pirata portugués y que, en ese momento flotaba, o, mejor dicho, sucumbía, ante un paredón interminable de agua de mar.

¿Qué le había pasado? ¿Cómo había llegado a esa situación sin lógica alguna? ¿Qué era lo último que recordaba? Sí, se acordaba del marinero que trataba de abordarla, que le arrancaba la enagua y le desgarraba la camisa.

¿Por qué entonces estaba en medio del mar?, se preguntó. De eso sí podía darse cuenta; la oscuridad era casi completa y lo poco que podía distinguir cuando conseguía salir un tanto a la superficie eran las estrellas y la luna en cuarto creciente. Nada más.

Debía de estar cerca de la orilla, porque podía escuchar las olas que estallaban contra los barrancos, la espuma que se escurría entre las hendiduras y algún que otro pajarraco que chillaba en el aire. Se preguntó cómo pudo llegar hasta el agua, si la habían arrojado esos desalmados portugueses, pero el barco pirata ¿dónde estaba?

No era momento de preocuparse por el enemigo. En las sombras de la noche, ella bien podía pasar desapercibida, aun si los asesinos se encontrasen a pocos metros. Lo primordial era ocuparse de esa situación extrema en la que se hallaba inmersa y a la cual no sabía cómo había llegado.

Braceó y pataleó para mantenerse a flote mientras sentía cómo las ondas marinas la acercaban más y más hacia la orilla escarpada. Lo sabía porque el bramido de las olas que se estrellaban contra los riscos era cada vez más fuerte. ¿Qué haría cuando llegara y cómo evitaría que una onda poderosa la estampara contra las aristas puntiagudas de los peñascos? ¿Llegaría, acaso?

Una nueva ola la levantó y la sostuvo durante algunos segundos en vilo, gracias a eso, pudo inhalar aire puro.

—¡Vida! ¡Dioses del mar! ¿Dónde están para socorrerme?

Las cortaderas rocosas se erguían como paredes infranqueables delante de ella y su figura apenas recortada en el agua helada y cristalina aparentaba ser mucho más diminuta de lo que en realidad era. ¿Cómo haría para salir ilesa de esa acometida fenomenal? ¿Cuántas veces la pondrían a prueba los espíritus?

Las rompientes se potenciaron, avanzaban y retrocedían, y Nandi comprendió que en un instante más ya se balancearía peligrosamente entre las crestas blancas que se abrazaban a las rocas que sobresalían de la costa. Cuando eso ocurriera, la mala suerte estaría echada.

Recogió las piernas y las envolvió con los brazos, escondió la cabeza en el pecho y por último se dejó llevar; si el mar quería apropiarse de ella, Nandi no se rebelaría, no lucharía. Tal vez ese era su destino final y no renegaría de él, estaba cansada de que las adversidades la fueran a picanear.

Una última acometida la elevó en el aire, la golpeó con salvajismo contra las barrancas y la dejó semisumergida en el hueco interno de una roca bastante alta. La masa de agua se retiró por unos instantes y la dejó aplastada

contra las piedras macizas de la orilla.

Apenas se recompuso un poco, aprovechó para estirarse. Debía escapar, alejarse de la costa. Se incorporó apenas y se aferró con fuerza a cuanto saliente encontraba delante, se arrastró tierra adentro y serpenteó entre los filosos granitos que se levantaban en el borde del mar.

—¡Ay! —gritó. Uno de sus brazos le dolía mucho y se mantenía laxo, sin respuesta. ¿Se lo habría roto al golpear en las rocas?

Podía sentir las ondas marinas que saltaban una y otra vez hacia ella. Parecían lonjas mojadas que intentaban tomarla de los pies para llevarla de regreso al mar y que pugnaban por retenerla para siempre en sus profundidades.

De todos modos, insistió y, al comprobar que el intento de alejarse de las garras líquidas tenía éxito, gateó sin detenerse hasta parecerle que entraba en una cueva.

Por el cambio en los sonidos, mucho más apagados y sin el estrépito del eco marino, supo que había penetrado en una cavidad mojada, oscura, larga y bastante húmeda que olía a bichos de mar.

Se detuvo un momento para escuchar mejor.

—¡Dioses, ayúdenme en esta también! ¡No me abandonen, espíritus de mis ancestros!

El mar todavía rugía y, dentro de esa roca hueca, los ecos se volvían fantasmagóricos. Se estremeció y se apretó el brazo fracturado con la mano sana. ¿Estaría salvada o condenada a una muerte todavía peor?

CAPÍTULO 26

Aún con espasmos de asco provocados por el agua marina que había tragado y mientras escupía y tosía, se internó más en la cueva sin detenerse. Siguió hasta que comenzó a sentir que el suelo se volvía más blando, resbaladizo, lleno de algas y de peces en descomposición, esos que seguro quedaban retenidos en el lugar porque la menguada fuerza de las olas no podía arrastrarlos de regreso. Por el olor a podredumbre, dedujo que debían de estar muertos y habían tenido una peor culminación que ella en sus azarosas vidas.

Avanzó todavía más, quería encontrar un espacio seco. No era sensato permanecer durante mucho tiempo sentada sobre una helada laguna llena de barro y animales putrefactos.

Transcurrieron los minutos y cuando el suelo se volvió más apropiado, se permitió el echarse para descansar. Tocó el piso y lo encontró blando y casi sin humedad.

—Bien, algo es algo.

Por lo menos ya se encontraba en una mejor situación que hasta minutos atrás, y ni qué decir un par de horas antes, cuando se hallaba a merced de los desalmados piratas.

Entonces evaluó la situación. Desde donde estaba, los estallidos del mar se escuchaban en ecos más lejanos. El suelo aparentaba encontrarse compuesto por una buena cantidad de trozos pequeños de conchas marinas, esqueletos de animales que no podía precisar cuáles eran por la oscuridad reinante y por

algo parecido a arena fina o tierra, además de un poco de musgo y algas. De ahí dedujo que la marea no llegaba hasta allí; de otro modo, todo se encontraría mojado.

Decidió echarse a descansar, tenía que recobrar energías. Se sentía terriblemente cansada por haber tenido que nadar en esos remolinos de agua en ebullición y después arrastrarse para alejarse del mar.

Se sentó y esperó a que el corazón agitado se le calmara un poco. Mientras, se tanteó y estudió cada centímetro del cuerpo para buscar posibles heridas y raspones. Pero se encontraba tan atarida que las yemas de los dedos no tenían sensibilidad alguna y no sentía nada.

Sin embargo, al cabo del detallado escrutinio, notó que se había encontrado un corte feo en una pierna y nada más. Lo peor entonces era el brazo izquierdo, que yacía laxo, deforme, en mala posición, imposibilitado desde todo punto de vista para moverse.

Se irguió mejor y se apoyó contra la pared de la cueva para tratar de acomodarlo.

—¡Ay! —gritó al sentir una aguda puntada de dolor.

Sí, seguro que estaba quebrado; entonces se lo tomó con suavidad y lo recorrió. En efecto, podía notar la zona hinchada, caliente, y el hueso roto.

Mientras temblaba de frío, con la ayuda de la mano sana y el cuchillo que aún conservaba en el bolsillo de la entrepierna, arrancó un pedazo de tela de la enagua empapada e hizo una tira larga. Con ella se ató el brazo y se lo retuvo firme contra el pecho. Eso, además, le daría un poco de calor a su congelado cuerpo.

Se tocó los pies y notó que estaba descalza, en alguna parte debía de haber perdido el calzado o, a lo mejor, el portugués cretino se lo había sacado. Eso también había sido bueno, porque las botas la habrían hundido más en el agua e impedido mantenerse a flote.

Suspiró más aliviada. Por el momento no existía ningún otro peligro ni tenía ninguna otra laceración en el cuerpo. Aun así, se dijo que todavía no estaba a salvo, ni siquiera cerca. Si continuaba con tanto frío, sin duda moriría sin llegar a ver la luz del día siguiente; entonces, se preguntó cómo haría para calentarse.

Con el brazo inmovilizado comenzó a adentrarse más en la caverna y dejó atrás el mar. A medida que avanzaba, podía notar que el aire gélido no mermaba, pero sí la humedad. Ya un poco más adentro, el suelo estaba por completo seco y hasta pudo tocar algunas matas de paja que le servirían para cubrirse un poco y mantenerse tibia.

Con la mano libre hizo un hueco en la tierra blanda, se metió en él y luego se tapó un poco con todo lo que encontró alrededor.

Lista ya en la improvisada y precaria cama, recogió las piernas e intentó relajarse. Tenía que pensar, era imperioso pensar. Le dolía cada centímetro del cuerpo, el piso estaba frío y de vez en cuando sentía algún animal extraño que emitía pequeños ruidos. Aunque, en verdad, no le molestaba; si esas misteriosas criaturas habían conseguido sobrevivir en ese lugar tan oscuro y frío, ella también lo lograría.

A pesar de encontrarse terriblemente desolada, asustada y dolorida, sin saber qué sería de ella a partir de ese instante, el sueño llegó con rapidez. En su pueblo había aprendido que muchas veces era mejor y más seguro estar sola para poder arreglárselas con mayor libertad que saberse rodeada de enemigos que se encontraban al acecho. Si todo salía medianamente bien, ella también sería capaz de escapar de esa situación sin ayuda de nadie.

Mientras se dormía, ni un atisbo de duda se le cruzó por la mente y nunca imaginó que las condiciones tan precarias en las que se encontraba atacarían contra su valor y le diezmarían la entereza, porque, de haber sido así, quizás no hubiese podido conciliar el sueño, ese que necesitaba para recuperar fuerzas e intentar superar tantos inconvenientes juntos y de tan variado tipo.

* * *

Se despertó recién cuando el sol estaba alto en el cielo, ya que la cueva donde se encontraba era bastante oscura y la luz casi no penetraba en la parte más profunda, allí donde ella se encontraba.

Se tocó el brazo quebrado, que se encontraba mucho más hinchado y acalambrado; también se revisó el tajo de la pierna y notó que no sangraba más, por lo que supuso que el agua salada la había ayudado.

Mientras tiritaba de frío, gateó hacia la salida y se dio de lleno con el sol que le iluminaba el rostro.

—¡Bueno! —dijo en voz alta mientras levantaba el pecho y se sentía invadida con nuevos bríos para poder pensar con sensatez sobre los siguientes pasos a seguir.

¡Qué magnífica se encontraba la mañana!, pensó.

Delante y hacia abajo se abría el océano, que estallaba en sonidos marinos, y su esplendorosa magnificencia la recibió, como si le augurara un excelente futuro. Se le hacía que lanzaba vítores al viento y la felicitaba por haber salido entera de esa situación.

Rio contenta, cerró los ojos y durante unos segundos disfrutó de los clamores silvestres que el viento le llevaba a los oídos. Estaba fresco, pero los rayos del sol calentaban cada vez más a medida que transcurrían los minutos.

Nandi inspiró profundo. ¡Cuánto equilibrio había en el mundo! ¡Cuán sabia era la creación!

En un arranque de alegría desmedida lanzó un grito y se midió la potencia de acuerdo al eco que hizo en las quebradas que caían a pique hacia el mar.

—¡Ah!

Luego se puso seria y se detuvo a analizar su proceder. Se preguntó cómo podía disfrutar de tanta perfección de la naturaleza si se encontraba en tan extrema fragilidad.

Miró hacia atrás y notó que estaba en una cueva que se encontraba bastante alto; era probable que los alrededores de la caverna hubieran quedado despejados, porque, en ese momento, había marea baja y el mar se había retirado bastante. Desde allí no le resultaría muy difícil caminar hacia tierra firme.

Descendió la barranca y, al comenzar a dar los primeros pasos, se clavó las conchillas que pisaba. Entonces supo que tendría que procurarse de inmediato un calzado; si no lo hacía, los caparazones secos y las piedras puntiagudas le lacerarían la planta de los pies. Si no encontraba pronto con qué cubrirlos, no podría continuar viaje.

Estaba determinada a caminar hacia el sur y buscar la estancia de Jacques y Nuil.

—¿Tardaré tres jornadas, cinco, treinta?

No importaba, alguna vez arribaría. Sabía que, si conseguía algo de alimento, si podía cubrirse los pies, si tenía con qué abrigarse, si no se topaba con más malandras deshonestos y si perseveraba lo suficiente, sin duda daría con la hermosa estancia de sus amigos.

Supo que eran demasiados “si”; a pesar de ello, estaba decidida a llegar victoriosa hasta La Cimarrona.

Avanzó y, un rato más tarde, las rocas ásperas desaparecieron. Con algo más de confianza caminó, bajó dunas y superó los últimos obstáculos pedregosos que encontraba delante. Cuando pudo moverse sin que las plantas de los pies se le lastimaran con cada nuevo paso, comenzó a orillar la costa siempre hacia el sur, hacia su objetivo. Cuando se encontraba con una curva demasiado pronunciada, avanzaba derecho y la cortaba.

Arriba, las gaviotas, cormoranes, albatros y demás aves del mar graznaban y piaban, como si la acompañaran en ese improvisado y forzoso viaje.

Al fin, arribó a una playa protegida del viento y de las olas del mar. Ahí, el sol calentaba la suave arena y la volvía tibia y aterciopelada. Se paró a observar el ancho océano mientras pensaba; debía conseguir pronto todo lo que necesitaba para subsistir, porque, así como se encontraba, no sabía si podría lidiar con otro día más.

Tenía el optimismo alto; sin embargo, no debía olvidar lo más importante, que era imperioso mejorar sus condiciones. Atrás habían quedado las comodidades del poblado, el calor de un hogar y el refugio de una fortaleza equipada, además de los amigos, los conocidos, la comida fácil y el abrigo a mano.

—Atrás, todo quedó en el pasado.

Recién en ese momento comprendió cuán valioso era estar en un villorrio con muchos habitantes. En ese momento, lo cierto, lo tangible era que estaba sola y con eso tendría que bastarle, porque nadie más podía ir a ayudarla.

Todavía con la mirada puesta en el amplio mar, se sentó a cavilar sobre su situación. El brazo roto le dolía bastante y tenía hambre. Además, aunque el sol le calentara el cuerpo y le diera nuevas energías, sabía que, sin comida, no sobreviviría mucho tiempo, pero ¿dónde conseguirla?

Sentada sobre una roca a la orilla, notó que unos lobos marinos comenzaban a dejar la protección del agua salada y se recostaban para calentarse con los rayos del sol. Se irguió atenta. ¿Qué le había dicho Nuil sobre esos mamíferos? Debía recordar, ¡debía recordar!

—¡Sí, eso es! —gritó al recordar que eran un buen alimento cuando no existía nada más para ingerir. También le dijo que tenían mucha grasa, una gruesa piel y eran relativamente fáciles de cazar—. ¡Correcto! —exclamó en voz alta.

Decidió ponerse en acción, no había tiempo que perder. Caminó con lentitud y, sin molestarlos mientras recorría la arena, buscó un palo, algo con qué pegarles.

A su paso encontró algunas almejas. Según recordaba por haberlas probado en una ocasión en casa de Nuil, también podían comerse y sabía cómo abrirlas. Las quebró contra las rocas y sacó el contenido, se lo metió en la boca y masticó con fruición. ¡Qué sabrosas estaban! Algo duras, pero le servirían para paliar esa acuciante hambre que había comenzado a acosarla y pronto la debilitaría.

Después continuó con la búsqueda de algún elemento con el cual improvisar un arma, ya que la daga era demasiado pequeña como para traspasar la piel gruesa y lastimar al mamífero.

Encontró un tronco largo que podía servirle de garrote mortal. Lo sopesó en el brazo, el único que podía utilizar, y, al ver que podía lidiar con él, muy despacio se acercó a una hembra pequeña, la que se encontraba más cerca, una que tuviera poco tamaño. No quería vérselas con un animal enorme contra el cual sin duda perdería en la lucha. Cuando la tuvo cerca, mientras le pedía perdón en silencio por lo que iba a hacerle, la golpeó en la cabeza lo más fuerte que pudo.

El lobo se arrastró hacia el mar, pero ella lo siguió y le pegó una y otra vez hasta verlo caer de costado, agonizante. Por las dudas, Nandi volvió a golpearlo hasta que no se movió más.

El resto de la manada, al escuchar los chillidos del animal y mientras hacía gran alharaca, se movió veloz hacia el mar y se perdió en las aguas revueltas, frías y cristalinas.

Instantes más tarde, solo quedaban ella y el cuerpo muerto a sus pies.

—¡Sí! —exclamó exultante la muchacha y levantó la improvisada arma en gesto de victoria.

Miró al lobo con más detenimiento y comenzó a darle un poco de tristeza; rogaba al cielo para que la hembra no fuera madre y, en ese momento, estuviera amamantando.

Mientras cavilaba sobre lo siguiente que tenía que hacer, escuchó un chapoteo a lo lejos, dentro del mar. Levantó la vista y se encontró con el magnífico espectáculo de varias inmensas ballenas que saltaban y nadaban, que iban como ella, hacia el sur, allá donde luego se aparearían muy cerca de la península del Diablo. Eso le había contado Nuil, como ya había conseguido alimento y no tenía apuro, se distrajo unos minutos con tan grandiosa vista. Esos animales eran gigantes poderosos y cuando lanzaban el aire, el chorro de agua saltaba varios metros hacia arriba como una potente lluvia invertida. ¡Qué increíble escena!

Después se obligó a regresar a sus tareas de subsistencia. Si todo salía como ella esperaba, alguna vez podría disfrutar de esa visión sentada en un banco junto a sus amigos y a Gérard. ¿Por qué no? ¿Qué había de malo en soñar?

Lo siguiente que tenía que hacer era cuerear al mamífero. Sacó el cuchillo, se colocó a los pies del animal y comenzó a abrirlo de manera longitudinal.

—¡Madre santa, qué cuero tan grueso tiene!

Como la tarea la cansaba y debía detenerse a cada momento para volver a afilar la daga, comenzó a entonar una melodía de su tierra, pero tuvo que esforzarse para recordar la letra. Cuando terminaba una, reiniciaba el canto con otra y se daba ánimos para no desistir.

¡Ardua fue la labor! Recién dos horas más tarde, logró quitarle el cuero completo, porque el animal era mucho más grande de lo que había creído en un principio y porque su excesiva gordura le engrasaba las manos, se las volvía resbalosas y la obligaba a lavárselas o restregárselas contra la arena continuamente.

Luego estiró el pesado cuero sobre una enorme roca, lo que tampoco fue simple, porque la piel tenía casi diez centímetros de grasa y la volvía demasiado pesada.

Comió de esa misma gordura y bebió sangre para calmarse la sed, lo cual le causó bastante repugnancia porque se había coagulado y por eso estaba espesa y con sabor fuerte. Por último, cortó lonjas de carne.

—¿Y ahora? —se preguntó—. Debo encender fuego.

Otra labor complicada. Le llevó más de una hora restregar dos guijarros entre sí en un intento por sacarles chispas para que cayeran sobre el pasto seco que había recolectado y mantenía en un manojo, debajo y a un costado de unas rocas. Cuando al fin lo consiguió, saltó jubilosa.

—¡Listo! —exclamó.

Se arrojó de nalgas sobre la arena, levantó la vista y admiró el paisaje de un azul estridente. ¡Se sentía tan bien! Tenía comida, cuero con el que podía fabricar calzado, un abrigo y fuego. ¿Qué más podía pedir?

* * *

Al concluir el día, fatigada y sucia, corrió hasta el mar para bañarse. Antes de entrar, miró hacia el agua límpida y, luego de girar sobre sí misma, gritó de felicidad. Había conseguido concretar sus ideas.

Cuando la mañana se inició, era un manajo de inquietudes; se reconocía desposeída y temerosa. En ese momento, en cambio, tenía cuanto requería para poder subsistir por lo menos durante unos días más.

—¡Sí! ¡Lo hice, lo hice!

La alegría le duró bien poco, porque al estar ociosa, un asalto de recuerdos sensibles la invadió. Presencias indeseables y molestas la rodearon, abarcaron cada resquicio de sus pensamientos y le escocieron el alma con intrigas no buscadas y no necesitadas.

Allá lejos, quién sabía dónde, a miles de kilómetros, estaba su hogar. ¡Querida gente de su encantadora isla! ¡Cuánto los extrañaba! La risa continua de los chiquillos, la sabiduría de los ancianos, la belleza de los jóvenes y, un poco más acá, sin saber dónde, estaba el refugio de sus mejores amigos argentinos.

Después hizo otro esfuerzo, porque el dolor le estrujaba el alma, y pensó que quizás en La Cimarrona también se encontraba la sombra de su amado. Aunque su recuerdo tenía aristas opuestas, ya que por un lado todavía lo amaba con todo su ser y, por otro, sentía un letal resentimiento hacia ese frívolo hombre, a quien consideraba un completo insensible. ¿Cómo pudo haberle hecho lo que le había hecho? ¿Acaso no la amaba y le había prometido cuidar de ella?

—¡Y juró regresar!

Recordó las palabras escritas en francés sobre su palma y apretó el puño de manera inconsciente, como si pudiera retener esa frase, perdida ya hacía tiempo.

Primero, el muy desalmado la había arrancado de su gente con engaños y, como si eso no fuese poco, le había quitado la virginidad. Por último, la había abandonado, desprotegida, librada a su suerte, destino que en ese preciso instante la arrollaba. Recapacitó sobre todo ello y pensó: si acaso volvía a verlo alguna vez, ¿se lo perdonaría? ¿Podría hacerlo? Meneó la cabeza dubitativa. Creía que no.

Volvió a su presente y se dio cuenta de que oscurecía con rapidez. Allí en la playa, expuesta a los vientos y al frío, no era sensato quedarse.

Arrastró la piel y consiguió subirla hasta unas lomas arenosas que se encontraban protegidas de los vientos francos. Sobre una laja transportó algunas brasas del fuego que había encendido y acercó más leña seca hasta la hondonada. Encima colocó lonjas de carne para asarlas.

Una vez decidido dónde dormiría, lo cual sería allí mismo, entre las dunas, y al tiempo que aguardaba a que la carne se asara, se ocupó de hacerse el calzado. Para ello, y mientras se esforzaba una vez más hasta el agotamiento, cortó dos trozos de piel, los desgrasó con una piedra roma y se los colocó en las plantas de los pies, atados con hebras de junco trenzadas en una cuerda firme.

La comida consistió en esas sabrosas tiras cocinadas sobre las llamas; al masticar el primer bocado, supo a manjar, regalo de los espíritus benignos. También colocó varias piedras encima de las brasas para calentarlas.

Con la única mano sana, cavó en la arena hasta hacer un pozo algo profundo. En el fondo puso las piedras tibias, las cubrió bien con arena y encima se acomodó ella. Mientras se dormía con una sonrisa y se cubría con la asquerosa aunque protectora y abrigada piel, se dijo que ya estaba lista para iniciar el viaje. Tenía cuanto le era imprescindible para el largo trayecto hacia su nueva meta.

Al día siguiente, cortaría varios trozos de carne, armaría con ramas un suplemento donde cargar la piel y arrastrarla tras ella y, decidida, daría el primer paso hacia la estancia de Nuil.

Llena de las raíces primarias de su raza, con ese increíble tesón por mantenerse con el ánimo alto que albergaba en el corazón, siempre contenta y a la espera de lo mejor de cada acontecimiento, Nandi no tenía duda alguna de que llegaría a destino. Más tarde o más temprano, pero lo haría.

Con esa certeza y la labor ardua que había realizado durante el día, en escasos minutos entró en un pesado sopor que le permitió dormir sin sobresaltos durante toda la noche.

¡Bendita alma inocente! Nandi nunca imaginó que las distancias en la Patagonia eran increíblemente más vastas de lo que ella pensaba. Y también que sería un milagro si alguna vez llegaba a toparse con el campo de Jacques.

CAPÍTULO 27

La muchacha durmió de un tirón, como si hubiera estado en el más cómodo de los aposentos. Ni la soledad, ni el viento ni la arena que se le revolvía alrededor y le hacía cosquillas en las mejillas, ni el aroma apestoso de la piel, ni los pájaros que la picoteaban cuando amanecía porque habían descubierto que tenía algunos trozos de carne y mucha grasa encima, la desvelaron.

De vez en cuando, se movía para cambiar de posición y apenas si se despertaba al sentir una puntada en el brazo fracturado, nada más.

Recién cuando el sol brilló fuerte sobre su cabeza, decidió levantarse.

—Comeré algo, juntaré carne para el trayecto y luego iniciaré la caminata hacia donde creo que queda La Cimarrona.

Cerró los ojos y se los restregó al tiempo que se desperezaba, dispuesta a comenzar otra jornada repleta de sorpresas. El día anterior había comprobado que lo desconocido no era tan terrible, por eso, el devenir ya no la asustaba. Además, nunca la habían amedrentado los desafíos y en esa ocasión no sería distinto.

Al volver a abrir los ojos notó que la claridad se opacaba. ¿Qué podía haber sucedido? ¿Quién o qué tapaba la luz del sol?

Se arrodilló y miró hacia atrás, creía que se encontraría con una nube tormentosa o con un arbusto que había rodado desde la loma más cercana.

Pero lo que vio le erizó la piel, le hizo flaquear el coraje y temblar de terror. Allí, a escasos metros de ella y sin posibilidad de huida, tres enormes hombres con rostro serio y poco amigable la observaban.

—¡No, otra vez no! —fue lo único que le surgió decir.

¿Cuántas iban ya? ¿Hasta cuándo los espíritus malignos se ensañarían con ella? Estaba harta, hastiada hasta la coronilla de inconvenientes que no había buscado ni pedido. La furia que tenía era tal que le impedía razonar. Daría pelea y se salvaría o moriría en el intento, pero ya no quería enfrentarse a las malignas sorpresas.

Decidida, se agachó y en un rápido ademán buscó el cuchillo. Con el brazo sano y mientras separaba las piernas, lo extendió hacia ellos en actitud amenazante para prevenirlos de las consecuencias de acercársele demasiado. En esa ocasión, daría batalla hasta el final.

Las moles humanas se miraron entre sí y uno rio. Esa risa fue tan franca y divertida que Nandi alzó las cejas intrigada y bajó la mano. ¿Quiénes eran esas personas? ¿Por qué la trataban con tanta aparente cordialidad? Porque habían transformado en un santiamén sus semblantes y cambiaron de bravos guerreros a inocentes gigantes.

Entonces uno de ellos habló con el mismo acento que Nuil, ronco, gutural. ¿Serían de la misma tribu? ¿Serían patagones?

Nandi los estudió. Estaban cubiertos por enormes capas de guanaco o zorrillo, con los pelos del cuero hacia dentro y parecían muy abrigadas, como las que ella había visto en el campo de su amiga. Tenían los rostros oscuros y el cabello negro y largo. Además, se protegían los pies con gruesas pieles atadas con cordeles de tientos.

Nandi intentó recordar alguna palabra en su idioma, pero con Nuil solo habían hablado en español o, a lo sumo, un poco en francés; nunca tocaron el tema de la lengua tehuelche.

El hombre que hablaba extendió la mano e hizo ademán para que los siguiera. Nandi miró alrededor, no tenía nada que cargar, apenas si contaba con la falda y la enagua hecha jirones, las que llevaba puestas, por supuesto,

y un trapo que le rodeaba el cuerpo con el cual se apretaba el brazo quebrado.

Lo pensó durante unos segundos. ¿Qué perdía al ir con ellos? No parecían peligrosos ni tener malas intenciones; además, si la hubiesen querido matar o aprovecharse de su condición de mujer o lo que fuera, sin duda ya lo habrían hecho.

—¿El lobo de mar? —preguntó y se detuvo para señalar los restos del mamífero.

Uno de ellos lo levantó como si fuera un tronco liviano. Luego, sin esperarla, comenzaron a caminar hacia el oeste.

Cada tanto la observaban para cerciorarse de que no quedara muy atrás.

—Sí, ya voy, ya voy —exclamaba ella y se apresuraba un poco más.

Nandi trataba de seguirles el paso; sin embargo, esas moles eran tan altas y sus pisadas tan largas que dos pasos de ella eran uno de los tehuelches; debía trotar si quería seguirles el ritmo.

Al final, agotada y de mal humor, comenzó a gritarles.

—¡Eh, hombres brutos! ¿Acaso no notaron que no tengo piernas de liebre? —exclamó y se quedó quieta mientras los miraba con rabia. Ellos se detuvieron y la miraron—. ¿No tienen un poco de consideración? ¿No se dan cuenta de que estoy lastimada y soy pequeña comparada con ustedes, por supuesto? —dijo y los señaló—. Elefantes de selva, yo soy una frágil mariposa. Siguen y siguen y siguen como si yo fuera tan enorme como su escandalosa estructura, ¿qué se han creído? —Mientras hablaba, hacía gestos exagerados como si caminara con pasos largos y luego se tiró al piso como si estuviera muerta—. ¡Y dale, y dale! ¿Qué se creen? ¿Nadie les enseñó a ser más atentos con una dama? —Al terminar el discurso, puso el brazo sano en jarra.

Sí, Nandi no hacía nada extraño ya que se sentía acompañada y, por ello, más segura. Solo le había permitido a su temple explosivo aflorar.

Los patagones no entendían nada de lo que esa muchacha les decía, aunque sus ademanes, chillidos y gestos de enojo demostraban que se encontraba furiosa. Se miraron consternados; su pueblo era un tácito matriarcado, las mujeres comandaban sin ejercer presión alguna y lo hacían solo con sagacidad, ya que eran en extremo hábiles para convencer a los varones que lo que ellas querían era lo más perentorio e ineludible, por eso debían obedecerlas de inmediato.

En ese momento, sin deseos de discutir con una hembra, y mucho menos con una tan joven y diminuta como esa avispa que tenían detrás, uno de ellos lanzó una exclamación de impotencia y optó por lo más directo.

Se acercó a la muchacha y, sin mediar explicación ni preparación alguna, la levantó con sus poderosos brazos y se la cargó sobre al hombro.

—¿Y ahora? ¿Qué te has creído, gigante despreciable, monstruo del infierno? Encima hueles como podredumbre. —Lo dijo sin tener en cuenta que, luego de dormir sobre una piel de lobo marino, ella también debía de tener un aroma nada agradable.

Comenzó a golpearlo y patearlo mientras le lanzaba mil maldiciones en todos los idiomas que se le ocurrieron, rabiosa y ofendida porque era tratada como un bulto, no como una persona. Pero el brazo fracturado comenzó a dolerle como si lo picanearan desde todos los flancos, entonces prefirió quietarse.

Más tarde comprendió que, en realidad, el hombre quería ayudarla y no pretendía hacerle daño.

—Bien, mejor me relajo y me dejo llevar.

Más sosegada, se recostó sobre la delicada piel que cubría el cuerpo del nativo y permitió que él la cargara mientras disfrutaba del trayecto rumbo adonde fuera que esos tres gigantes pensarán llevarla. ¿Qué otra cosa podía hacer? Sin duda, se encontraba en inferioridad de condiciones. ¿Por qué, una vez en la vida, no podía permitir que otro decidiera por ella?

* * *

Cuando el sol calentaba en la hora más tibia del día, Nandi avistó una toltería tehuelche. En ese momento, el indígena que la llevaba en andas la bajó y, sin darle explicación alguna, siguió con la caminata como si ella no existiera. Fue directo hacia su morada, entró y se olvidó de la joven. Los otros dos hicieron lo mismo.

Nandi quedó allí parada, abrumada mientras miraba hacia todos lados sin saber cómo proceder. Estudió el entorno con ojo curioso. Estaba en un conglomerado de chozas construidas con pieles enormes atadas entre sí y sostenidas en alto por palos, dentro de las cuales podía distinguir a varias personas que se afanaban en distintas tareas domésticas y un fuego que crepitaba en el centro de cada una de ellas.

Allí permaneció, quieta, sin saber qué hacer observando todo con ojo cuidadoso porque no sabía qué podía ocurrir.

Los minutos transcurrieron y, al no hacer movimiento alguno y sin contar con la tibieza del cuerpo del hombre que la cargaba, Nandi comenzó a sentir frío.

Entonces, tal como era ella, sin más lanzó una abierta exclamación de incomodidad.

—¡Me congeló! —gritó y saltó en el mismo lugar donde se encontraba para entrar en calor—. ¿Alguien tiene una piel con la cual cubrirme?

Al escucharla, algunas mujeres, como si fuera la primera vez que advertían su presencia, dejaron de hacer lo que sea que tenían entre manos y, curiosas, se acercaron a ella. Sin inhibición ni discreción alguna la tocaron, le palparon la piel oscura, le metieron los dedos entre las mechas revueltas, incluso acercaron la nariz y la olieron. ¡Vaya, sí que parecía una salvaje esa niña!, pensaron al sentirle el olor de la grasa de los lobos marinos. ¿Y por qué tenía el brazo vendado?

Cuando quisieron desatarle el trapo, ella gritó de dolor.

—¡No! ¡Me lastiman, matronas metidas! —exclamó encrespada y se echó hacia atrás, dispuesta a dar pelea.

Las mujeres se detuvieron y parlotearon entre sí. Luego, la tomaron de la mano sana y la condujeron hacia otro toldo, uno que se encontraba al final del poblado. Una vez frente a la entrada, la dejaron sola.

Minutos más tarde, apareció una mujer vieja. Tenía varios adornos de plata colgados de las orejas, frente y cuello. Nandi dedujo que por el porte altivo y los adornos sin duda debía de ser una cacica o una hechicera.

La vieja echó con un ademán a las demás mujeres que volvieron a aparecer cuando ella salía de la choza y, luego, con la cabeza ladeada, estudió con detenimiento a la recién llegada.

Por su lado, Nandi todavía la miraba. ¿Sería la curandera de la tribu? En el cabello también tenía varios colgantes que tintineaban con sonido cantarino cada vez que hacía un movimiento; sus rasgos eran muy pronunciados, como si los surcos en el rostro fuesen cauces secos de un profundo río.

La mujer, sin decirle palabra, con suavidad, la tomó de la mano y la llevó hacia adentro. Después la hizo sentar sobre varias mullidas pieles, frente al fuego que chasqueaba caliente en el centro de la morada. Una vez allí,

acomodada de rodillas a su lado, con cuidado le desató la tela que le mantenía el brazo lastimado aferrado al pecho. Libre ya, con sumo detenimiento, se lo inspeccionó.

Le hizo un gesto de rotura para demostrarle lo que Nandi ya sabía, que tenía el hueso fracturado. Ella luego procedió a vendárselo y a entablillarlo. Por último, le pasó por delante y atrás del pecho un cuero muy suave y delgado y se lo aferró otra vez contra el cuerpo. Listo ya el trabajo, se corrió un poco y buscó entre las pieles hasta que encontró una que podía servirle a la joven para cubrirse, porque comprendía que así como estaba vestida no podría soportar las extremas temperaturas de esa época del año. Todo lo ejecutó en silencio, con lentitud y en un intento de no hacerle más daño.

Nandi, mientras tanto, le sonreía en agradecimiento por los cuidados que le dispensaba. Esa anciana no la conocía; aun así, se ocupaba de ella como si fuese su madre.

—Gracias, amable señora.

Al final, la vieja mujer le sirvió una infusión de té caliente y la obligó a tomarlo. Recién en ese momento, Nandi comprendió cuánto le dolía el cuerpo y cuánta hambre tenía. Una vez más, agachó el rostro con una sonrisa y le dio a entender que apreciaba esos gestos de atención.

—Tengo mucho cansancio —dijo al cabo de algunos minutos.

Tal vez la infusión tuviera hierbas soporíferas, porque un rato más tarde sintió mucho sueño. Se recostó sobre las mismas pieles donde estaba sentada y, como el entorno se encontraba en penumbras y pocos sonidos le llegaban desde afuera, Nandi durmió un rato.

La hechicera continuó ensimismada en sus labores. La imagen que a la muchacha le quedó grabada antes de cerrar los ojos fue de una amorosa y seria persona que molía raíces dentro de un cacharro de barro, acucillada

frente al fuego mientras entonaba una melodía en voz baja, la que acompañaba con el ritmo de sus golpeteos.

Nandi sintió mucha paz en su espíritu y un sopor intenso la invadió. ¡Qué bien se estaba en ese lugar! ¡Qué sencillos cuidados recibía de esos extraños! Y al tiempo que se dormía, se prometió que apenas despertara les pediría que la condujeran donde estaban Nuil y Jacques. Sí, eso haría.

* * *

Cuando abrió otra vez los ojos, era bien entrada la tarde. El sol declinaba y los cazadores aparecían desde todas partes, de seguro que regresaban de sus correrías.

Nandi se asomó fuera del toldo para curiosear y vio que algunos llevaban atravesado sobre el lomo de los caballos un venado, guanacos y varias maras. Reían y hablaban con voz fuerte y ademanes descuidados; las risotadas resonaban en todo el asentamiento.

Al escucharlos, un profundo alivio la invadió. Al fin, luego de tantos padecimientos que, como ristra de semillas dentro de una chaucha, se le habían ido encima de manera imprevista desde que había viajado con el capitán hacia Carmen de Patagones, ya era tiempo de distenderse y dejarse estar. Sentía que podía aflojar la tensión, aunque más no fuera por unas horas, contenta de estar entre personas tan joviales y atentas.

Se sentó cerca de la puerta y la hechicera le ofreció un cacharro con mate caliente y dulce. Ella lo tomó agradecida; mientras sorbía de la bombilla, se dedicó a mirar los movimientos que se desarrollaban a su alrededor. Para la joven todo era novedoso y el hecho de vivir, aunque fuera de modo temporal, en un asentamiento tehuelche le resultaba extraordinario.

Quería fisgonear, descubrir, aprender, dejarse mimar. ¡Hacía tantas semanas que manos amables no la consentían! En realidad, desde que Gérard se había alejado de su lado. Y por más que Filomena había sido cordial con ella, Nandi nunca llegó a sentirse como en casa. En cambio, en la toldería patagónica, en pocas horas se dio cuenta de que ya la tomaban como a una mujer más de la tribu y la ignoraban o la atendían como si se conocieran desde siempre.

Los modales de los varones se notaban bastante bruscos y machistas; en cambio, las mujeres, que eran casi tan grandes como ellos, tenían ademanes y modos suaves y femeninos. A ella el contraste le encantaba.

En ese momento, recordó a Gérard y rememorarle le produjo un poco de melancolía, pero la tristeza fue olvidada bien rápido. Al ver la cantidad y variedad de actividades que se desarrollaban allí, el interés por conocer más de esa amorosa gente primó sobre la nostalgia.

Innumerables niños llegaban en tandas hacia donde ella se encontraba. Asombrados, buscaban mirarla, estudiarla y el más atrevido la tocaba. Eran los más descarados, demostraban abiertamente y sin tapujos su extrañeza al ver a una persona de piel tan oscura. No se atrevían a acercarse mucho; algunos le arrojaron palillos, esos que ella les devolvía de inmediato. Nandi no podía controlar su ánimo guerrero, por más que sabía que los jóvenes jugaban como si fuese una nueva mascota. Otros, los más atentos, le dieron alguna fruta para comer: exquisitas zarzamoras que ella saboreó contenta.

Más lejos, donde concluía la toldería, la pampa árida se abría inmensa, interminable. ¡Espíritus, cuán enorme era esa tierra!

Al hacerse de noche, regresó junto al fuego dentro de la choza y la hechicera le dio un trozo de carne cocida que había asado sobre las llamas. Nandi la saboreó con fruición.

—¡Mm, rico!

¡Cuánta hambre sentía y qué rica era esa carne! ¿Sería guanaco, venado, jabalí? Nuil le había explicado bastante sobre ese desierto, pero, por desgracia, las dos no habían convivido durante demasiado tiempo y existían muchas cosas que Nandi aún ignoraba.

Sentada allí, entre tan buena gente, le brotaron más deseos de permanecer un tiempo en la Patagonia. Tal vez al lado de su amorosa amiga Nuil, con quien aprendería sobre ese increíble lugar, tan distinto a la lujuriosa y tropical Madagascar. ¡Ya se daba cuenta de que había mucho más por conocer! Y ella que tontamente había pensado recorrer sola esa estepa para arribar a La Cimarrona. ¿Cómo habría podido hacerlo?, ¿qué vana ocurrencia había tenido al pensar que sería capaz de caminar hasta allá? Porque ya notaba que ese desierto era interminable, muchas veces más gigante de lo que ella imaginara.

De nuevo recordó a Gérard y se preguntó por qué la había metido en tan terribles situaciones que la llenaron de miseria y la expusieron a los peores peligros. Entonces la flema batalladora le estalló de improviso, potenciada con el resentimiento que sentía hacia él por haberla abandonado: el ánimo se le transformó.

¡No!, se dijo. ¡Ni en mil años permaneceré en este sitio! Apenas me sea posible, desapareceré de Argentina.

En cuanto pudiera, le exigiría a Jacques que se impusiera y le ordenara a su antipático amigo capitán devolverla a Madagascar. En Argentina, ella era una extranjera, una paria y nunca accedería a habitar en ese país donde tanto había padecido. Nandi pertenecía a África y así lo creería el resto de la vida.

Obcecada y rebelde, no llegaba a comprender que se engañaba; esos pensamientos eran falsos, porque la verdad era que estaba enamorada de ese hombre ausente y si esas divagaciones hacia Gérard eran malditas, se debía a que guardaba un poderoso rencor hacia él, uno que había nacido de no saber

qué pudo haberle sucedido para no regresar a buscarla. Ese sentimiento le impedía ver lo que existía más allá, lo más profundo, aquello que había echado raíces en su corazón.

Además, a la vista estaba que la muchacha de a poco se encariñaba con esos parajes; así como amaba la amplitud en todo sentido, también adoraba la enorme libertad que se respiraba en las salvajes e interminables estepas, la atraía el amplio océano que se abría sin fin en las costas desiertas, esos enormes peces que había visto días atrás que saltaban sobre la superficie y recorrían el mar como indestructibles amos, reyes de las olas y de las corrientadas internas que lanzaban potentes chorros de agua por sus lomos. También le gustaban las raras aves que surcaban el celeste y límpido cielo, la cantidad de mamíferos mansos que atravesaban las llanuras y además se sentía atraída, y agradecida, hacia esa gente en apariencia adorable que tenía delante. ¿Qué más podía anhelar un espíritu sano y vital para ser por completo feliz?

CAPÍTULO 28

A la mañana siguiente, las mujeres más jóvenes fueron a buscarla. Entraron al toldo y con ademanes le pidieron que las acompañara; cuando Nandi accedió, entre risas y miradas cómplices al tiempo que recogían cuanto podía serles útil como alimento, la condujeron hasta la playa.

Ya no la observaban con interés desmedido ni querían tocarla u olerla a cada instante como si fuese un bicho extraño a investigar; pasado el asombro, la trataban como se comportarían con una hermana o amiga.

En el trayecto hacia el mar, mientras caminaban haciendo gracias y chacoteaban entre ellas, ella las miraba complacida y disfrutaba de esa saludable compañía. Hacía apenas escasas horas que la conocían y con tanta amabilidad la habían adoptado como una más entre los suyos. Nandi se sentía cómoda con esas muchachas, era una igual en el grupo de su misma clase, tal como si hubiese sido patagona desde el inicio de su vida.

Ya en la playa, las jóvenes se sacaron los abrigos y el delantal de gamuza que tenían puesto y quedaron desnudas. Luego, a los saltos por el frío que sentían, sin pudor ni recato y como si fuera un juego, se sumergieron en las heladas aguas para bañarse.

Como Nandi permanecía en la arena sin decidirse a secundarlas, algunas regresaron junto a ella. Entre risotadas y ademanes graciosos comenzaron a sacarle la falda. Con mucho cuidado le soltaron el brazo lastimado y, por último, se ocuparon en desatarle la blusa.

En ese momento, ella quedó con los pechos expuestos.

—¡Me descompongo del frío! —exclamó mientras se apretaba los brazos contra el torso. La brisa que llegaba del mar era helada y la hacía tiritar—. ¿Podríamos entrar ya mismo al agua y terminar con este tormento de verme expuesta y congelada? —les preguntó con una sonrisa.

Pero algo en su entorno había cambiado de repente y no fue precisamente de la naturaleza, sino en la actitud, y en especial en el rostro, de las muchachas tehuelches.

Con ojos azorados y el gesto serio, con lentitud se hicieron hacia atrás para apartarse lo más posible de ella. El silencio y el temor invadieron el semblante de las mujeres, las mismas que un segundo atrás se encontraban divertidas, dicharacheras y exultantes. De pronto habían callado mientras observaban espantadas a Nandi.

Ella frunció el ceño y las miró extrañada.

—¿Qué ha pasado? Tan fea no soy. ¿Les asombra mi piel demasiado oscura?

Una de ellas se animó a estirar el dedo y con un temblor le señaló el colgante que tenía alrededor del cuello. Era una medalla que le había dado Gérard cuando estaban en la fragata, un rato después de haber obtenido una victoria sobre los piratas.

—Este talismán te protegerá de todo mal, es mi insignia, un león con una víbora enroscada en su cuerpo, la figura de mi bandera. Si la usas siempre, nada malo podrá sucederte —le había aseverado en aquel momento.

¡Vaya que se había equivocado, el muy tunante! Peores pesadillas no la podrían haber atropellado. En ese momento, incluso pensó en arrancársela del cuello, que el Demonio desapareciera por completo de su vida. Aunque también se dijo que, si lo hacía, ya nada le recordaría a ese corsario bribón.

Primero debía entender qué les pasaba a las tehuelches, porque lo estudiaban con los ojos dilatados y el terror dibujado en los semblantes. Nandi lo levantó y sonrió, lo estiró hacia ellas y se los mostró.

—¿Qué, esto, a esto le tienen temor? Me lo regaló el Demonio de los Mares. ¿Es hermoso, verdad? Mírenlo, es un talismán para la buena fortuna —dijo y se lo acercó a los labios para besarlo.

Por única respuesta, las mujeres se corrieron más y comenzaron a vestirse sin mirarla. Ya no les agradaba más la idea de congeniar con esa mujer negra, en apariencia relacionada al Demonio de los Mares. Algunas se estremecían y otras estaban tan tensas que no podían ni mover las manos para terminar de acomodarse el quillango.

Nandi las observó sin llegar a comprender qué podía haberlas alterado tanto y se preguntó si acaso Gérard tenía tan mala reputación. ¿Tanto miedo les infundía? ¿Tan bravo era que sus aventuras habían llegado hasta tierra adentro, a oídos de esos tehuelches, porque los más cercanos a La Cimarrona no le temían?

Indiferente al temor de las jóvenes y porque ella sabía que él no era así, además debía encontrarse a muchos kilómetros, con tranquilidad terminó de sacarse la camisa y se acercó al borde del agua. Una cosa era segura: debía lavarse, porque tenía el cuerpo sucio y algo pegoteado e incluso aún cargaba algunas costras de sangre seca en la herida de la pierna. Ese repugnante cuero de lobo marino le había sido muy útil, pero una vez salvado el inconveniente de la falta de abrigo, ella protestaba en silencio por habérselo puesto encima, porque el tufillo que le había dejado era espantoso.

Entró en el mar, se agachó y se dio un ligero chapuzón mientras chillaba por el súbito frío, aunque luego del primer espanto, se sumergió por completo dentro del agua inquieta.

—¡Madre, qué fría está! —exclamó con un temblor al tiempo que se restregaba la piel con arena—. ¿Ya no vendrán a acompañarme? —preguntó mientras se daba vuelta hacia donde instantes atrás se encontraban las demás mujeres.

Nadie le respondió. Pronto se dio cuenta de que tampoco podrían haberlo hecho por varias razones; primero, porque desconocían el español, aunque de todos modos le podrían haber contestado con una risotada, tal como hacían siempre; y segundo, porque habían desaparecido. Ni un solo sonido se escuchaba en ese instante más que el de las aves que graznaban y el viento que soplaba.

Asombrada, Nandi se restregó los ojos, se echó la cabellera hacia atrás y miró las dunas de la playa.

Un poco más lejos vio a las jóvenes que se juntaban en un cerrado grupo e iniciaban con paso apurado el retorno a la tolдерía.

—¡Eh! Todavía estoy en el agua. ¡Antipáticas mujeres! —exclamó algo molesta—. Si me ahogo o si me arrastran las olas, ¿quién me socorrerá? No olviden que tengo un brazo lastimado.

Ellas continuaron como si fuesen sordas. Era evidente que la relación desinteresada y amistosa que habían mantenido con la visitante hasta unos minutos atrás, luego de descubrir el talismán que le colgaba del cuello, se había quebrado.

—¡Malditas egoístas!

Como Nandi no quería permanecer sola en el agua, al verlas alejarse se apresuró a salir del mar y a seguir las. Aun así, no la esperaron y la dejaron atrás y, cuando se descuidó durante un instante para observar el entorno y recoger leña, tal como le había pedido que hiciera la hechicera antes de salir del toldo, al volver a mirar hacia delante comprendió que ya estaba sola.

Nandi no sabía que ellas habían corrido hasta llegar a sus respectivos toldos. Una vez en el villorrio tehuelche, de inmediato se metieron en sus hogares, se escondieron como si un cuco invisible las hubiera invadido o como si huyeran de una peste contagiosa que podía atraparlas.

Nandi se detuvo en plena carrera hacia la tribu y miró el panorama desierto que la rodeaba.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde quedó su amistad y adónde se fueron ahora? —exclamó mientras daba vueltas sobre su cuerpo—. ¡Tehuelches! ¡Muchachas! —las llamó.

Pero, por más que las buscó y gritó, nadie le respondió y nadie apareció.

Los minutos pasaron y los sonidos de la naturaleza eran los únicos que se escuchaban en ese salvaje paraje. Las gaviotas inundaron el cielo y los cóndores comenzaron a rondar, probablemente ante la vista de alguna carroña.

Nandi se sentó sobre una piedra para esperarlas, pensaba que tal vez habían ido de cacería o a realizar cualquier otra tarea y que pronto recordarían que ella se encontraba sola en la playa; porque el pensar que la habían dejado tirada a su suerte era una idea demasiado terrible. ¿No eran tan amigables hasta un rato atrás?

Bueno, como no pueden conversar conmigo, entonces tampoco pudieron decirme qué actividades harían esta mañana cuando me invitaron a seguir las, se dijo para excusarlas.

Mientras continuaba ahí sentada y el día transcurría sin novedades, el deseo de verlas aparecer sobre la loma de una duna creció poco a poco. Sin embargo, el silencio continuaba. Entonces, de los labios comenzó a brotarle un gemido suave, persistente, agudo y sin control. ¿La habrían dejado para olvidarla sin volver nunca más?

—Bueno, me las arreglaré sola. Ya conozco el camino.

Ahí le entró otra duda. ¿Y si intentaba regresar a la toltería y, al verla, la echaban con lanzazos? No, era muy riesgoso.

Luego llegó la siguiente pregunta: ¿estaba sola otra vez y a partir de ese momento tendría que desenvolverse como mejor pudiera? ¿Cómo haría para superar esa nueva realidad?

¡No! ¿Una vez más sin ayuda? ¡Qué poco duró la alegría de sentirme acompañada!, se lamentó.

No podía aceptar que otra vez debía ocuparse de su propia persona, que la habían tirado a la malaventura de un destino odioso que amagaba consumirle la entereza, ese que la perseguía y la crispaba una y otra vez.

—¿Hasta cuándo, dioses insensibles? —preguntó al aire.

Sin querer darse por vencida, se olvidó de los troncos secos y corrió sobre una de las lomas arenosas. Oteó el horizonte para tratar de divisarlas e intentó ver si encontraba a las jóvenes por allí cerca, si cazaban, pescaban o recolectaban hierbas y raíces.

Las mujeres no estaban por ninguna parte, y ella era la única habitante del desierto. Cayó de rodillas sobre la arena, agobiada por negros pensamientos, víctima del peso de esas ocurrencias negativas, demolida por la fuerza de las circunstancias. Y en ese instante dijo “basta”. Ya no quería insistir y comprendió que no podía seguir, estaba agotada, harta, fastidiada hasta la nulidad de su voluntad, esa que cada vez le había dado nuevas energías y le inflaba la ilusión de querer salvarse de lo que fuera que se le echara encima.

Eran demasiados obstáculos juntos; primero, los ingleses; luego, Gérard; después, su abandono en Carmen de Patagones y los piratas portugueses; y los últimos fueron esos patagones. ¡De algún modo u otro, todos la habían avasallado o abandonado! ¿Qué tremenda maldición la acosaba?, se preguntó.

—¡No, no, no! —gritó una y otra vez como si elevara el clamor en plegaria y le lloró a los espíritus, que también la habían dejado.

Al hacerlo, olvidó que eran justo esos arranques de desesperación los que la hacían desmayar, ¿o tal vez lo había hecho a propósito?

No tuvo noción del segundo en que se le aflojaba el cuerpo y comenzaba a caer de costado, ni siquiera tuvo consciencia al tocar la arena de la suave pendiente donde se encontraba agachada.

Quedó allí, tirada, una vez más desvanecida, desprotegida, vulnerable, sola, expuesta en la más absoluta certeza de tan extrema debilidad y sin poder hacer nada al respecto.

En esa ocasión, tal como le había pasado con los piratas portugueses, también abrazaba con alegría ese desmayo y le rogaba al cielo para no recobrar más la lucidez. Nandi, la brava e invencible mujer malgache, se anulaba la vitalidad, se forzaba a la despedida eterna. Había bajado los brazos, rendida, entregada a las fuerzas que con tanta injusticia la habían envuelto con excesiva malignidad.

* * *

Al despertar, lo primero que sintió fueron cuchicheos cerca de ella. Abrió los ojos y se encontró dentro de la morada de la hechicera. La vieja mujer le limpiaba la frente con un trapo húmedo y le refrescaba el cuerpo, que se encontraba demasiado caliente.

Nandi, agobiada por la transpiración que la inundaba, estiró la mano y de un manotón se sacó las pieles que servían de manta y la cubrían por completo.

—Me sofoco —le dijo a la mujer y trató de explicárselo con ademanes y palabras al recordar que ella no podía entenderla.

La curandera dejó lo que hacía y se sentó a mirarla con gesto serio. Nandi se permitió unos minutos para despabilarse por completo y, luego, se incorporó.

Mientras tanto, allí continuaba la anciana, la observaba con algo de temor en el rostro repleto de arrugas, que en ese momento parecían haberse profundizado. Nandi se sentía incómoda, fuera de lugar y molesta porque sospechaba que, de algún modo que aún no llegaba a dilucidar, ella había lastimado y asustado a esas buenas personas.

Al tiempo que se sentaba sobre un asiento de pieles, se dijo que tenía que encontrar la manera de calmar los ánimos alterados. Esa agradable mujer se notaba tan ofuscada que su contrariedad mezclada con algo de tristeza llenaba de desolación a la muchacha. Lo menos que deseaba era molestarla, a ella o a cualquier otro tehuelche de esa tribu; sin embargo, lo había hecho, ¡y cuánto!

Agachó la cabeza y comenzó a pensar qué podía hacer para mejorarles el ánimo, para aclarar el asunto. Asunto que ni ella misma sabía cuál era, no se le ocurría qué podía decirle a la vieja mujer para tranquilizarla, con qué palabra o gesto podía hermanar las dos razas. Tenía que encontrar el modo de hilvanar otra vez los lazos de la amistad fraternal que las había unido hasta unas horas atrás.

Entonces se le iluminó el semblante, se le acababa de ocurrir una idea.

—¡Eso es! ¡Sí! —exclamó llena de júbilo.

Una vez encontrada la posible respuesta a su inquietud, la muchacha se llenó de entusiasmo, porque suponía que había hallado la clave que las uniría para siempre.

Sonrió confiada y estiró el brazo sano. Con suavidad tomó la mano tosca y arrugada de la anciana y, en un intento de ser clara, le dijo las únicas palabras que esas personas debían conocer, las únicas que podrían unirlas y borrar el flagelo del terror que esa gente sentía hacia el Demonio de los Mares.

—Yam —dijo el nombre de la mujer; luego se señaló—. Nuil, Jacques, La Cimarrona —dijo y se abrazó el cuerpo para tratar de explicarle con ese gesto que eran amigos de ella.

—¿Nuil, Jacques? —preguntó extrañada la vieja mujer.

—Sí. —Nandi afirmó con la cabeza y le sonrió—. Nuil y Jacques, La Cimarrona —repitió y se tocó el pecho.

—¡Oh!

De inmediato, el rostro de la hechicera se transformó al tiempo que la alegría y un profundo respeto se le vislumbraron en las facciones.

—Sí —asintió Nandi y continuó con la explicación mientras señalaba hacia el sur—. La Cimarrona, Nuil —y volvió a abrazarse y sonreír.

Yam entonces salió presurosa del toldo y gritó con fuerza:

—¡Nuil! ¡Jacques! ¡Ijen, Ijen! ¡Yenú, Yenú!

La joven no sabía que esa palabra significaba “hermano” en idioma tehuelche.

Un grito de júbilo invadió de súbito al asentamiento patagón y todos gritaron vítores al unísono. Luego, la vieja regresó a donde Nandi se encontraba.

—¿Jacques, Nuil *yenú*?

—Así es, son mis amigos —recalcó y apuntó otra vez hacia el sur mientras nombraba de nuevo a La Cimarrona y con los dedos hacía el movimiento de caminar.

No conforme con ello, se levantó y salió del toldo para dirigirse hacia el lugar donde en teoría se encontraba la estancia de sus amigos. La bruja la detuvo y meneó la cabeza. Inclino el rostro y se hizo la dormida para darle a entender a la joven que se había desmayado y debía descansar, reponerse y recobrar fuerzas. Quizás, más adelante, podría partir hacia el desierto.

Sacó una rama de la pila de troncos que tenía a un lado de la choza, se la mostró, la quebró y después recogió un atado de palos y los apretó en las manos mientras sonreía y apuntaba con ellos hacia el sur.

—Pero yo... ¡Debo partir ahora! —se quejó Nandi al entender que lo que la mujer trataba de demostrarle era que la acompañarían cuando ella viajara.

La anciana volvió a negar, la hizo entrar y la obligó a beber un brebaje dulzón y fuerte. Cuando lo terminó, Yam sonrió contenta.

—Nandi —dijo la vieja y se golpeó el pecho con fuerza mientras estallaba de alegría y hablaba palabras incomprensibles para la malgache—. *Heuenmesh all anakáik shoionk, uaiojen.*

La muchacha igual comprendió su intención, parecía querer decirle que con esa bebida rara ella se curaría. ¿Podría ser cierto? ¿Había entendido bien?

¡No! La idea era ilógica, porque si los mejores investigadores y médicos no habían podido, entonces ¿cómo era posible que los tehuelches sí? Aun así, lo que tenía claro era que por el momento no la dejarían viajar. Debía atenerse a sus órdenes, ya que sola no lo lograría; nomás con salir y alejarse un poco de la toldería ella notaba lo inmenso, arisco y agreste que era el desierto patagónico. ¿Qué habría sucedido si hubiese seguido viaje sola la mañana en que la habían encontrado los patagones mientras dormía entre las dunas?

Al imaginarlo, se estremeció y una vez más comprendió que había estado por completo errada. Los espíritus no la habían abandonado, todo lo contrario, la sabiduría de ellos era perfecta y tan magnífica que habían sido

capaces de ver más allá de sus desasosiegos y obraron en consecuencia.

Miró a Yam y le sonrió, le tomó la mano y se la apretó. Allí estaba ella, rodeada de gente bondadosa que prometía curarla y, más adelante, acompañarla hasta la estancia de sus amigos.

Al cabo de esos pensamientos, Nandi volvió a sonreír complacida. Un rato atrás, pensaba que no tenía nada en la vida y, de improviso, la claridad había llegado a su pensamiento; reconoció que en verdad tenía mucho más de lo que imaginaba.

Miró hacia el cielo claro que se abría fuera del toldo y pensó en la enseñanza que le habían dado los dioses.

¿Podría alguna vez ser tan humilde como para relajarse y permitir que el poder del cielo obrara por ella? Lo dudaba porque su fuerza de voluntad y el temple impulsivo la provocaban a cada segundo, la instaban a aumentar los límites, a sobrepasarlos todo el tiempo, a convocar retos y arriesgarse más allá de lo sensato y práctico. Era lo que era, un halcón en vuelo, un águila magnífica que confiaba ciegamente en sus propios instintos. Y así sería hasta el final de los días. Nadie podía renegar de su esencia.

* * *

Días más tarde, las muchachas de la toldería la aceptaron de nuevo y, a partir del reencuentro, Nandi comenzó a ser lo mismo que cuando había arribado a la tribu tehuelche: una más entre las jóvenes.

Desde ese momento, las acompañaba en las recorridas por la zona para buscar huevos de ñandú, recolectar raíces con las cuales hacer harina, alguna comida especial o preparar jugos; también las ayudaba a coser, tejer, salar

carnes, curtir cueros y atender a los innumerables chiquillos de la toltería, o solo salían a caminar porque sí, nada más.

Durante esas travesías, notó que la Patagonia era en verdad inmensa, infinita, que la estepa continuaba igual por leguas y leguas y que con solo torcerse unos centímetros, cualquiera podría errar enormes distancias, porque todo era similar y los senderos aparentaban no tener principio ni final.

Sí, ¡qué afortunada había sido de encontrar a los tehuelches!, se decía una y otra vez.

Con el transcurso de las semanas, de la mano de Yam y de las demás mujeres y niños de la toltería, aprendió a interpretar el idioma, y, aunque era muy nasal y profundo, el conjunto de palabras era armonioso y dulce. Ellos lo hablaban con mucha dulzura, así como se conducían en los quehaceres cotidianos, siempre con sumo cuidado mientras reverenciaban cada objeto que tocaban, con una delicadeza que contrastaba notablemente con su aspecto casi gigantesco.

En cuanto a las mujeres, a medida que las conocía, Nandi destacaba las cualidades femeninas y la velada sensualidad que poseían, porque aparte de ser mujeres sanas de contextura física grande, también se movían con mucha armonía y bastante coquetería.

Los tehuelches, en general los varones, solían conversar mucho y sus discursos los calificaban como buenos o malos mediadores, incluso llegaban a ganarse el título de caciques o jefes si descollaban muy bien en ese tema.

Se decía que existía una poderosa cacica muy lenguaraz llamada María “La Grande”, nombre que le había puesto Luis Vernet, gobernador del archipiélago de las Islas Malvinas, a quien los patagones adoraban. Ella era la jefa y dominaba casi toda la zona austral del país, o sea que su reinado abarcaba la Patagonia entera, lo cual era mucho decir.

Nandi, motivada por la gentileza y la permanente alegría de esas personas, se sintió predispuesta a indagar más. Quería saber, conocer; entre ellos le resultaba fácil aprender porque lo hacían como un juego. La vida entera de los tehuelches era de una continua diversión. Además, el vocabulario de esos nativos era bastante sencillo; sus conceptos tenían ejemplos de la naturaleza y, para expresarse, ponían como modelo todo aquello que los rodeaba.

—Él es víbora venenosa. —Lo cual quería significar que era una persona malvada.

Nandi escuchaba y aprendía, se concentraba con sumo cuidado en ello, en especial porque Yam le había dicho que, en la comprensión de las cosas y de los acontecimientos que la rodeaban, ella encontraría la sabiduría necesaria como para darle tranquilidad a su espíritu, calma que alejaría esos súbitos desmayos.

—Aprende, muchacha, así asimilarás que nada en esta vida puede sorprenderte. Sé como la naturaleza, que observa serena y actúa en consecuencia, que se transforma con lentitud. Confía en tus habilidades y, cuando algo te atrape sin previo aviso, estudia las opciones, siempre las hay. Permanece atenta, escucha, observa, huele, toca y, con esos elementos, analiza. —Todo se lo decía también con gestos y movimientos que expresaban de forma práctica esas palabras, para buscar con ello que Nandi la entendiera—. Después, obra de acuerdo a tus conceptos personales. Nunca te aterrorices, el miedo es bueno porque te ayudará a sobrevivir; sin embargo, el terror es un mal compañero, tigre y cordero juntos no van. El miedo roba sueños. No se lo permitas.

Nandi se dio permiso para abrir su cabeza; escuchó, asimiló, practicó y, en consecuencia, aprendió.

CAPÍTULO 29

Todas las mañanas se levantaban al mismo tiempo y, desde el primer instante, luego de abrir los ojos, Nandi observaba a Yam.

Cuando la hechicera se cansaba de tenerla alrededor como moscardón curioso, entonces la enviaba afuera.

—Ve a correr con los demás jóvenes. Agotas mi energía, muchacha. Reúnete con ellos y...

La malgache entonces la interrumpía.

—Y aprende.

—Eso mismo digo.

Nandi estudiaba el origen de la permanente felicidad de los tehuelches, se concentraba en su accionar, los acompañaba cuando cazaban, cuando cocinaban, cuando tomaban mate, cuando fumaban en pipa e incluso cuando dormían.

—¿Sabes de quién aprendimos a fumar en pipas pequeñas?

—No me lo has dicho —le respondía Nandi a su amiga.

—De los galeses. Ellos eran grandes amigos, como hormigas peludas y hormigas peladas. Juntas, siempre juntas.

—¡Epa! No creo que diferentes clases de hormigas se entiendan. Pero continúa. Me interesa.

Porque Nandi hasta deseaba desentrañar sus dulces ademanes, esos que tanto conquistaban a los varones de la tribu. Con palabras y gestos, la tehuelche intentaba explicarle a la visitante cómo fue que razas tan dispares, como podían serlo los celtas y los nativos, se habían juntado y congeniado a la perfección, cómo se habían hecho tan amigos que luego solo se los distinguía las facciones.

Nandi aprendió a detenerse y a observar, en vez de apurarse y atropellar, a relajarse cuando no era necesario ponerse tensa, a disfrutar más de los diminutos acontecimientos de cada día, a abrir los sentidos para buscar la satisfacción y no prepararlos para actuar en rebeldía o por temor a fracasar. De los patagones aprendió a comprender que no siempre podía ganar en una contienda; a veces era mejor ignorarla y dejarla correr, a desangrarse por razones inútiles.

Como las mujeres solían acompañar a los hombres cuando la cacería era de trascendencia, entonces Nandi se agregaba al grupo de avanzada. Las mujeres caminaban cerca de ellos, protegían la retaguardia y actuaban solo si las llamaban, porque su tarea era cargar con las armas, que eran pesadas y volvían incordiosos los movimientos de aquellos que se encontraban al acecho de una presa.

Fue así que conoció el uso de las boleadoras y cómo arrojarlas con maestría, sin errarle al blanco. Eran armas muy efectivas en cualquier contienda y pronto se acostumbró a llevar una colgada del cinto.

Además aprendió cuestiones menos determinantes, como a lavarse los dientes masticando la pasta hecha con la corteza de un árbol que allí crecía, a comer como exquisito manjar la yerba azucarada que sobraba de los mates del día anterior, a beber y saborear como elixir de los dioses la grasa líquida ya rancia, esa cuyo aroma tanto caracterizaba a los hombres, a alimentarse con carne cruda, a fumar en pipa y, lo más significativo, se acostumbró a tragar todas las noches ese brebaje misterioso que la hechicera le preparaba.

—En tres o cinco lunas, o doce —le había dicho cuando ella logró entender el significado de la lengua indígena—. Si crece tu corazón y se agranda aquí, donde zorro, puma y cóndor anidan —explicó y le señaló la cabeza—, puedes partir. Nosotros te acompañaremos. Los hombres irán contigo, no temas —expresó y, al decir esas últimas palabras, rio. Los dientes blancos le resaltaron en la tez oscura.

Nandi lanzó una carcajada igual, eso también lo había asimilado; no debía sobresaltarse ni impacientarse. Si se concentraba en su sagacidad y en las habilidades que poseía, siempre podría salir adelante con lo que fuera que le sucediera. Y, si no tenía soluciones que aplicar, entonces debía aceptar con calma que existieran circunstancias que estaban más allá de su alcance o entendimiento de humana imperfecta, circunstancias que solo le concernía a los dioses atenderlas.

Cuanto más aprendía, mejor se sentía. Al fin logró darse cuenta de lo rabiosa que había estado siempre, cuando apuraba ideas, cuando corría situaciones, cuando se adelantaba a los hechos en vez de detenerse a complacerse con ellos. Y también supo que todo era importante, cada insignificante hebra de pasto era apreciada por los altísimos y cada quien ocupaba un lugar en el mundo.

Luego, le llegó la complacencia y el simple echarse sin otro motivo más que el hecho de premiarse por estar viva, nada más. A veces, cuando caía el sol y el trajín del día concluía, así como lo había hecho en La Cimarrona, Nandi se detenía a observar el horizonte.

Sabía que allá lejos, hacia el sur, estaba su próximo destino, amigos fieles y la gran estancia de la que tanto se hablaba en toda la Patagonia. Luego giraba hacia el este, donde se encontraba Madagascar, su adorada tierra; y al norte, Carmen de Patagones. En ese momento fruncía el ceño, molesta; allí no había sido muy feliz, rodeada de gente y bullicio al cual no estaba acostumbrada. Al oeste, Yam le había explicado que se abría el enorme desierto, tan amplio como días y días de caminata, y terminaba cuando comenzaban a elevarse montañas altas repletas de nieve.

—¿Nieve?

—Es la lluvia helada.

—¡Ah! Un amanecer me topé con ella en La Cimarrona.

—Ese es un lugar donde siempre hace mucho frío y pocos hombres se atreven a habitar.

Después, Nandi daba vueltas despacio y se detenía en cada ínfimo punto del paisaje, miraba y escudriñaba los movimientos del mundo, de los animales y de las plantas. ¿Y Gérard dónde estaría? ¿Pensaría en ella o de verdad la habría abandonado? Tal vez se sentía hastiado de cargar con una mujer cuya enfermedad no tenía aparente cura.

No, se dijo en esa ocasión, repleta de firmeza.

Yam le había enseñado a estudiar su espíritu, a concentrarse y reflexionar sobre la cantidad de sentimientos diversos que albergaban en él. Gracias a ello, a Nandi le había brotado una veta más oculta, esa que le demostraba que, además de tanto fervor belicoso, también albergaba mucha ternura en su interior, la misma que le decía que el Demonio también la evocaba.

A Nandi no le cabía duda alguna de que él, cada tanto, la recordaba y la extrañaba. Ellos dos eran almas gemelas, hermanadas desde el inicio de los tiempos.

Sí, había aprendido a no sentir resentimiento hacia ese hombre, a no odiarlo con cada partícula de los huesos, sino a recordarlo con extrema ternura. Aunque todavía un torrente de emociones le estallaba en el alma al intentar imaginar las razones de su ausencia, esas que la hacían formularse un millón de preguntas, que la enceguecían y la aislaban del cotidiano transcurrir. ¿Por qué? Porque no encontraba las respuestas.

Pero luego, una vez más, recordaba otras sabias palabras de Yam:

—No te concentres en los enigmas; despierta y deja que la vida fluya y te envuelva. Así superarás cada obstáculo que se te presente, porque si los eludes, no solo no encontrarás las respuestas, sino que también renegarás de tu existencia. Y si te encierras tanto como para no ver lo que acontece a tu alrededor, entonces te la pierdes. De ese modo, ¿cómo sabrás si no hay más sorpresas asombrosas destinadas para ti?

Cierta vez, Nandi le preguntó qué significaba su nombre.

—¿Yam?, “madre” —respondió con sencillez la hechicera.

—¿No tienes un nombre que te hayan puesto tus padres? —insistió la muchacha.

—Este me lo puso mi pueblo, por mis actitudes. Eso es mucho más importante.

Solían tener largas caminatas juntas; largas por el tiempo que les dispensaban, porque la vieja mujer caminaba doblada por el peso de los años; mientras se ayudaba con un bastón, se tomaba del brazo de Nandi.

En esas ocasiones, se sentaban sobre unas cabezas de buey guampudas que tenían a pocos metros de la toldería y continuaban con las charlas e interminables debates.

—Yam, ¿no crees que debería avisarles a mis amigos en La Cimarrona que me encuentro aquí y que alguna vez regresaré con ellos?

—Podemos hacerlo. Si nuestros hombres viajan hacia allá en sus travesías, les diré que avisen de tu presencia en nuestra toldería.

—Gracias, madre.

Un día, la joven se atrevió a preguntarle:

—Yam, ¿no te molestan tus achaques?

Le tenía la suficiente confianza y sabía que esas palabras no la molestarían. La anciana estaba más allá de la vanidad y de los defectos personales.

—Sí, a veces. Aunque, como vinieron mansos, con lentitud, ni siquiera me doy cuenta de cómo era antes, cuando estaba joven y llena de energía —replicó y luego hizo un breve silencio, quizás para buscar las palabras exactas para responderle a la joven y que, con ellas, Nandi se sintiera conforme—: Son etapas, como las estaciones del año. Esta quizás sea algo trabajosa de sobrellevar, ya vendrá otra mucho más hermosa: el momento de regresar a mi hogar —dijo y sonrió mientras le palmeaba la mano a la muchacha.

—Pero... —comenzó a decir Nandi y la miró con desconfianza—. Pero ¿te refieres a morir?

—No, morir no. Será otra etapa, otro ciclo, nada más. Es regresar a mi querencia, allí donde transitaré muchas lunas, tantas como las estrellas. —Al notar el desconcierto de la joven, agregó—: Confía, Nandi, los dioses benignos son sabios, aunque sus razones nos resulten indescifrables. Son tan sabios que nunca llegaremos a acceder a esa inteligencia. —Luego, metió los dedos dentro de un morral y sacó una preciosa vincha confeccionada con hebras de crin de yeguarizo y varias pequeñas espinas de plata trabajadas a cincel, las que, al moverlas, cantaban con música de cascabeles—. Ponte esto, lo hice para ti.

Nandi la tomó entre las manos y la observó con fascinación.

—¡Es hermosa!

—Hermosa, sí, para una reina. Ahora serás una reina tehuelche y malgache. ¿Te complace?

—¡Me encanta!

—Serás única y esta vincha te lo recordará siempre. Ella y el talismán del... Demonio de los Mares. —Aún le costaba nombrar a Gérard, porque tanto era el temor que les infundía el corsario—. Serán tus amuletos, ellos te protegerán.

Nandi se la colocó sobre la frente y prometió no sacársela nunca más.

—Este será el legado de buena fortuna que me regalaron ustedes, mis amigos tehuelches.

* * *

Los días pronto adoptaron la rutina cotidiana y, cuando Nandi se detenía a analizarlos, comprendía que debía sentirse agradecida con los espíritus porque, salvo las distancias y las diferencias en la tierra y en el clima, su existencia actual se asemejaba mucho a la que había tenido junto a su pueblo natal, al lado de los suyos. En la Patagonia, generosos como los malgaches, los residentes también lo compartían todo: las actividades, la comida, las expediciones de cacería, los baños, las celebraciones así como las desventuras y alegrías. Los patagones eran tan sagaces como para comprender que, en compañía, todo era mucho más simple.

Sí, la tierra era muy distinta, pero las actitudes en las cuales se concentraban y se esmeraban las personas que la rodeaban eran semejantes; hermanos aquí y hermanos allá, que confraternizaban, padecían y reían en conjunto, se complementaban, se ayudaban, y compartían cada detalle.

Al principio, y luego de concluida la jornada, se preguntaba una y otra vez cuándo se encontraría lista para regresar a La Cimarrona. En esos momentos, si Yam la descubría en esas divagaciones, le apretaba el hombro y le decía que tuviera paciencia. Aún no estaban dadas las condiciones para la partida.

—Yam, amiga —le dijo cierta vez—, ¿sabes si Nuil está enterada de mi presencia aquí?

—Sí. Ya lo sabe.

—¿No fue mucho inconveniente?

—No —la tranquilizó la anciana—. Nuestros hombres anduvieron por esos lados. —Luego calló un instante—. ¿Y el Demonio?

—¿Qué hay con él?

—¿No deseas mandarle una nota?

Nandi no lo pensó demasiado. Lo amaba, pero a su genio arisco todavía le molestaba el abandono del capitán.

—No, a Gérard no tengo nada para decirle. De todos modos, no debo preocuparme tanto; si él se encuentra en la estancia de mis amigos, entonces ya se ha enterado de mi paradero.

Yam asintió y, con tristeza, se dijo que si la joven seguía sin perdonarlo, no se encontraba preparada para abrir el corazón y así soltar los resentimientos que en él albergaba.

* * *

Pasadas las siguientes semanas, al recordar su pasado, Nandi suspiraba con algo de melancolía sin hacerse inquisiciones que a nada bueno la conducían; ya no existía más la tristeza inconsolable, el deseo insoportable de partir de la manera que fuera.

Más adelante, al cabo de un par de meses, ya ni siquiera se preguntaba cuándo podría dejar la tribu patagónica, ¡se sentía tan bien al lado de esa amorosa y simpática gente! ¡Había sido tan fácil adaptarse a esas costumbres, a las agradables tareas! En especial porque la hacían sentir una entre ellos y no alguien de afuera.

El calor llegó y los tehuelches se trasladaron hacia el interior de la estepa. Nandi los siguió sin cuestionarse nada; sabía que aún no estaba lista para dejarlos. Los imprevistos desmayos no habían vuelto; sin embargo, por el momento no deseaba abandonar el lugar. Algo le decía que su tiempo junto a ellos todavía no había concluido.

En el invierno siguiente regresaron al mar; y cuando la primavera comenzó a asomar sus retoños prometedores, cierta mañana la hechicera la abrazó con más fuerza. Luego de darle la bienvenida al nuevo día, le dijo las anheladas palabras:

—Ya está todo listo para tu gran viaje. Pronto nos despediremos —le prometió—. Tú, a La Cimarrona; nosotros, al desierto —dijo y señaló hacia el oeste—. Sabes que con el calor partimos tierra adentro.

—¿Y no los acompañaré?

—No, tu destino se encuentra hacia aquel horizonte —replicó y volvió a mostrarle el lejano sur.

Nandi primero se asombró. ¿De qué le hablaba esa amable mujer? ¿Partir? Ella se había amoldado a esa pacífica vida, no deseaba más los sustos imprevistos, las tormentas, los asombros peligrosos. Por otro lado, reconocía que a veces extrañaba la sangre al bullirle.

—¡Por supuesto! Tienes razón, madre. Es tiempo de reiniciar mi trayecto.

Había transcurrido más de un año y ella ya creía estar lista para las sorpresas, los nuevos riesgos y lo desconocido. Sí, se dijo, que pase lo que tenga que pasar.

El temple se le había moldeado.

Cada cual echaría a andar hacia sus raíces; los patagones, en el medio de la pampa, porque las lluvias llegaban; y ella, hacia la costa sureña.

Yam le ocultó algo, un secreto que la muchacha debía descubrir sola: que su historia distaba mucho de encontrarse cerca, ni siquiera a mitad de camino ni en La Cimarrona. Los espíritus le habían contado a la hechicera que los pasos de Nandi recién estaban por iniciarse.

Nandi tomó con alegría la noticia del siguiente viaje. Al fin podría comenzar el regreso hacia su siguiente objetivo. ¿Qué haría cuando llegara a La Cimarrona? Lo había pensado muchas veces, en realidad, cada noche que había pasado dentro del toldo de Yam.

Apenas cerraba los ojos se preguntaba lo mismo: ¿qué haría al llegar?, aparte de tener largas conversaciones con su íntima amiga. Existían varias opciones: podía permanecer un tiempo con Nuil hasta que el futuro se le aclarara y se abriera como un sendero limpio frente a ella o podía zarpar en el primer barco rumbo a Madagascar, uno donde le aseguraran que llegaría a destino y no sería vendida como esclava. O también podía salir a buscar el paradero de Gérard y continuar la vida junto a él.

Al cabo de esas reflexiones y mientras acomodaba las escasas pertenencias para terminar de alistarse, la joven se alzó de hombros con una sonrisa y se dijo las palabras de Yam:

—Recibe lo que sea que la existencia te presente, a lo mejor es un regalo hermoso y solo podrás saberlo si lo vives.

* * *

Un par de días más tarde, cuando amanecía y el grupo de hombres y mujeres que la acompañaría estaba listo y montado en los caballos, Nandi dio una última mirada a la toldería.

Yam estaba allí, junto a ella, le apretaba el brazo como para infundirle confianza. Sabía que la muchacha había terminado por encariñarse con la gente y que ellos la querían igual. Por eso se le hacía bastante difícil despedirse de esas personas, aunque le había enseñado que no tenía que detenerse, ni siquiera mirar hacia atrás; siempre debía caminar hacia el siguiente destino.

—Ve, sabes que si nos necesitas, aquí estaremos. Junto a mi tribu aprendiste a hacer señales de humo. En el futuro, cuando nos requieras, enciende una fogata y convócanos. Las personas que estén en la estepa y vean tus avisos se ocuparán de propagarlo. Estaremos atentos, no lo dudes.

Nandi la miró con ternura, luego volvió a recorrer con los ojos el resto de la toldería y a cada uno de esos rostros tranquilos que estaban junto a ella y la saludaban. Sintió una enorme nostalgia por el lugar que dejaba y se juró que si alguna vez, por la razón que fuera, no podía regresar a su país de origen, entonces sin dudarlo ni pensarlo mucho volvería a buscarlos.

Montó en la yegua que le habían destinado, una overa tostada mansa y dócil, como ella les había pedido, porque todavía pensaba que era mujer del mar y prefería cabalgar las olas y no sobre un animal.

Yam la observó por última vez. La muchacha tenía la estampa de una verdadera reina, el cabello atado en varias trenzas, la colorida vincha que le cruzaba la frente y le iluminaba el rostro y una capa de fina piel de zorrino, con los pelos hacia adentro para abrigo más, la que se encontraba adornada por delicados detalles en la parte externa con dibujos de vivos colores que ilustraban cacerías y animales silvestres; era toda una joya en sí misma. Debajo se había puesto una camiseta de gamuza larga hasta las rodillas con

dos tajos a los costados para poder abrir las piernas y montar; calzaba botas de piel de ciervo acordonadas en cruz desde el tobillo hasta la mitad de la pierna.

Yam volvió a levantar la vista; algunas trenzas en la espesa y redomona cabellera le caían sobre el pecho, otras estaban ocultas bajo el quillango, pero lo más extraordinario de la joven eran sus ojos. ¡Qué nuevo brillo tan especial tenían! Era evidente que se sentía exaltada con la nueva expedición que estaba a punto de iniciar y eso la llenaba de una ansiedad que le explotaba en el semblante.

¿Cuánto hacía que la joven vivía en la toldería? ¿Más de veinte lunas?, se preguntó Yam. ¡Sí, a las dos se les hacía toda una vida! Tanto así habían aprendido a apreciarse.

—*Yenú uenenjenue.*

La malgache entendió esas palabras.

—¡Amiga de la luz, adiós! —exclamó y levantó la mano en un último gesto de despedida.

Después, alguien le dio un fustazo al anca de su caballo y la travesía comenzó. Nandi se dio vuelta para mirar hacia el sur y, con una sonrisa de esperanza, inició el camino hacia La Cimarrona.

CAPÍTULO 30

Nandi no estaba acostumbrada a montar; si sabía hacerlo, era porque sus amigas tehuelches le habían enseñado, pero, apenas, porque la malgache renegaba de ello.

—A ustedes les parece normal, ya que nacieron sobre un caballo. Sin embargo, en mi tribu no existen. Nosotros caminamos dos pasos y nos encontramos con el mar, que mucho nos provee, o caminamos dos pasos hacia el lado opuesto y nos metemos en la selva, que también mucho nos da. Entonces no necesitamos las monturas, las distancias son ínfimas.

Por eso, al principio le resultó bastante cansador el viaje. Como le habían dado una de las yeguas más mansas, los patagones podían manejarla desde atrás con solo darle un golpe. Cuando eso sucedía, la joven saltaba hacia atrás y se veía obligada a aferrarse a lo que fuera, entonces enredaba los dedos en las crines de la cruz del yeguarizo; de otro modo, suponía que terminaría por salir despedida, quedaría tirada en medio del campo y el caballo continuaría viaje mientras trotaba liviano sin ella.

Ardua tarea también fue el esforzarse por mantener el cuerpo erguido sobre el cuero que le habían puesto debajo. Se encontraba atado con una cincha y le habían colgado un estribo de cada lado para que le resultara más fácil lograr el equilibrio sobre el lomo del animal.

A ella le causaba admiración ver a los patagones montar de un salto y a pelo, sin silla alguna y con apenas un cabestro de finas sogas para dirigir la boca del animal, que parecía saber qué pretendía el amo y a dónde quería encaminarse, porque, con apenas un movimiento de los talones, el yeguarizo galopaba o tascaba adormilado mientras el nativo se entretenía con la lanza u observaba el paisaje.

Nandi no entendía gran cosa de lo que esos hombres le decían, porque su acentuación era muy diferente a la femenina, y ella había compartido la mayoría de las horas con las mujeres de la tribu. A los varones los veía pasar sin participar jamás en las charlas; conversaciones a las cuales, por otro lado, ninguna de las mujeres era invitada.

Solo de vez en cuando la malgache había compartido alguna que otra cacería con ellos, esas durante las cuales aprendió a utilizar las boleadoras. Tanta era la distancia que los hombres mantenían con ella que, cuando la veían cerca, corrían el rostro y lo desviaban hacia cualquier parte. De seguro esos pobres hombres, porque en las tolderías patagonas nada era secreto, estaban enterados de que la joven tenía algo que ver con el Demonio de los Mares. Le temían, tanto como los podía amedrentar un cuco invisible al cual nunca se habían enfrentado y solo conocían por fábulas pronunciadas de boca en boca, ya que, de haberlo meditado a conciencia, habrían notado que Gérard no los había incordiado jamás. Su ámbito eran los océanos; allí, en el mar, él desplegaba sus cualidades feroces, nunca en tierra y, si esos nativos le tenían miedo, era nada más porque las historias sobre sus correrías y aventuras eran magnificadas y llegaron hasta los oídos de la gente en alguna tertulia frente al fuego.

Durante el viaje, no iba a ser distinto; sin embargo, sentían un profundo respeto hacia ella. Además, Yam les había ordenado que la cuidaran y protegieran como al más preciado tesoro del mundo y que respondieran hasta con sus vidas para salvarla de la más mínima eventualidad. Ellos seguían con rigor la orden recibida y soportaban con estoicismo las numerosas distracciones de la muchacha negra.

—¡Miren estas plantas! ¡Observen más allá, ese animal es extraordinario! ¿Vieron cómo saltaba delante nuestro?

Resoplaban de impaciencia cada vez que debían detenerse porque Nandi se entretenía con el entorno que la rodeaba. Nunca antes había paseado por esos paisajes, si pasear podía decirse a lo que hacían en esos momentos.

Tampoco se había alejado tanto de la toldería; por eso, todo lo que se le cruzaba delante era una sorpresa para su espíritu curioso.

—¡Miren cuántas maras!

Los hombres al principio la habían mirado serios porque pensaban que se burlaba de ellos; luego comprendieron que lo decía con la inocencia de los que entran por primera vez al desierto patagónico. Liebres de esas las había de a montones y recorrían la estepa como los lobos marinos la orilla del mar. ¿Qué había de novedoso en eso? ¿Dónde estaba la gracia y para qué iban a detener la marcha?

Nandi, indiferente a los gestos de aburrimiento en los patagones, continuaba de pasmo en pasmo y lo observaba todo. ¡Ese paisaje era tan diferente a la lujuriosa Madagascar! En cambio, era espectacularmente virgen y agreste.

En la toldería, cuando ella solía salir a cazar con el grupo completo, notaba que los animales se asustaban ante tanta gente. Guanacos, ciervos y ñandúes parecían intuir que algo malo podía sucederles, porque desaparecían ante el primer grito de ataque. Cuando los varones elevaban las boleadoras y comenzaban a perseguirlos al galope, era la tácita señal de huida.

Pero en esa ocasión, el entorno completo permanecía tranquilo, como si la presencia del grupo fuese ignorada por las criaturas que los rondaban, por eso se desplazaban sin darles importancia.

* * *

Pasaron las horas y el viaje se alargaba. Los hombres, al salir, habían pensado llegar ese mismo día, aunque a la velocidad que iba la invitada de honor, la aquerenciada en la toldería, nunca arribarían de acuerdo con los primeros

cálculos.

Al final, hartos de su continua exaltación y al darse cuenta de que a ese ritmo no llegarían cuando el sol aún brillara, terminaron por desentenderse de los comentarios y ya no la escucharon. Apenas sí movían las cabezas hacia donde ella les indicaba y nada más. Continuaban con su camino y les rogaban a los dioses para que hicieran que al caballo de esa muchacha negra le diera un ataque y acelerara el tranco.

Mientras tanto, Nandi seguía indiferente al apuro de los nativos y se divertía con cada nueva vista que se le presentaba ante los ojos. Los arbustos hirsutos con los tallos ennegrecidos les rayaban las patas a los caballos y, al verlos, a ella se le hacía que la llanura era invadida por monstruosas arañas. También le fascinaba la cantidad de aves que rondaban con libertad alrededor de ellos. Había de muchos tipos, mansas y ariscas, lentas y rápidas.

—¡Aquí hay comida para la eternidad! —exclamaba feliz—. Ustedes nunca pasarán hambre.

¿Hambre?, se preguntaron los tehuelches sin saber lo que era. La vasta Patagonia les pertenecía, ella y todo lo que contenía. En esa tierra, los animales, las raíces y los frutos comestibles abundaban y no se les habría ocurrido pensar que alguna vez podrían no tener alimento. Además, en el mar, lugar a donde iban con el cambio de estación, estaban los millares de peces, mariscos y las focas al alcance de las manos, fáciles de conseguir.

Por eso se los veía seguros, vitales, musculosos, sanos, con una dentadura blanca y perfecta, sin grandes arrugas y con la cabellera completa. Si no tenían barba ni bigotes, se debía a que en cada segundo de su tiempo libre se arrancaban los pelos con una pequeña pinza de plata, la que llevaban colgada del cuello. Era una distracción que los entretenía cuando no tenían nada más importante para hacer.

Quizá todo ello colaborara para volverlos tan risueños y despreocupados, siempre se divertían, hacían chanzas, jugaban y tomaban la vida como una larga carcajada, lo que convertía su mundo, familias y moradas, en un agradable refugio que valía la pena disfrutar. ¿Podían pedir más?

Por su lado, en el espíritu de Nandi, al estar junto a los tehuelches, sucedió lo inevitable: terminó por contagiarse de esa liviana despreocupación. Aprendió a tomar los inconvenientes con mucha más serenidad y a participar en ellos de acuerdo a su relevancia, además de moldearse la paciencia. ¡Qué gran logro fue ese! Porque la impaciencia había sido un defecto que antes tanto le había costado dominar.

—¿Cuándo llegaremos? —le preguntó al muchacho que tenía más cerca.

Él rio. Nandi esperó, sabía que primero estaba la risa y luego llegaba la palabra.

—¿A este paso? Mañana a la noche.

—¿Por qué? ¿Vamos muy despacio?

—Como los caracoles.

—¿De verdad?

—Sí, tú te comportas como una liebre mara: miras y miras y miras —dijo e hizo el gesto exagerado de abrir enormes los ojos y clavarlos en el entorno.

Ambos rieron.

—¡Ah! ¿Es mía la culpa, entonces?

El muchacho afirmó con la cabeza y volvió a reír.

—Ya entendí —asintió. Luego espoleó al caballo y comenzó a galopar.

Pero los continuos saltos del animal y la falta de experiencia para sostenerse sin rebotar con cada nuevo corcoveo hicieron que la muchacha se cansara pronto y comenzara a dolerle la cabeza y los glúteos.

—Está bien, tienes razón, llegaremos mañana por la mañana, ¡o por la tarde! —dijo vencida—. Ahora, por favor, descansemos —rogó y, sin esperar la respuesta de los demás, saltó del caballo y bajó a tierra firme para no moverse más.

Los nativos le dijeron que debían continuar un poco hasta llegar a un pozo de agua dulce.

—Entendí, entendí.

Si quienes conocían la estepa aseveraban que era necesario continuar, no sería ella quien los contradijera. Eso también lo aplicaba en el cotidiano transcurrir; ya no intentaba hacer todo de acuerdo con su parecer. En cambio, reconocía que había personas mucho más sabias que ella en ciertos temas y era más sensato dejarlos organizar las cosas.

* * *

Cuando ya atardecía, llegaron junto a un agrupamiento de algarrobos, chañares y arbustos bajos.

—Aquí dormiremos —dijo uno de los tehuelches.

El nativo bajó del caballo, lo dejó pastar entre las matas de hierba espinosa y algo dura y comenzó a juntar leña para encender el fuego. En el camino, habían cazado dos liebres. Mientras uno recogía agua en los buches de ñandú

que habían llevado, que a esa altura del viaje se encontraban vacíos, otro evisceraba a los mamíferos muertos y los preparaba para asarlos sobre el fuego.

Nandi se sentó a descansar, le molestaban mucho los glúteos. Pensó que acostumbrados debían de estar esos hombres como para poder cabalgar y luego caminar como si estuvieran sin cansancio alguno. Ella, en cambio, sentía que la habían apaleado con diez garrotes. Lo único que deseaba era tirarse sobre el suelo a dormir.

Los tehuelches, de escasas palabras y andar tranquilo, trabajaron a su ritmo. Estaquearon las liebres limpias, encendieron el fuego y las pararon cerca de las llamas para que se cocinaran con el calor. Después juntaron más agua, acercaron leña y acomodaron los pocos petates para prepararse a dormir.

Nandi, mientras tanto, permanecía inmóvil un poco más allá, superada por el cansancio. Recostada con la cabeza apoyada sobre el cuero de la montura, los observaba trabajar con los ojos entrecerrados.

Cuando la carne estuvo lista, era casi noche oscura. Los animales que rondaban el oasis de agua dulce comenzaron a emitir leves sonidos, los que, en vez de asustar a Nandi, la arrullaban en un incipiente sueño, ese que se le iba encima como una cortina de densa niebla.

Comió un poco de carne caliente y luego se retiró hasta la montura para acostarse y envolverse en el magnífico y abrigado quillango. La noche estaba fresca. El persistente viento amagaba con no dejar de soplar y los cubriría con su aliento helado. Aun así, Nandi sonrió; debajo de la gruesa piel ella no se enteraría.

—Por mí, pueden tocar el tambor y convocar a reunión a todas las tribus de la zona. Les prometo que no los escucharé —les dijo a los nativos para demostrarles con ello cuán cansada se encontraba.

Ellos la miraron y rieron divertidos ante esa expresión tan insólita. ¿Tambor? ¿Qué sería eso?, se preguntaron.

Ella dio un largo bostezo y se acomodó mejor en el sitio que había elegido para descansar. Los hombres la miraron, todavía entre risas al notar su extremo agotamiento.

A ellos, en cambio, se los veía como si en todo el día no hubieran hecho más que estar sentados frente a un fuego, entretenidos con una charla relajada y sin nada que hacer, tal como se comportaban en ese preciso momento.

Las pulgas pegadas a las pieles de la montura de Nandi la molestaron un poco, aunque fue un inconveniente mínimo. Lo último que escuchó cuando entraba en un profundo sopor fue que los nativos continuaban con las chanzas y reían alegremente mientras permanecían de espaldas a la fogata para observar el negro paisaje que los rodeaba.

Eso se debía a que, de ese modo, podían controlar los movimientos de la espesura; nadie los sorprendería desprevenidos y, por más que aparentaban estar flojos y ajenos, se mantenían alertas y despiertos.

Nandi no llegaba a darse cuenta de ello, pero lo cierto era que por más que los jóvenes parecieran estar ausentes de cuanto sucedía alrededor, en realidad habían estado muy atentos desde que iniciaron el trayecto. Observaron cada mínimo movimiento en la espesura y estuvieron alertas ante cualquier cambio en las notas de los sonidos del desierto. Estaban acostumbrados a hacerlo, su vida dependía de esa aguda destreza que desarrollaban desde niños; por eso, cuando eran adultos, les salía de modo natural.

* * *

Todavía era de noche cuando alguien la sacudió.

—¿Qué sucede? —preguntó ella, sin comprender por qué la despertaban.

¿Había pasado algo? ¿Llovía? ¿Llegaba una manada de venados y tenían que cobijarse? ¿Había un incendio? No, era momento de continuar el viaje.

—¿Tenemos que partir ya? —se quejó—. ¡Ay! No ya.

Entonces se despabiló un poco y recordó que ese día llegarían a La Cimarrona. En ese instante, el corazón comenzó a palpitarle con fuerza porque estaba un paso más cerca de su destino final, se acercaba con velocidad al tantas veces añorado hogar de Nuil. Más lejos, se encontraba su antigua morada, la que quedaba del otro lado el Atlántico.

Ella ya lo había planeado todo. Una vez que llegara junto a Jacques, no dudaba de que él movería sus influencias para que la joven pudiera embarcarse hacia Madagascar. Ya no pensaba más en Gérard, hacía tiempo que lo había relegado a sus más preciados recuerdos y reconocía que, por alguna misteriosa razón, él ya no la necesitaba ni la quería.

A partir de esa certeza, Nandi fue tan sagaz como para no llorarlo y en las contadas ocasiones en que el dolor por su ausencia le carcomía la entereza, se repetía una y cien veces las palabras de Yam:

—Todo está bien, todo se encuentra en orden. Todo está en orden... —
Hasta que recobraba la serenidad.

Ese amanecer, con una nueva energía que le recorría las arterias, salió del improvisado lecho.

Luego de lavarse el rostro y tomar un poco de agua, se acercó a donde estaban los patagones, ya sentados al lado de la fogata que habían avivado con más troncos.

Uno de ellos le ofreció un trozo caliente de carne recién cocinada.

—No, no tengo hambre.

El hombre insistió.

—El camino será largo, nos tomará el día entero.

—Tienes razón —dijo ella. Entonces rio esperanzada al tiempo que tomaba el bocado de carne—. Y llegaremos al campo de Nuil y Jacques: ¡La Cimarrona! —gritó con voz fuerte. Masticó un poco, miró hacia el sur y como para sí misma dijo—: Allí están mis mejores amigos argentinos, Jacques y Nuil, y veré a Francisco y cocinaré con Ramona y me subiré al faro que atiende Gaspar y quizás... —Los ojos, por unos segundos, se le llenaron de ensoñación—. Solo quizás el capitán... —Iba a decir que a lo mejor se topaba con Gérard, pero se contuvo.

Existían dos poderosas razones para no querer evocarlo: el terror que esos nativos sentían hacia él, temor que no era sensato exaltar, y el amor que aún la rondaba.

A veces, a modo de juego se preguntaba qué haría si alguna vez llegaba a encontrarse con él, ¿desearía hacerle pagar por cada minuto del dolor que la había obligado a padecer?

De manera invariable reía porque, en realidad, eso no era importante. El deseo de revancha se había minimizado hasta casi desaparecer. Yam le había enseñado eso también; en su corazón no debía caber el anhelo de venganza, no había suficiente espacio como para ocuparlo con esas tonterías que tanta mala energía provocaban y tanto consumían.

Comió la lonja de carne de liebre a pesar de no tener apetito. Después, se puso de pie y se aprestó a continuar viaje. Se arregló un poco el peinado, se calzó la vincha con adornos de plata y volvió a atarse los cordones de las botas, que rodeó con los tientos en cruz y culminó con un nudo en la parte de atrás. Se aseguró mejor la capa a la cintura, se acomodó el cuchillo en el cinto de cuero, las boleadoras y, por último, montó en el caballo.

Se dio cuenta de que había tardado demasiado en sus arreglos personales porque los nativos ya habían desaparecido.

—¡Tehuelches apurados! —exclamó enojada.

Espoleó con fuerza al caballo y galopó hacia ellos.

* * *

La travesía transcurrió sin mayores incidentes, aparte de volver a ver la misma clase de animales y los mismos arbustos hirsutos y espinosos, achaparrados y poco amigables.

A Nandi, al cabo de tantas horas de más de lo mismo, ya no la distrajo el entorno. Comprendió entonces por qué los hombres no se sentían entusiasmados cuando ella, al inicio del viaje, les había señalado las plantas y animales que se les cruzaban.

Por su parte, ellos suspiraron aliviados. Ya podían azuzar las monturas para que apuraran el trote y acortaran distancia más rápido.

* * *

Cuando ya atardecía, al fin avistaron el campo. Nandi se paró en los estribos de la yegua y, al divisar el casco de La Cimarrona, de pronto sintió una ansiedad incontrolable. ¡Había llegado! Arribaba a la culminación de sus ausencias.

Algo inexplicable le explotó en la cabeza y un anhelo impostergable por estallar en sollozos la invadió. ¡En ese momento comprendía cuánto los había extrañado! Como si su barca hubiese navegado y en ese instante encontrara la ensenada tantas veces soñada. Ya podía bajar los brazos y dejar de remar, ya podía cerrar los ojos.

Sí, una vez más todo se encontraba en orden.

—¡Sabia Yam! —exclamó.

Los colores a su alrededor se potenciaron, los sonidos se multiplicaron y también comenzó a sentir el viento fresco que le llegaba desde el mar con sus cientos de diferentes aromas que la acariciaban, la recibían y le daban la bienvenida.

Entonces se echó hacia adelante, espoleó al yeguarizo y aceleró el galope, ansiosa por llegar a la casa.

—¡Ia! ¡Vamos! —arengó al animal.

A medida que se acercaba, todos los recuerdos vividos en ese campo la invadieron y la llenaron de remembranzas que creía haber dejado atrás. El inminente llanto comenzó a apretarle más la garganta sin darse cuenta de que no era de tristeza, sino de alegría. Alegría porque había avanzado mucho hacia su nuevo futuro, el que fuera. Allí delante estaba Nuil, la sagaz y poderosa Nuil. Su entrañable amiga la acunaría en su seno y la alejaría de todos los males.

En un segundo, rememoró las pasadas angustias del corazón, recordó cuando Gérard la había abandonado, cuando los rufianes la habían secuestrado, cuando los portugueses se la llevaron y luego intentaron ahogarla, el terror que sintió cuando creía que moriría perdida en medio del océano y después el miedo entre las dunas de la Patagonia. Sola, demasiado sola.

Todas esas sensaciones se le fueron encima y se le agolparon en el pecho y en la frente, la hicieron jadear y la apuraron todavía más.

Al tiempo que galopaba, aguzó la vista. Junto al paredón ubicado en la entrada del casco de la estancia pudo distinguir la figura conocida. Ahí la esperaba, serena, como si se hubiese ido por uno o dos días nada más, con una sonrisa plena en el semblante.

—¡Nuil, Nuil!

Nandi no pudo esperar a que el caballo llegara hasta ella, entonces se arrojó, trastabilló y luego de recomponerse corrió hacia los brazos abiertos de su compañera del alma.

—¡Nuil! ¡Nuil!

Cuando estuvo frente a ella, sin más palabras ni explicación alguna se apretó contra su pecho. Ya no tenía por qué contenerse, entonces escondió el rostro en la camisa de la tehuelche y comenzó a sollozar sin control.

—Llora, Nandi, llora cuanto desees —dijo la nativa al tiempo que la retenía junto a ella y le palmeaba con suavidad la espalda—. Te hará bien llorar, no te detengas.

La muchacha se encogió, imposibilitada de contener el tropel de sentimientos que la invadía y continuó en espasmos interminables.

Nuil esperó y con ademanes les hizo señas a los hombres para que entraran a la construcción. Ellas dos necesitaban estar solas durante unos minutos.

CAPÍTULO 31

Luego de un momento, la tehuelche se dirigió a su entrañable amiga y, en un susurro, le sugirió que fueran a la sala.

—Sentémonos en los sillones de la fuente, ¿quieres? Allí estaremos más tranquilas.

Con lentitud consiguió hacerla caminar y, sin soltarle el abrazo, la condujo hasta el salón donde la vertiente descargaba agua cristalina, esa donde las almas en conflicto se calmaban y hallaban la esencia misma de la vida.

Mientras avanzaban, Nuil se formulaba una docena de preguntas. ¿Cómo fue que la muchacha dio con los tehuelches? ¿Ellos la habrían salvado de los piratas? Porque lo último que supo fue que había sido raptada por unos bribones que supuestamente la vendieron a un barco pirata portugués, pero, como los malandras luego aparecieron degollados, nadie pudo averiguar nada más. Más adelante, un mensajero de la tribu tehuelche más cercana a La Cimarrona le había avisado que Nandi se encontraba con ellos.

Por lo que había visto mientras la muchacha se acercaba, se la notaba saludable, sin cicatrices ni enfermedad alguna. Y los desmayos, ¿habrían desaparecido? El médico de Carmen de Patagones y después la gran Yam ¿habían podido descubrir la esencia de su mal? La pregunta primordial, la que definiría la felicidad o desolación futura de su amiga, ¿sabía ella qué había sucedido con el Demonio?

Una vez en la sala de la fuente, la acercó a un asiento.

—Aquí estaremos bien —dijo y la hizo sentar sobre el sillón.

Nandi la dejó hacer y, con docilidad, se le acomodó al lado.

Pasaron los minutos; ella lloraba sin interrupción, descargaba el caudal de desconsuelo contenido que hasta ella misma ignoraba que tenía en su interior.

Entonces, Nuil le levantó la cabeza y la hizo recostarse sobre su falda.

—Permíteme que te peine el cabello, ¡lo tienes tan largo!

Jacques se asomó para preguntarle a su esposa si hacía preparar la habitación de huéspedes para la joven recién llegada. Además, quería comentarle que ya se había encargado de ubicar a los nativos y de darles algo para comer. También quería saludar a Nandi. Pero, al toparse con la escena de llanto, prefirió aguardar.

Nuil le hizo un ademán para que les llevara algo de tomar y él accedió, por lo que regresó a la cocina. Sabía que ella encontraría el modo de calmar a Nandi. La muchacha se las había visto muy complicadas. Desde Carmen de Patagones, les habían avisado que había sido raptada por criollos salvajes que la habían vendido como esclava a un barco pirata portugués. Al final, los tehuelches la habían rescatado.

Mientras se dirigía hacia los dominios de Ramona, Jacques meneaba la cabeza; demasiadas desventuras en muy poco tiempo, pensó.

* * *

Un rato más tarde, Clotilde, la otra empleada negra que estaba en la cocina, llegó a la sala de la fuente con una bandeja con dos tazas, una tetera con exquisito té inglés, bizcochos salados recién horneados y algunas hierbas

secas acomodadas a un costado. Si Nuil lo creía conveniente, las agregaría a la infusión para hacer que su amiga se sintiera más relajada. Después, en silencio y como había llegado, se retiró.

Ambas mujeres tenían mucho para hablar, mucho para aclarar, aunque primero Nandi debía desahogarse, ya que era evidente que había pasado por momentos muy difíciles y el alivio que le había provocado llegar a la casa donde tan hermosos momentos había vivido la habían hecho quebrarse. Eso se potenció al sentir los mismos aromas de meses atrás, idénticos paisajes, voces conocidas y al ver a sus amigos. En ese preciso instante, comprendió cuánto ansiaba encontrarse con el capitán, con el Demonio de sus deseos.

Con él también tenía mucho que hablar, mucho que preguntarle y mucho que aclarar. Gérard, querido y odiado Gérard, ¿dónde estarás ahora?, se dijo Nandi al tiempo que se secaba las lágrimas, dispuesta a tomar la infusión que su amiga acababa de acercarle.

—Toma, te hará bien. ¿Has comido hoy?

—Gracias. No, Nuil, aparte del desayuno no hemos ingerido nada todavía.

—Bien, esto te fortalecerá y te dará ánimos.

La joven luego dejó la taza vacía sobre la bandeja, se sonó la nariz con un pañuelo que Nuil le había acercado y se incorporó un poco para preguntarle por Gérard.

—¿Y el comandante? ¿En qué puerto lejano se encuentra ese desalmado? —inquirió. Sin aguardar la respuesta, un nuevo sollozo la acometió. ¡Y ella que creía haber terminado de llorar por esa jornada!

La tehuelche sonrió, sabía que lo primero que Nandi haría sería indagar por él, solo que estaba muy equivocada con respecto a Gérard.

Sí, Nuil tenía muchas cosas que explicarle a la joven; además, las noticias que iba a darle sobre él no la pondrían muy feliz. Más aún, era probable que la destrozaran otra vez.

—Ya conversaremos sobre el Demonio maldito, o como quieras llamarlo, aunque debo aclararte que está por completo errado el concepto que tienes sobre él.

—¡No! ¿Nadie te contó que me abandonó en Carmen de Patagones? —bramó y toda la rabia que creía haber superado volvió de repente—. Esperó a que me hubiese desmayado, entonces partió en *La Liberté* y jamás regresó a buscarme. Me tiró como a un perro desahuciado y me dejó librada a mi suerte, rodeada de esos maragatos fríos e insensibles, con esa familia Requielme, a quienes yo desconocía hasta ese instante. Esa gente se vio obligada a tolerarme durante semanas. ¿Sabías que también me raptaron, me vendieron a los piratas y me arrojaron al mar? Me dieron por muerta, pero no lo estaba. Además me quebré un brazo y me hice un profundo tajo en la pierna —exclamó con voz aguda mientras se ponía más colorada y nerviosa a medida que relataba sus interminables padecimientos.

La tehuelche le sonreía.

—No, todo eso no lo sabía, lo único que sé es lo que me mandaste a decir con el mensajero patagón, pero déjame hablar. No te apresures en tus conceptos ni atropelles tus palabras, tenemos mucho para charlar. Lo primero que debes entender es que Gérard está locamente enamorado de ti.

—¡Ay! Mientes, amiga, solo lo dices para consolarme. ¿Por qué lo defiendes tanto? ¿Dónde está él en estos momentos? Seguro que lejos de aquí, ya debe de haber vuelto al océano Índico. —Nuil agachó la cabeza y asintió—. ¿Viste? —gritó colérica—. ¡Te lo dije!

Se puso de pie y comenzó a recorrer la habitación a paso agitado, por completo fuera de sí.

—No es como crees —insistió la tehuelche—. Gérard partió rumbo al océano Índico, aunque no porque quisiera. Lo hizo contra su voluntad.

—¿Por qué lo crees así? ¿Cuándo partió? ¿Ahora, cuando sabía que yo vendría? —Como la mujer no le respondía de inmediato, ella se impacientó—. ¿Cuándo, Nuil? —gritó y se acercó de nuevo a ella para zamarrearle el brazo.

—No te impacientes, querida, Gérard no sabía de ti y partió hace meses, antes de que el mensajero nos trajera noticias tuyas. Ya no tiene caso inquietarse, no lo alcanzarás. En este instante puede encontrarse en cualquier parte. —Entonces recordó los ataques de histeria de Nandi y cómo se desmayaba—. Por favor, siéntate de nuevo. Ven aquí a mi lado, tomemos otra taza de té. Esta vez les pondré ricas infusiones calmantes junto con azúcar quemada —dijo y la observó ansiosa—. Debes tranquilizarte, si no, te dará uno de tus desvanecimientos. Escúchame, debes sobreponerte.

La angustia en el semblante de Nuil era más que evidente. Entonces Nandi se irguió, se secó el rostro y miró a su amiga con los ojos bien abiertos y aún cristalinos por el llanto.

—No temas, en la toldería tehuelche aprendí muchas cosas sabias, una de ellas fue a no desmayarme cuando me pongo nerviosa. Eso nunca volverá a suceder —aseguró y sonrió. Fue el primer esbozo de autocontrol que emitió frente a ella—, aunque ya estoy por poner en duda mis avances al respecto. Todavía me impaciento —replicó y dejó que las lágrimas le rodaran otra vez por las mejillas—. Mírame, nada más, ya comienzo a lloriquear de nuevo y a enojarme mucho.

Nuil la abrazó, feliz.

—¡Esa que me acabas de dar es sin duda una gran noticia! Vamos a comer estos sabrosos bizcochos que Ramona acaba de hornear, tenemos todo el día para conversar. Y te advierto que lo que voy a decirte no lo hago para intentar

cambiar la idea que tienes sobre Gérard. No, lo que te contaré es la pura verdad.

Nandi bebió un sorbo de la segunda taza y se recostó sobre el respaldo del sofá. Nuil después dejó la bandeja a un costado, le tomó la mano a su amiga y comenzó a relatarle lo que había sucedido desde que ella partió hacia Carmen de Patagones con Gérard hasta ese día.

—Aunque te cueste creerlo, nuestro amigo en común todavía está encandilado contigo. Eres una privilegiada; es la primera vez que lo veo enamorado.

—No lo creo —aseveró Nandi casi enojada—. ¿Por qué entonces me abandonó?

—Porque, cuando lo hizo, pensó que era la mejor opción. ¿Sabes cuántas veces se arrepintió de haber tomado esa decisión? Lo he visto desvelado y merodear por la casa noche tras noche mientras se consumía de congoja, renegaba de la confianza que siempre tuvo en él mismo y se odiaba por haber apresurado su elección de viajar hacia Buenos Aires y dejarte sola. Cuando se fue de tu lado, se sentía seguro de que en manos del médico de Carmen de Patagones, y en la casa de los Requelme, estarías mucho mejor que meciéndote en aguas marinas. Él creía que ya habías padecido suficientes inconvenientes y lo que pretendió con ello fue hacerte feliz, cuidarte. ¿En verdad crees que Gérard buscaba lastimarte aún más? Si él hubiese sospechado siquiera que los rufianes, o cualquier otra persona, podían hacerte daño y raptarte, jamás se habría alejado de ti.

—¡Pero se volvió a ir! ¡Mira, nomás! —exclamó y abrió los brazos en tono de queja—. Cuando yo llego, él vuelve a desaparecer.

—¿Escuchas lo que dices, Nandi? ¿Cómo supones que él podía saber que estabas por venir, si nunca tuvimos noticias más que aquella que nos trajo el mensajero, en la cual nos avisabas que estabas en la tribu tehuelche? Para esa fecha, el Demonio ya había partido. Mientras él anduvo por la Patagonia,

nada supimos de ti, aparte del rapto y posterior desaparición. Cuando se enteró de que te habían secuestrado, recorrió el mar unas veinte veces para intentar seguir el camino que había hecho ese maldito barco portugués hasta que dio con él.

—¿Lo encontró? —preguntó y abrió enormes los ojos—. ¿Y qué les hizo?

Nuil sonrió.

—¿Qué se te ocurre que pudo hacerles? Por algo lo llaman el Demonio de los Mares.

—Sí —exclamó la joven al suponerlo—. Debe de haberlo hundido.

—Según Jacques, no solo lo hundió, también le hizo confesar al capitán qué habían hecho contigo. Cuando le dijo que te habían arrojado al mar porque estabas muerta, aunque él sabía que solo te encontrabas dormida, con el sable lo degolló y se lo dio como alimento a los peces del océano, justo allí donde te habían tirado como deshecho humano.

—¿Y luego?

—Luego te buscó por tierra. Navegó y caminó la orilla de las costas durante semanas, desde Carmen de Patagones hasta la península del Diablo —le explicó y movió la cabeza, dubitativa—. No sé qué esperaba hallar, tu cuerpo, tus prendas o tu pañuelo. Al cabo de esa búsqueda infructuosa, arrojó sus sueños por la borda y regresó de nuevo a Buenos Aires. Era tiempo de recibir más órdenes, debía comenzar a olvidarte. También debía iniciar otra vida, lejos de todo aquello que le recordara a ti. Por esa razón, no controló la construcción de su nueva casa, morada que, creo, jamás pensaba habitar si tú no estabas con él. Regresó a su antigua vida, a arriesgar el pellejo, a combatir a los enemigos de Argentina. —Hizo una pausa y la miró—. Reconoce que, si nos hubieras enviado alguna nota antes, nosotros hubiésemos podido ubicarte y avisarle de tu paradero. ¿Por qué no lo hiciste?

Nandi lo pensó.

—Porque quería olvidarme de él: estaba rabiosa, suponía que ya no me amaba; entonces ¿para qué iba a avisarles que me encontraba bien? Después decidí regresar junto a ustedes. Ya lo ves, meses más tarde tuviste noticias mías —dijo y meneó la cabeza—. ¡Ay! Jamás imaginé que él me había buscado tanto y que todavía me amaba así. Pero cuéntame más, amiga —la instó y esa vez las lágrimas que derramaba eran de ternura, no más de rabia ni de resentimiento. Había comprendido que su amado aún la quería y que la había buscado desde que ella había desaparecido—. ¡Qué azarosas vidas llevamos! Deseamos ser protagonistas de nuestros destinos y acabamos por provocar a los monstruos más viles.

—Nada especial sucedió después —dijo Nuil y meneó la cabeza con tristeza—. Antes de partir hacia donde lo habían destinado, vino unos días aquí, esperaba encontrar noticias tuyas. Él siempre guardaba las esperanzas, nos decía que no podía acostumbrarse a la idea de que ya no estabas más. “Mi pequeña gata rabiosa”, te llamaba. Se pasaba las noches, como acabo de contarte, caminando como ánima en pena, de duelo eterno, sin poder aceptar que no volvería a verte. Hasta que debió partir.

—¿Y Adrizar? —preguntó Nandi.

—¿La estancia? ¿La casa que iba a construir? Allá quedaron todos los elementos que trajo. Los hizo descargar y llevar tierra adentro para que las mareas no mojaran la madera. Durante los primeros meses, lleno de entusiasmo, envió gente para comenzar a levantar la casa, aunque luego de los acontecimientos sobre tu desaparición no movió un dedo más para construir nada. Había perdido todo deseo de radicarse en la Patagonia. En algunas charlas que mantuvimos los dos, él me decía que, sin ti, nada era igual, que la ilusión de construir un hogar en este desierto era porque quería hacerlo contigo y que tú dejaras de rondar por el mar a su lado. Decía que, por primera vez en la vida, quería cuidar de alguien y cuidarse.

—¿Entonces todo quedó en la nada?

Nuil se detuvo un momento.

—En la nada no, porque Jacques continúa con el sueño de tu Demonio. Desde que supo que te encontrabas bien y cuidada, siguió con la tarea de construcción del casco de Adrizar. Cada tanto va a vigilar los trabajos. En realidad, y, aunque Gérard no lo sabe, la casa está casi lista para ser habitada.

—¿Por qué tu marido insistiría en algo que era casi una utopía? ¿Y si nunca vivíamos en ella?

La tehuelche levantó los hombros.

—Yo se lo pedí con la esperanza de que cuando regresaras tal vez te reencontrarías con Gérard —dijo y la miró con una sonrisa cargada de sabiduría—. Ustedes están hechos el uno para el otro, lo sabes. Son dos almas cuyo designio primario es permanecer unidas. Como sea, encontrarán la manera de ser felices.

La muchacha agachó la cabeza, algo cohibida ante la sinceridad de la tehuelche.

—Lo sé —admitió en un susurro.

—Y si nunca vuelven a estar juntos, yo igual quería tenerte cerca, en la casa que Gérard alguna vez soñó.

Nandi le apretó las manos en señal de agradecimiento.

—Gracias, amiga. ¿Qué haría si no los tuviera a ustedes dos? —balbuceó e hizo una pausa—. ¿Sabes cuándo regresará?

Nuil volvió a mover la cabeza.

—¿Sin ti como su más caro objetivo? No lo sé. Ya nada lo atrae. La Cimarrona le recuerda los momentos vividos contigo, lo cual, como comprenderás, le provocaba mucha tristeza.

Vencida, Nandi cerró los ojos y aflojó el cuerpo. ¡Qué tonta había sido! En ese momento se daba cuenta de que en realidad aún amaba con todo su corazón al Demonio y que cada cosa que había hecho había sido para estar cerca de él, para sentirse más plena junto a su hombre, mujer entera. ¡Vanos intentos por superarse! ¿Y qué quedaba ya? Nada de nada. Otra vez la desgracia la golpeaba de lleno en el pecho y la sofocaba con su poderío. ¡Qué agotada se encontraba! ¿Para qué se había esforzado tanto por vencer sus temores, por sobreponerse a la falta de paciencia, por lograr dominar la enfermedad y aguardar el momento justo para desplegar sus alas otra vez y ser más de lo que ya era? ¿Todo ello con qué fin? Para nada.

Dio un largo suspiro y se entregó a la vida, oprimida por el malón de vicisitudes personales que la aquejaban. Se dijo que el destino había vuelto a obrar por ella, le había lanzado una poderosa estocada para masacrarla.

CAPÍTULO 32

Los días siguientes transcurrieron como en una nebulosa. Nandi sabía que debía recomponerse y aceptar la idea de que Gérard no era el ogro insensible que ella había creído en un principio cuando la dejó en el villorrio de Carmen de Patagones.

Aunque eso no era lo peor. Lo más terrible era tener que asimilar que, a pesar de reiniciar el idilio que sentía por él y amarlo como se merecía, ella ya no volvería a verlo, a no ser que un milagro se manifestara y cruzara sus caminos.

Por eso, la joven una vez más había cambiado de planes, ya que tenía pensado regresar de inmediato a Madagascar. Lo haría en cuanto un navío pasara rumbo al océano Índico y quisiera cargarla entre los tripulantes. Recomendada por Jacques, no dudaba de que el capitán accedería a transportarla hacia su tierra. El mar era inmenso, interminable, pero las rutas solían ser siempre las mismas y, si la muchacha tenía suerte, quizás diera con *La Liberté* o con alguien que le indicara si acaso la había visto.

¿Podría soñar con la utopía de volver a encontrarse con su amado? ¿La agasajarían con ese regalo los espíritus? ¿Se dignarían por una vez a dejar a un lado sus ánimos irónicos, esos cuyas decisiones siempre la atrapaban desprevenida y la azotaban con terribles inconvenientes casi imposibles de superar? ¿O acaso su devenir la molestaría siempre con accidentes y obstáculos titánicos?

Sí, reconocía que a ella le encantaban los desafíos, aunque no tantos y tan persistentes.

Ojalá volviéramos a juntarnos, clamaba cada nueva noche cuando se quedaba a solas en la habitación que antes había compartido con el Demonio. ¿La vida nos permitirá ese grandioso final? Vernos, abrazarnos otra vez. ¿Escucharé la risa estruendosa de mi hombre, su furia temeraria, la pasión hacia mí?, se preguntaba. Entonces, los malos augurios la atropellaban. ¡No! Por supuesto que no, si toda mi existencia ha sido una sucesión de problemas e inconvenientes enormes, ¿por qué cambiaría? Eso nunca sucederá. El hecho de que nos hayamos conocido fue un desliz de los dioses, que quizás ese día andaban distraídos o que quisieron hacernos una gracia.

Llegada a esa conclusión, se dijo que no aguardaría más, en la Patagonia ya no había nada que la atrajera, nada por lo cual luchar, esperar o anhelar. Por más que Nuil hubiese hecho construir la casa en Adrizar, aunque Yam le hubiese enseñado a controlar el desconcierto y los arranques de terror, nada de eso le impedía la tristeza.

Era justo eso lo que ella intentaba controlar, a lo que trataba de sobreponerse; la falta de ilusiones, la ausencia total de un futuro junto a aquel hombre que por un breve lapso se había convertido en su amor, su compañero.

En las largas jornadas con poco que hacer en La Cimarrona, solo deambulaba de un lado al otro. A veces, o muy seguido, recordaba tiempos pasados y recordaba cuánto había guerreado junto al Demonio de los Mares, cuántas aventuras habían vivido, cuánta historia habían forjado, juntos como los dos buenos amigos que eran.

Aunque en verdad habían llegado a ser mucho más que eso. ¡Y cuánto dolor le producía recordarlo! ¿Por qué no había aprovechado esos instantes de compañerismo y amor? ¿Por qué lo combatió todo el tiempo? Lo había enfrentado como a su peor enemigo, lo había provocado, cuando lo evidente estaba a la vista: él era su máxima añoranza, su máxima adicción.

* * *

La vida siguió, pero ella continuaba igual, sin decidirse a emprender ninguna actividad ni a tomar ningún camino más que el de la inercia, más que aguardar. Claro que esa vida no le agradaba del todo, pero ¿qué otra cosa podía hacer?

Una melancolía malsana la había invadido y no hallaba modo de sacársela de encima. Era como si alguien le hubiese apagado el farol de la vida; ya no se entusiasmaba por nada y lo único que deseaba era no hacer nada. Las infusiones que de manera periódica le daba Nuil para que no se alterara más la mantenían en un sopor continuo.

—¿Cuándo dejará de agobiarme esta terrible sensación de no pertenecer a ninguna parte?

Con la escasa fe que le quedaba, se decía que cuando llegara de regreso a su hogar nativo y pisara la tierra, cuando oliera los aromas y mirara a sus amigos de toda la vida, recién allí volvería a sentirse en paz, no antes.

En ese punto, otra vez la acuciaba la urgencia de partir cuanto antes y se preguntaba cómo conseguiría volver, en qué nave viajaría segura, en quién podría confiar sin que se le diera por poseerla o venderla como esclava mientras estaban en altamar, eso siempre y cuando la embarcación no se topara con vándalos de los océanos o con una tormenta que los hiciera naufragar.

Pero mucho más importante que todos los cuestionamientos anteriores era dónde encontraría la fuerza para comenzar a moverse.

—¿Qué haré, Nuil? —solía preguntarle cada vez que ella se acercaba para inquirir cómo se encontraba.

—Por ahora no harás nada, querida, primero debes aceptar que el capitán partió y comenzar a planear cómo iniciarás el trayecto de regreso. Eso te mantendrá ocupada. Jacques conseguirá que algún capitán quiera llevarte, no temas.

Las conversaciones eran las mismas cada vez que ellas se sentaban y tenían la oportunidad de debatir al respecto.

Nuil, con esa paciencia y simpleza de mujer juiciosa, adoptaba los eventos de la vida como algo natural, sin rebelarse, y obraba en consecuencia para tratar de darle consejos que la alentaran a continuar, con la esperanza de que al llegar al final del camino, ella se encontraría con la victoria.

—La posibilidad de viajar no es tan remota. Desde Carmen de Patagones parten barcos a cada momento, corsarios, comerciantes, extranjeros que llegan hasta ese puerto de visita. Muchos son los que arriban a nuestro sur argentino y por diferentes razones. Además —agregaba al notar el desaliento de su amiga—, no debes pensar que todos ellos son sinvergüenzas u oportunistas. Solo debemos cerciorarnos de que quedes en buenas manos y puedas llegar sana a tu isla.

—No, Nuil, ¡nunca más volveré a Carmen de Patagones! —se rebelaba Nandi, sin querer aceptar que ese era el lugar más cercano para conseguir un navío—. Allí me raptaron, me tiraron al mar y me dieron por muerta, me quisieron violar y esclavizar y por un cabello no morí degollada o ahogada. No, nunca volveré allí.

—¿Entonces?

—Entonces ya idearé la forma de encontrar un barco que me lleve de regreso. Si me instalo en el risco, al lado del faro, o si voy hasta el muelle que ustedes tienen en la ensenada, quizás alguna vez un navío ancle allí, uno que justo vaya hacia el océano Índico.

—Lo cual es bastante difícil, reconócelo. Ningún barco viene a nuestro muelle más que por un accidente o porque quieran negociar alguna mercadería con Jacques, o porque él les haya hecho un encomendado y traigan algo en especial. Aun así, él comercia con el Viejo Continente, nunca con África, y la ruta es muy distinta, una va hacia el norte y la otra hacia el sur.

En ese momento, Nandi recordó.

—¿Y él? —preguntó llena de esperanza ese día.

—¿Qué hay con Jacques?

—¿Acaso *La Capitana* no está anclada en tu muelle? —exclamó ansiosa al recordar el regalo que Gérard le había hecho a su amigo cuando arribaron con la flota.

Nuil meneó la cabeza.

—Deliras, Nandi. Mi marido nunca accederá a subirse en una nave; no puedes olvidar su terrible pasado. Una vez te conté cómo perdió a su segunda esposa en un naufragio al entrar al río Negro. ¿Lo recuerdas, verdad?

—Podemos intentarlo —insistió ilusionada, sin querer darse por vencida justo que había encontrado un diminuto aliento de esperanza.

Esa era una posible solución a sus devaneos sobre cómo volver a su país. No, no iba a renunciar así sin más, sin empecinarse un poco en esa idea. Ya sabían todos cuán insistente podía llegar a ser.

—Podríamos preguntarle, ¿qué me dices? —dijo y la miró con entusiasmo.

—Te ilusionarás en vano, amiga. Él no volverá a poner un pie sobre cubierta, lo ha jurado.

—¿Puedo hablarle? ¿Me permites intentarlo?

—Hazlo, estás en todo tu derecho.

Nandi, sin esperar más, esa tarde se levantó alborotada, llena de una nueva confianza con la ocurrencia que se le acababa de presentar. Iría a verlo, trataría de convencerlo, le rogaría que, aunque fuera por esa sola vez, tomara el gobierno de la nave que Gérard le había obsequiado y la dirigiera hacia alta mar para devolverla a Madagascar. Después, ya nunca más se subiría a una embarcación, si ese era su deseo, pero que la llevara, por favor, que la llevara.

Podía hacerlo, ¡claro que podía convencerlo! Solo era cuestión de encontrar las palabras adecuadas con las cuales hacerlo cambiar de idea, esas que lo alejarían, aunque más no fuera por un tiempo, de sus resquemores.

Nuil la vio partir en busca de su marido y se preguntó si el apuro de Nandi era porque de verdad deseaba regresar a su tierra o porque quería volver a encontrarse con Gérard.

Por lo que ella podía entrever, la joven todavía no percibía cabalmente que tenía el corazón abrazado —más que abrazado, encadenado— al de ese hombre, el Demonio de los Mares. Sin quererlo, él se había convertido tanto en su demonio como en su ángel.

Nuil esperaba que, cuando ella lo descubriera no se quebrara, porque era muy probable que ellos dos no volvieran a juntarse. El océano era demasiado amplio; y las posibilidades de toparse, casi nulas.

También podía suceder que, si Nandi regresaba a su país, Gérard alguna vez se enterara de ello y volviera a buscarla; sin embargo, ¿cuánto tiempo habría pasado para ese entonces?

* * *

Nandi ignoró esos conceptos tan desalentadores y, con el único pensamiento de volver con su gente, recorrió con obcecación el casco de la estancia hasta dar con Jacques, quien en ese preciso momento controlaba la carneada de varias reses.

Al verla llegar, la saludó con el brazo y se excusó de saludarla con un abrazo porque estaba repleto de sangre.

—Disculpa, muchacha. ¿A qué has venido a este sitio tan desagradable? Te advierto que esto no es muy atractivo para una mujer.

La negra recordó cuando se vio obligada a comer carne cruda de lobo marino y cómo debió cubrirse con su piel fresca; también se acordó del aroma fétido que despedía el portugués que la había abordado y de los malos olores de los pozos donde se arrojaban los desperdicios en Carmen de Patagones.

No, se dijo, después de semejantes recuerdos, para ella el estar presente durante una faena de animales, del tipo que fueran, y el hecho de verlos descuartizados y eviscerados no le provocaba asco ni aprensión alguna.

—Jacques, ¿tienes unos minutos para atenderme? Vengo con una petición —dijo y lo pensó un instante—. Un requerimiento bastante inusual, por cierto, debo admitirlo.

Él la observó extrañado. Si quería pedirle algo, ¿por qué su mujer no la acompañaba? ¿Se encontraría ella al tanto de lo que Nandi estaba por decirle?

—Espera, ya estoy contigo.

Le entregó el facón al peón que tenía al lado, se lavó las manos en el bebedero de los animales que tenía más cerca y se acercó a donde ella se encontraba.

Nandi lo esperaba fuera del cobertizo, apoyada contra el palenque donde ataban las riendas de los caballos. Cuando él estuvo a su lado, sin preámbulos ni preparación alguna le preguntó:

—Jacques, ¿me llevarías en tu barco hasta Madagascar?

Él, tomado por sorpresa, no supo qué responder. Encima, de improviso se sintió acorralado en una encrucijada de la que nadie lo había prevenido y para la cual no estaba preparado.

Como único gesto automático, se hizo echó atrás al tiempo que se tomaba la frente, como si un incipiente dolor de cabeza comenzara a molestarlo.

—Aclárame el concepto, por favor, dime qué intentas pedirme —expresó como para darse tiempo a recomponerse y mientras deseaba que la muchacha estuviese equivocada en lo que acababa de requerirle.

Tal vez había escuchado mal, pero ella, tan directa como casi siempre era, le repitió el deseo.

—Te preguntaba si serías capaz de acercarme a mi isla, en el océano Índico.

—Sí, sé dónde queda Madagascar. ¿Lo has conversado con Nuil? —preguntó y no se atrevió a decir más por temor a sonar grosero.

Después de todo, debía aceptar que Nandi era así: decía lo que pensaba sin tapujos y sin pensar que con sus palabras podía molestar a alguien. La joven era algo impulsiva e inmadura. Esa era Nandi, la atropellada y salvaje Nandi.

Le volvió a repetir:

—¿Lo has hablado con mi esposa?

—Sí.

—¿Y ella qué ha dicho al respecto?

—¡Ay! No importa lo que ella dijo —exclamó algo impaciente—. Te lo pido a ti. ¿Lo harías por mí?

Él tardó en responderle, tardó demasiado tiempo en darle una respuesta y, cuando lo hizo, su semblante estaba increíblemente serio, con un rictus en la boca que le desfiguraba esas agradables facciones de hombre buen mozo, bondadoso y cordial.

En ese instante, y aún sin haber escuchado sus palabras, Nandi supo que él se negaría a llevarla.

Jacques levantó apenas los ojos, los clavó sobre el rostro oscuro de la joven que tenía enfrente y, sin un dejo de duda en la entonación, le dijo que no.

—Juré jamás volver a pisar la cubierta de un barco.

Luego descolgó una fusta que había enganchada al poste, dio un fuerte huascazo en la tierra y se alejó.

La conversación, casi antes de iniciarse, ya había concluido.

* * *

Nandi quedó allí parada durante unos minutos, tal como le había sucedido a Jacques cuando escuchó su pedido, sin reacción alguna.

Todo su terremoto era interno y bullía como un volcán a punto de entrar en erupción; no estaba triste, sino más bien enojada, rabiosa con ese hombre, muy furiosa.

De todos modos, no se dio por vencida. Testaruda y rebelde como era, pensó cómo podía hacer para conseguir que él cambiara de opinión, porque no llegaba a entender por qué Jacques se encontraba tan marcado por su pasado. El hecho de recordarlo lo consternaba mucho y lo llenaba de viejos y dolorosos recuerdos, esos que todos y cada uno de sus días se esforzaba por dejar atrás, porque sabía que, si no lo hacía, lo destruirían.

Mientras ideaba nuevas maneras de torcer la voluntad del hombre, apretó los labios igual que una niña caprichosa y corrió hacia el parque donde se encontraba el banco.

Se sentó allí, cruzó los brazos contra la cintura y comenzó a pensar. En un momento de ese debate en solitario, se le ocurrió que quizás podía pedirle prestado el navío. Se embarcaría sola con algunos marineros y con ellos navegaría *La Capitana* hacia su destino. Al lado de Gérard había aprendido cómo hacerlo y suponía que no se había olvidado. Tampoco debía de ser tan complicado maniobrar una embarcación, pero no era tan tonta como para no tener en cuenta que la tripulación, desacostumbrada a ser gobernada por una mujer, tal vez se sublevaría antes de arribar. Todo eso si ella conseguía hacer navegar la corbeta.

No, era algo tan sin sentido que no valía la pena ser tenido como opción. Hasta ella misma, obcecada como era, comprendía que la idea sonaba demasiado loca, casi desquiciada. Entonces, muy a su pesar, debió desecharla de inmediato.

Apretó los dientes y cerró los puños, se sentía impotente y muy enojada, luchaba consigo misma, incapaz de aceptar que, una vez más, la situación la sobrepasaba. ¡Cuán cansada se encontraba! No se acostumbraba al hecho de fallar en todo y que cada evento fuese un desafío casi imposible de ser superado.

En su tierra, ella decidía sobre las próximas acciones a seguir, era la que mandaba, la que elegía dónde ir, qué comer y cuándo dormir. Sin embargo, desde que los malditos ingleses la habían raptado, ya no era más dueña de

nada, ni siquiera de la ropa que se ponía. ¡Si hasta eso le elegían quienes se encontraban a su lado!, pensó en su extrema ignorancia.

Lo cual distaba de ser cierto, no era porque no le gustara lo que vestía en Argentina; era una cuestión de pareceres y a ella se le hacía que se había convertido en un animal de juguete que se movía como los juncos al vaivén de las circunstancias o del viento que soplara más fuerte.

Pero, al cabo de media hora, debió reconocer lo inevitable, certeza que la hizo sollozar. Si él no la ayudaba, ¿cómo haría para viajar tan lejos?

—¿De qué modo lo lograré? —preguntó.

* * *

Nuil la encontró allí cuando anochecía. Corazón de ángel, silenciosa, gentil, siempre presta para hacerle la vida más agradable a quienes tenía cerca. En las manos cargaba una bandeja, que dejó sobre la mesa de piedra que había junto al banco.

Después se sentó al lado de la joven y, sin decir palabra, la atrajo hacia ella y la abrazó de nuevo, como tantas otras veces había hecho.

—¿Te parece que comamos estos bocados bajo el sauce? Está hermoso el atardecer —dijo y la soltó un poco.

Nandi no respondió nada y la dejó hacer. Le daba lo mismo, haría lo que fuera, porque por el momento no tenía nada más urgente por emprender. Le habían cercenado el futuro de uno o varios trompazos, por eso, lo que hicieran con ella en los siguientes meses le daba igual.

CAPÍTULO 33

Los días pasaron, hubo frío, calor, llovió; los vientos huracanados torcieron los árboles. Luego la calma los inundó con beatitud; aun así, a Nandi todo le parecía semejante.

¡Tantas cosas que imaginó durante esos meses mientras había permanecido en la toldería tehuelche! Había organizado sus siguientes pasos al tiempo que planeaba encuentros y trataba de curar su enfermedad. ¿Y para qué?, si se topó con un océano infranqueable.

Primero se había esforzado por alejar a Gérard de su mente y, cuando al fin lo consiguió, se enteró de que debía reiniciar el idilio, pero con un fantasma.

Harta de esas vicisitudes y al comprender que, cuanto más avanzaba, las situaciones parecían empeorar, optó inclinarse hacia lo más sencillo: por una vez y para siempre, dejarse mecer por los compases de su destino desatinado e indescifrable. Si él quería jugar con ella, pues la muchacha lo dejaría hacer, ya estaba cansada de insistir para salir adelante frente a los obstáculos, porque, cuando se proponía enfrentar uno, todo le salía al revés.

A partir de esa decisión, comenzó a vivir porque sí. Pasaba largas horas de ociosa, en las cuales tenía demasiado tiempo para pensar. Dado que no se concentraba en nada bueno, Nandi se desanimaba más y más.

Cada nuevo amanecer, cuando el incipiente sol iniciaba su avance por la estepa patagónica, ella abría los ojos y, de inmediato, sentía que se sumergía en la tristeza. Era incapaz de ver más allá de su sombra y no podía asimilar las bendiciones que le habían dado desde el cielo. No percibía que cuanto poseía dentro de sí bastaba para hacerla una gran persona y vivir en alegría

permanente. Era joven, saludable, inteligente y enérgica hasta que la melancolía la empapaba. Veía su futuro negro. ¿Qué esperanzas podía tener si carecía de todo? ¿En qué terminaría su vida? Sola, sin un hogar que le perteneciera, lejos de sus raíces, relegada al olvido en todo sentido, joven, aunque sin su compañero, sin una ilusión a la cual aferrarse para poder vivir con alegría. ¡Si hasta en ese lugar, donde la querían tanto, ella igual se sentía una intrusa!

Aun así, no era tan obtusa como para no darse cuenta de que sin un proyecto, el ser humano se hallaba imposibilitado de encontrar la senda para continuar. Era imperioso entonces buscar un objetivo por el cual luchar. Pero pasaban las semanas y no encontraba nada importante a lo cual aferrarse.

Su amiga intentaba distraerla y la llamaba para que la ayudara en las tareas de la casa, a fabricar un nuevo dulce o a confeccionar un vestido o un disfraz para Francisco. Quería enseñarle a leer o a dibujar, a cocinar un guiso distinto, pero, al cabo de unas semanas, Nuil ya no sabía qué más hacer.

Un día le dijo que, con Ramona, iban a freír pasteles dulces con frutas azucaradas dentro.

—¿Nos acompañas? —la invitó.

Como Nandi no tenía nada más para realizar en esa jornada y ya estaba hastiada de andar por el parque y recorrerlo de un lado al otro mientras nombraba las hierbas que veía a su paso, harta de escuchar a los pájaros que volaban de rama en rama al tiempo que se esforzaba por imaginar una razón por la cual valiera la pena despertarse de ese letargo interminable, decidió acompañarla.

—Vamos —replicó sin muchos deseos.

Con los hombros encogidos y el ánimo que le arrastraba igual que su pollera, Nandi la secundó hacia la cocina. Mientras avanzaban, una vez más le preguntó a Nuil si acaso tenía noticias sobre algún barco que pudiera

transportarla hacia Madagascar.

La tehuelche, como hacía siempre, movió la cabeza para negarlo.

—Nada, aún no sabemos nada —dijo, sin repetirle que eso sería casi imposible, porque ningún capitán le garantizaría llegar entera, y ni siquiera que arribaría a su tierra.

Ese día, Nandi vio cómo las mujeres amasaban con empeño los bollos de masa dulce y le agregaban cuanto se les apareciera en mente.

—¿Y si les ponemos uvas secas?

—¡Uvas secas agregamos! —exclamó feliz Nuil de modo exagerado para buscar con ello entusiasmar a su desanimada amiga.

—Patrona, ¿le parece que le coloquemos anís en grano?

La tehuelche dudó.

—¿Imagina cómo quedará?

—¡Delicioso! —exclamó la negra.

Nandi recordó una hierba que le ponían a los budines en su tierra. Fue al almácigo donde crecía y cortó un ramito de hojas. Acababa de arrancarla de una planta no muy utilizada en la cocina de la estancia y que quizás estaba allí, entre las demás hierbas, porque había tenido la gracia de nacer sola.

—Toma, ponle esto, picaremos las hojas y luego se las agregaremos —le dijo a su amiga y se las entregó.

Nuil las olió.

—Huelen como el anís y la menta juntas, ¿no? —preguntó con dudas.

Ramona se la llevó a la nariz.

—Acá la llamamos “hierba del pájaro”.

—Por supuesto que me parece —dijo la muchacha, segura—. Con ella hacíamos las tortas en mi país.

—¡Probemos! —dijo Nuil no muy convencida de lo que estaban por hacer.

* * *

Horas más tarde, se llevaron a los labios un bocado del primer budín que salió del horno de barro y degustaron los matices de sus diferentes sabores.

—¡Mm! Está sencillamente delicioso.

—¡Gracias, amiga! De ahora en adelante utilizaremos tu yuyo. —Mientras lo decía, deseó que esa nueva chispa de interés comenzara a devolverle el ánimo alegre, rebelde y algo salvaje que todos le conocían a Nandi.

Nuil se equivocó, parecía que a la joven nada le haría retornar el deseo de vivir. Alguien había soplado la lumbre de su luz interior y la tehuelche no sabía cómo volver a encenderla.

Un día, ya bastante preocupada por ella y al creer que su salud se deterioraría pronto, se decidió a conversar con su marido. Era hora de encarar seriamente el asunto, no podían dilatar más el problema, debían hacer algo al respecto.

Sabía que la charla sería complicada porque nunca antes habían hablado de ello, y mucho menos tocado el tema específico de la aversión que Jacques sentía hacia los barcos. Sabía que él tenía profundas y justificadas razones para odiar ese tema, pero debían tratarlo de una vez y buscar el modo de ayudar a Nandi.

Bien, se dijo, cuando la ocasión se diera, hablaría. Solo esperaba no herir demasiado ni muy profundamente a su querido marido. Lo amaba más allá del raciocinio y gustosa se habría recostado sobre la hierba para que él la utilizara de almohada, si así él lo necesitaba. Jacques, a su vez, tan agradecido como enamorado ciegamente de esa maravillosa tehuelche, le correspondía de igual manera.

* * *

Ya anochecía. Los faroles de la casa habían sido encendidos momentos antes. Jacques leía un periódico que Anacleto había traído en el último viaje que había hecho a Carmen de Patagones. Para ello, se había instalado en la sala de la fuente, sentado con comodidad en uno de los sillones. El hogar se encontraba encendido y las llamas crepitaban, lo que le imprimía un aire de calidez al ambiente.

Nuñil agradeció que se encontrara allí; esa habitación tenía la cualidad de aliviar los ánimos y refrescar pensamientos, además de aligerar las cargas personales de cada individuo. Era como si el gorgoteo intermitente de la vertiente, más el fuego que lanzaba chispas, lavara los corazones doloridos y enjuagara las heridas aún abiertas.

—Hola, querido —le dijo al aparecer con una bandeja de plata llena de bocados dulces y la vajilla de la merienda. Todo estaba listo y dispuesto para disfrutar de un delicioso tentempié—. Te traje café bien caliente y azucarado, como más te gusta.

Él dejó el papel impreso a un costado, le sonrió y la saludó con un beso en los labios.

—Hola, princesa de las llanuras patagónicas. ¿Qué te ha traído tan temprano a mi lado? ¿La cena está lista antes de tiempo? No lo creo, porque me traes una taza de café. ¿Tenemos un ternero con problemas? ¿Ramona hace de las suyas? ¿O solo me extrañabas demasiado?

Ella rio. ¡Cómo la conocía! Sabía que recurría a él por algo especial. Sus reuniones diarias solían ser a la hora de la comida nocturna y también en la cama, abrazados mientras se rozaban piel con piel y disfrutaban del contacto que el otro le producía. Se amaban y el hecho de estar en la cama, ya sea para tener sexo o solo con sentir la presencia de su compañero, los hacía estar plenos, enteros. Jacques y Nuil habían comprobado en varias oportunidades que se potenciaban cuando estaban juntos y, cuando estaban ausentes, se evocaban mutuamente, pero con el temple tranquilo.

—¿No puedes vivir sin mí? ¿Es eso?

—Ninguna de las cuatro o cinco cosas que dijiste.

—¡Vaya! Ahora sí estoy intrigado. Soy todo tuyo. Ven, siéntate junto a mí, te presto mi espacio, mis oídos permanecerán atentos a tus requerimientos.

La muchacha fue a acomodarse a su lado y le tomó el brazo. Sin embargo, en vez de hablar y explayarse en el escabroso tema que la había conducido allí, comenzó a masajearse y así a dilatar el momento de hablar. Sabía de antemano que la magia que los envolvía se rompería en cuanto ella abriera la boca.

Jacques empezó a impacientarse, carraspeó, se revolvió en el lugar, tomó un sorbo del sabroso café y después la observó serio.

—Todavía espero.

Nuil no iniciaba la charla porque buscaba las palabras para no dañarlo. Jacques era su vida, su luz. Junto con Francisco, eran la razón que la movilizaba cada día a continuar en eterna alegría y agradecimiento.

—Querido, es importante que conversemos sobre la salud de nuestra invitada.

—¡Esa chiquilla obcecada! —exclamó algo enojado—. ¿Todavía está empecinada en no alimentarse bien?

Nuil interrumpió el inicio de esa explicación.

—No, en eso te equivocas, querido, Nandi ya no es una niña. —Luego comenzó a explayarse—. Debes de haber notado que decae poco a poco y, como dices, no come como debería. Lo que le sucede es que añora su tierra, a la gente, sus orígenes, la lengua, su vida. Por fortuna, aún no comprendió que también extraña a Gérard, o por lo menos eso creo, porque no lo nombra. Aun así, he notado que esa niña, como tú le dices, está muy enamorada de él y que su tristeza se potencia porque intuye que no volverá a verlo. Cada día que pasa se deteriora. Me alarma esa impasibilidad y la obcecación de permanecer ajena a cuanto la rodea, se ha vuelto una extraña y no hay modo de hacerla comprender que así terminará por masacrar su buena salud.

—¿Y eso qué tiene que ver con nosotros? —Al darse cuenta de que podía sonar demasiado brusco, cambió las palabras—. No me malinterpretes, por supuesto que nosotros estamos en esto. La apañaremos y la cuidaremos siempre. Sé que haces todo lo posible para ayudarla a salir adelante, te he visto cuando la acompañas en los recorridos por el parque, cuando la invitas a cocinar contigo, a coser en esta sala, a participar en los estudios de Francisco, le has enseñado a hablar mejor en español, le has mostrado cómo se sazonan las carnes y cómo debe cazar los animales que viven en la estepa. La llevas, la traes, la tienes presente cada minuto del día, entonces —como ya me has comentado— si ella se empecina en permanecer estática y no quiere ir hasta Carmen de Patagones para tomar un barco que la regrese a su tierra, ¿qué podemos hacer? ¿Se te ha ocurrido alguna otra idea? ¿Alguna solución? Porque yo ya no sé cómo podríamos ayudar.

Nuil guardó silencio y siguió inmóvil. Ese mutismo fue tan prolongado que, con el paso de los minutos, el aire se enrareció hasta que se volvió pesado y áspero. Jacques supo de inmediato qué significaba. Se puso tenso, apretó la mandíbula y los ojos se le entrecerraron, para luego clavar las pupilas en la pared que tenía enfrente. ¿Era su imaginación o Nuil le sugería que...?

Al caer en la cuenta de lo que eso significaba, de las consecuencias, quizá mortales y definitivas, determinantes y atroces, de semejante certeza, él creyó que el holocausto, de manera sorpresiva, se había instalado en ese recinto que hasta unos pocos instantes atrás era tan agradable.

—¡No, esposa mía! ¡Por favor! No puedo creer lo que se te ha ocurrido — exclamó y se llevó las manos a la cabeza—. ¿No lo hemos conversado ya? ¿No aclaramos que nunca más volvería a subirme al puente de un barco? A no ser en una chalupa o, cuando mucho, en una canoa nativa. Conoces mis tremendos recuerdos y no son remembranzas nada más. Ojalá lo fueran, ¡virgen santísima! En mi pasado cercano, el estigma de la muerte me ha perseguido como si no tuviera más cristianos para acosar —dijo y la miró serio, con el rostro contraído por el sufrimiento. Después se puso de pie y comenzó a recorrer con impaciencia la sala—. Nuil, no te reconozco, no puedes pedirme que lo haga. Si quieres, podemos contratar una cuadrilla de marineros para que la lleven hasta allá. *La Capitana* está fondeada y descansa en nuestro muelle, lista para ser utilizada; le vendría bien una larga travesía. —Al notar que ella no respondía, insistió—. ¿Quieres que vaya a Carmen de Patagones a buscar algún oficial que esté dispuesto a llevarla hasta Madagascar? El trayecto es largo hasta allá; sin embargo, ella ya lo ha realizado antes. Quizá pueda conseguir a alguien que esté desocupado; capitanes abundan en ese poblado. Recuerda que es un puerto muy importante, el segundo del país, y hay marineros, pajes y grumetes que, con solo ir a los bares del villorrio, puedo juntar de a puñados.

Nuil frunció el ceño y lo miró, desaprobadora.

—¿Te escuchas, esposo mío? ¿Pretendes dejar a esa inocente joven en manos de esos desesperados hombres? Bizarros, toscos, borrachos y soeces que lo primero que harán será abalanzarse sobre ella, insubordinarse y hacerse con el navío y todo su contenido.

Él bajó la vista, sabía que ella tenía razón. Sería un milagro si no se amotinaban, si no tomaban el barco, si no se lo apropiaban y, también, si no violaban a la muchacha. Por más brava, impetuosa y corajuda que fuera, de nada le valdría tanto arrojo si estaba rodeada de cien hombres recios, deseosos de sexo y ansias de un poco de diversión.

—Entonces no tenemos más que hablar. No se me ocurre otra cosa, aparte de lo que ya te expresé.

—A mí tampoco.

A Jacques ya se le había vuelto demasiado incómoda esa charla y quería huir de allí. Antes de incorporarse y de dar por terminada la conversación, le apretó la mano a su esposa para infundirle esperanzas.

—No temas, el tiempo nos dará la solución. Ya lo verás.

Mientras se retiraba de la sala, Nuil susurró:

—Siempre que no sea demasiado tarde.

Meneó la cabeza, escéptica. No había tantas opciones y la salud de Nandi, que por el momento se mantenía estable porque era joven y vigorosa, pronto se debilitaría y ya no sería tal.

CAPÍTULO 34

La vida continuó en esa península preciosa, rodeada de mar desde todos sus bordes y con apenas un diminuto pasaje a tierra, sitio donde Jacques había hecho construir fuertes vallados con altos paredones. Por ello, La Cimarrona era una de las estancias más seguras de la Patagonia.

Sin embargo, en el interior, los ciclones sentimentales devastaban a los seres humanos que la habitaban.

Tal como Nuil lo había imaginado, con el transcurrir de las semanas el ánimo de Nandi decayó todavía más. Su inmovilidad y desaprensión hacia cuanto la rodeaba se acentuó y, al cabo de un tiempo, terminó por pasar todas las horas de claridad sentada en una roca que se encontraba junto al faro. Eso y poco más. Al no alimentarse bien y masacrarse la mente con pensamientos nefastos, su fuerza declinó hasta volverla un amasijo de piel y huesos que apenas respondían por inercia.

A veces, hasta la misma Nandi se preguntaba cómo, de ser una extrovertida y exagerada niña salvaje se había convertido en eso: un harapo sin resolución alguna.

Temprano, todavía antes del amanecer, Nuil la veía salir. Iba abrigada con la capa, la capucha que le cubría el cabello y el rostro, además de con el quillango de guanaco. Así enfundada, partía hacia la orilla, a varias leguas de distancia.

Una vez la había seguido para averiguar qué podía hacer durante tantas horas; la encontró sentada, inmóvil, callada y ausente.

Se le colocó al lado y la saludó. Nandi pareció no haberse percatado de su presencia y, por más que ella le tomó la mano helada, la abrazó y trató de entablar una conversación trivial, la muchacha nada le respondió; ni siquiera se cambió de lugar.

Tenía los dedos duros y las mejillas pálidas.

Nuil la observó, la estudió de cerca; sin duda, esa joven se encontraba visiblemente demacrada.

—¿Recuerdas las enseñanzas de Yam?

Nandi tardó en responderle.

—Sí.

—En ellas nunca te explicó que debías ser fuerte y mantener el ánimo alto. —Nandi no le respondió nada—. ¿Sabes por qué?

—No; no lo sé.

—Porque ella sabía que no tenía necesidad de enseñártelo, era algo innato en ti. De todas las cualidades que te faltaban, esas tenías de sobra.

Nandi inspiró profundo.

—¿Qué intentas decirme con eso?

—Lo que intento es preguntarte dónde quedaron esas virtudes, porque yo no las veo. Hace tiempo que no las encuentro dentro de ti.

La muchacha apretó los labios.

—Se perdieron. Desaparecieron por ahí o se ahogaron en el océano. No lo sé.

Nuil la abrazó.

—Ya encontraremos la forma de que regreses a tu tierra. Dime, ¿tan incómoda te sientes entre los míos?

Esa vez, la malgache reaccionó de inmediato.

—¡Oh, no! No me malinterpretes. Extraño mi vida anterior, a mi familia, a... —comenzó a decir y se detuvo.

—Dilo, no hay nada malo en decirlo. Todos lo sabemos.

—Extraño a Gérard —susurró y la miró con desesperación a los ojos—. ¡Lo extraño tanto que creo morir de amor! Perdona esta confesión.

—No, amiga, no te inquietes. En La Cimarrona ese es un secreto conocido en voz alta.

—¿Cómo es eso?

Nuil le sonrió.

—No temas; hace mucho que lo sabemos, no hace falta más que mirarte. Cuando te refieres a él se te avivan los tonos de las mejillas, tu mirada brilla.

—¡Ay, Nuil! Lo intento y lo intento, pero soy incapaz de sobreponerme a su ausencia. Ya lo ves, Yam se equivocó en ese concepto: no soy tan valerosa ni fuerte.

—¿Sabes? Creo que ante el amor, nadie es lo suficientemente fuerte. Nos doblega, ¿verdad?

—Sí.

—Yo también padecí la falta de amor. Sabes que Jacques no ha sido un hombre fácil.

—¿No lo fue? —preguntó y agrandó los ojos.

—No, ni cerca.

Para distraerla, la tehuelche le contó cuán difícil había sido convencerlo de volver a amar. Él había perdido dos esposas y creía que su cuota de matrimonios fallidos ya había sido rebalsada.

—Por eso no quería volver a intentarlo.

Ahí quedaron después de la charla, sentadas y quietas. Nuil recordaba los esfuerzos que había hecho para conquistar el corazón de su amado francés; y Nandi, aletargada, muerta en vida.

* * *

Imposibilitada de sacarla de ese ostracismo, ese día Nuil regresó sola al casco de la estancia, sin poder convencerla de acompañarla a mirar a los corderos que recién habían nacido.

—Algunos son realmente preciosos. De pelaje negro oscuro y asustan a los demás cachorros.

Nada, Nandi continuó impertérrita.

Los siguientes intentos por iniciar una charla, para buscarle una solución a la tristeza de su amiga, fueron inútiles. Nandi se rehusaba a hablar. Se sentía tan desahuciada que suponía que nada podría devolverla a la alegría que siempre había sentido. Entonces ¿para qué conversar sobre cosas sin importancia?

Antes de alejarse de ella, Nuil le despejó el rostro y le dio un beso en la frente. Luego se marchó hacia su casa y la dejó mascullar sus entuertos íntimos, esos que la consumían. Mientras desandaba sus pasos, la mujer

sospechó que en Nandi había algo mucho más escondido e importante que una simple añoranza de su país o Gérard; nadie lloraba así por las raíces perdidas, no que ella supiera. ¿Qué podía ser entonces? ¿Qué la enfermaba? ¿Qué nefastos pensamientos la inquietaban de tal manera? Al perdonar a Gérard por haberla abandonado en Carmen de Patagones, había comenzado a desear que estuviera junto a ella. De ser así, ¡claro que sus esperanzas eran fútiles! La posibilidad de que ellos dos volvieran a reencontrarse era remota.

Sí, eran tan apasionados cuando estaban juntos y tan mortalmente desesperados cuando no se encontraban. Fuego y hielo, lluvia torrencial y sequía desértica, sin términos medios. Esa era la única explicación que la tehuelche hallaba para semejante desolación, para la falta de ilusión de un futuro junto a su amado.

Lo que le sucedía a la malgache era que su esencia tan temperamental la hacía actuar por instinto, a pesar de haber analizado a conciencia los orígenes del dolor. Por esa razón, la dominaba un descontrol completo en sus actitudes.

¡Ay, la amorosa Nuil sentía mucha impotencia! Si Nandi se lo hubiera permitido, ella le habría explicado que la vida no estaba perdida por el solo hecho de no poder concretar sus anhelos más profundos; lo importante era mutar, amoldarse a los cambios y girar la intención de los deseos para seguir el camino. Alguna vez encontraría el sendero para toparse con otra ilusión, solo era cuestión de tener la capacidad de mirar más allá del presente, dejarse guiar por aquellos que se encontraban en mejor posición para darle consejos y confiar en las fuerzas superiores.

¡Si sabría la tehuelche de inconvenientes en el trayecto! Había luchado tanto por sacar adelante a su marido, por quitarle los temores, esos que una vez habían llegado a convertirse en verdaderos monstruos y que durante años le habían impedido avanzar; lo habían vuelto un extraño en su propio campo, un indigente de sentimientos y un ser humano por completo devastado por su pasado.

Luego de tanto empeño, al final ella había conseguido salir victoriosa de ese desafío. Era por eso que se rebelaba ante el empeño en lo negativo de Nandi, ante la falta de cooperación. Aunque Nuil también la comprendía. En definitiva, ¿qué podía ella saber sobre los intrincados escondites de la mente de esa desvalida muchacha?

Terminado el día, Nandi inició el regreso y llegó a la casa cuando era casi noche cerrada. Pasó por la cocina, comió algo sin hablar con nadie y apenas si emitió algunos pocos y escuetos monosílabos que en nada contribuían a agilizar y promover una conversación. Con el trozo de pan y el estofado recalentado entre las manos, continuó camino y se encerró en la habitación, aquella donde había compartido las primeras noches con Gérard.

* * *

Por su lado, Jacques había optado por lo más sano: trabajar y trabajar para continuar con las labores campestres y seguir su trayectoria de campesino, ganadero y señor reconocido de la zona, no solo por los criollos, sino también por los patagones.

En esa tierra lo tenían como a un hombre equilibrado y justo, recto y abierto. Carneaba reses y las transportaba a Carmen de Patagones, además de hacer las periódicas remesas de sal hacia Buenos Aires y Europa, de comercializar plumas de ñandú en las ciudades más prestigiosas de ese continente e incluso de exportar tasajo vacuno, de guanaco, venado y ñandú a varios países. A ello se le debía agregar la venta de sebo de foca, siempre que el gobierno autorizara su cacería.

También, al ser el patrón y encargado de un importante grupo de personas, sabía que debía mantener el ojo atento a cuanto sucedía a su alrededor; por eso, nada se le pasaba por alto. Estaba acostumbrado a lidiar con varias

cuestiones al mismo tiempo, y la ausencia de Nandi en el día a día de la estancia no le pasó desapercibido. Era consciente de que lo tocaba personal e íntimamente en sus fibras más sensibles. Pero, como nada podía hacer para ayudarla, con el paso de las semanas, un engendro pequeño y parasitario comenzó a agrandarse en su mente. Por más que al principio trató de ignorarlo, sabía que cuando se manifestaba, Jacques perdía la cordura.

—¡Malditos recuerdos negros! *Idiot!*

Ya le había sucedido en otras oportunidades en las cuales, arrollado por la fuerza insostenible de su pegajoso y martirizante pasado, él se había convertido en apenas un remedo de ser humano. En aquel momento se volvió sucio, abandonado, flaco; se encerró en sí mismo para vivir en la más denigrante de las pocilgas, lo cual lo llevó a parecerse al peor de los cerdos de cualquier estancia.

En ese momento, al rememorarlo avergonzado, se odiaba a sí mismo por haberse permitido llegar a semejante decadencia.

¿Entonces?

Una vez más, estaba atrapado entre lo que debía y lo que deseaba hacer. Mientras tanto, observaba con aparente frialdad el paso de la muchacha que merodeaba sin sentido entre el parque y la quinta donde Ramona cultivaba verduras.

* * *

Ese día, como un fantasma, Nandi se le cruzó.

—Papá, ¿vamos a amansar al potrillo? —le recordó Francisco.

—Sí, hijo —exclamó Jacques. Luego dio un largo suspiro y dejó de mirar a la malgache para regresar al presente.

El chiquillo lo notó tan apesadumbrado que desvió la atención hacia Nandi.

—¿Está enferma, verdad, papi? ¿Qué tiene? ¿Por qué camina así, como encorvada, con frío?

Las palabras de Francisco lo sobresaltaron.

—¿Quién? —preguntó, aunque supiera a qué persona se refería.

—Nandi. Mírala, nada más, siempre sentada, siempre camina sin hacer nada. Cuando la toco, está fría, como un frío eterno. Mamá dice que debo abrigarme para no enfermarme, pero me parece que ella busca una gran gripe. No come, no habla, ni siquiera sonríe ya. Creo que lo extraña a mi tío.

Jacques lo observó muy intrigado.

—¿Extraña a quién?

—¡A Gérard, papá! ¿No te diste cuenta? Ellos eran muy amigos, se peleaban mucho, pero estaban juntos todo el tiempo.

—¿Qué dices?

—Te hablo de tu mejor amigo. ¿No me contabas siempre las aventuras que vivieron tú y él? El Demonio de los Mares, así lo llaman los peones, ¿sabías? Bravo debe de haber sido.

—Sí, sabía.

El niño continuó con la explicación.

—Él es su esposo y ella debe de extrañarlo. Seguro que es así, tanto como mamá se pone triste cuando no estás. Aunque ustedes nunca discuten como lo hacían Nandi y Gérard.

Jacques alzó la vista y se detuvo a mirar una bandada de patos que cruzaban el cielo. Recordó cuánto había sufrido en tiempos pasados al perder a sus dos primeras esposas y a sus hijos. ¡Dios no volviera a permitirlo!, pensó. De manera instintiva aferró más fuerte la mano del niño y rememoró cuando creyó que no vería más ni a Nuil ni a Francisco. Se le estremeció el alma al recordar tanto dolor junto. ¡En qué poco ser humano se había convertido en aquel entonces, cuando Nuil aún no era su esposa y él desconocía que Francisco era su hijo!

En esa época, Jacques había creído que, con dos matrimonios perdidos, ya había tenido mucho más que suficiente. Sin embargo, apareció esa increíble muchacha tehuelche que portaba el maravilloso bagaje de sus humildes enseñanzas con toda su dulzura y una infinita e inagotable paciencia. Lo amó con locura a pesar de la patética parodia de ser humano que era. ¡Qué maravilloso privilegio había sido!

Sí, ¡cuántos recuerdos tormentosos le regresaban a la mente una vez más!

Bajó los ojos y volvió a mirar a la muchacha que deambulaba por La Cimarrona y que se escurría como una sombra. Ese día, porque lloviznaba, la malgache se había visto obligada a permanecer en el casco de la estancia. Se dijo que en el camino hacia los barrancos no quería tropezar y caerse. Aunque hubiera ido, pensó después, total ¿qué le importaba lastimarse o caer al precipicio?

Jacques la estudió y le observó la figura desvalida, los ojos hundidos, las mejillas pálidas, las manos entrelazadas sobre el regazo y el cuerpo flaco. ¿Cómo había dicho Francisco? “Un frío eterno”.

Allá iba, tan pequeña y frágil. ¡Pobre muchacha, cuánto debía de sufrir y cuánta resignación se le vislumbraba en el semblante agobiado! Todavía era una niña y ya la vida la había castigado tanto.

En ese instante, un relámpago de claridad lo azotó y un temblor involuntario le sacudió la espina dorsal para luego hacerlo gemir.

—¿Cómo pude ser tan cerrado y ciego?

—Papi, ¿te pasa algo?

—¡Por todos los cielos! Ya regreso, Francisco. ¡Gaspar, Anacleto!, ocúpense del niño.

Soltó lo que tenía entre manos, olvidó los pendientes y le dijo a su hijo que debía atender un compromiso impostergable. Después, con paso apurado, corrió hacia el encuentro con su mujer. Debía dar con ella; ¡debía hallarla!

—¡Nuil, Nuil! —gritaba mientras avanzaba frenético hacia la casa, víctima de un apremio insoportable.

Corrió desesperado y revisó cada una de las habitaciones mientras la llamaba con voz ronca. Abría las puertas con fuerte empujón, las golpeaba y volvía a avanzar.

—¡Debo encontrarla!

Solo la sabia tehuelche podía saber cuánta urgencia albergaba en su interior y cómo podía aliviarla.

Al dar con ella, sentada junto a la fuente mientras bordaba, se detuvo unos segundos y la miró embelesado.

—¡Bendito el cielo!

¡Señor, su mujer era tan sabia y hermosa! Le producía tanto renovado placer encontrarla en su paisaje diario.

Ella levantó los ojos grises, enormes, tranquilos y lo observó. Dejó el bordado a un costado y abrió las manos, dispuesta a recibirlo. Él corrió a su regazo, la abrazó con fuerza y le dijo:

—Apenas la nave esté lista y haya conseguido la tripulación necesaria, partiremos.

Nuil le besó la frente y sonrió complacida.

—Te estaba esperando, amado mío.

CAPÍTULO 35

Recién un mes más tarde, *La Capitana* estuvo preparada para partir. Jacques había dicho que se encontraba lista, pero no mencionó, por creerlo obvio, que los últimos aprestos debían ser completados días antes de levar ancla y hechos a conciencia. Nada podía faltarles, en especial porque, en el navío, viajarían dos mujeres. Por eso, hizo acondicionar el único camarote, el del capitán, para que ellas lo ocuparan.

Mucho antes de la partida, los ánimos en La Cimarrona se habían transformado, cambiaron de la melancolía a la alegría exultante.

Apenas su marido le dio la gran noticia, Nuil no perdió tiempo y corrió a avisarle a Nandi. Era imperioso que la joven comenzara a levantar el ánimo alicaído, debía recomponerse, recobrar fuerzas para poder emprender semejante viaje, ya que no cualquiera podía sobrellevar una travesía tan larga como la que harían. Duraría alrededor de tres meses y, si los integrantes de la tripulación y los pasajeros no estaban en perfectas condiciones físicas y temperamentales, entonces no iniciarían el trayecto.

—¡Nandi, Nandi! —corrió a verla en cuanto Jacques le dio la gran nueva.

La muchacha se encontraba sentada en el banco ubicado bajo el sauce, empapada y con temblores. Nuil se le colocó al lado, le apretó las manos y le dio la gran nueva.

—¡Tengo maravillosas noticias para contarte! —exclamó y prolongó un momento la fabulosa novedad del siguiente viaje—. Adivina, ¡por favor, adivina!

Como sospechaba que lo que su amiga tenía para decirle sería más de lo mismo, la malgache alzó los enormes ojos negros hacia ella y la observó sin un atisbo de ilusión. ¿Qué podía contarle para hacerla cambiar ese estado de desolación? ¿Qué novedosa ocurrencia había inventado esa vez? Y, al pensar así, no tenía en cuenta que era muy injusta con ella, porque desde que se encontraba en La Cimarrona, Nuil lo único que había hecho era desvivirse por su bienestar.

—Dime, amiga —respondió con voz casi inaudible.

Nuil le miró el semblante, estaba ojerosa y tan pálida como un trozo de hielo. Le restregó las manos con fruición en un intento por hacerla entrar en calor.

—¡Nos vamos, Nandi, nos vamos!

La joven frunció el ceño sin comprender qué le decía.

—¿Se van? ¿Adónde?

¿De nuevo la dejarían sola? ¿Otra vez quedaría desamparada, a merced de los vientos de la vida? Pero lo que su amiga tenía para decirle era algo por completo diferente.

—¡Nos vamos todos! Tú también, partimos hacia Madagascar en cuanto Jacques apreste *La Capitana* —exclamó entusiasmada y calló para aguardar la reacción de la negra.

—¿Dices que partiremos a Madagascar? ¿Mi Madagascar? —inquirió y se tocó el pecho, aún sin caer en la cuenta de lo que su amiga le contaba.

—¡Sí, Nandi! Viajaremos en *La Capitana* para llevarte a tu lugar, a la tierra de donde jamás tendrían que haberte sacado.

Nandi le soltó la mano y se puso de pie de un salto. Caminó un paso y se acercó al almácigo de hierbas aromáticas; cuando comenzó a dar la segunda pisada, cayó desmayada sobre las plantas, muda de asombro, excedida por la preciosa novedad de al fin retornar a su mundo, ¡su Madagascar!

* * *

A partir de ese momento, y luego de ser atendida por el desvanecimiento, el cual fue producto no solo del asombro, sino de su profunda debilidad, la actitud de la malgache cambió de manera radical.

Apenas minutos después, la transformación comenzó a obrar su magia. Sorbió la taza de café bien cargado que Clotilde, por orden de Nuil, le había acercado, comió bizcochos dulces y después se dedicó a arreglarse el cabello. Hasta le sonrió a Francisco, quien la observaba extrañado desde un banco, un poco más lejos. En lo único que Jacques se mantuvo firme fue en que su hijo no los acompañara.

—No quiero arriesgar a toda la familia. En la estancia él estará más protegido, cuidado y mejor atendido. No tendrá que tomar agua maloliente y viscosa ni comer alimentos viejos, repletos de gorgojos. Eso por nombrar lo más evidente e inevitable. También están las tormentas, la falta de viento, los piratas, las enfermedades que contagian las ratas, los piojos, las molestas chinches y... —Llegado a esa altura, sacudió la cabeza y otra vez renegó de la decisión de partir en tan disparatada expedición.

Luego, ya sobre el puente de *La Capitana*, observó la alegría exultante de Nandi, cómo se movía, saltaba y corría de un rincón al otro del navío para verificarlo todo. Se centraba en los aprestos para una correcta navegación, estudiaba a los marineros contratados para la travesía, se cercioraba de que los instrumentos de navegación —sextantes, relojes de arena, largavistas,

barómetros y demás— funcionaran con corrección, entonces Jacques se dijo que su decisión era correcta. Lo que estaba por hacer lo haría por ella y porque su mujer se lo había pedido.

Además, si Nuil los acompañaba, él estaba convencido de que nada malo podía sucederles. La tehuelche tenía una estrella que la seguía donde fuera que estuviera; llenaba de luz y excelentes augurios cada espacio que ocupaba.

Por lo menos eso quería creer él; si no, estarían perdidos. En ese momento, ni siquiera podía pensar en la posibilidad de un desastre, porque, si lo hacía, entonces la misión habría sido un fiasco aún antes de iniciar.

Acompañado de tres vagonetas, viajó varias veces hasta Carmen de Patagones, donde no solo consiguió los artículos que requerían para subsistir en el largo viaje —alimentos, cabos, aparejos, pastecas, velas, mástiles de repuesto y muchos otros elementos que hacían a la navegación—, sino que también había reclutado a varios marineros experimentados, un oficial, un contramaestre, calafates y un despensero. Cocinero no necesitaban porque, sin duda, las dos mujeres de a bordo se ocuparían de atender a los tripulantes del barco.

Fue esa dupla también, mientras Jacques se ocupaba de mejorar y pulir los conocimientos de los nuevos marineros, la que se encargó de preparar y hacer cargar las provisiones dentro de *La Capitana*. Nandi, por propia experiencia durante los viajes con Gérard, la guiaba y Nuil le obedecía, obraba y agregaba sus propios artículos de acuerdo con sus conocimientos como excelente cocinera.

* * *

Cuatro semanas más tarde, cuando estaban por partir, Jacques observó con ojo crítico a los integrantes de la excursión y se dijo con algo de gracia que nunca antes se había visto un grupo de gente tan tranquila y homogénea. En el aire había mucha alegría y relajación, augurios de esperanzas a punto de ser concretadas y de compañerismo que explotaba en cada acto; fraternidad que hacía que todos se contagiaban de una energía inusual.

Jacques sonrió; de todo ello, sin duda, era Nuil la principal autora. Como siempre, su mujer hacía de las suyas y esparcía candor, inteligencia y sagacidad entre quienes la rodeaban.

Los marineros cantaban, las mujeres reían y en las cuadras los peones colaboraban gustosos en llenar las bodegas de *La Capitana* y llevaban y traían con las chalupas las herramientas, animales y provisiones.

Los botes iban y volvían desde el muelle hasta la embarcación y, al mismo tiempo, el personal de La Cimarrona se expresaba con gritos a viva voz, entablaban buenas relaciones con los nuevos empleados de Jacques; se hacían amigos. Quizá sentían un poco de envidia por su buena suerte al dejar tierra firme y partir en la aventura de recorrer cielos desconocidos.

¡Cuánta felicidad albergaba el corazón de Nandi al comprender que regresaría a su tierra y que en pocas semanas abrazaría a su querida gente! Olvidaría el pasado reciente, se llenaría el espíritu de alegrías nuevas y barrería a un rincón cerrado con cien candados el amor que sentía por Gérard. Lo único que conservaría fresco sería la amistad y los excelentes momentos vividos al lado de sus amigos del alma, Nuil y Jacques.

Hasta los tehuelches que se encontraban en los asentamientos más cercanos se arrimaron para observar curiosos qué era esa expedición de la que tanto se hablaba en los alrededores de Carmen de Patagones y que hacía eco en todo el vasto desierto patagónico.

Colaboraron con Nandi, de quien habían oído hablar gracias a Yam, y le llevaron de regalo cantidades de cuartos de reses de diversos mamíferos: caballos, vacas, guanacos, venados y maras enteras.

Jacques se lo agradeció y a cambio les entregó artículos que a ellos les hacían falta, o de los cuales eran fervientes devotos, tales como tabaco, golosinas, harina, yerba, arroz y azúcar.

Pero los cuartos frescos se descompondrían con rapidez, por eso fue necesario cambiarlos por tasajo, los que fueron almacenados dentro de la bodega y colgados de ganchos para mantenerlos aireados y secos. Además, se aprovisionaron de almendras, miel, harina, limones, té, garbanzos, porotos, azúcar, levadura para leudar la masa, papas, batatas, chacinados de todo tipo y cantidades de budines que Ramona agregó, porque se negaba a aceptar que tanta comida recién hecha se pondría fea al poco tiempo de navegar.

—Lo envolví en papel de tres vueltas, patrona. Y lo hice con mucha manteca. No se descompondrán.

También cargaron animales de granja vivos, así como vacas con sus terneros al pie, yeguarizos, perros y gatos, que servirían para mermar un poco la peste principal de las embarcaciones: los ratones.

Luego de más de un mes, un buen día Jacques les dijo a las mujeres que ya estaba todo dispuesto y la nave podría partir en cualquier instante, siempre y cuando el clima estuviera agradable. Ellas gritaron vítores y después corrieron a terminar de prepararse.

—¡Vamos, vamos! Debemos levantar nuestros abrigos, despedirnos de la servidumbre, abrazar a Francisco... —exclamó Nuil.

—Juntaré un ramo con flores para colocar en nuestro camarote —intervino Nandi.

—Yo le entregaré golosinas —agregó Ramona al verlas llegar tan apuradas y ansiosas mientras reían como dos chiquillas a punto de iniciar una aventura increíble.

Cuando todo estuvo dispuesto y *La Capitana* levó ancla una helada mañana de verano, Jacques abrazó a su mujer y miró hacia la costa que abandonaban en ese momento.

En la playa, Gaspar los observaba y se despedía con mirada seria, inmóvil. Tal vez se preguntaba hacia qué nueva intriga conduciría esa imprevisible muchacha negra a sus patrones.

Él quedaba a cargo de la estancia y de las salinas, lo que no era novedad, ya que lo había hecho en muchas oportunidades, cada vez que su amo se ausentaba de La Cimarrona. Lo llamaba así por costumbre, nada más, porque al igual que Gérard, Jacques detestaba tener esclavos. En su campo todos eran libres y, si trabajaban para él, entonces negros, blancos, mestizos, criollos o extranjeros de donde fueran debían cobrar por su labor: era lo más justo.

A su lado, Anacleto se rascaba la cabeza, petiso y agrandado como él solo, quien también se preguntaba qué caracho le había dado al patrón para animarse a meterse en aguas profundas durante tantos meses.

Entre los dos manejarían la estancia; sin embargo, eso de no tener al dueño presente inquietaba un poco a Anacleto, y no porque fuera temeroso o poco bravo, todo lo contrario, él era un bagual cimarrón, arisco e indomable. Lo que no le agradaba era carecer de alguien que templara los temperamentos calientes de los peones cuando surgiera algún inconveniente. Él era demasiado recto y le encantaba el orden, aunque también era lo suficientemente humilde y sensato como para reconocer que, si alguien en la estancia se rebelaba, de seguro no la pasaría bien. Por fortuna, allí cerca siempre estaba el patrón para relajar los ánimos caldeados. Eso cambiaría durante los meses que durara aquella travesía.

Dadas así las cosas, Anacleto se sabía explosivo y esperaba no desbandarse cuando Jacques estuviera ausente. De todos modos, pensó y miró a su compañero gigante, si algo sucedía, podía contar con que Gaspar aclararía las diferencias. Su físico enorme sin duda achicaba hasta al más corajudo.

En el navío, sobre el puente y ubicados sobre el mascarón de proa se encontraban los tres pasajeros. Nandi se mantenía aferrada con fuerza a la mano de Nuil, como si el hecho de ver concretado su gran deseo de pronto la hubiese superado con su certeza. Por eso, en ese momento, parecía más desamparada aún.

Aunque la tehuelche bien sabía que en escasos días, cuando Nandi se amoldara a la rutina del viaje, de inmediato volvería a ser la muchacha impetuosa e ingobernable de siempre.

La malgache tenía mucho más carácter que la patagona, o quizás eran iguales de impetuosas y fuertes, pero con diferentes actitudes; Nuil conquistaba con serenidad y dulzura; Nandi, con el malón avasallante.

* * *

Los primeros días fueron terribles para la tehuelche. Ella nunca antes había navegado y el continuo balanceo de la embarcación la mantenía constantemente mareada y con deseos de devolver. Jacques sabía que eso iba a suceder porque era lo normal, por eso no se sentía muy inquieto.

—Debes permanecer acostada.

Cada nueva mañana la instaba a que permaneciera dentro del camarote y esperaba que pronto se acostumbrara a los permanentes cabeceos e inclinaciones de la nave, esos que los acompañarían durante todo el viaje.

Nandi, en cambio, había pasado varios meses a bordo de *La Liberté* y parecía que no había perdido la costumbre de acompañar los movimientos con el cuerpo para amortiguarlos. Tanto era así, que incluso se la veía restablecida, como si alguien le hubiese insuflado una nueva energía; arriba de *La Capitana*, ella se sentía con mucho mejor talante y actuaba como si ese fuera su ambiente.

Jacques, en los tiempos libres o mientras permanecía en el puente para observar todo con ojo vigilante, al verla tan desenvuelta se llenaba de asombro. ¿Desde cuándo esa muchacha sabía tanto de la vida a bordo? Porque la navegación ya parecía formar parte de su piel.

Apenas la malgache había subido a *La Capitana*, cambió el atuendo femenino por otro parecido al de los demás marineros: calzas largas, una blusa amplia llena de volados en las mangas y la pechera ajustada a la cintura con una preciosa guarda pampa. Se cubría los pies con blandas botas de gamuza y, en el cabello, la ya famosa vincha con adornos de plata que le había regalado Yam.

Jacques sonrió; era evidente que ella amaba esa vida. Daba gusto verla parada en la proa cuando miraba hacia el amplio océano con los brazos en jarra y el viento que le revoleaba la cabellera rebelde mientras sonreía plena, feliz.

Desde el día en que pusieron un pie en la cubierta, ella había cambiado el color de las mejillas; se la veía más luminosa, rozagante, repleta de fuerza cuando iba de proa a popa, del camarote a las bodegas, igual a un curioso cuis, sin quedarse quieta jamás. En un momento cocinaba para los marineros junto al caldero que se encontraba al lado del palo mayor o se la veía colgada para ajustar las jarcias de labor como el más fortachón y avezado de los marineros; ataba cabos, tensaba velas, controlaba la arboladura, el reloj de arena, la brújula, calculaba la dirección por las estrellas y al lado del capitán confeccionaba las cartas de navegación, siempre con una sonrisa complacida, siempre feliz y tranquila. Sí, era toda una experimentada navegante y sus conceptos eran juiciosos y precisos.

—¿Quién te enseñó a manejar un barco? —le preguntó él una noche mientras los tres se encontraban sobre el puente y observaban los chisporroteos del fuego de San Telmo, el meteoro que lanzaba destellos azulinos sobre el mástil mayor.

Ese era un fenómeno atmosférico muy peligroso, porque, al estar el aire cargado de estática, solía hacer funcionar mal las brújulas. De todos modos, esa noche no necesitaban navegar rápido ni apurarse ni acortar distancias. El capitán entonces se guiaba por las estrellas.

—Fue Gérard. Recuerda que pasamos muchos días juntos en el mar. Aprendí sus triquiñuelas sobre cómo ajustar las vergas para recibir a pleno la brisa, cómo optimizar la velocidad del navío y así poder navegar más rápido, cómo apuntar los cañones para disparar, arriar velas en medio de una tormenta, llevar el timón en una noche oscura sin estrellas. Todo lo aprendí de él. —Mientras hablaba, una repentina nube de tristeza le ensombreció el semblante. Al segundo siguiente calló.

Él le apretó el hombro y le dio ánimos.

—No temas, si tienes suerte, alguna vez lo encontrarás en tu tierra. Él se va a enterar de que vives en Madagascar, no lo dudes.

—¿Lo crees?

—Lo afirmo.

Ella saltó furiosa.

—Pero ¿qué sonsera acabas de decir? ¿Encontrarme con el Demonio de los Mares? ¡Ni lo espero ni lo deseo! ¡Detestaría toparme de nuevo con ese mal bicho! —bramó e hizo ademán de cortarle el cuello con un cuchillo.

Jacques rio ante ese concepto tan extremo, más aún porque sabía que no era cierto. Nandi nunca lastimaría a Gérard, lo adoraba, aunque no quisiera aceptarlo delante de los demás.

Sí, esos dos estaban hechos el uno para el otro. Jacques solo esperaba que alguna vez pudieran volver a reunirse. Se merecían.

* * *

Llegaron al hermoso archipiélago Tristán de Acuña, con sus islas tan inaccesibles como vistosas y barrancas escarpadas que las volvían desoladas y de difícil abordaje.

Pero Jacques conocía la misma ensenada tranquila que su amigo, allí donde podían fondear los barcos. En esa bahía, los grandes navíos permanecían a resguardo mientras las chalupas llegaban a la orilla y se abastecían de frutos frescos y agua dulce. ¡Bendita agua limpia, fresca y bienoliente!

Sin pérdida de tiempo y excitados por el próximo desembarco, los marineros se apuraron a bajar las pequeñas embarcaciones, remaron con vigor y entraron derecho al estuario, dirigiéndose hacia la prometedora orilla.

Las mujeres también aprovecharon a pasear, estirar las piernas y darse un chapuzón en aguas dulces; razón por la cual descendieron a tierra en uno de los varios viajes que se hicieron.

—¡Iremos a pasear! —le dijo contenta Nandi a su amiga.

Nuil había adelgazado un poco y se encontraba pálida, aunque tenía mucha fortaleza y ya aumentaba de peso otra vez.

De inmediato agregó:

—Por unas horas podré pisar tierra firme sin temor a que se me ladee el centro de equilibrio. —Con lo cual, ambas muchachas rieron fuerte—. ¿Lo has notado? De vieja llegué al colmo: ¡borracha! —exclamó divertida.

Ya en la playa, se encontraron con una extraordinaria y exuberante fauna y flora. En la misma costa se toparon con algunos lobos marinos y focas; también vieron tortugas y calamares exóticos. Las aves que surcaban el aire eran numerosas y de variado tipo, había pardelas, abantos, pingüinos y algunos albatros.

Junto a la arena solo crecían las matas de hierba, pero al adentrarse hacia el centro de la isla y subir la pendiente, encontraron helechos, mucho musgo, juncos y algunos árboles *Phyllica* con sus florcitas disimuladas entre la vegetación.

El clima de ese archipiélago era templado y, según Jacques, muy estable, sin variar gran cosa durante las cuatro estaciones del año, aunque las lluvias eran numerosas y constantes.

—¡Vamos a buscar huevos! —exclamó feliz Nandi mientras saltaba igual que un cachorro a quien han dejado en libertad.

—No te alejes, muchacha —le pidió Nuil—, recuerda que mi marido dijo que esta es una zona de piratas, muchos vienen a este archipiélago para conseguir fruta y agua dulce, como lo hacemos nosotros en este instante.

—¡Ay! No me aplastes el ánimo, quiero correr y, sobre todo, refrescarme en las cascadas de agua dulce —dijo y regresó a su lado, la tomó de la mano y la instó a seguirla—. ¡Vamos! Sé dónde hay una laguna preciosa. Ya una vez la visité con Gérard. Te va a encantar —exclamó y la tironeó del brazo.

Nuil era bastante más precavida y madura, entonces le pidió a un par de marineros que se mantuvieran atentos y vigilaran. Ellas estarían allí cerca.

—Si ustedes llegan a percibir cualquier peligro, por pequeño o ligero que sea, sin pérdida de tiempo deben silbar.

Desde ese instante, las mujeres dejarían todo y regresarían de inmediato a la playa, donde se encontraban los botes. Sin embargo, no contaron con que ese ambiente las envolvería en su inocente distracción.

Cuando llegaron a la laguna natural formada por una diminuta vertiente que caía en una hondonada y quedaba estancada, Nandi sugirió que se desnudaran y tomaran un refrescante baño.

—¡Vamos, tehuelche miedosa!

Nuil no estaba muy segura de hacerlo; sabía que los marineros rondaban por allí cerca y ya hacía varias semanas que no veían más mujeres que a ellas dos. Sin duda que Nandi y Nuil eran intocables, aunque el ardor sexual no les desaparecería por estarles prohibidas por lo que la tehuelche no quería provocarlos innecesariamente.

—No sé si es conveniente.

—Anímate, madre de Francisco —le dijo jocosa la malgache.

—Me meteré con la enagua puesta.

—Haz como quieras, yo me quitaré las prendas cuando esté dentro del espejo de agua. —Para ella, desvestirse o andar desnuda era lo más normal y solo porque la Patagonia era demasiado fría había empezado a ponerse ropa.

Así lo hicieron. ¡Cuánta alegría, cuanta relajada diversión!

Los minutos pasaban y ellas se deleitaban con ese regalo inesperado, que disfrutaron al máximo. Se bañaban con comodidad en el líquido frío, chapoteaban y gozaban del inesperado placer de poder refrescarse en un agua donde no había temor de ser devorada por algún pez o llevada por una corriente cuando de pronto escucharon un cañonazo.

Nuil detuvo sus ademanes y prestó atención. De inmediato, oyeron varios silbidos largos provenientes sin duda de los vigilantes. A las mujeres se les heló la sangre y un torrente de brusco terror comenzó a apurarles el corazón. Un acontecimiento muy desagradable sucedía cuando ellas estaban en ese lugar perdido en medio de una isla, alejadas de la protección de su gente y de *La Capitana*. ¡Cuán distante se encontraba la salvación!

—Quieta, silencio —exclamó atenta Nandi.

—Agáchate, por las dudas —susurró su amiga.

Al escuchar de nuevo los desesperados y prolongados silbidos, la malgache se impacientó.

—Algo muy peligroso pasa ahí afuera.

Mientras detenían los chapoteos y aguzaban el oído para intentar determinar qué podía pasar, oyeron una sucesión de rápidas corridas además de varias detonaciones que provenían desde los cuatro puntos cardinales.

—¿Todo el mundo dispara?

—¿Qué sucede? —repitió Nuil.

Los pájaros, que hasta ese momento revoloteaban tranquilos y alegres de rama en rama, al ser sorprendidos por los ruidos inesperados volaron asustados para ir a refugiarse en los árboles cuyas copas fueran más frondosas. Varios ratones de campo removieron la tierra y se metieron en esos improvisados refugios y hasta el aire pareció detenerse, alterado por las señales de inminente peligro.

—¡Ay, mi Señor! —exclamó asustada la tehuelche—. ¿Qué acontece?

Ella no sabía nada de ataques piratas ni de escaramuzas dentro de la selva. Su ambiente era la estepa yerma, el viento y el polvo; sus armas, las lanzas, boleadoras y flechas.

En ese momento, solas, desarmadas, asustadas y sin tener idea de qué era lo que acontecía, supieron con total certeza que eran una presa fácil y apetecible para cualquier depredador, humano o animal.

Si las manos de los espíritus no las cubrían y las bendecían con alguna protección que ellas desconocían, sin duda estarían perdidas.

CAPÍTULO 36

¿Qué podían hacer? Vulnerables como se encontraban, poco estaba al alcance de sus manos.

—Bien, lo primero que haremos es vestirnos —ordenó Nandi, que se repuso antes que su amiga del terror a lo desconocido.

No era la primera vez que un miedo misterioso la atropellaba. Ella sabía cómo esconderse y pasar desapercibida.

—Tienes razón.

Algo le decía a Nuil que, si no se vestían y corrían rápido hacia la protección de la nave madre, ni su marido ni nadie en *La Capitana* volvería a verlas. Era imprescindible salir del agua y escapar a toda velocidad; de ser posible, como liebres, mientras sorteaban los arbustos y juncos de ese valle desconocido —de pronto también agresivo— donde se encontraban metidas. Rogaba al cielo encontrar con rapidez el camino de regreso porque sabía que no tendrían una segunda oportunidad de ir hacia la salvación.

—¡Apúrate, Nandi! —le dijo en un susurro urgente al tiempo que se deslizaba agachada fuera del agua—. Se acabaron los juegos, algo terrible y malo pasa en la playa y debemos regresar cuanto antes. ¡Vístete de una vez!

Nandi, acostumbrada a los imprevistos altamente riesgosos, una vez comprobado el escollo que tenían en ciernes y, sin esperar más, recogió las prendas. Tenía la bombacha empapada como sola vestimenta y se colocó la camisa a las apuradas. Tomó la daga que siempre llevaba consigo, la apretó entre los dientes y con el bulto que contenía el resto de la ropa hecho un nudo a la cintura, descalza, comenzó a correr hacia la playa.

Nuil la siguió. Ella también estaba semivestida con una camiseta corta con mangas largas y, por las dudas, apenas había conseguido colocarse las botas para poder desplazarse con más velocidad, sin que se le clavaran en la planta de los pies las espinas de los arbustos que encontrarán en la huida. Los había visto al internarse en la selva y eran enormes.

Marcharon a gran velocidad, saltaron las matas que se les cruzaban al paso, se agacharon cual ciervos en desesperada carrera y esquivaron las ramas más altas. En el apuro, se cayeron varias veces, Nandi perdió el bulto con la ropa y la tehuelche notó cómo una espina se le prendía a la camiseta, le rajaba la tela y le arrancaba un trozo.

En una de las rodadas, la malgache sintió que una rama le golpeaba con fuerza contra el pecho y amagaba con sofocarla. Aun así, aspiró aire de bocanadas amplias y se decidió a proseguir con el escape. No se dejaría vencer, no cuando ya estaba por concretar su más anhelado objetivo: arribar a Madagascar.

—¿Necesitas ayuda? —le preguntó Nuil y se detuvo con la respiración agitada.

—No, no, ¡ya me saco esta cosa de encima! Corre. —Nuil no dijo nada y aguardó—. ¡Ay, amiga obcecada! —exclamó Nandi mientras trataba de zafar de la inesperada prisión—. Te dije que siguieras.

—Si tú no avanzas, yo me quedo contigo. Entre las dos...

La tehuelche no pudo continuar, porque su compañera recobró fuerzas, volvió a tironear y consiguió quitarse la pesada vara que la mantenía apretada. Después se incorporó y, sin pérdida de tiempo, ambas corrieron en silencio, acortaron camino entre ellas y las chalupas que las esperaban en la playa.

Cuando arribaron a la costa, vieron que los botes que habían ido hasta allí para aprovisionarse de agua fresca ya habían partido de regreso mar adentro. Desde la orilla, ellas los divisaron mientras remaban frenéticamente, repletos de marineros y toneles de agua dulce.

Quedaba una sola embarcación que las esperaba.

—¡Vamos, señoras! ¡Apúrense! —gritó el contramaestre, desesperado por salir de una buena vez y remar hacia la nave salvadora.

Sabía que allí, solos en medio de la arena, eran un blanco fácil para los fusiles enemigos.

—¿Qué sucede? —preguntó Nandi al tiempo que se tomaba del borde de la diminuta embarcación.

—No lo sabemos, solo que *La Capitana* ha lanzado al aire un cañonazo. Eso, sin duda, es una señal de alerta, un aviso de volver cuanto antes. Es probable que hayan descubierto un navío pirata del otro lado de la isla o anclado cerca.

Las mujeres patalearon en el agua, se tomaron del bote y, con fuerza, consiguieron meterse de cabeza en la embarcación.

—¡Remen, remen! —les gritó Nandi a los marineros mientras trataba de acomodarse mejor, ya que se encontraba despatarrada en el fondo del bote.

Luego, se sentaron una de cada lado, tomaron otro par de remos y palearon sin descanso rumbo a *La Capitana*.

No se veía a nadie más en la orilla, ninguna persona las había seguido. De todos modos, en el puente del navío podían distinguir mucha exaltación, corridas, gritos y veían a los hombres que se dirigían apurados de un lado al otro, listos para partir y también para un siguiente ataque del enemigo.

La Capitana contaba con algunos cañones y demás artillería pesada. En ese momento, abría las porta troneras. Jacques había tenido la precaución de cargar varios rifles, los cuales hasta ese instante había guardado celosamente bajo llave en el camarote.

Desde el bote, Nuil notó que su marido se los entregaba a los marineros. También habían desplegado las velas, cazaron los cabos y estaban por levar el ancla. El chinchorro debía apresurarse, porque, una vez que las velas se inflaran, nada detendría el avance de la embarcación mar adentro.

Por las dudas, Jacques hizo arrojar al agua varios cabos largos, así ellas, en caso de que el navío comenzara a moverse, tuvieran de qué aferrarse para no quedar atrás.

—¡Nuil, Nandi! —les gritaba él desde popa—. ¡Apuren el regreso! ¡Vamos, vamos, más rápido!

En la chalupa nadie le respondió. Todos remaban con desesperación, apurados por abarloadse al barco y así poder escalar al puente, el único sitio donde podrían encontrarse medianamente seguros.

Una vez colocada la chalupa a la par del navío, la tripulación se colgó de los cabos sueltos y algunos marineros comenzaron a jalarlos para acercarlos hacia el casco.

—¡Sosténganse fuerte! ¡Suelten los remos! ¡Abandonen el bote! —les gritaban.

Luego de cerciorarse de que las mujeres y los demás marineros de la chalupa ya se sostenían de la nave y, aun antes de ser levantados, Jacques supo que ya era momento de desaparecer de esas costas.

—¡Leven ancla! ¡Cacen cabos! ¡Velas al máximo, tomen aire pleno! ¡Diríjanse mar adentro!

Después corrió hacia la barandilla y colaboró para que las mujeres subieran.

Las telas se llenaron de brisa, crujieron las pastecas, las vergas y mástiles se combaron y se tensaron con la tremenda presión de toneladas de aire, hacían fuerza y soportaban estoicos el imprevisto embate de las ráfagas que les daban de lleno por la amura de estribor. El casco también rechinó, como si se quejara de la poderosa presión, y luego se acomodó a los nuevos movimientos. El navío quedó inmóvil unos segundos y, de improviso, pareció tomar vuelo mientras el espolón de proa hendía el agua transparente y se abría camino hacia la salvación.

Las mujeres al fin pudieron subir por una escala lanzada desde el pasillo del castillo de popa y, ayudadas por varios marineros y por Jacques, pudieron trepar al puente.

—¡Arriba, arriba, que nuestra tripulación avistó una nave pirata del otro lado de la isla! —les advirtió—. Nos han disparado. ¡Vamos de una vez a tomar distancia de ellos!

—¿Y por qué los alertaste de nuestra presencia con un cañonazo? —preguntó Nuil.

—Porque no había otro modo de avisarnos. Y no solo a nosotras, sino a todos los que se encontraban en la isla, así volvíamos rápido —explicó Nandi, quien conocía bastante sobre tácticas y lenguaje marítimo.

—Tienes razón, muchacha. Por desgracia debí hacerlo —expresó Jacques, quien después se corrió para impartir más órdenes a la tripulación. Las miró un segundo—: Ustedes dos se encierran en el camarote y, si la cosa se pone muy complicada, se esconden en la bodega.

Pero Nandi no se iba a dejar manejar así nomás; ese era su mundo, ella estaba acostumbrada a lidiar con los inconvenientes del mar. ¿De cuántas había salido victoriosa al lado de Gérard en tiempos no tan lejanos? No

permitiría que un hombre inexperto, según su parecer, le dijera qué debía hacer o no. Jacques había sido muy buen marinero en el pasado; sin embargo, ella no podía evaluar su destreza hasta no verlo desenvolverse en una contienda. Hasta el momento, eso no había acontecido, entonces no se quedaría inmóvil mientras lo observaba.

Puso los brazos en jarra y lo enfrentó.

—¿Me darás órdenes? ¿Olvidas que soy una marinera más y que cuento con tanta o más experiencia que tú en el manejo de una nave de esta clase? ¿Quieres ponerme a prueba? ¿Deseas evaluar mi habilidad?

—¡No olvido nada, muchacha descocada! Aun así, ¡en este preciso instante me obedeces! —blasfemó él.

No estaba dispuesto a discutir con ella, no tenía tiempo.

Su grito fue tan determinante que Nuil optó por tomarla del brazo y hacerla entrar en el camarote.

—Guardémonos por el momento, dejemos que los hombres actúen con libertad sin meternos.

—¿Meternos? —La malgache la miró incrédula y se soltó de su mano—. Yo no me meto, ¡actúo!

Nuil meneó la cabeza con desaliento, su amiga no entendía de sensatez ni lo que significaba la palabra “peligro”. Sin dudarle, arremetería contra lo que fuera con tal de descollar esas cualidades marítimas y guerreras.

La tehuelche entró al camarote, extrajo del baúl una camisa seca y se la entregó a la inquieta Nandi. Después se colocó otra ella y, al final, se cruzó las manos sobre la falda, llena de impotencia, y se sentó sobre la litera para verla actuar.

Tal como lo sospechaba, a pesar de lo que le habían dicho Nuil y Jacques, la joven se colocó con rapidez la prenda, luego sacó un rifle del mueble y comenzó a cargarlo, lista para entrar en acción cuando lo creyera conveniente. Se ató un sable a la cintura, se cruzó una daga en la faja que le rodeaba cuerpo y por último se cargó varias balas en los bolsillos.

En la parte externa del camarote había un gancho y de allí sacó la vincha, la que le regalara Yam en la toldería tehuelche y que había permanecido colgada allí cuando bajaron a la isla.

Dejó por un momento el rifle apoyado contra la pared, se la puso y después levantó el arma.

—Nandi —la reconvino Nuil cuando la vio salir otra vez—. ¿Harás lo que se te ocurra? Jacques nos ha pedido que nos quedemos —le recordó.

—No me detengas, amiga, sé muy bien lo que hago. ¿Sabes cuántos ataques de piratas viví al lado de Gérard? —replicó y, aunque no habían sido tantos, su compañera la miró consternada. Entonces le sonrió al darse cuenta de que en esa ocasión los roles habían cambiado, era ella quien le daba ánimos a Nuil—. No temas, saldremos enteras de esta también. Te lo prometo, palabra de corsaria argentina.

—No, eso no es lo que me inquieta y no me malinterpretes —le aclaró la tehuelche—. No es angustia lo que ves en mi semblante.

—¿Entonces qué es? Aclárame qué sientes —la instó Nandi y se detuvo en la salida.

La nativa le contó.

—Ahora que nos sobreviene tanto peligro y el ataque de un barco pirata ya es un hecho y no un susto de nuestra imaginación, comprendo cuán vana fui.

—¿Vana? —inquirió Nandi sin entender.

—Sí, fui muy tonta. En este instante, lo que me enloquece de tristeza es que fui yo quien convenció a mi marido para que hiciéramos esta expedición. Si algo malo nos sucede, la culpa será toda mía.

—¿Tuya? —le preguntó Nandi y regresó con ella—. ¿Quién fue la que insistió hasta el hartazgo con la idea de partir hacia Madagascar? No fuiste tú, lo sabes bien. Fui yo.

Nuil no respondió nada, aunque ambas sabían que era cierto.

—Pero, si yo no hubiera intervenido, él no te habría hecho caso. Es a mí a quien Jacques escucha.

—De todos modos, la culpa es mía —sentenció y volvió a ponerse de pie—, aunque ya es tarde para agobiarnos con el peso del error. Sigamos adelante, a ver qué sale de todo esto. Mía es la carga por lo que acontece en este preciso instante, por eso no te martirices. Si quieres, lo conversamos más tarde, cuando las aguas vuelvan a calmarse. En este momento haremos todo lo necesario para vencer al enemigo que nos acosa con tanto descaro. Volveré y verás que felizmente todo habrá pasado. ¡La victoria será nuestra! —exclamó.

Levantó el fusil y, sin decir ni siquiera adiós o hasta luego, con abierta determinación y un brillo inusual en los ojos, salió del camarote.

—Mejor te ayudo —decidió Nuil mientras recogía otra arma y la cargaba—. Tengo buena puntería y nadie me gana al manejar el lazo o las boleadoras.

Luego levantó una vez más la tapa del baúl y extrajo un par de boleadoras livianas y un largo lazo enroscado. Se los ató a la cintura, se calzó un cuchillo a la cintura y, por último, se anudó en la frente un pañuelo. Lista ya, siguió a su amiga.

Al salir, vieron que la nave pirata se había acercado demasiado a *La Capitana*, a distancia de cañón, y una bala encadenada llegó al puente del navío y dio justo en el palo mayor, al que quebró. Se rajó con un ruido a astillas arrancadas y cayó de manera horizontal sobre la borda. Otra bala golpeó en el casco y le hizo un enorme agujero en su estructura, a nivel de las olas.

Alguien gritó:

—¡Hacemos agua! ¡Nos hundimos!

—¡La bomba de achique! —gritó Nandi mientras se encaramaba a las jarcias—. Muevan la palanca de la bomba de achique. ¡Apuren los brazos! ¡Vamos! ¿Qué esperan? Lancen lastre al mar, aligeren el barco, tapen los estancos, cierren la bodega que se llena de agua y aíslenla, clausuren las escotillas. ¡Muévanse, muévanse! —gritó con voz poderosa y lanzó un tiro al aire—. Las velas, icen todas las velas, cacen los cabos, muevan la verga para que el viento le dé de lleno. Debemos tomar distancia.

Dio una rápida mirada hacia donde se encontraba el enemigo y notó que era un solo barco pirata el que los atacaba y se acercaba temerariamente, dispuesto a abarloarse a *La Capitana* para poder abordarla y terminar con su incipiente naufragio.

Al mirarlo, percibió algo más que se movía a la distancia. Levantó un tanto la vista y, consternada, notó que había otro punto oscuro en el océano que se acercaba a ellos a una velocidad inusual.

—¡Maldición! Tenemos la compañía de varios cuervos. ¡El catalejo! —reclamó y le habló al oficial al mando—. ¿Dónde está Jacques? —preguntó mientras miraba hacia todas partes luego de comprobar que no se encontraba a la vista.

—Estaba sobre el puente cuando cayó el palo, que por desgracia le dio de lleno en la cabeza. El médico lo condujo al camarote y ahora lo atiende — dijo un marinero.

Al escuchar esas palabras, Nuil lanzó una exclamación de terror y corrió hacia donde él se encontraba, tirado sobre la litera. Entonces se colocó al lado del médico.

—¿Lo sacamos de cubierta para atenderlo en un sitio más protegido? ¿Bajamos a la bodega? —le sugirió.

—No, está haciendo agua —exclamó el doctor.

En el puente, todo era un caos total. No había que analizar demasiado la situación, la tripulación se daba cuenta de que *La Capitana* estaba por hundirse.

El casco de la embarcación se quejaba, crujía con estertores ensordecedores, se balanceaba y escoraba drásticamente hacia babor mientras apenas cabeceaba. Cualquiera que entendiera un poco podía avizorar que, a todas vistas, agonizaba; su estructura estaba herida de muerte y en ese instante se ladeaba peligrosamente.

Eso hacía muy difícil la tarea de maniobrar y, mucho más, de avanzar en el mar encrespado, lleno de olas espumosas y heladas que golpeaban la cubierta una y otra vez y que barrían a los pobres desprevenidos que en ese momento intentaban no solo mantenerse erguidos en el piso demasiado inclinado, sino que además buscaban resguardarse de las balas de cañón y de los disparos de los rifles del enemigo, ese que se encontraba cada vez más cerca.

Cada tanto, alguno de los marineros que habían conseguido mantenerse sobre cubierta era arrastrado por las poderosas cortinas de agua que la sobrepasaban de amura a amura.

—¡Distancia, distancia! —todavía gritaba Nandi—. ¡Necesitamos abrir distancia de esos desalmados! —ordenaba, pero reconocía que, así como se encontraba, la embarcación estaba herida de muerte.

Mientras lo hacía, se aferraba con un brazo al mástil de mesana.

Nandi se sentía sofocada, se ahogaba y escupía agua que el océano le lanzaba encima a cada momento. Minutos atrás, había perdido el rifle y lo único que podía hacer era vociferar y tratar de sostenerse firme, abrazada al poste, para no ser arrastrada hacia el mar. Comprendió también que, a esa altura, el hecho de abrir estela y surcar con el espolón herido para tratar de alejarse de los piratas ya era imposible.

Tenía que agradecer que el navío se mantenía a flote, con eso debían sentirse satisfechos.

El último tiro de cañón les dio en el puente y provocó un agujero tan grande que un par de hombres cayeron dentro y golpearon contra el astillado casco de la bodega inundada.

—¡Hacemos agua! ¡Estamos perdidos! —exclamó alguien.

—¡Maldición! ¡Caranchos, tiburones cretinos! —clamó la malgache, sin resignarse a la derrota y en un intento por encontrar alguna solución. No quería bajar los brazos todavía.

Se sostuvo como pudo del palo de popa y, sin saber qué otra cosa hacer, Nandi levantó el catalejo que le había acercado el oficial para estudiar la segunda nave, la que se encontraba un poco más lejos y navegaba a una velocidad pasmosa para acercarse a la contienda, igual que un pájaro en pleno vuelo rasante.

La muchacha chasqueó la lengua, bajó el telescopio y lo cerró de un golpe. Esa otra embarcación, sin duda, era compañera de la primera. Entonces no existía salvación alguna para ellos. Estaban perdidos de manera irremediable,

eso sin contar con que el enredado mar no los engullera en cualquier momento como si fueran simples cascarones huecos.

Unos minutos más tarde, *La Capitana* se escoró por completo y quedó de costado. Entonces el agua entró a raudales en el camarote donde se encontraban Jacques, el médico y Nuil. La súbita cortina de líquido despabiló al francés y lo hizo reaccionar. Miró hacia los lados y vio el agua que lo inundaba todo y los sumergía.

Su último pensamiento fue de tremenda angustia y rebeldía. Se repitió qué artera obcecación tenía la parca con él.

En silencio, porque le resultaba imposible hablar al estar sumergido dentro del mar, le pidió mil disculpas a su mujer por llevarla a la muerte. Después cerró los ojos, se dejó arrastrar y sintió cómo el cuerpo se le hundía laxo en las profundidades silenciosas y oscuras de ese maldito océano.

En esa última instancia, antes de desvanecerse, un frágil y estúpido consuelo lo invadió: los eternos martirios por culpa de su odio hacia la navegación estaban por concluir. Después, la nada, la más absoluta y completa nada.

Tranquilo y mansamente, como si la escena se desarrollara en cámara lenta, el silencio lo invadió. El francés cedió la voluntad de oponerse y se entregó al insaciable Dios de los mares, entonces sintió cómo él lo atraía hacia las profundidades más oscuras. Todo había terminado.

Pero, cuando estaba por desmayarse y dar por concluido el esfuerzo de perseverar con su cuerpo ya maltrecho, en ese delirante sopor, Jacques sintió que alguien lo agarraba de la camisa y lo tiraba hacia arriba. Mientras, una voz harto conocida le decía:

—¡Aún no te daré la satisfacción de liberarte de mí, *mon ami!*

El náufrago quedó consternado. ¿Era Gérard? ¿Qué podía hacer su compañero de fechorías en el cielo mientras nadaba en el agua helada junto a él? ¿Acaso también había muerto?

—¡Te dije que aún no es tiempo de que me abandones, *compagnon* infiel! —reclamó el Demonio de los Mares. Jacques tosió varias veces al tiempo que se sacudía todo el cuerpo para intentar sacarse un poco del líquido salado que se le había metido en los pulmones y en el estómago—. Vomita, vomita que te hará bien —le dijo la voz amigable de su compañero de aventuras y lo palmeó con determinación en la espalda para hacerlo devolver como si tuviera una poderosa borrachera.

Entonces Jacques hizo una gran arcada y se expulsó todo el líquido de las vísceras ardidas. Apenas pudo hablar y aún antes de abrir los ojos, preguntó por Nuil y Nandi.

—¿Dónde están las mujeres?

—Descansan en mi camarote.

—Pero ¡si hace apenas unos minutos Nuil se encontraba a mi lado!

—Error de cálculo, capitán ignorante. Hace media hora que te suplanté en la batalla. ¡Qué mal las atendiste, francés irresponsable! —aseguró y lo volvió a palmear en la espalda, esa vez con más suavidad—. Peleé en tu representación. ¿Tú qué hacías? ¡Te ahogabas!

A pesar del momento de tensión extrema, Jacques sonrió; ese, sin duda, era el Demonio de los Mares. ¿Qué hacía allí? ¿Cómo los socorrió? ¿Qué bendita gracia del cielo lo había conducido a su lado justo a tiempo?

—Ahora te sientas y te recompones, viejo lobo de mar.

Jacques así lo hizo y se apoyó contra el mástil mayor de *La Liberté*. Abrió los ojos y miró alrededor.

Lo que pudo notar en un primer vistazo fue que el barco de su amigo se había abarloado a la nave pirata y con garfios atados a los extremos habían lanzado los cabos hacia el puente, lo que permitió que su tripulación la abordara.

El zafarrancho debía de haber sido corto y fatal, porque en ese momento socorrían a los náufragos, o sea, a casi toda la tripulación de *La Capitana*. Por fortuna, solo unos pocos habían sucumbido frente a las balas del cañón o bajo los fusiles del enemigo.

—¿Estamos a salvo? —le preguntó algo desconfiado.

—Enteros y aún en batalla —exclamó Gérard contento—. Por suerte andaba cerca y reconocí a *La Capitana*.

Nuil se acercó a su marido y lo cubrió con una frazada para calentarlo un poco. Con su dulzura acostumbrada expresó:

—Ven, querido, vamos adentro para hacerte entrar en calor.

Nandi se encontraba en el puente. Se la veía ofuscada, con el sable empuñado en la mano y la furia atravesada en los ojos negros, dispuesta a seguir con la pelea y muy molesta por haber sido incapaz de salvar a *La Capitana*.

Observó con rostro serio al Demonio de los Mares y le hizo una pregunta que la inquietaba.

—¿Cómo fue que no reconocí tu nave? ¿Cómo pude equivocarme?

Él la miró divertido.

—Andas distraída, muchacha.

Entonces, por un momento, Nandi calmó esos ímpetus guerreros y cambió de tema.

—¿Me llevarás a mi tierra? ¿Me devolverás a Madagascar o tendré que rogar de nuevo por un poco de ayuda? —inquirió y, en el porte, ya no se le veía rabia alguna, pero sí mucha tristeza.

Gérard la observó unos segundos. Ella continuaba igual, tan preciosa como la más sensual sirena y tan salvaje como la recordaba. El solo verla le hacía galopar el corazón, lleno de una pasión descontrolada. ¿Cómo hizo para perderla? ¿Cómo pudo vivir esos años sin ella? ¡Cuánta agonía le había circulado por las arterias durante la ausencia! Muchacha hermosa, indomable, perfecta para su espíritu de demonio incorregible.

Al fin, concluyó esas enardecidas cavilaciones con un largo suspiro de resignación; él había hecho una promesa y era hombre de palabra.

—Sí, ya mismo enfilamos hacia tu isla. Deja que acomode este desquicio y luego ponemos proa hacia el este.

En ese preciso instante, un marinero dio la voz de alarma:

—¡Otra nave pirata a estribor!

El Demonio apretó la mandíbula, se puso alerta otra vez y corrió a tomar el catalejo.

Nandi estaba sentada, pero, al escuchar el grito del vigía, exclamó enojada:

—¡Ya les había advertido que había otro navío enemigo!

Luego saltó, se puso de pie en un segundo y se le colocó al lado para volver a tomar el sable que acababa de dejar sobre la escotilla cerrada. Lo extendió delante, sobre la cabeza, y se dirigió con paso firme; sin duda alguna, directo hacia donde se avistaba la embarcación contraria. Luego, dio un alarido de guerra y exclamó:

—¡Al ataque, mis marineros! Aquí estaremos, siempre juntos para protegernos codo a codo.

Llena de exaltación, abrió enormes esos maravillosos ojos de malgache guerrera, miró a Gérard y, en un impulso de pasión, lo besó en los labios. Después volvió la vista hacia donde se acercaba la nave enemiga, juntó aire y gritó:

—¡Estoy viva!